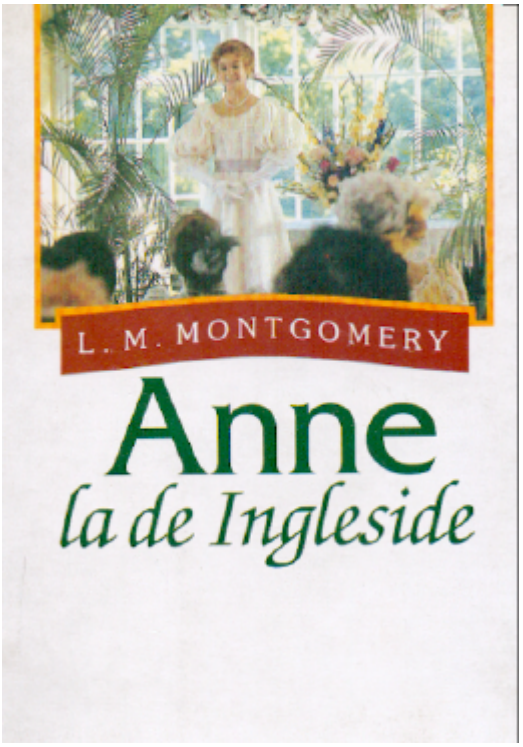
LIBRO dot.com



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

1

-¡Qué blanca está hoy la luz de la Luna! -dijo Anne Blythe para sus adentros mientras recorría el sendero del jardín de la casa de Diana Wright, rumbo a la puerta del frente. Pequeños pétalos de capullos de cerezos caían, desprendidos por la brisa marina.

Se detuvo un momento para mirar alrededor las colinas y los bosques que había amado en otros tiempos y que aún amaba. ¡Querido Avonlea! Glen St. Mary era ahora su lugar y lo había sido ya durante muchos años, pero Avonlea tenía algo que Glen St. Mary no podría jamás tener. Fantasmas de sí misma la esperaban en cada rincón... los campos por los que había vagado le daban la bienvenida... los ecos no borrados de la dulce vida de antaño estaban todo en derredor... cada punto que miraba tenía algún recuerdo querido. Aquí y allí, había jardines encantados donde florecían todas las rosas del pasado. A Anne siempre le gustaba venir a Avonlea incluso cuando, como en esta ocasión, la razón de la visita era triste. Ella y Gilbert habían venido al funeral del padre de él, y Anne se había quedado una semana más. Manilla y la señora Lynde no se resignaban a dejarla ir tan pronto.

Su vieja habitación de la buhardilla seguía siempre preparada para recibirla, y cuando Anne subió a ella la noche de su llegada, se encontró con que la señora Lynde había puesto un gran ramo de primaverales flores silvestres para ella... un ramo que, cuando Anne hundió la cara entre las flores, parecía haber guardado toda la fragancia de años nunca olvidados. La Anne de antes estaba esperándola allí. Profundas y atesoradas alegrías de otros tiempos le aletearon en el corazón. La habitación de la buhardilla la abrazaba, la contenía, la envolvía. Miró con cariño su vieja cama con la colcha con un diseño de hojas de manzano, que la señora Lynde le había tejido, y las almohadas impecables adornadas con anchas puntillas tejidas al croché por la señora Lynde, las alfombras tejidas por Marilla, el espejo que había reflejado la cara de la huerfanita con su frente virgen de niña, la huerfanita que se había quedado dormida llorando aquella primera noche, hacía tanto. Anne olvidó que era una alegre madre de cinco hijos, y que, en Ingleside, Susan Baker tejía otra vez misteriosos escarpines. Una vez más, se sentía Anne, la de Tejados Verdes.

Cuando la señora Lynde entró a traer toallas limpias, la halló todavía mirándose al espejo con expresión soñadora.

-Me alegro mucho de tenerte otra vez en casa, Anne, así es. Hace nueve años que te fuiste, pero al parecer ni Marilla ni yo podemos dejar de extrañarte. No estamos tan solas ahora que Davy se casó. Millie es encantadora, ¡qué tortas hace!, aunque es curiosa como una ardilla con todo. Pero siempre he dicho, y seguiré diciéndolo, que no hay nadie como tú.

Ah, pero no puedo engañar a este espejo, señora Lynde. Me está diciendo, con toda claridad: "Ya no eres tan joven como eras" -dijo Anne, con gesto caprichoso.

-Tienes muy bien el cutis -dijo la señora Lynde, consolándola-. Aunque claro que nunca tuviste muchos colores.

-Al menos, todavía no tengo ni asomo, de doble papada -dijo Anne, con alegría-. Y mi viejo dormitorio me recuerda, señora Lynde. Me alegro. Me dolería tanto regresar y descubrir que me ha olvidado. Y es maravilloso volver a ver la Luna apareciendo por detrás del Bosque

Encantado.

-Parece un gran pedazo de oro en el cielo, ¿no? -dijo la señora Lynde, sintiendo que entraba en un desbordado vuelo poético y agradeciendo que Marilla no estuviera cerca para oírla.

-Mire esos abetos puntiagudos que se recortan contra ella, y los abedules en el valle, que aún levantan los brazos hacia el cielo. Son árboles grandes ahora, y eran tan pequeñitos cuando yo llegué aquí, que eso sí me hace sentir un poquito vieja.

-Los árboles son como los niños -dijo la señora Lynde-. Es terrible cómo crecen apenas una les da la espalda por un minuto. Mira a Fred Wright, no tiene más que trece años y está tan alto como el padre...

"Hay pastel de pollo caliente para la cena y te hice mis bizcochitos de limón. No temas dormir en esa cama. Hoy yo aireé las sábanas, y Marilla, que no sabía que yo lo había hecho, volvió a airearlas, y Millie, que no sabía que las dos lo habíamos hecho, las aireó por tercera vez. Espero que Mary Maria Blythe salga mañana. Disfruta mucho de los funerales.

-La tía Mary Maria... Gilbert la llama así, aunque en realidad es sólo prima del padre. Siempre me dice "Annie" -dijo Anne, estremeciéndose-. Y la primera vez que me vio, después de que me casé, me dijo: "Es muy extraño que Gilbert te haya elegido a ti. Podría haberse casado con tantas lindas muchachas...". Tal vez es por eso que nunca me ha gustado... y sé que Gilbert tampoco la quiere, pero es demasiado apegado a la familia para admitirlo.

¿Gilbert se quedará mucho?

-No. Tiene que regresar mañana a la noche. Dejó a un paciente en un estado muy delicado.

-Ah, bien, supongo que ahora ya no hay nada que pueda retenerlo en Avonlea, con la muerte de su madre el año pasado. El viejo señor Blythe nunca se recuperó después de la muerte de su esposa... no tenía nada por qué vivir. Los Blythe han sido siempre así, siempre han depositado demasiado en las cosas terrenas. Es muy triste pensar que no queda ninguno de la familia en Avonlea. Eran una buena estirpe. Pero claro, hay un montón de Sloane. Los Sloane aún son Sloane, Anne, y lo serán por los siglos de los siglos, amén.

-Que haya cuantos quieran... Después de cenar, voy a salir a caminar por el viejo jardín a la luz de la Luna. Supongo que al fin tendré que irme a la cama, aunque siempre he pensado que dormir en las noches de Luna es una pérdida de tiempo... pero voy a despertarme temprano para ver las primeras luces de la mañana cuando se desperezan por detrás del Bosque Encantado. El cielo se pondrá color coral y los petirrojos estarán pavoneándose de un lado a otro, y tal vez un gorrioncito gris se pose en el alféizar de la ventana, y habrá pensamientos dorados y púrpuras para mirar...

-Pero los conejos se comieron todos los canteros de lirios de junio -dijo la señora Lynde con tristeza, y bajó la escalera sintiéndose aliviada por dentro de no tener que seguir hablando de la Luna.

Anne siempre había sido un poco rara en ese sentido. Y al parecer, no tenía mucho sentido abrigar esperanzas de que cambiara.

Diana avanzó por el sendero para encontrar a Anne. Incluso a la luz de la Luna se veía que sus cabellos seguían siendo negros, sus mejillas, rosadas, y sus ojos, luminosos. Pero la luz de la Luna no podía ocultar que estaba un poco más robusta que en años pasados... y Diana nunca había sido lo que la gente de Avonlea consideraba "flacucha".

-No te preocupes, querida, no vine para quedarme.

-Como si yo fuera *a preocuparme* por eso -dijo Diana, en tono de reproche-. Sabes que preferiría mil veces pasar la noche contigo que ir a la recepción. Tengo la sensación de que casi

no nos hemos visto y ahora ya te vas pasado mañana. Pero es el hermano de Fred, ¿entiendes?, y no tenemos más remedio que ir.

--Por supuesto. Y vine apenas por un momento. Tomé el camino de antes, Di, y pasé por la Burbuja de la Ninfa, por el Bosque Encantado, por tu viejo jardín frondoso y por el Estanque de los Sauces. Hasta me detuve a mirar los sauces al revés en el agua, como solíamos hacer. Han crecido tanto...

-Todo ha crecido -dijo Diana con un suspiro-. ¡Cuando miro al pequeño Fred! Todos hemos cambiado tanto... excepto tú. Tú no cambias nunca, Anne. ¿Cómo haces para mantenerte tan delgada? ¡Mírame a mí!

-Bastante matrona, cierto --rió Anne-. Pero te has salvado del ensanchamiento de la madurez, Di. En cuanto a que yo no he cambiado, bien, la señora de H. B. Donnell está de acuerdo contigo. En el funeral me dijo que no parecía ni un día mayor. Pero la señora de Harmon Andrews *no piensa lo* mismo.

Me dijo: "¡Dios me ampare, Anne, cómo te has desmejorado!". Todo es según los ojos de quien mira, o su conciencia. Los únicos momentos en los que siento que estoy envejeciendo son cuando miro las fotografías de las revistas. Los héroes y las heroínas me están pareciendo *demasiado jóvenes.*

Pero no te preocupes, Di, mañana las dos vamos a volver a ser chicas. Eso es lo que he venido a decirte. Vamos a tomarnos toda la tarde libre y visitaremos los lugares de antes, todos. Caminaremos por los prados y atravesaremos los viejos bosques frondosos de helechos. Veremos todas las viejas cosas que quisimos y las colinas, donde volveremos a encontrarnos con nuestra juventud. Nada parece imposible en primavera, ya lo sabes. Dejaremos de sentirnos madres y personas responsables y seremos tan atolondradas como todavía me considera la señora Lynde en lo más profundo de su alma. No tiene sentido ser *siempre* sensata, Diana.

-- ¡Caramba! Eso es tan típico de ti. Me encantaría, pero...

-Nada de peros. Ya sé lo que estás pensando: "¿Quién va a preparar la comida para los hombres?"

—No exactamente. Anne Cordelia sabe cocinar tan bien como yo, a pesar de que no tiene más que once años -dijo Diana, orgullosa-. Lo iba a hacer de todas maneras, porque yo pensaba asistir a la Reunión de Damas de Beneficencia, pero no iré. Te acompañaré. Será como hacer que un sueño se haga realidad. Sabes, Anne, muchas tardes me siento, y pienso que somos niñas pequeñas otra vez... Yo llevaré la comida.

-Y comeremos en el jardín de Hester Gray... Supongo que el jardín de Hester Gray sigue existiendo.

-Supongo que sí -dijo Diana, vacilante-. No he estado allí desde que me casé. Anne Cordelia sale mucho a explorar, pero siempre le digo que no se aleje mucho de casa. Le encanta vagabundear por el bosque y un día, cuando la reprendí por hablar sola en el jardín, me dijo que no estaba hablando sola, que estaba hablando con el espíritu de las flores. ¿Te acuerdas de ese jueguito de té para las muñecas con los pimpollitos rosados, que le enviaste cuando cumplió nueve años? No ha roto ni una piecita. Es muy cuidadosa. Sólo lo usa cuando las Tres Personitas Verdes vienen a tomar el té con ella. No pude sacarle quiénes son para ella. Creo que, en algunas cosas, Anne, esa niña es mucho más parecida a ti que a mí.

-Tal vez haya más en un nombre de lo que Shakespeare quiso admitir. No le quites a Anne Cordelia sus fantasías, Diana. A mí siempre me dan pena los niños que no pasan algunos años en el País de las Hadas.

-Ahora Olivia Sloane es la maestra -dijo Diana, pensativa-. Es graduada, sabes, y tomó la

escuela por un año para estar cerca de su madre. *Ella* dice que hay que hacer que los niños se enfrenten con la realidad.

-¿Ha llegado el día en que debo escuchar que *tú* eres partidaria del "sloanismo", Diana Wright?

--No... ¡no! No me resulta nada simpática. Tiene esa mirada redonda de ojos azules, como toda su familia... Y no me molestan las fantasías de Anne Cordelia. Son lindas, como eran las tuyas. Supongo que ya tendrá suficiente "realidad", tal como van los tiempos.

-Bien, entonces está decidido. Ven a Tejados Verdes a eso de las dos, y beberemos una copita del licor de grosellas de Marina... sigue haciéndolo de vez en cuando, a pesar del ministro y de la señora Lynde... nada más que para sentirnos realmente dia bólicas.

-¿Te acuerdas del día en que me hiciste emborrachar con ese licor? --preguntó Diana, riendo. La palabra "diabólica" no le importaba tanto dicha por Anne como le habría importado dicha por otra persona. Todo el mundo sabía que Anne no decía esas cosas en serio. Era su manera de ser.

-Mañana tendremos un día de "¿te acuerdas?", Diana. No te demoro más... ahí viene Fred con el coche. Tu vestido es precioso.

-Fred me convenció de comprarme uno nuevo para la boda. Yo decía que no debíamos gastar dinero, ya que construimos el nuevo granero, pero él dijo que no iba a permitir que su esposa pareciera una mujer a quien invitaban pero no podía ir, cuando todas las demás irían emperifolladas al máximo. ¿No es típico de un hombre?

-Ah, pareces la señora Elliott, de Glen -dijo Anne con tono severo-. Cuidado con esa tendencia. ¿Te gustaría vivir en un mundo en el que no haya hombres?

-Sería horrible -admitió Diana-. Sí, sí, Fred, ya voy. ¡Ay, sí, está bien! Hasta mañana, entonces, Anne.

Anne se detuvo junto a la Burbuja de la Ninfa en el camino de regreso. Le gustaba tanto ese viejo arroyito... Cada eco de su risa de niña, que el arroyo alguna vez había atrapado, lo había guardado, y ahora parecía devolverlo a sus oídos atentos. Sus viejos sueños... podía verlos reflejados en la diáfana Burbuja... viejos juramentos... viejos susurros... El arroyo lo guardaba todo y murmuraba sobre ello, pero no había nadie escuchando, salvo los sabios y viejos abetos del Bosque Encantado, que escuchaban desde hacía tanto...

2

—Qué precioso día... hecho especialmente para nosotras -dijo Diana-. Pero me parece que no durará mucho; mañana tendremos lluvia.

-No importa. Beberemos de su belleza hoy, aunque mañana la luz de su Sol se haya ido. Disfrutaremos hoy de nuestra amistad aunque debamos separarnos mañana. Mira esas colinas largas, de ese verde dorado... esos valles con su azul de neblina. Son *nuestros,* Diana... no me importa si aquella colina está inscripta a nombre de Abner Sloane... hoy es *nuestra.* Hay viento del oeste: va a ser un día perfecto.

Y así fue. Recorrieron todos los queridos lugares de antes: el Sendero de los Amantes, el Bosque Encantado, Idlewild, el Valle de las Violetas, el Sendero del Abedul, el Lago de Cristal. Había algunos cambios. Los pequeños abedules de Idlewild -donde hacía tanto tiempo habían tenido una casita de muñecas- se habían convertido en árboles adultos; el Sendero del Abedul, no hollado en tanto tiempo, estaba recubierto de helechos; el Lago de Cristal había desaparecido por

completo y dejado apenas un hueco húmedo y musgoso. Pero el Valle de las Violetas estaba púrpura de tantas violetas, y el vástago de manzano que Gilbert había hallado una vez en lo más profundo del bosque era un árbol inmenso moteado de diminutos capullos terminados en puntas rojas.

Ellas iban sin sombrero. El cabello de Anne aún brillaba como caoba lustrada, a la luz del Sol, y el de Diana todavía era de un negro brillante. Intercambiaban miradas de regocijo, de entendimiento, de cálida amistad. Por momentos, caminaban en silencio... Anne siempre decía que dos personas que se entendían tanto como ella y Diana podían *sentir* cada una los pensamientos de la otra. A veces salpicaban la conversación con *¿te acuerdas...?*. "¿Te acuerdas el día que te caíste en el corral de los patos de los Cobb, en la calle Tory...? ¿Te acuerdas de cuando asustamos a la tía Josephine...? ¿Te acuerdas de nuestro Club de Cuentos...? ¿Te acuerdas de la visita de la señora Morgan, cuando te manchaste la nariz de rojo...? ¿Te acuerdas de cómo nos hacíamos señales con velas desde las ventanas...? ¿Te acuerdas de cómo nos divertimos en el casamiento de la señorita Lavender y de los moños azules de Charlotta...? ¿Te acuerdas de la Sociedad para el Mejoramiento?" Casi les parecía que podían oír sus antiguas carcajadas resonando a través de los años.

La AVIS estaba, al parecer, muerta. Había ido desintegrándose en seguida del casamiento de Anne.

-No pudieron sostenerla, Anne. Los jóvenes de Avonlea no son lo que eran en nuestros tiempos.

—No hables como si "nuestros tiempos" hubieran terminado, Diana. Tenemos apenas quince años y somos espíritus afines. El aire no está lleno de *luz: es* luz. No sé si no me han crecido alas.

-Yo me siento igual -dijo Diana, olvidando que esa mañana había hecho subir la marca de la balanza a setenta kilos-. A menudo siento que me encantaría convertirme en pájaro por un ratito. Ha de ser maravilloso volar.

La belleza las rodeaba por todas partes. Insospechados matices resplandecían en las penumbras de los bosques y relucían en los seductores senderos. El sol de primavera se colaba a través de las jóvenes hojas verdes. Se oían alegres gorjeos de pájaros en todos lados. Había pequeños claros donde uno sentía que se bañaba en un lago de oro líquido. A cada paso, alguna dulce fragancia primaveral les asaltaba los sentidos... helechos aromáticos... bálsamo de abetos... el saludable olor de los campos recién arados. Había un sendero bordeado de cerezos en flor... un viejo campo con césped, cubierto de pequeños arbolitos que recién comenzaban a vivir y tenían el aspecto de duendes traviesos que se hubieran agazapado entre los pastos altos... arroyos que aún no eran "demasiado anchos para saltarlos"... flores de vicarios bajo los abetos... ramas de jóvenes helechos rizados... y un abedul al que algún vándalo había arrancado la corteza blanca en algunas partes, dejando expuesta la corteza oscura. Anne lo miró durante un rato tan largo, que a Diana le llamó la atención. No veía lo que veía Anne: matices que iban desde el blanco más puro, exquisitos tonos dorados que se hacían más y más profundos hasta llegar a la última capa, que revelaba un castaño oscuro tan hondo e intenso... como queriendo demostrar que todos los abedules, tan virginales y fríos exteriormente, tenían sin embargo sentimientos cálidos.

-El primigenio fuego de la Tierra en sus corazones -murmuró Anne.

Y por fin, luego de atravesar un bosquecito lleno de hongos, encontraron el jardín de Hester Gray. No había cambiado mucho. Todavía poseía la dulzura de sus hermosas flores. Había aún muchos lirios de junio, como llamaba Diana a los narcisos. Los cerezos estaban más viejos pero tenían bastantes flores blancas. Todavía podía encontrarse el camino central bordeado de

rosales, y el viejo malecón estaba blanco con las flores de frutillas, azul con las violetas y verde con los helechos. Comieron en un rincón del jardín, sentadas sobre unas piedras musgosas, con un arbusto de lilas a sus espaldas, que agitaba sus banderas púrpuras contra el sol bajo. Las dos tenían hambre y las dos hicieron justicia a su buena mano de cocineras.

¡Qué rico gusto tiene todo al aire libre! ---suspiró Diana-. Tu torta de chocolate, Anne..., no hay palabras, pero tienes que darme la receta. A Fred le va a encantar. Él puede comer cualquier cosa, porque no engorda. Yo siempre digo que no voy a comer más tortas, porque engordo más y más cada año. Tengo terror de llegar a ser como la tía abuela Sarah... Era tan gorda, que había que tirar de ella para levantarla cada vez que se sentaba. Pero cuando veo una torta como ésta... y anoche, en la recepción... ay, se habrían ofendido mucho si yo no hubiera comido.

¿Te divertiste?

-Ah, sí, digamos que sí. Pero caí en las garras de la prima de Fred, Henrietta, y a ella *le encanta* contar sus operaciones y lo que sintió y cómo le habría explotado el apéndice, si no se lo hubiera sacado a tiempo. "Me dieron quince puntos. Ay, Diana, ¡cómo sufrí!" Lo disfruta mucho, aunque una, no. Y es cierto que sufrió; entonces, ¿por qué no va a disfrutar contándolo ahora? Jim estuvo tan gracioso... Aunque no sé si a Mary Alice le habrá gustado mucho... Bueno, un pedazo chiquito, es lo mismo ir presa por un robo que por dos, ¿no?, una porción bien pequeñita no va a cambiar las cosas... Jim dijo que la noche antes de la boda estaba tan asustado, que tuvo ganas de tomarse el tren hasta el puerto. Dijo que todos los novios sienten lo mismo pero no se animan a decirlo. ¿Te parece que a Gilbert y a Fred les habrá pasado lo mismo, Anne?

-Seguro que no.

-Eso dijo Fred cuando le pregunté. Dijo que lo único que lo aterraba era que yo cambiara de idea a íntimo momento, como Rose Spencer. Aunque nunca se sabe lo que piensa un hombre. Pero es inútil preocuparse ahora por eso. ¡Qué bien hemos pasado esta tarde! Tengo la sensación de que hemos vivido otra vez tantos momentos felices de antes... Ojalá no tuvieras que irte mañana, Anne.

¿No puedes venir a visitarnos a Ingleside este verano, Diana? Antes del verano... antes del verano, no recibiré visitas por un tiempo.

--Me encantaría. Pero me parece imposible que pueda escaparme de casa en el verano. Siempre hay tanto que hacer...

-Vendrá Rebecca Dew, por fin, y me alegro mucho. Aunque me temo que la tía Maria también venga. Se lo dio a entender a Gilbert. Él quiere que venga tan poco como yo, pero es "de la familia" y eso implica que la puerta de la casa de Gilbert debe estar siempre abierta para ella.

-Tal vez vaya en invierno. Me encantaría volver a ver Ingleside. Tu casa es preciosa, Anne..., y tu familia también.

-Ingleside es bonita, y ahora la quiero. En un tiempo pensé que jamás llegaría a quererla. No la podía ver cuando llegamos, la odiaba por sus mismas virtudes. Eran un insulto para mi querida Casa de los Sueños. Recuerdo que cuando nos fuimos le dije a Gilbert, con pena: "Hemos sido tan felices aquí. Jamás seremos igual de felices en otro lado". Me regodeé en un lujo de nostalgia por un tiempo. Hasta que descubrí que empezaban a brotar semillitas de cariño por Ingleside. Luché contra ese sentimiento, de verdad, pero al fin tuve que rendirme y admitir que la quería. Y la quiero más cada año que pasa. No es una casa muy vieja... las casas demasiado viejas son tristes. Ni demasiado joven... las casas demasiado jóvenes son insulsas. Es dulce. Me gustan todas sus habitaciones. Cada una tiene algún defecto pero también alguna virtud, algo que la distingue de todas las demás, que le da personalidad. Me encantan esos magníficos árboles del

jardín. No sé quién los plantó, pero cada vez que subo me detengo en el descanso... ¿te acuerdas de esa ventanita en el descanso, con ese asiento ancho?... y me siento ahí un momento y digo: "Dios bendiga al hombre que plantó esos árboles, sea quien fuere". En realidad, tenemos demasiados árboles alrededor de la casa, pero no nos resignamos a perder ninguno.

-Típico de Fred. Tiene adoración por ese gran sauce al sur de la casa. Estropea la vista desde las ventanas de la salita, y se lo he dicho mil veces, pero él dice: "¿Serías capaz de cortar algo tan hermoso como ese árbol, por más que te tape la vista?". Y el sauce se queda, y es precioso. Por él le pusimos a la casa el nombre de Granja del Sauce Solitario. El nombre Ingleside me encanta. Es tan íntimo, tan bonito...

-Eso dijo Gilbert. Nos costó mucho elegir el nombre. Pensamos varios pero era como que no tenían nada que ver. Pero cuando se nos ocurrió Ingleside, supimos de inmediato que ése era el nombre. Me alegro de tener una casa grande, la necesitamos, con nuestra familia. A los niños también les encanta, por pequeños que sean.

Son tan encantadores... -Con disimulo, Diana se cortó otra "diminuta porción" de torta de chocolate. -Yo encuentro a los míos preciosos. Pero los tuyos tienen algo... ¡y las mellizas! Eso sí te envidio. Siempre quise tener mellizos.

-Ah, no pude eludir a las mellizas; son mi destino. Pero para mí, es una desilusión que las mías no se parezcan nada. Nan es bonita, con sus cabellos y ojos castaños, y tiene muy lindas facciones. Di es la favorita del padre, porque tiene los ojos verdes y los cabellos rojos... cabellos rojos con rizos. Shirley es el preferido de Susan. Yo estuve mucho tiempo enferma después de que él nació, y lo cuidó ella. A veces creo que Susan de verdad cree que es suyo. Lo llama "mi morenito", y es una vergüenza cómo lo consiente.

-Y todavía es tan pequeño que puedes ir a verlo de noche a ver si se destapó para arroparlo -dijo Diana con pena-. Jack tiene nueve años y no quiere que lo arrope. Dice que ya es grande. ¡Y a mí me encantaba hacerlo! Ah, cómo me gustaría que los niños no crecieran tan rápido.

-Ninguno de los míos ha llegado todavía a esa etapa, aunque me he dado cuenta de que, desde que comenzó a ir a la escuela, Jem ya no quiere que lo tome de la mano cuando caminamos por el pueblo -dijo Anne con un suspiro-. Pero él, Walter y Shirley siguen queriendo que los arrope. Walter a veces hace todo un ritual.

-Y todavía no tienes que preocuparte por qué van a ser. Jack está loco por ser soldado cuando sea grande. ¡Soldado! ¡Imagínate!

-En tu lugar, yo no me preocuparía. Se olvidará cuando se le ocurra otra cosa. La guerra es algo del pasado. Jem dice que va a ser marino... como el capitán Jim... y Walter va en camino de ser poeta. No es como ninguno de los otros. Pero a todos les encantan los árboles y a todos les gusta jugar en "el Pozo", como lo llaman... Es un pequeño valle, justo detrás de Ingleside, con preciosos caminitos y un arroyo. Un lugar común y corriente... Para la gente no es más que "el Pozo", pero para ellos es el País de las Hadas. Todos tienen defectos, pero no son malos chicos, y por suerte, siempre están rodeados de mucho amor.

"Ah, me alegra pensar que mañana a esta hora estaré en Ingleside, contándoles cuentos a mis chiquitos a la hora de dormir y dándoles a las calceolarias y los helechos de Susan su dosis de alabanzas. Susan tiene suerte con los helechos. Nadie puede conseguir helechos como los suyos. Puedo alabarle los helechos con toda honestidad. ¡Pero las calceolarias, Diana! A mí no me parecen flores. Pero no puedo herir los sentimientos de Susan diciéndoselo. Siempre me las arreglo para decirle algo. Hasta ahora la Providencia no me ha abandonado. Susan es tan buena... No sé qué haría sin ella. Y pensar que en un tiempo la consideré "una extraña". Sí, es muy lindo

pensar en ir a casa y, sin embargo, también me da pena irme de Tejados Verdes. Esto es tan hermoso, con Marilla y contigo. Nuestra amistad siempre ha sido algo hermoso, Diana.

-Sí, y las dos siempre... quiero decir, nunca he podido decir las cosas como tú, Anne, pero sí hemos mantenido nuestros "solemnes juramento y promesa", ¿no?

-Siempre, y siempre los mantendremos.

La mano de Anne halló la de Diana. Permanecieron sentadas un largo rato en un silencio demasiado dulce para ser interrumpido con palabras. Las largas y quietas sombras del atardecer cayeron sobre la hierba, sobre las flores y sobre la verde extensión de los prados más allá. El Sol bajó e hizo que las sombras gris rosáceas del cielo se profundizaran y palidecieran detrás de los árboles pensativos, mientras el crepúsculo de primavera se apoderaba del jardín de Hester Gray, por donde ya nadie caminaba. Los petirrojos salpicaban el aire del atardecer con silbidos aflautados. Una inmensa estrella apareció por entre los blancos cerezos.

—La primera estrella es siempre un milagro -dijo Anne,- soñadora.

-Podría quedarme sentada aquí para siempre --dijo Diana-. ¡Qué lástima que tengamos que irnos!

-Yo también lo lamento, pero después de todo, sólo hemos simulado tener quince años. Debemos recordar nuestras responsabilidades familiares. ¡El aroma de esas lilas! ¿Nunca se te ocurrió, Diana, que hay algo... no demasiado casto... en el perfume de las lilas? Gilbert se ríe, y a él le encantan, pero a mí siempre me parece que evocan algo secreto, *demasiado* dulce.

-Yo siempre digo que es un perfume demasiado pesado para tener dentro de la casa -dijo Diana. Tomó la bandeja con el resto de la torta de chocolate... lo miró con pena... pero negó con la cabeza y lo guardó en la cesta, con expresión de nobleza y sacrificio.

¿No sería divertido, Diana, si ahora, camino a casa, nos encontráramos con nosotras como éramos antes, corriendo por el Sendero de los Amantes?

Diana se estremeció.

- Noooo, no me parecería nada divertido, Anne.

No me di cuenta de que había oscurecido tanto. Una cosa es imaginarse cosas a la luz del día, y otra...

Se fueron despacio, en silencio, juntas, con la gloria de la puesta de sol ardiendo sobre las viejas colinas a sus espaldas, y su antiguo cariño, jamás olvidado, ardiéndoles en los corazones.

3

A la mañana siguiente, Anne terminó esa semana - que había estado plena de días agradables- llevando flores a la tumba de Matthew, y por la tarde tomó el tren desde Carmody. Por un rato pensó en todas las cosas queridas que dejaba atrás, y luego sus pensamientos corrieron hacia adelante, hacia las cosas queridas que la esperaban. Su corazón iba cantando porque regresaba a casa, a una casa donde reinaba la alegría, donde cada uno que cruzaba el umbral sabía que era un *hogar*, una casa que rebosaba todo el tiempo de risas, de tacitas de plata, de fotos y de niños... preciosuras con rizos y rodillitas gordas, y cuartos que le darían la bienvenida, donde las sillas esperaban pacientes y los vestidos en los armarios la aguardaban, donde siempre se celebraban los pequeños aniversarios y siempre se susurraban pequeños

secretos.

"¡Qué lindo sentir que a una le gusta regresar a casa!", pensó Anne, sacando del bolso cierta carta de un hijo pequeño, con la cual se había reído alegremente la noche anterior, al leérsela con orgullo a los habitantes de Tejados Verdes, la primera carta que había recibido de un hijo suyo. Era una cartita preciosa para venir de una criatura de siete años que hacía sólo un año que iba a la escuela, aunque la ortografía de Jem era todavía un poco vacilante y había un gran borrón de tinta en una esquina del papel.

Di yoró y yoró toda la noche porque Tommy Drew le dijo que iba a quemarle la muñeca en una parrilla. De noche Susan nos cuenta unos cuentos muy lindos pero no es como tu, mamita. Anoche me dejó ayudarla a plantar unas semillas.

"¿Cómo pude ser feliz lejos de ellos una semana entera?", se preguntó la dueña y señora de Ingleside, reprochándose.

-¡Qué lindo que alguien la espere a una al final de un viaje! -exclamó al bajar del tren en Glen St. Mary y ser recibida por los brazos expectantes de Gilbert.

No estaba segura de que Gilbert la esperaría: siempre había alguien a quien se le ocurría nacer o morirse, pero no había regreso a casa que se preciara de tal para Anne, si él no estaba esperándola. ¡Y qué lindo el nuevo traje gris de él! *(Qué suerte que me puse la blusa blanca con puntillas con el traje castaño, aunque la señora Lynde* ***me*** *dijo que era un disparate vestirse así para viajar. De no haberme vestido así, no estaría linda para Gilbert.)*

Ingleside estaba toda iluminada, con alegres farolitos chinos colgados en la galería. Anne corrió alegremente por el sendero bordeado de narcisos.

¡Ingleside, aquí estoy! -exclamó.

La rodearon todos, riendo, parloteando, bromeando, y Susan Baker sonreía con mesura detrás de todos. Cada uno de sus hijos tenía un ramito recogido especialmente para ella, hasta el pequeño Shirley, con sus dos añitos.

"¡Ah, qué linda bienvenida a casa! Todo en Ingleside es tan feliz. Es espléndido pensar que mi familia se alegra tanto de verme.

-Mamá, si te vas otra vez de casa -dijo Jem, con mucha solemnidad-, me voy a agarrar apendicitis.

¿Cómo se hace para agarrarse apendicitis? --preguntó Walter.

-¡Shh! -dijo Jem. Le dio un codazo a Walter y murmuró: -Tiene que haber un dolor en algún lugar, yo lo sé, pero sólo quiero asustar a mamá para que no se vaya más.

Había mil cosas que Anne quería hacer al mismo tiempo, abrazar a todos, salir corriendo en el crepúsculo a recoger algunos pensamientos (había pensamientos en todos lados en Ingleside), recoger esa muñeca tan viejita que había quedado sobre el felpudo, oír todos los jugosos chismes y novedades: todos contribuían con algo. Nan, que se había metido el tapón de un tubo de vaselina en la nariz cuando el doctor había salido a atender un caso, y Susan se había distraído. ("Le aseguro que me preocupé mucho, mi querida señora.") La vaca de la señora Jud Palmer, que se había comido cincuenta y siete clavos y hubo que mandar buscar un veterinario de Charlottetown. La distraída de la señora Fenner Douglas, que había ido a la iglesia con la cabeza descubierta. Papá, que había arrancado todos los dientes de león del jardín. ("Entre un niño y otro, mi querida señora..., tuvo ocho mientras usted no estaba.") El señor Tom Flagg, que se había teñido el bigote ("aunque hace apenas dos años de la muerte de la esposa"). Rose Maxwell, de Harbour Head, que había dejado plantado a Jim Hudson, del Upper Glen, y él le había mandado una factura por todo lo que había gastado en ella. De lo espléndidamente concurrido

que había estado el funeral de la señora Amasa Warren. Del gato de Carter Flagg, al que le habían cortado de un mordisco toda la cola. De Shirley, a quien habían encontrado en un establo, de pie justo debajo de uno de los caballos. ("Mi querida señora, ya nunca volveré a ser la misma.") Que lamentablemente había buenas apestados, Que Di se había pasado todo el día cantando: "Mami vuelve a casa hoy, a casa hoy, a casa hoy", con la música de *Merrily We Roll Along.* Que en lo de Joe Reese tenían un gato bizco porque había nacido con los ojos abiertos. Que Jem, sin querer, se había sentado encima de un papel cazanmoscas antes de ponerse los pantalones. Y que Camarón se había caído adentro del barril de agua blanda.

-Por poco se ahoga, mi querida señora, pero por suerte el doctor oyó sus aullidos en menos que canta un gallo y lo sacó de las patitas de atrás. ("¿Cuánto tiempo es 'en menos que canta un gallo', mamá?")

-Parece que se recuperó bien --dijo Anne, acariciando las brillantes curvas negras y blancas de un satisfecho gatito de anchas mandíbulas que ronroneaba sobre una silla, junto al fuego.

En Ingleside no era recomendable sentarse en ninguna silla sin asegurarse antes de que no hubiera un gato sobre ella. Susan, a quien no le gustaban mucho los gatos en un principio, juraba que había aprendido a que le gustaran, en defensa propia. En cuanto a Camarón, Gilbert le había puesto ese nombre hacía un año cuando Nan había traído a casa al gatito, flacucho y en un estado lamentable, desde el pueblo, donde unos muchachitos habían estado torturándolo, y el nombre le quedó, aunque ahora era altamente inapropiado.

"Pero, ¡Susan! ¿Qué pasó con Gog y Magog? Ay, no se habrán roto, ¿no?

-No, no, mi querida señora -exclamó Susan. Se puso muy roja de vergüenza y salió corriendo de la habitación. Volvió en seguida con los dos perros de porcelana, que siempre presidían el hogar en Ingleside. -dio sé cómo pude olvidarme de volver a ponerlos en su lugar antes de su llegada. ¿Sabe qué sucedió, mi querida señora? La señora de Charles Day, de Charlottetown, estuvo de visita al día siguiente de su partida, y usted sabe lo escrupulosa y cuidadosa que es. Walter pensó que tenía que darle conversación y comenzó señalándole los perros. "Éste es Dios y éste es Mi Dios", dijo, pobrecito inocente. Yo estaba horrorizada, y pensé que me moría de verle la cara a la señora Day. Le expliqué lo mejor que pude, porque no quería que nos creyera una familia de herejes, pero decidí guardar los perros en el armario de la loza, fuera de la vista, hasta que usted volviera.

-Mamá, ¿podemos cenar pronto? -preguntó Jem, con aire patético-. Me duele el estómago de hambre. ¡Ah, mamá, hicimos la comida preferida de todos!

-Aramos, dijo el mosquito sobre el lomo del buey, pero sí, es cierto -dijo Susan con una sonrisa-. Pensamos que había que celebrar su regreso como corresponde, mi querida señora. ¿Y ahora dónde está Walter? Esta semana es su turno de tocar el gong para llamar a cenar, pobre angelito.

La cena fue una comida de gala, y acostar a todos los niños después fue una delicia. Susan hasta le permitió acostar a Shirley, considerando que era una ocasión muy especial.

-Este no es un día cualquiera, mi querida señora -dijo con solemnidad.

Ah, Susan, no existe ningún día cualquiera. *Cada* día tiene en sí algo que los demás no tienen. ¿No lo ha notado?

--Cuán cierto es, mi querida señora. El viernes pasado, por ejemplo, que llovió todo el día, y estuvo tan gris, a mi gran geranio rosado por fin le salieron botones después de haberse negado a florecer durante tres largos años. ¿Y no vio mis calceolarias, mi querida señora?

. -¡Verlas! ¡Jamás en la vida he visto calceolarias como ésas, Susan! ¿Cómo hace? *(Ya*

está. He hecho feliz a Susan y no he mentido. Jamás he visto calceolarias como las suyas, ¡gracias al cielo!)

--Es el resultado del cuidado y la atención constantes, mi querida señora. Pero hay algo de lo que creo que debo hablarle. Creo que Walter *sospecha algo*. Sin duda, algunos de los chicos de Glen le han dicho cosas. Hoy en día, tantos chicos saben mucho más de lo que es conveniente... El otro día, Walter me dijo, muy pensativo: "Susan", dijo, "¿son muy caros los niños?". Yo quedé sin habla, mi querida señora, pero mantuve el control de mí misma. "Hay gente que piensa cine son un lujo", le dije, "pero en Ingleside pensamos que son una necesidad." Y me reprocho por haberme quejado en voz alta del precio de las cosas en los comercios de Glen. Me temo que pueda haber preocupado a la criatura. Pero si le dice algo, mi querida señora, ya está preparada.

-Veo que manejó la situación de manera maravillosa, Susan —dijo Anne, muy seria-. Y creo que ha llegado el momento de contarles lo que esperamos.

Pero lo mejor de todo fue cuando Gilbert se le acercó; ella estaba junto a la ventana, mirando la niebla que venía desde el mar y se esparcía sobre las dunas iluminadas por la luna, y sobre el puerto y por el largo y angosto valle al que miraba Ingleside y donde se arrebujaba el pueblo de Glen St. Mary.

¡Regresar al fin de un arduo día de trabajo y encontrarte! ¿Eres feliz, Anne querida?

-¡Feliz! Anne se inclinó para aspirar el perfume de un florero lleno de azahares que Jem había colocado sobre su tocador. Se sentía rodeada y contenida por el amor. -Gilbert querido, ha sido encantador ser Anne, la de Tejados Verdes otra vez por una semana, pero es cien veces más encantador volver y ser Anne de Ingleside.

4

-De ninguna manera -dijo el doctor Blythe, en un tono que Jem entendía.

Jem sabía que no había esperanzas de que papá cambiara de idea o de que mamá intentara convencerlo. Era evidente que en este punto mamá y papá estaban unidos. Los ojos color avellana de Jem se ensombrecieron de rabia y desilusión cuando miró a sus crueles padres, cuando los miró *con odio,* y cada vez con más odio al comprobar que ellos, exasperantemente indiferentes a las miradas de él, seguían comiendo como si no hubiera pasado nada ni hubiera nada fuera de lo común. La tía Mary Maria sí vio su mirada, por supuesto; nada escapaba jamás a los apesadumbrados ojos celestes de la tía Mary Maria, pero pareció que le hacía gracia.

Bertie Shakespeare Drew había estado toda la tarde jugando con Jem, Walter había ido a la vieja Casa de los Sueños a jugar con Kenneth y Persis Ford..., y Bertie Shakespeare le había dicho a Jem que todos los chicos de Glen iban a Harbour Mouth ese atardecer a ver cómo el capitán Bill Taylor le tatuaba una serpiente en el brazo a su primo, Joe Drew. Él, Bertie Shakespeare, iría, ¿Jem no quería ir también? Sería muy divertido. Jem se volvió loco por ir, y ahora acababan de decirle que ni lo pensara.

"Aunque más no fuera por una razón -dijo papá-. Es demasiado lejos para que vayas a Harbour Mouth con esos muchachos. No volverán hasta tarde y se supone que a las ocho tienes que irte a la cama, hijo.

—Cuando yo era niña, a mí me mandaban a la cama a las siete todas las noches -dijo la tía Mary Maria-debes esperar a ser mayor, Jem, para ir tan lejos tan tarde -dijo mamá.

-La semana pasada me dijiste lo mismo -exclamó Jem, indignado-, y ahora ya soy mayor.

¡Cualquiera diría que soy un bebé! Bertie va, y tiene la misma edad que yo.

—Hay mucho sarampión -dijo la tía Mary Maria, sombría-. Podrías agarrarte el sarampión, James.

Jem odiaba que lo llamaran James. Y ella siempre lo llamaba así.

-*Yo quiero* agarrarme el sarampión -murmuró, rebelde.

Pero, al encontrarse con la mirada de papá, se calló. Papá no iba a permitirle a nadie "contestarle" a la tía Mary Maria. Jem odiaba a la tía Mary Maria. La tía Diana y la tía Marilla eran unas tías buenísimas, pero una tía como la tía Mary Maria era una experiencia nueva para Jem.

"Está bien -dijo, desafiante, mirando a mamá para que nadie supusiera que le hablaba a la tía Mary Maria-, si no *quieren* quererme no tienen por qué hacerlo. Pero, ¿les va a gustar que agarre y me vaya a cazar tigres al África?

-No hay tigres en el África, querido --dijo mamá, suavemente.

-¡Leones, entonces! -gritó Jem. Estaban decididos a burlarse de él, ¿verdad? Querían reírse de él, ¿eh? ¡Ya iban a ver! —No puedes decirme que no hay leones en el África. Hay *millones* de leones en el África. ¡África está *llena* de leones!

Mamá y papá se limitaron a volver a sonreír, lo cual la tía Mary Maria reprobó rotundamente. Jamás debía permitirse la impaciencia en los niños.

Susan intervino, tironeada por el amor y la comprensión que sentía hacia el pequeño Jem y su convicción de que el doctor y su esposa hacían bien en no permitirle bajar hasta Harbour Mouth con esa bandita del pueblo para ir a lo de ese vergonzoso y borracho capitán Bill Taylor.

-Entre tanto, aquí está tu pan de jengibre con crema batida, Jem, querido.

El pan de jengibre con crema batida era el postre preferido de Jem. Pero esta noche su encanto no alcanzaba para apaciguar su alma atormentada.

-¡No quiero! -dijo, enfurruñado. Se levantó y se fue de la mesa. Al llegar a la puerta, se volvió para lanzar un reto final. -Y no me voy a ir a acostar hasta las nueve, además. Y cuando sea grande no me voy a ir a acostar *ni nunca*. Me voy a quedar levantado toda la noche, todas las noches, y me voy a hacer tatuar *todo*. Voy a ser muy malo, todo lo malo que pueda. Ya van a ver.

-"Nunca" es mucho mejor que "ni nunca" --dijo mamá.

¿*Nada* podría conmoverlos?

-Supongo que a nadie le interesa *mi* opinión, Annie, pero si yo les hubiera hablado así a mis padres cuando era niña, me habrían castigado hasta dejarme más muerta que viva -dijo la tía Mary Maria-. Creo que es una gran pena que en algunos hogares ya no se utilice la vara de abedul.

-El pequeño Jem no tiene la culpa -intercedió Susan, al ver que ni el doctor ni su señora iban a decir nada. Pero si Mary Maria Blythe se creía con derecho a opinar, ella, Susan, aclararía las cosas. -Bertie Shakespeare Drew le llenó la cabeza, diciéndole lo divertido que sería ver cómo tatuaban a Joe Drew. Estuvo aquí toda la tarde, se metió en la cocina y se llevó la mejor cacerola de aluminio para usar como casco. Dijo que estaban jugando a los soldados. Después hizo botes con maderitas y se empapó hasta los huesos haciéndolos navegar en el arroyo del Pozo. Y después anduvieron saltando por el patio durante una hora entera, haciendo los ruidos más extraños, haciéndose las ranas. ¡Ranas! No es de extrañar que el pequeño Jem esté cansado y ni sepa lo que dice. Es el niño mejor educado que he vistò en mi vida, cuando no está exhausto, y de eso no hay duda.

La tía Mary Maria no dijo nada, lo cual fue exasperante. Nunca le dirigía la palabra a Susan durante las comidas, pues así expresaba su desacuerdo con el hecho de que se le permitiera

a Susan "sentarse con la familia".

Anne y Susan habían hablado del tema antes de la llegada de la tía Mary Maria. Susan, que "sabía cuál era su lugar", jamás se sentaba ni aspiraba a sentarse con la familia cuando había invitados en Ingleside.

-Pero la tía Mary Maria no es una invitada --había dicho Anne-. Es de la familia, y usted también, Susan.

Al final, Susan se rindió, no sin una secreta satisfacción, porque Mary Maria Blythe vería que ella no era una mucama cualquiera. Susan no conocía a la tía Mary Maria, pero una sobrina suya, hija de su hermana Matilda, había trabajado para ella en Charlottetown y le había contado todo a Susan.

"No voy a simular ante usted, Susan, que estoy encantada con la perspectiva de una visita de la tía Mary Maria, en especial en este preciso momento --le había dicho Anne, con franqueza-. Pero le escribió a Gilbert preguntándole si podía venir unas semanas... y usted sabe cómo es el doctor con esas cosas.

-Y tiene todo el derecho del mundo -había contestado Susan, firmemente-. ¿Qué va a hacer un hombre si no ser solidario con los de su propia sangre? Pero eso de unas semanas... bien, mi querida señora, no quisiera ver el lado oscuro de las cosas, pero la cuñada de mi hermana Matilda fue a visitarla *a ella* por unas pocas semanas y se quedó veinte años.

-No creo que debamos temer nada por el estilo, Susan -había replicado Anne, sonriendo-. La tía Mary Maria tiene una linda casa propia en Charlottetown. Pero ahora la encuentra muy grande y solitaria. La madre murió hace dos años, sabe, tenía ochenta y cinco años, y la tía Mary Maria fue muy buena con ella y la extraña mucho. Hagámosle la visita lo más placentera posible, Susan.

-Haré lo que de mí dependa, mi querida señora. Por supuesto que debemos poner otra tabla en la mesa pero, en resumidas cuentas, es mejor alargar la mesa que acortarla.

-No debemos poner flores en la mesa, Susan, porque tengo entendido que le provocan asma. Y la pimienta la hace estornudar, de modo que no la utilizaremos. Es presa de frecuentes dolores de cabeza, también, de modo que debemos esforzarnos por no ser ruidosos.

-¡Dios santo! Bien, nunca me pareció que usted y el doctor hicieran demasiado ruido. Y yo, si quiero gritar, me iré al medio del bosque de arces; pero si nuestros pobres niños tienen que guardar silencio *todo* el tiempo por los dolores de cabeza de Mary Maria Blythe... me disculpará si digo que me parece que es ir demasiado lejos, mi querida señora.

-Es apenas por unas semanas, Susan.

-Esperemos que así sea. Pero bien, mi querida señora, hay que aceptar lo bueno con lo malo en este mundo -habían sido las palabras finales de Susan.

Así fue como vino la tía Mary Maria, y apenas llegó, preguntó si habían hecho limpiar las chimeneas recientemente. Al parecer, temía mucho al fuego.

-Y siempre he dicho que las chimeneas de esta casa no son lo suficientemente altas. Espero que hayan aireado bien mi cama, Annie. La ropa de cama húmeda es horrible.

Tomó posesión del cuarto de huéspedes de Ingleside... y de paso, de todos los otros cuartos de la casa, excepto el de Susan. Nadie saludó su llegada con ferviente deleite. Jem, luego de dirigirle una sola mirada, fue a la cocina y le susurró a Susan:

-¿Podremos reírnos mientras ella esté aquí, Susan?

A Walter se le llenaron los ojos de lágrimas al verla y hubo que sacarlo ignominiosamente de la habitación. Las mellizas no esperaron a que las sacaran, sino que fueron corriéndose por propia decisión. Hasta Camarón, según Susan, se fue al patio trasero y tuvo un ataque. Sólo

Shirley se mantuvo en sus trece, y la miró intrépidamente con sus redondos ojos castaños desde el refugio seguro del regazo y los brazos de Susan. A la tía Mary Maria los niños de Ingleside le parecieron muy maleducados. Pero, ¿qué podía esperarse si tenían una madre que "escribía para los diarios", y si tanto ella como el padre creían que los niños eran la perfección misma sólo porque eran sus hijos, y si tenían una sirvienta como Susan Baker, que no sabía cuál era su lugar? Pero ella, Mary Maria Blythe, haría lo máximo por los nietos del pobre primo John, mientras estuviera en Ingleside.

Tu bendición de la mesa es demasiado breve, Gilbert -dijo con desaprobación durante la primera comida-. ¿Querrías que yo la dijera en tu lugar mientras estoy aquí? Será un mejor ejemplo para tu familia.

Ante el horror de Susan, Gilbert dijo que sí, y la tía Mary Maria dio la bendición en la cena. "Más una oración entera que una bendición", comentó Susan con un gesto de desdén mientras lavaba los platos. En privado, Susan estaba de acuerdo con la descripción hecha por su sobrina de Mary Maria Blythe: "Parece que siempre estuviera sintiendo mal olor, tía Susan. No un olor desagradable, sino mal olor". Gladys tenía un modo de decir las cosas..., reflexionó Susan. La señorita Mary Maria Blythe no era fea para ser una dama de cincuenta y cinco años. Tenía lo que ella creía eran "rasgos aristocráticos", enmarcados por rizos grises siempre alisados que parecían insultar todos los días la cabeza de cabellos grises y erizados de Susan. Se vestía muy bien, usaba largos pendientes de azabache en las orejas y modernos cuellos de tul en su delgada garganta.

-Al menos, no tenemos que avergonzarnos de su aspecto -reflexionó Susan.

Pero lo que habría pensado la tía Mary Maria de haber sabido que Susan se consolaba con estos argumentos debe quedar en el campo de la imaginación.

5

Anne estaba cortando un ramo de lirios para el florero de su cuarto, y otro de las peonías de Susan para el escritorio de Gilbert... las peonías blanquísimas con notitas de un rojo sangre en el corazón, como el beso de un dios. El aire cobraba vida luego del día desusadamente caluroso de junio, y casi no podía decirse si el puerto estaba color plata o color oro.

-Va a haber una hermosa puesta de Sol esta tarde, Susan -dijo, asomándose por la ventana de la cocina al pasar por allí.

-No puedo admirar la puesta de Sol hasta no terminar de lavar los platos, mi querida señora -protestó Susan.

-Habrá terminado para entonces, Susan. Mire esa enorme nube blanca encima del Pozo, con la parte superior rosada. ¿No le gustaría volar hasta allí arriba y descender sobre ella?

Susan se imaginó volando por encima del valle, con el paño de cocina en una mano, hasta esa nube. No le gustó. Pero ahora había que ser benevolente con la querida señora.

"Hay un bicho nuevo comiéndose los rosales - continuó Anne-. Voy a rociarlos mañana. Me gustaría hacerlo esta noche, va a ser uno de esos atardeceres en los que me encanta trabajar en el jardín. Esta noche las rosas están creciendo. Espero que haya jardines en el cielo, Susan, jardines en los que podamos trabajar, quiero decir, para ayudar a las rosas a que crezcan.

-Pero que no haya bichos replicó Susan.

-Nooo, supongo que no. Pero un jardín *terminado* no sería muy divertido, Susan. Cada uno debe trabajar por sí mismo en un jardín porque de lo contrario se pierde el significado. Quiero sacar las hierbas malas, transplantar, cambiar las plantas de lugar, podar. Y quiero que en el cielo estén las flores que amo... Preferiría mis propios pensamientos a los asfódelos, Susan.

¿Por qué no puede trabajar esta noche, si quiere? -interrumpió Susan, que pensaba que de verdad la señora estaba poniéndose muy extravagante.

-Porque el doctor quiere que salga con él. Va a ver a la pobre señora de John Paxton. Se está muriendo; él no puede hacer nada por ella, ya ha hecho todo lo posible, pero a ella le gusta que vaya a verla.

-Ah, bien, mi querida señora, todos sabemos que nadie puede morir o nacer sin tenerlo a él cerca, y está lindo para pasear. Creo que yo misma voy a caminar hasta el pueblo para aprovisionar la despensa después de acostar a las mellizas y a Shirley y de abonar la planta que me regaló la señora de Aaron Ward. No está floreciendo como debería. La señorita Blythe acaba de subir, suspirando a cada escalón, diciendo que le está por atacar uno de sus dolores de cabeza, de modo que al menos tendremos un poco de paz y tranquilidad.

-Que Jein se acueste en hora, por favor, Susan - dijo Anne mientras se alejaba a través del atardecer, que era como una copa de fragancia que se hubiera derramado-. Está mucho más agotado de lo que él cree. Y nunca quiere ir a acostarse. Walter no viene a dormir esta noche; Leslie me pidió que se quedara con ellos.

Jem estaba sentado en uno de los escalones de la puerta lateral, con un pie descalzo enganchado en la rodilla, mirando ceñudo a todo en general, y a una enorme Luna que aparecía por detrás de la aguja de la iglesia de Glen en particular. A Jem no le gustaban las Lunas grandes.

-Cuídate de que no se te quede la cara así para siempre -le había dicho la tía Mary Maria al pasar junto a él para entrar en la casa.

Jem se puso más ceñudo que antes. No le importaba que la cara se le quedara así para siempre. Ojalá.

-Vete y no me andes atrás todo el tiempo --le dijo a Nan, que había salido a estar con él después de que mamá y papá se fueron.

-¡Cascarrabias! -dijo Nan. Pero antes de irse corriendo dejó sobre el escalón, junto a él, el rojo caramelo con forma de león, que le había traído.

Jem lo ignoró. Se sentía más maltratado que nunca. No lo trataban bien. Todos lo atormentaban. ¿No había dicho Nan, esa misma mañana: *"Tú* no naciste en Ingleside, como el resto de nosotros"? Antes del mediodía, Di se había comido su conejito de chocolate, aun sabiendo que era *suyo.* Hasta Walter lo había abandonado, para irse a cavar pozos en la arena con Ken y Persis Ford. ¡Qué divertido! Y él deseaba tanto ir con Bertie a ver el tatuaje... Jem estaba seguro de que nunca antes en toda su vida había deseado algo tanto como esto. Quería ver el maravilloso barco todo aparejado que Bertie decía que había en la repisa del hogar del capitán Bill. Era una lástima espantosa, eso era.

Susan le llevó un gran pedazo de torta cubierta con azucarado de arce y nueces, pero Jem había dicho "No, gracias", estoicamente. ¿Por qué Susan no le había guardado un poco del pan de jengibre con crema batida? Seguro que los demás se lo habían comido todo. ¡Cerdos! Se hundió en un pozo más profundo de pesar. Sus amigos estarían en camino a Harbour Mouth ya. No podía soportar ni el pensarlo. *Tenía* que hacer algo para vengarse. ¿Y si le hacía tajos a la jirafa de aserrín de Di sobre la alfombra de la sala? Susan se pondría loca con eso. Susan, con sus nueces, cuando sabía muy bien que él odiaba las nueces en las coberturas de las tortas. ¿Y si le dibujaba

un bigote a la imagen del querubín en el calendario del cuarto de Susan? Él siempre había odiado ese querubín gordo, rosado y sonriente porque era idéntico a Sissy Flagg, que había dicho en toda la escuela que Jem Blythe era su novio. ¡Su novio! ¡El novio de Sissy Flagg! Pero a Susan el querubín le parecía precioso.

¿Y si le arrancaba el cuero cabelludo a la muñeca de Nan? ¿O le quebraba la nariz a Gog o a Magog... o a los dos? Tal vez así mamá se diera cuenta de que él ya no era un nenito. Que esperara a que llegara la primavera. Él le había traído anémonas durante años y años y años, desde que tenía cuatro, pero la primavera siguiente no le traería. ¡No, señor!

¿Y si se comía una gran cantidad de las manzanitas verdes del árbol joven, y se enfermaba mucho? Tal vez *así* se asustarían. ¿Y si no volvía a lavarse detrás de las orejas? ¿O si el domingo próximo le hacía muecas a todo el mundo en la iglesia? ¿Y si le ponía encima un gusano a la tía Mary Maria, un gusano grande, rayado, peludo? ¿Y si se escapaba al puerto y se escondía en el barco del capitán David Reese y zarpaba por la mañana camino a América del Sur? ¿Lo sentirían, entonces? ¿Y si no volvía nunca? ¿Y si se iba a cazar jaguares a Brasil? ¿Lo sentirían entonces? No, seguro que no.

Nadie lo quería. Tenía un agujero en el bolsillo del pantalón. Nadie se lo había cosido. Bien, *a él no* le importaba. Le mostraría el agujero a todo el mundo en Glen para que la gente supiera lo poco que lo cuidaban. Sus agravios salieron a la superficie y lo abrumaron.

Tictac... tictac... tictac... hacía el gran reloj de pie de la sala, que habían llevado a Ingleside luego de la muerte del abuelo Blythe... Un reloj deliberadamente viejo que databa de la época en la que había eso llamado tiempo. A Jem en general le encantaba, pero ahora lo odiaba. Le parecía que se reía de él: "Ja, ja, se acerca la hora de acostarse. Los otros chicos pueden ir a Harbour Mouth, pero tú te vas a la cama. ¡Ja, ja... ja, ja... ja, ja!"

¿*Por qué* tenía que irse a la cama todas las noches? Sí, ¿por qué?

Susan salió, camino a Glen, se acercó y miró con ternura a la pequeña figura rebelde.

—No tienes por qué acostarte hasta que yo regrese, pequeño Jem --4e dijo, indulgente.

-¡Yo no voy a acostarme esta noche! -dijo Jem, con violencia-. Voy a escaparme, eso es lo que voy a hacer, vieja Susan Baker. Voy a ir y voy a tirarme al estanque, vieja Susan Baker.

A Susan no le gustaba que le dijeran vieja, ni siquiera el pequeño Jem. Se alejó en un adusto silencio. Sí, le hacía falta un poco de disciplina. Camarón, que había salido con ella de la casa y tenía ganas de compañía, se sentó sobre las nalgas delante de Jem, pero sólo recibió una mirada airada a modo de respuesta.

--¡Fuera! ¡Sentado ahí, mirándome como la tía Mary Maria! ¡Fuera! Ah, ¿no te vas, eh? ¡Toma, entonces!

Jem le tiró la pequeña carretilla de lata de Shirley, que estaba cerca, y Camarón salió corriendo con un miau de queja hacia el refugio del seto de eglantinas. ¡Miren eso! ¡Hasta el gato de la familia lo odiaba! ¿Qué sentido tenía seguir viviendo?

Recogió el león de caramelo. Nan le había comido la cola y casi todo el cuarto trasero, pero seguía siendo un león. Podía comérselo. Podría ser el último león que comiera en la vida. Para cuando terminó el león y se chupó los dedos, Jem había tomado una decisión sobre qué hacer. Era lo único que uno podía hacer cuando a uno no lo dejaban hacer *nada.*

¿Por qué está la casa toda iluminada? -exclamó Anne, cuando llegaba con Gilbert al portón, a las once de la noche-. Habrán venido visitas.

Pero no había visitas a la vista cuando Anne entró corriendo en la casa. No había nadie más visible. Había luz en la cocina, en la sala, en la biblioteca, en el comedor, en la habitación de Susan y en el hall de arriba, pero no había señales de ningún ocupante.

"¿Qué puede...? -comenzó a decir Anne, pero fue interrumpida por el timbre del teléfono.

Gilbert contestó, escuchó un momento, lanzó una exclamación de horror y salió disparado sin siquiera una mirada hacia Anne. Evidentemente había sucedido algo espantoso y no había tiempo que perder en explicaciones.

Anne estaba acostumbrada a esto, como debe estarlo la esposa de un hombre que convive con la vida y con la muerte. Con un filosófico encogerse de hombros, se quitó el abrigo y el sombrero. Estaba algo enojada con Susan, que verdaderamente no tendría que haber salido dejando todas las luces encendidas y todas las puertas abiertas.

-Mi...querida... señora -dijo una voz que no podía ser la de Susan, pero sí lo era.

Anne miró a Susan. Susan sin sombrero, con los cabellos grises llenos de briznas de heno, y el vestido estampado sucio y descolorido. ¡Y la cara!

¡Susan! ¿Qué pasó? ¡Susan!

-El pequeño Jem ha desaparecido.

-¡Desaparecido! Anne se quedó mirándola, sin expresión. ¿Qué quiere decir? ¡No puede haber desaparecido!

-Sí --jadeó Susan, retorciéndose las manos-. Estaba en los escalones laterales cuando me fui a Glen. Volví antes de que oscureciera, y no estaba allí. Al principio no me asusté, pero no pude encontrarlo por ningún lado. Busqué en todos los cuartos de la casa... El dijo que iba a escaparse...

--¡Tonterías! No haría semejante cosa, Susan. Se ha preocupado innecesariamente. Tiene que estar en algún lado... o se habrá quedado dormido... *Tiene* que estar en algún lado.

—Lo busqué en todas partes, en todas partes. Rastreé el terreno y los cobertizos. Míreme el vestido. Recordé que él siempre decía que sería divertido dormir en el granero. Allí fui.., y me caí por el agujero del rincón sobre un montón de paja... y sobre un nido con huevos. Es una suerte que no me haya roto una pierna... si es que puede decirse que algo es una suerte cuando el pequeño Jem está perdido.

Annie seguía negándose a asustarse.

-¿Le parece que, después de todo, se habrá ido a Harbour Mouth con los otros chicos, Susan? Jamás ha desobedecido una orden, pero...

-No, mí querida señora, no... la inocente criaturita no ha desobedecido. Fui corriendo a lo de los Drew después de buscar en todos lados, y Bertie Shakespeare acababa de llegar a su casa. Me dijo que Jem no había ido con ellos. Se me estrujó el corazón. Usted me lo había confiado a mí y... Llamé a lo de los Paxton y me dijeron que ustedes habían estado allí pero que ya se habían ido y no sabían adónde.

-Fuimos hasta Lowbridge a visitar a los Parker...

---Llamé a todos los lugares donde pensé que pudieran estar. Luego volví al pueblo... Los hombres -han comenzado la búsqueda.

--Ah, Susan, ¿era necesario?

-Mi querida señora, busqué en todas partes, en cualquier lugar donde pudiera estar una criatura. ¡Ay, por lo que he pasado esta noche! Y él dijo que iba a tirarse al estanque...

A pesar de sí misma, un escalofrío hizo estremecer a Anne. Por supuesto que Jem no se tiraría al estanque... era una tontería... pero en el estanque había un viejo bote que Carter Flagg usaba para salir a pescar truchas, y en su arranque desafiante de la tarde, Jem podría haber intentado navegar por el estanque en él... muchas veces había querido hacerlo... hasta podía haber caído al estanque tratando de desatar el bote. Súbitamente, el miedo asumió una forma espantosa. "Y no tengo la menor idea de adónde fue Gilbert", pensó, perturbada.

¿A qué se debe todo este alboroto? -preguntó la tía Mary Maria, apareciendo de pronto en la escalera, con la cabeza rodeada por un halo de pinzas y el cuerpo envuelto en una bata con bordado de dragones-. ¿Será posible que en, esta casa jamás se pueda dormir tranquila?

-El pequeño Jem ha desaparecido -volvió a decir Susan, demasiado atrapada en las garras del terror como para resentirse por el tono de la señorita Blythe-. Su madre me lo confió...

Anne había ido a revisar ella misma la casa. ¡Jem tenía que estar en algún lado! No estaba en su dormitorio la cama no había sido tocada... No estaba en el dormitorio de las mellizas, ni en el de ella... No estaba... no estaba en ninguna parte de la casa. Anne, después de un peregrinaje desde la buhardilla hasta el sótano, volvió a la sala en un estado que se aproximaba mucho al pánico.

No quiero ponerte nerviosa, Anne -dijo la tía Mary Maria, bajando la voz tétricamente-, pero, ¿te fijaste en el tanque del agua de lluvia? El año pasado, el pequeño Jack MacGregor se ahogó en un tanque de agua de lluvia, en la ciudad.

Yo... yo me fijé -dijo Susan, retorciéndose otra vez las manos-. Yo... llevé un palo y revisé el fondo...

El corazón de Anne, que se había paralizado con la pregunta de la tía Mary Maria, retomó su actividad. Susan logró controlarse y dejó de retorcerse las manos. Había recordado demasiado tarde que no había que preocupar a la querida señora.

"Debemos tranquilizarnos y controlarnos -dijo, con voz temblorosa-. Como usted dice, mi querida señora, *tiene* que estar en alguna parte. No pudo haberse disuelto en el aire.

¿Se fijaron en la carbonera? ¿Y en el reloj? -preguntó la tía Mary Maria.

Susan se había fijado en la carbonera pero a nadie se le había ocurrido pensar en el reloj. Era lo bastante grande como para que un niño pequeño se ocultara en él. Anne, sin pensar en lo absurdo de suponer que Jem pudiera haber estado acurrucado allí durante cuatro horas, corrió a ver. Pero Jem no estaba en el reloj.

-*Yo sentí* que iba a suceder algo cuando me fui a acostar esta noche -dijo la tía Mary Maria, llevándose las manos a las sienes-. Cuando leí mi capítulo de la *Biblia,* como todas las noches, las palabras "No sabes lo que deparará cada día" parecieron saltar a los ojos desde la hoja. Fue una señal. Será mejor que te prepares para lo peor, Anne. Pudo haberse ido hasta el pantano. Es una lástima que no tengamos algunos sabuesos.

Con un tremendo esfuerzo, Anne consiguió reír. -Me temo que no hay ninguno en la Isla, tía. Si tuviéramos el viejo setter de Gilbert, Rex, que fue envenenado, él enseguida encontraría a Jem. Estoy segura de que estamos alarmándonos por nada...

-Tommy Spencer, de Carmody, desapareció misteriosamente hace cuarenta años y jamás lo encontraron... ¿o sí? Bueno, si lo hallaron, fue sólo su esqueleto. No es para reírse, Annie. No sé cómo puedes tomarlo con tanta calma.

Sonó el teléfono. Anne y Susan se miraron.

-No puedo... *no puedo* contestar, Susan -dijo Anne en un susurro.

-Yo tampoco puedo -dijo Susan, sin más. Se odiaría toda la vida por dar muestras de semejante debilidad ante Mary Maria Blythe, pero no podía evitarlo. Dos horas de una búsqueda llena de terror y fantasías distorsionadas habían convertido a Susan en una ruina.

La tía Mary Maria avanzó hacia el teléfono y levantó el auricular. Sus rizos dibujaron una silueta con cuernos contra la pared, y a pesar de su angustia, Susan pensó que le habían dado el aspecto de Satanás en persona.

-Carter Flagg dice que han buscado por todas partes pero todavía no hay señales de él -- informó la tía Mary Maria con frialdad-. Pero dice que el bote está suelto en medio del estanque y

que no hay nadie adentro, hasta donde pueden ver. Van a dragar el estanque.

Susan sostuvo a Anne justo a tiempo.

--No... no... no me voy a desmayar, Susan --dijo Anne a través de unos labios blancos-. Ayúdeme a llegar a una silla... gracias. Tenemos que encontrar a Gilbert.

-Si James se ahogó, Annie, debes recordar que se ha salvado de mucho sufrimiento en este desdichado mundo -dijo la tía Mary Maria a manera de consuelo.

Voy a traer la linterna para volver a buscar por afuera -dijo Anne apenas pudo ponerse de pie-. Sí, Susan, ya sé que usted ya lo hizo, pero déjeme... déjeme. *No puedo* quedarme sentada esperando.

Entonces, póngase un suéter, mi querida señora. Hay mucho rocío y el aire está húmedo. Voy a traerle el suéter rojo... Está colgado en una silla en el dormitorio de los muchachos. Espere aquí a que se lo traiga.

Susan corrió escaleras arriba. Unos minutos después, algo que podría describirse como un alarido resonó en Ingleside. Anne y la tía Mary Maria subieron corriendo y arriba encontraron a Susan riendo y llorando en el hall, más cerca de la histeria de lo que Susan Baker había estado jamás en toda su vida.., o volvería a estar.

"Mi querida señora... ¡está ahí! El pequeño Jem está ahí... dormido en el asiento de la ventana, detrás de la puerta. No se me ocurrió fijarme ahí, la puerta lo ocultaba, y como no estaba en la cama...

Anne, debilitada por el alivio y la alegría, entró en el dormitorio y cayó de rodillas junto al asiento de la ventana. Pronto ella y Susan se echarían a reír por su propia tontería, pero ahora no podía haber más que lágrimas de agradecimiento. El pequeño Jem estaba profundamente dormido sobre el asiento, tapado con una manta, con su gastado osito de peluche apretado entre las manitas bronceadas por el sol y un nada rencoroso Camarón estirado encima de sus piernas. Sus rizos rojos caían sobre el almohadón. Parecía estar en medio de un sueño placentero, y Anne no quiso despertarlo. Pero de pronto, él abrió los ojos, que eran como estrellas color avellana, y la miró.

-Jem, querido, ¿por qué no estás en tu cama? Nos... nos asustamos... No podíamos encontrarte por ningún lado y... y no se nos ocurrió buscarte aquí...

-Quería estar aquí porque así podría verlos a ti ya papá cuando llegaran a casa. Me sentí tan solito que tuve que venir a acostarme.

Mamá lo tomó en sus brazos y lo llevó a su cama. Vra tan lindo que lo besara, sentir que lo arropaba con caricias y palmaditas que le hacían sentir que lo querían. ¿Qué importancia tenía ponerse a mirar cómo alguien tatuaba una vieja serpiente? Mamá era tan buena... la mejor mamá del mundo. A la madre de Bertie Shakespeare, todo el mundo en Glen le decía "Señora Bruja", porque era tan mala, y él sabía, porque lo había visto, que le daba sopapos a Bertie por cualquier cosa.

"Mamá -dijo semidormido-, claro que te voy a traer anémonas la primavera próxima, y todas las primaveras. Puedes confiar en mí.

-Por supuesto que sí, mi amor -{lijo mamá.

-Bien, ya que todos han solucionado sus inquietudes, supongo que podemos respirar en paz y retirarnos a nuestras habitaciones -dijo la tía Mary Maria. Pero había una especie de malhumorado alivio en su tono.

-Fue una tontería de mi parte no recordar el asiento de la ventana -dijo Anne-. Hemos salido chasqueadas, y el doctor no permitirá que lo olvidemos, puedes estar segura. Susan, por favor, llame al señor Flagg y avísele que hemos encontrado a Jem.

-¡Cómo se va a reír de mí! --dijo Susan, contenta-. No es que me importe... que se ría todo lo que quiera ahora que el pequeño Jem está a salvo.

-Me gustaría tomar una taza de té -dijo en un suspiro la tía Mary Maria, con tono quejoso y envolviendo sus enjutas formas en los dragones.

-No demoro nada --dijo Susan en seguida-. A las tres nos vendrá bien una taza de té.

Después de hablar por teléfono, Susan dijo:

-"Mi querida señora, cuando el señor Flagg oyó que el pequeño Jem estaba bien, dijo: "Gracias a Dios". No volveré a decir ni una palabra contra ese hombre, cobre lo que cobrare. ¿Y no le parece que podríamos comer pollo mañana, mi querida señora? A modo de pequeña celebración, digamos. Y el pequeño Jem tendrá sus bollitos preferidos para el desayuno.

Hubo otra llamada telefónica, de Gilbert esta vez, para avisar que llevaba a un niño quemado, de Harbour Head, al hospital de la ciudad y que no lo esperaran hasta el día siguiente.

Anne se inclinó sobre el alféizar de su ventana para dirigir una agradecida última mirada nocturna al mundo antes de irse a la cama. Soplaba un viento fresco desde el mar. Una especie de éxtasis iluminado por la Luna recorría los árboles del Pozo. Anne podía hasta reír, con un estremecimiento detrás de la risa, por el pánico de una hora atrás y las absurdas sugerencias y tétricos recuerdos de la tía Mary Maria. Su hijo estaba a salvo... Gilbert luchaba en algún lado para salvar la vida de otro niño... *Dios querido, ayúdalo y ayuda a la madre... ayuda a todas las madres en todas partes del mundo. Necesitamos tanta ayuda, teniendo a esos corazoncitos y esas almitas tan sensibles, tan llenas de amor, que buscan en nosotras la guía, el amor y la comprensión.*

La noche envolvente y amiga se apoderó de Ingleside y todos, incluso Susan, que sentía que querría meterse en algún agujerito tranquilo y pagar su culpa de alguna manera, se quedaron dormidos bajo la protección de su techo.

7

-Tendrá mucha compañía, no se sentirá solo... los cuatro nuestros, y nos visitarán mi sobrina y mi sobrino de Montreal. Lo que no se le ocurre a uno se le ocurre a los demás.

La grande, afable y alegre esposa del doctor Parker le dirigió una amplia sonrisa a Walter... que la retribuyó no sin algo de reserva. No estaba demasiado seguro de que le gustaba la señora Parker, a pesar de sus sonrisas y su jovialidad. Era enorme. El doctor Parker sí le gustaba. En cuanto a "los cuatro nuestros" y la sobrina y el sobrino de Montreal, Walter no los había visto jamás. Lowbridge, donde vivían los Parker, quedaba a diez kilómetros de Glen, y Walter nunca había estado allí, aunque el doctor Parker y señora y el doctor Blythe y señora se visitaban con frecuencia. El doctor Parker y papá eran grandes amigos, aunque Walter a veces tenía la sensación de que a mamá no le importaría en absoluto prescindir de la señora Parker. Con sus seis años --y Anne lo sabía-, Walter percibía cosas que otros chicos no percibían.

Walter tampoco estaba muy seguro de que en realidad quisiera ir a Lowbridge. Algunas visitas eran espléndidas. Un viaje a Avonlea, por ejemplo... ¡ah, eso sí que era divertido! Y pasar la noche con Kenneth Ford en la antigua Casa de los Sueños era todavía más divertido... aunque *eso* no podía considerarse una visita, porque la Casa de los Sueños siempre había sido una especie de segundo hogar para los chiquillos de Ingleside. Pero ir a Lowbridge por dos semanas

enteras, entre extraños, era un asunto muy diferente. Sin embargo, parecía cosa decidida. Por alguna razón que Walter no alcanzaba a comprender, papá y mamá estaban contentos con el plan. "¿Querrán deshacerse de *todos* sus hijos?", se preguntó Walter, algo triste e inquieto. Jem no estaba, pues se lo habían llevado a Avonlea hacía dos días, y él había oído a Susan haciendo misteriosos comentarios sobre "enviarle las mellizas a la señora de Marshall Elliott cuando llegara el momento". ¿Qué momento? La tía Mary Maria parecía muy sombría por algo y se la había oído decir que "ojalá todo hubiera terminado ya". ¿Ojalá que *qué* hubiera terminado? Walter no tenía idea. Pero había algo extraño en el aire en Ingleside.

-Lo llevaré mañana -dijo Gilbert.

-Mis hijos estarán muy entusiasmados -dijo la señora Parker.

-Es muy gentil de su parte, de verdad --dijo Anne.

-Es mejor así, sin duda -le dijo Susan a Camarón, en la cocina.

-Es muy generoso de parte de la señora Parker quitarte a Walter de las manos, Annie -dijo la tía Mary Maria cuando los Parker se fueron-. Me dijo que lo quería mucho. La gente es rara, ¿no? Bien, ahora tal vez al menos por dos semanas podré entrar en el baño sin tropezar con un pez muerto.

-¡Un pez muerto, tía! ¡No me diga...!

Digo exactamente lo que tengo intenciones de decir. Siempre lo hago. ¡Un pez muerto! ¿Alguna vez tú pisaste un pez muerto con los pies descalzos?

- Noo... pero, cómo...

--Mi querida señora, anoche Walter pescó una trucha y la puso en la bañera para mantenerla con vida -dijo Susan, restándole importancia-. Si se hubiera quedado ahí, todo habría estado bien, pero no sé cómo se salió y se murió durante la noche. Claro que si la gente anda por ahí descalza...

-Tengo por norma no discutir con la gente -dijo la tía Mary Maria. Se levantó y salió de la habitación.

-*Y yo* estoy decidida a no dejarme insultar por ella, mi querida señora -dijo Susan.

-Ah, Susan, a mí también me exaspera un poco, pero no me molestará tanto cuando todo esto haya pasado... y ha de ser *feísimo* pisar un pez muerto.

¿No es mejor un pez muerto que uno vivo, ma mi? Un pez muerto no se retuerce -dijo Di.

Dado que hay que decir la verdad a toda costa, debe admitirse que la señora y la doméstica de Ingleside rieron las dos.

Y así estaban las cosas. Pero esa noche Anne le preguntó a Gilbert si pensaba que Walter estaría bien en Lowbridge.

-Es tan sensible y tan imaginativo... -dijo, preocupada.

-Demasiado -dijo Gilbert, que estaba cansado después de, como decía Susan, "haber tenido tres niños ese día"-. Caramba, Anne, tengo entendido que a ese pequeño le da miedo subir la escalera en la oscuridad. Le va a hacer muchísimo bien convivir con los críos de los Parker unos días. Volverá hecho otro niño.

Anne no dijo nada más. Sin duda, Gilbert tenía razón. Walter estaba muy solo sin Jem y, en vista de lo sucedido cuando nació Shirley, sería conveniente que Susan tuviera que ocuparse de la menor cantidad posible de cosas además de la casa y de soportar a la tía Mary Maria... cuyas dos semanas ya se habían extendido a cuatro.

Walter estaba tendido despierto en su cama tratando de eludir, mediante el recurso de darle rienda suelta a su imaginación, el terrible pensamiento de que al día siguiente se iría. Walter tenía una imaginación muy vívida. Para él, un gran corcel blanco, como el de la foto de la pared,

era un caballo sobre el que podía galopar hacia atrás y hacia adelante en el tiempo y el espacio. La Noche se acercaba... La Noche, como un ángel alto, oscuro, con alas de murciélago, que vivía en los bosques del señor Andrew Taylor en la colina del sur. A veces Walter la esperaba... a veces se la imaginaba tan vívidamente, que comenzaba a temerle. Walter dramatizaba y personificaba todo en su pequeño mundo... el Viento, que le contaba historias por la noche... la Helada, que escarchaba las flores del jardín... el Rocío, que caía plateada y silenciosamente... la Luna, que, estaba seguro, él podría agarrar si pudiera subir a la cumbre de aquella lejana colina púrpura... la Niebla, que venía del mar... el gran Mar, que siempre cambiaba y no cambiaba nunca... la oscura y misteriosa Marea... Eran todos entes para Walter. Ingleside, el Pozo, el bosque de arces, el Pantano y la costa del puerto estaban llenos de duendes, ninfas, dríadas, sirenas y gnomos. El gato de yeso negro de la repisa del hogar era una bruja. Cobraba vida por las noches y rondaba por la casa, enorme. Walter metía la cabeza debajo de la ropa de cama y se estremecía. Siempre se asustaba con sus propias fantasías.

Tal vez la tía Mary Maria tenía razón cuando decía que era "demasiado nervioso e impresionable", aunque Susan jamás le perdonaría haber dicho eso. Tal vez la tía Kitty MacGregor, de Upper Glen (de quien se decía que tenía "clarividencia"), tuvo razón cuando, una vez que miró profundamente los ojos gris humo, de largas pestañas, de Walter, dijo que "tiene un alma vieja en un cuerpo joven". Podría ser que la vieja alma supiera demasiadas cosas que no siempre el joven cerebro podía comprender.

Por la mañana, le dijeron a Walter que papá lo llevaría a Lowbridge después de comer. El no dijo nada pero durante la comida tenía una horrible sensación de ahogo y tuvo que bajar rápidamente los ojos para ocultar una súbita niebla de lágrimas. Pero no fue lo bastante rápido.

-No irás a *llorar*, Walter -dijo la tía Mary Maria, como si para una criaturita de seis años llorar implicara el bochorno eterno-. Si hay algo que desprecio es un niño llorón. Y no comiste la carne.

-Dejé sólo la grasa -dijo Walter, parpadeando con valentía pero sin atreverse a levantar la mirada-. No me gusta la grasa.

-Cuando yo era pequeña -dijo la tía Mary Maria- no se me permitía tener preferencias. Bien, probablemente la señora Parker te cure de algunas de tus manías. Es una Winter, creo, ¿o una Clark...? No, tiene que ser una Campbell. Pero los Winter y los Campbell están todos cortados por la misma tije**ra** y no toleran las tonterías.

-Ah, por favor, tía Mary Maria, no asuste a Walter con su visita a Lowbridge -dijo Anne, con un destello oculto a medias en lo profundo de los ojos.

-Perdóname, Annie -dijo la tía Mary Maria con gran humildad-. Yo tendría que recordar, por supuesto, que no tengo ningún derecho a enseñarles *nada a* tus hijos.

-Maldita sea --murmuró Susan. Y se levantó para ir a buscar el postre: budín a la reina, el preferido de Walter. Anne se sentía terriblemente culpable. Gilbert le había dirigido una mirada de ligero reproche como queriendo decir que podría haber sido más paciente con una pobre anciana solitaria. Gilbert mismo estaba un poquito harto. La verdad, como sabía todo el mundo, era que había trabajado en exceso todo el verano, y tal vez la tía Mary Maria era una tensión extra, aunque él no quisiera admitirlo. Anne decidió que para el otoño, si todo iba bien, lo enviaría, quisiera él o no, a cazar agachadizas en Nova Scotia durante un mes.

¿Cómo está su té? --le preguntó, arrepentida, a la tía Mary Maria.

La tía Mary Maria frunció los labios.

-Demasiado liviano. Pero no importa. ¿A quién le importa que una pobre vieja tome el té como le gusta? Sin embargo, hay gente que piensa que soy una compañía agradable.

Fuera cual fuere la relación entre las dos oraciones de la tía Mary Maria, Anne sintió que no se sentía con ánimo de averiguarlo en ese momento. Se había puesto muy pálida.

-Creo que subiré a recostarme -dijo, débilmente, y se levantó de la mesa-. Y creo, Gilbert, que sería mejor que no te demoraras en Lowbridge... y de paso, podrías llamar a la señorita Carson.

Se despidió de Walter con un beso algo fugaz y apresurado... como si no estuviera pensando en él en absoluto. Walter *no iba a* llorar. La tía Mary Maria le dio un beso en la frente (Walter odiaba que le dieran besos húmedos en la frente), y dijo:

-Cuida los modales en la mesa cuando estés en Lowbridge, Walter. No seas glotón. Si lo eres, vendrá un Gran Hombre Negro con una gran bolsa negra donde se lleva a los niños que se portan mal.

Era una suerte que Gilbert hubiera salido a ensillar a Grey Tom y no hubiera oído lo anterior. *Él* y Anne siempre habían hecho hincapié en no asustar a sus hijos con esas cosas, ni permitir que ninguna otra persona lo hiciera. Susan lo oyó mientras levantaba la mesa y la tía Mary Maria jamás supo cuán cerca estuvo de que le tiraran por la cabeza la salsera y lo que ésta contenía.

8

Por lo común, a Walter le gustaba salir a pasear con su padre. Amaba la belleza, y los caminos de los alrededores de Glen St. Mary eran hermosos. El camino a Lowbridge era una cinta doble de botones de oro danzarines con uno que otro borde de verdes helechos que delimitaban a algún invitador bosquecito. Pero hoy papá no parecía tener muchas ganas de charlar y condujo a Grey Tonz como Walter no recordaba que lo hubiera conducido antes. Cuando llegaron a Lowbridge, le dijo unas pocas apresuradas palabras en privado a la señora Parker y se fue sin despedirse de Walter. A Walter otra vez le fue muy difícil contener las lágrimas. Era demasiado evidente que nadie lo quería. Antes mamá y papá lo habían querido, pero ya no.

La grande y desprolija casa de Lowbridge no le pareció amistosa a Walter. Pero tal vez ninguna casa pudiera parecérselo en esos momentos. La señora Parker lo llevó al patio del fondo, donde resonaban los gritos de una ruidosa algarabía, y le presentó a los niños que parecían llenarlo. Luego volvió de prisa a su costura, dejándolos "que se hagan amigos solos...", procedimiento que solía funcionar muy bien en nueve de cada diez casos. Quizá no habría que culparla por no haberse dado cuenta de que Walter Blythe era el décimo. Le gustaba el muchachito, sus propios hijos eran divertidos, Fred y Opal tendían a darse aires de gran ciudad, por venir de Montreal, pero ella estaba segura de que no serían malos con nadie. Todo iría bien. Se alegraba tanto de poder ayudar a "la pobre Anne Blythe", aunque más no fuera sacándole de entre las manos a uno de sus hijos. La señora Parker esperaba que "todo saliera bien". Los amigos de Anne se preocupaban mucho más por Anne que ella misma, pues recordaban el nacimiento de Shirley.

Un súbito silencio se había apoderado del patio del fondo... patio que daba a un grande y frondoso manzanar. Walter se quedó de pie allí, mirando grave y tímidamente a los niños Parker y a sus primos Johnson, de Montreal. Bill Parker tenía diez años, era un chiquillo colorado, de

cara redonda, que "salía" a la madre y parecía muy viejo y grande a los ojos de Walter. Andy Parker tenía nueve, y los chicos de Lowbridge le habrían dicho a cualquiera que era "el malo de los Parker" y su apodo era "Cerdo", con mucha razón. A Walter no le cayó bien desde el principio: sus cabellos rubios y pajizos, la desagradable cara llena de pecas, los saltones ojos azules. Fred Johnson era de la edad de Bill, y a Walter tampoco le gustó, aunque era un muchachito bien parecido con rizos castaños y ojos negros. Su hermana de nueve años, Opal, tenía rizos y ojos negros también... ojos negros de expresión dura. Rodeaba con el brazo a Cora Parker, una rubia de ocho años, y las dos miraban a Walter con aire condescendiente. De no haber sido por Alice Parker, era muy posible que Walter hubiera girado en redondo y se hubiera ido corriendo.

Alice tenía siete años; Alice tenía la cabeza cubierta de los más hermosos rizos dorados; Alice tenía ojos tan azules y tan suaves como las violetas del Pozo; Alice tenía mejillas rosadas y con hoyuelos; Alice tenía un vestidito amarillo con puntillas con el que parecía un botón de oro danzarín; Alice le sonrió como si lo hubiera conocido de toda la vida; Alice era su amiga.

Fred abrió la conversación.

-Hola, hijo -dijo, condescendiente.

Walter sintió la condescendencia de inmediato y se replegó en sí mismo.

-Mi nombre es Walter -dijo con claridad.

Fred se volvió a los otros con un bien imitado aire de asombro. ¡Él le enseñaría a este chico del campo!

-Dice que su nombre es *Walter -le* dijo a Bill con una cómica mueca.

-Dice que su nombre es *Walter* -le dijo a su vez Bill a Opal.

-Dice que su nombre es *Walter* -4e dijo Opal al encantado Andy.

-Dice que su nombre es *Walter* --le dijo Andy a Cora.

-Dice que su nombre es *Walter* --le dijo Cora, riendo, a Alice.

Alice no dijo nada. Se limitó a mirar a Walter con admiración, y su mirada le permitió a él soportar el que todos los demás corearan juntos: "Dice que su nombre es *Walter", y* luego estallaran en carcajadas de risa despectiva.

-¡Cómo se divierten los chicos! -pensó, complacida, la señora Parker mientras seguía con sus fruncidos.

-0í decir a mamá que creías en las hadas --dijo Andy, mirándolo con insolencia.

Walter le mantuvo la mirada. No se dejaría amilanar delante de Alice.

-Las hadas *existen* -dijo, resueltamente.

-No existen --dijo Andy.

-*Existen* –dijo Walter.

-Dice que las hadas *existen* -le dijo Andy a Fred.

-Dice que las hadas *existen* -le dijo Fred a Bill, y volvieron a repetir la actuación anterior.

Para Walter fue una tortura. Jamás antes se habían burlado de él, y no podía tolerarlo. Se mordió los labios para contener las lágrimas. No debía llorar frente a Alice.

¿Te gustaría que te pellizcaran? -preguntó Andy, que había considerado que Walter era una mujercita y que sería divertido mofarse de él.

-¡Cerdo! ¡Cállate! -ordenó Alice, de una manera terrible, muy terrible, aunque muy suave, dulce y gentilmente. Había algo en su tono que ni siquiera Andy podía ignorar.

-No lo dije en serio -murmuró, avergonzado.

El viento viró apenas a favor de Walter y jugaron muy amablemente a la mancha en el manzanar. Pero cuando ruidosamente entraron en la casa para la cena, Walter se sintió otra vez abrumado por las ganas de estar en su casa. Fue tan espantoso, que por un horrible momento

temió ponerse a llorar delante de todos... hasta de Alice que, sin embargo, le dio un codazo tan amistoso en el brazo cuando se sentaron a la mesa, que lo ayudó. Pero no podía comer nada, sencillamente no podía comer. La señora Parker, cuyos métodos no estaban del todo mal, no le dijo nada, pues había llegado a la cómoda conclusión de que por la mañana le mejoraría el apetito, y los otros estaban demasiado ocupados en comer'y charlar para ocuparse mucho de él.

Walter se preguntó por qué toda la familia hablaba a los gritos, ignorando el hecho de que todavía no habían tenido tiempo de dejar la costumbre desde la muerte de una abuela muy sorda, sensible y vieja. El ruido le dio dolor de cabeza. Ah, en casa ahora también estarían cenando. Mamá sonreiría desde la cabecera de la mesa, papá bromearía con las mellizas, Susan le pondría crema a la leche de Shirley, Nan le daría comida a escondidas a Camarón. Hasta la tía Mary Maria, como parte del círculo familiar, pareció de pronto investida con un halo suave y tierno. ¿Quién habría hecho sonar el gong chino para la cena? Esta semana le tocaba a él, y Jem no estaba. ¡Si pudiera encontrar un lugar donde llorar! Pero no parecía haber ningún lugar donde abandonarse a las lágrimas en Lowbridge. Además... estaba Alice. Walter bebió de un trago un vaso lleno de agua helada y descubrió que eso lo ayudaba.

-A nuestro gato le dan ataques -dijo Andy de pronto, pateándolo por debajo de la mesa.

-Al nuestro también -dijo Walter. Camarón había tenido dos ataques. Y él no iba a permitir que se dijera que los gatos de Lowbridge eran mejores que los gatos de Ingleside.

-Apuesto a que a nuestro gato le dan ataques más atacados que al tuyo --lo provocó Andy.

-Apuesto a que no -replicó Walter.

- Bueno, bueno, no discutamos por los gatos - dijo la señora Parker, que quería tener una velada `tranquila para poder escribir su artículo sobre "Niños incomprendidos", para el instituto-. Vayan a jugar. No falta mucho para la hora de acostarse.

¡Acostarse! Walter de pronto se dio cuenta de que tendría que quedarse allí toda la noche... muchas noches... dos semanas de noches. Era espantoso. Salió al manzanar con los puños apretados y encontró a Bill y Andy trenzados en una feroz pelea sobre el césped, pateándose, arañándose, gritando.

-¡Me diste la manzana con el gusano, Bill Parker! -rugía Andy-. ¡Yo te voy a enseñar a darme manzanas con gusanos! ¡Te voy a arrancar las orejas! Peleas como ésta eran cosa de todos los días entre los Parker. La señora Parker sostenía que a los varones no les hacía daño pelear. Decía que les sacaba mucha diablura de adentro y que después quedaban tan buenos amigos como siempre. Pero Walter nunca había visto a nadie peleándose, y quedó estupefacto.

Fred los alentaba, Opal y Cora reían, pero había lágrimas en los ojos de Alice. Walter no podía soportar esto último. Se tiró sobre los combatientes, que se habían apartado por un momento para tomar aliento antes de reanudar la lucha.

-Dejen de pelear -dijo Walter-. Están asustando a Alice.

Bill y Andy lo miraron asombrados por un momento, hasta que lo gracioso de que este chiquillo interfiriera en su pelea se hizo evidente. Los dos estallaron en una carcajada, y Bill le dio una palmada en la espalda.

-Hay que tener coraje, muchachos -dijo-. Va a ser todo un hombrecito, si lo dejan crecer. Aquí tienes una manzana... y ésta no tiene gusano.

Alice se secó las lágrimas de sus suaves mejillas rosadas y miró a Walter con una mirada tan llena de adoración, que a Fred no le gustó. Claro que Alice no era más que una niña pequeña, pero ni siquiera las niñas pequeñas tenían por qué mirar con adoración a otros muchachos cuando él, Fred Johnson, de Montreal, estaba presente. Había que hacer algo al respecto. Fred había entrado en la casa y había oído a la tía Jen, que había estado hablando por teléfono, decirle algo al

tío Dick.

-Tu madre está horriblemente enferma -le dijo a Walter.

— ¡No... no es cierto! -exclamó Walter.

-Está enferma. Oí a la tía Jen cuando se lo contaba al tío Dick. - Fred había oído a su tía decir: "Anne Blythe está enferma", y era divertido agregarle el "horriblemente". -Es probable que se muera antes de que vuelvas a tu casa.

Walter miró alrededor con ojos torturados. Otra -vez Alice se puso de su lado... y otra vez el resto se - reunió junto al estandarte de Fred. Todos percibían algo extraño en ese niño moreno y bien parecido..., sentían la necesidad de fastidiarlo.

-Si está enferma -dijo Walter, papá la va a curar.

La curaría... ¡tenía que curarla!

-Me temo que eso sea imposible -dijo Fred, poniendo cara de circunstancias pero guiñándole un ojo a Andy.

-Nada es imposible para mi papá --insistió Walter, con lealtad.

-Bueno, Russ Carter fue a Charlottetown por un solo día el año pasado y cuando volvió a la casa la madre estaba muerta como un tronco -dijo Bill.

-*Y enterrada* -dijo Andy, para agregar un toque dramático adicional, poco importaba que fuera cierto o no-. Russ estaba muy mal por haberse perdido el funeral... los funerales son muy divertidos.

Yo nunca en mi vida vi un funeral -dijo Opal, triste.

-Ah, ya vas a tener muchas oportunidades -le dijo Andy-. Pero fíjate que ni siquiera papá pudo salvarle la vida a la señora Carter, y es mucho mejor médico que tu padre.

-No lo es...

-Sí, lo es, y mucho más buen mozo.

-No loes...

-*Siempre* pasa algo cuando una se va de la casa -dijo Opal-. ¿Cómo te sentirías si cuando vuelves a tu casa, te encuentras con que Ingleside se quemó -en un incendio?

-Si tu madre se muere, lo más probable es que ustedes, los hijos, sean separados -dijo Cora, muy alegre-. A lo mejor a ti te traen a vivir aquí.

Sí... por favor -dijo Alice, con dulzura.

Ah, el padre querrá quedarse con ellos -dijo Bill-. Pronto volvería a casarse. Pero tal vez el padre también se muera. Oí decir a papá que el doctor Blythe se estaba matando trabajando. Miren cómo nos mira. Tienes ojos de nena, hijo... ojos de nena... ojos de nena.

Ah, cállate -dijo Opal, cansada de pronto del juego-. No lo engañan. Él sabe que lo están fastidiando, nada más. Vamos al parque a ver el juego de béisbol. Walter y Alice pueden quedarse aquí. No podemos andar siempre con niños pequeños a la rastra,

Walter no se apenó de verlos irse. Al parecer, Alice tampoco. Se sentaron en un leño de manzano y se miraron tímida y gozosamente.

-Voy a enseñarte un juego con piedritas -dijo Alice-, y voy a prestarte mi canguro de peluche.

Cuando llegó la hora de irse a la cama, Walter encontró que lo dejaban solo en el dormitorio junto a la salita. La señora Parker, considerada, le dejó una vela y un abrigado edredón, pues la noche de julio era insólitamente fría como pueden serlo a veces las noches de verano en las Provincias Marítimas. Parecía hasta que habría helada.

Pero Walter no podía dormir, ni siquiera con el canguro de peluche de Alice apretado contra la mejilla. Ah, si estuviera en casa, en su cuarto, donde la ventana grande daba a Glen, y la

ventana pequeña, con techito propio, al pino albar. Mamá vendría a leerle poesía con su hermosa voz...

"Soy un niño grande... no voy a llorar. No... no..." Las lágrimas se le saltaron, a su pesar. ¿De qué servían los canguros de peluche? Parecía que habían pasado años desde que había salido de su casa.

Al fin, los otros niños volvieron del parque y se arremolinaron amistosos en el dormitorio; se sentaron sobre la cama a comer manzanas.

-Eres un llorón -se burló Andy-. ¡Eres una nenita! ¡La mimosa de mamá!

-Toma un mordisco, chico -dijo Bill, ofreciéndole una manzana a medio morder-. Y levanta el ánimo. No me sorprendería que tu madre se mejorara... si tiene un buen organismo, claro. Papá dice que la esposa de Stephen Flagg se hubiera muerto hace ya mucho, si no fuera porque tiene un buen organismo. ¿Tu madre tiene?

-Claro que tiene -dijo Walter. No tenía idea de lo que era un buen organismo, pero si la esposa de Stephen Flagg tenía, su mamá tenía que tener.

-La esposa de Ab Sawyer se murió la semana pasada y la madre de Sam Clark se murió la semana anterior -dijo Andy.

-Murieron durante la noche -dijo Cora-. Mamá dice que casi toda la gente se muere durante la noche. Yo espero que a mí no me pase. ¡Imagínense! ¡Irse al cielo en camisón!

-¡Niños, niños! ¡A sus camas! ---ordenó la señora Parker.

Los varones se fueron, luego de jugar a que ahogaban a Walter con una toalla. Después de todo, el niño les caía bien. Walter tomó a Opal de la mano cuando ella se estaba yendo.

—Opal, no es cierto que mamá está enferma, ¿no? --susurró con tono de súplica. No podía soportar que lo dejaran solo con su miedo.

Opal no era "una niña de mal corazón", como decía la señora Parker, pero no pudo resistirse a la emoción que uno siente cuando da una mala noticia.

-Está enferma. Lo dijo la tía Jen... Dijo que no te dijéramos nada. Pero yo creo que tienes que saberlo. Tal vez tenga cáncer.

¿Todo el mundo tiene que morirse, Opal? ---esta era una idea nueva y espantosa para Walter, que nunca antes había pensado en la muerte.

69

-Por supuesto, tonto. Sólo que la gente no se muere de verdad, se va al cielo -dijo Opal, muy animada.

-No todos -susurró Andy, que estaba escuchando del otro lado de la puerta.

-¿El cielo... queda más lejos que Charlottetown? -preguntó Walter.

Opal lanzó una carcajada.

-¡Qué tonto eres! El cielo queda a millones de kilómetros de distancia. Pero te diré lo que tienes que hacer. Reza. Rezar es bueno. Yo una vez perdí una moneda de diez centavos, recé, y encontré una de veinticinco. Por eso lo sé.

- Opal Johnson, ¿oíste lo que dije? Y apaga la vela del dormitorio de Walter. Le tengo miedo a los incendios -ordenó la señora Parker desde su habitación-. Tendría que haberse dormido hace horas.

Opal apagó la vela de un soplido y se fue volando. La tía Jen era muy buena pero ¡cuando se enojaba! Andy asomó la cabeza por la puerta para darle la bendición de las buenas noches.

-Cuidado que los pájaros del empapelado no cobren vida y te arranquen los ojos -murmuró.

Después de lo cual todos por fin se fueron a la cama, sintiendo que era el fin de un día

perfecto y que Walter Blythe no era mal chico y que al día siguiente seguirían fastidiándolo para divertirse un poco más.

-Queridas criaturas... -dijo la señora Parker, de corazón.

Un silencio desusado descendió sobre la casa de los Parker y a diez kilómetros de distancia, en Ingleside, la pequeña Bertha Marilla Blythe parpadeaba con sus redondos ojos color castaño a los rostros felices que la rodeaban y al mundo en el cual había entrado en la noche más fría del mes de julio que las Provincias Marítimas habían tenido en ochenta y siete años.

9

Para Walter, solo en la oscuridad, seguía siendo imposible posible dormir. Nunca antes en su breve vida había dormido solo. Siempre había tenido cerca a Jem o a Ken, presencias cálidas y reconfortantes. El pequeño dormitorio se hizo visible en la penumbra cuando la pálida luz de la Luna penetró en él, pero esto era casi peor que la oscuridad. Una foto colgada en la pared a los pies de la cama parecía burlarse de él... las fotos eran siempre tan *diferentes a* la luz de la Luna. Uno veía cosas en ellas que jamás sospecharía a la luz del día. Las largas cortinas de encaje parecían mujeres altas y delgadas que lloraban, una a cada lado de la ventana. Había ruidos en la casa: crujidos, suspiros, susurros. ¿Y si los pájaros del empapelado de verdad estaban cobrando vida y se estaban preparando para arrancarle los ojos? Un miedo espantoso se apoderó de pronto de Walter... y entonces un miedo muy grande borró a todos los otros. Mamá estaba enferma. Tenía que creerlo, ya que Opal le había dicho que era cierto. ¡Tal vez mamá estuviera muriéndose! ¡Tal vez *mamá ya estaba muerta! No* habría ya una mamá a la cual regresar. ¡Walter vio Ingleside sin mamá!

De pronto, Walter supo que no podría soportarlo. Debía irse a casa. Ya mismo, de inmediato. Tenía que ver a mamá antes de que... antes de que... se muriera. Era *eso lo* que la tía Mary Maria había querido decir. Ella *sabía* que mamá iba a morirse. Sería inútil despertar a nadie para pedir que lo llevaran a su casa. No lo llevarían... se reirían de él. El camino hasta casa era terriblemente largo pero caminaría toda la noche.

Sin hacer ruido, se bajó de la cama y se puso la ropa. Llevó los zapatos en la mano. No sabía dónde había puesto la señora Parker su gorro, pero eso no importaba. No tenía que hacer ruido... tenía que escapar y llegar a su casa para ver a mamá. Le daba pena no poder despedirse de Alice... ella habría comprendido. Cruzó el hall a oscuras... bajó la escalera... escalón por escalón... conteniendo la respiración... ¿los escalones no terminaban más...? hasta los muebles escuchaban... ¡ay!

¡Se le había caído un zapato! Repiqueteó escaleras abajo, resonando de un escalón al siguiente, atravesó el vestíbulo y se detuvo contra la puerta del frente con lo que a Walter le pareció un estruendo ensordecedor.

Desolado, Walter se acurrucó contra la baranda. *Todo el mundo* tenía que haber oído ese ruido, saldrían corriendo, no lo dejarían irse a su casa... un sollozo de desolación se le ahogó en la garganta.

Pareció que pasaban horas antes de que se atreviera a creer que no se había despertado nadie, antes de que se atreviera a proseguir su cuidadoso camino escalera abajo. Pero por fin lo logró: encontró el zapato y con cuidado movió el picaporte de la puerta del frente. En lo de los Parker jamás se cerraban las puertas. La señora Parker decía que no tenían nada que valiera la pena robar que no fueran los niños, y a *éstos* nadie los querría.

Walter estaba afuera, y la puerta se había cerrado a sus espaldas. Se puso los zapatos y comenzó a avanzar por la calle. La casa estaba casi en las afueras del pueblo y en seguida estuvo en la carretera. Un momento de pánico se apoderó de él. El miedo de que lo sorprendieran y le impidieran irse había pasado y todos sus viejos miedos a la oscuridad y la soledad volvieron. Nunca antes había estado *solo* en la noche. Le tenía miedo al *mundo*. El mundo era tan inmenso y él era tan espantosamente pequeño. Hasta el viento frío y cortante que soplaba desde el este parecía azotarle la cara para obligarlo a regresar.

¡Mamá iba a morirse! Walter tragó saliva y enfiló rumbo a su casa. Siguió y siguió, luchando valientemente contra el miedo. Había luna pero su luz le permite *ver* cosas a uno, y no se veía nada conocido. Una vez que había salido con papá, había pensado que nunca había visto nada tan precioso como una carretera iluminada por la luna, atravesada por las sombras de los árboles. Pero ahora las sombras eran tan negras y agudas que podían hasta echársele encima a uno. Los campos se habían puesto extraños. Los árboles ya no eran amigos. Parecían vigilarlo, juntándose frente a él y a sus espaldas. Dos ojos resplandecientes lo miraron desde la cuneta y un gato negro, de un tamaño increíble, cruzó la carretera corriendo. *¿Sería un gato? ¿0...? La* noche estaba fría; Walter temblaba con su camisa finita, pero no le importaría el frío, si pudiera evitar tenerle miedo a todo..y a las sombras y a los ruidos furtivos y a las posas sin nombre que podían estar acechando en los bosques junto a los cuales pasaba. Se preguntó cómo sería no tenerle miedo a nada... como Jem.

-Voy a... voy a hacer cuenta que no tengo miedo -dijo en voz alta... y en seguida se estremeció de terror ante el sonido de *su* voz, que *se perdió* en la inmensidad de la noche.

Pero siguió, uno tiene que seguir, si la mamá se va a morir. Una vez se cayó y se lastimó la rodilla en una piedra. Otra vez oyó un coche que venía tras él, y se ocultó detrás de un árbol hasta que el auto pasó, aterrorizado de que el doctor Parker hubiera descubierto que se había ido y hubiera salido tras él. Una vez se detuvo lleno de espanto por una cosa negra y peluda sentada a la vera del camino. No podía pasar... *no podía*... pero pasó. Era un gran perro negro... *¿Era un perro...?*, pero ya había pasado. No se animó a correr por temor a que el perro lo persiguiera. Dirigió una mirada desesperada por encima del hombro: el perro se había levantado y marchaba en dirección opuesta. Walter se llevó la manita a la cara y la encontró empapada en transpiración.

Cayó una estrella en el cielo, frente a él, y salpicó destellos de llama. Walter recordó haber oído a la vieja tía Kitty decir que cuando caía una estrella, alguien moría. *¿Era mamá?* Acababa de sentir que las piernas ya no podrían sostenerlo ni un paso más, pero ante la sola idea de que fuera mamá, volvió a emprender camino. Ahora tenía tanto frío, que casi se le había ido el miedo. ¿Nunca llegaría a su casa? Haría horas que había salido de Lowbridge.

Hacía *tres* horas. Había salido a las once de la casa de los Parker, y ahora eran las dos. Cuando Walter se encontró en el camino que bajaba hacia Glen, exhaló un suspiro de alivio. Pero al atravesar el pueblo, las casas dormidas le parecieron remotas y lejanas. Se habían olvidado de él. De pronto, una vaca le mugió desde el otro lado de un cerco, y Walter recordó que el señor Joe Reese tenía un toro salvaje. De puro pánico, emprendió una carrera que lo llevó colina arriba hasta la entrada de Ingleside. Estaba en casa... ¡ah, estaba en casa!

Pero entonces se paró en seco, temblando, abrumado por una horrenda sensación de

desolación. Había esperado ver las luces cálidas de la casa. ¡Y en Ingleside no había ni una luz!

En realidad sí la había, aunque él no alcanzó a verla; había luz en un dormitorio, donde la enfermera dormía, con la cesta de la recién nacida junto a su cama. Pero para todos los efectos, Ingleside estaba tan oscura como una casa abandonada, y esto doblegó el espíritu de Walter. Jamás había visto, jamás había imaginado, Ingleside oscura por las noches.

¡Eso quería decir que mamá había muerto!

Walter avanzó tropezando por el sendero de entrada y, cruzando la lúgubre sombra oscura de la casa que se proyectaba sobre el césped, llegó a la puerta del frente. Estaba cerrada. Dio un golpecito (no alcanzaba el llamador), pero no hubo respuesta, ni él esperaba que la hubiera, tampoco. Escuchó: no había señales de *vida* en la casa. Supo que mamá había muerto y que todos se habían ido.

Para entonces, tenía demasiado frío y demasiado cansancio como para llorar, de modo que dio la vuelta hasta el granero y subió la escalera hasta la pila de heno. Ya ni siquiera tenía miedo; lo único que quería era algún lugar protegido del viento frío, donde acostarse hasta la mañana. Tal vez entonces viniera alguien, después de que enterraran a mamá.

Un mimoso gatito atigrado que alguien le había regalado al doctor le ronroneó; tenía un rico olor a heno. Walter se abrazó a él, contento: estaba calentito *y vivo*. Pero el gatito oyó a los ratones correteando por el suelo y no se quedó. La Luna lo miraba a través de la ventana llena de telarañas, pero Walter no halló consuelo en esa Luna lejana, fría, incomprensiva. Una luz que brillaba en una casa de Glen era más amiga. Mientras esa luz siguiera encendida, él podría tolerarlo todo.

No podía dormir. Le dolía mucho la rodilla y tenía frío, y una extraña sensación en el estómago. Tal vez él también se estuviera muriendo. Esperaba que así fuera, ya que todos los demás estaban muertos o se habían ido. ¿Las noches no terminaban nunca? Otras noches habían terminado siempre, pero quizás ésta no terminara. Recordó una historia espantosa que había oído: el capitán Jack Flagg, de Harbour Mouth, había dicho que un día en que se levantara muy furioso, no dejaría salir el Sol. A lo mejor el capitán Jack se había levantado muy furioso, al fin.

Entonces la luz de Glen se apagó... y él no pudo soportarlo. Pero en el momento en que su

10

Walter bajó la escalera y salió. Ingleside yacía en la extraña luz sin tiempo del alba. El cielo, por encima de los abedules del Pozo, arrojaba un débil resplandor entre rosado y plateado. Tal vez pudiera entrar por la puerta lateral. A veces Susan la dejaba abierta para papá.

La puerta lateral estaba abierta. Con un sollozo de agradecimiento, Walter entró en la sala. Todavía estaba oscuro en la casa, y comenzó a subir silenciosamente la escalera. Se iría a la cama, a su propia cama, y si nadie volvía jamás, moriría allí y se iría al cielo y encontraría a mamá. Sólo que... Walter recordó lo que le había dicho Opal: que el cielo quedaba a millones de kilómetros de distancia. Ante la nueva oleada de desolación que lo inundó, Walter olvidó caminar con cuidado y pisó con todo el peso del cuerpo la cola de Camarón, que dormía en el recodo de la escalera. El maullido de dolor de Camarón resonó en toda la casa.

Susan, que estaba quedándose dormida, fue arrancada del adormecimiento por el horrible aullido. Susan había ido a acostarse a las doce, algo exhausta luego de una tarde agotadora, a la cual Mary Maria Blythe había contribuido al agarrarse "una puntada en el costado" justo cuando

la tensión era mayor. Hubo que darle un porrón de agua caliente y hacerle masajes con linimento, y terminó con un paño húmedo sobre los ojos porque "le había venido uno de sus dolores de cabeza".

Susan se había despertado a las tres con la muy extraña sensación de que alguien la necesitaba mucho. Se había levantado y había caminado de puntillas por el vestíbulo hasta la puerta del dormitorio de la señora Blythe. Todo era silencio allí; había oído la respiración suave y acompasada de Anne. Susan había recorrido la casa y vuelto a la cama, convencida de que la extraña sensación no era más que la resaca de una pesadilla. Durante todo el resto de su vida, Susan creyó haber tenido eso de lo que se había burlado siempre y que Abby Flagg -fue "creía" en el espiritismo- llamaba "una experiencia psíquica".

"Walter me llamaba y yo lo oí", afirmaba.

Susan se levantó y volvió a salir, pensando que Ingleside estaba en verdad embrujada esa noche. Tenía puesto sólo su camisón de franela, que había encogido con los repetidos lavados hasta llegarle bien por encima de los tobillos huesudos; pero fue la visión más hermosa del mundo para la temblorosa criaturita de carita pálida cuyos desesperados ojos grises la miraban desde el descanso de la escalera.

- ¡Walter Blythe!

En dos pasos, Susan lo tuvo en sus brazos, en esos brazos fuertes y tiernos.

-Susan, ¿mamá está muerta? --preguntó Walter.

En un instante, todo había cambiado. Walter estaba en la cama, calentito, alimentado, consolado. Susan había encendido el fuego, le había traído una taza de leche caliente, una rodaja de dorado pan tostado y un gran plato con sus preferidas galletitas "cara de mono", y después lo había arropado, con un porrón de agua caliente en los pies. Le había besado y curado la rodillita lastimada. Era tan lindo sentirse cuidado por alguien, querido por alguien, importante para alguien...

"¿Estás *segura*, Susan, de que mamá no está muerta?

-Tu madre está profundamente dormida, bien y feliz, mi corderito.

¿Pero no estuvo enferma? Opal dijo...

-Bien, mi corderito, ayer no se sintió del todo bien, pero ahora todo acabó y esta vez no corrió peligro de muerte. Espera a que duermas un poco y la verás, a ella y a alguien más... ¡Si llego a ponerle una mano encima a esos demonios de Lowbridge! No puedo creer que hayas recorrido a pie todo el camino desde Lowbridge. ¡Diez kilómetros! ¡Y en semejante noche!

-Sufrí una espantosa agonía mental, Susan -dijo Walter, muy serio. Pero todo había terminado; estaba a salvo y feliz, estaba... en casa... estaba...

Estaba dormido.

Era casi mediodía cuando despertó, sólo para ver la luz del Sol entrando a raudales por sus propias ventanas, y se sobresaltó al ver a mamá. Había comenzado a pensar que se había portado de manera muy tonta, y tal vez mamá no estuviera contenta con él por haberse escapado de Lowbridge. Pero mamá extendió los brazos y lo atrajo hacia sí. Susan le había contado toda la historia, y había pensado algunas cosas para decirle a Jen Parker.

-Ah, mami, no te vas a morir... y todavía me quieres, ¿no?

-Querido, no tengo intenciones de morirme, y te quiero tanto, que me duele. ¡Pensar que te viniste desde Lowbridge caminando, y con esa noche!

-Y con el estómago vacío -agregó Susan, estremeciéndose-. Es un milagro que esté vivo para contarlo. Los días de los milagros no han pasado y eso es seguro.

-Un muchachito muy arrojado -dijo, riendo, papá, que había entrado, con Shirley sobre los

hombros. Le dio una palmadita a Walter en la cabeza, y Walter le agarró la mano y la apretó. No había nadie como papá en el mundo. Pero nadie debía saber jamás cuánto miedo había sentido.

—No tengo que volver a irme de casa, ¿verdad, mamá?

--No hasta que tú lo desees -prometió mamá.

-Nunca... -empezó a decir Walter, pero se interrumpió. Después de todo, le gustaría volver a ver a Alice.

-Mira esto, corderito -dijo Susan, y le mostró una damita sonrosada, con vestidito y gorro blancos, que traía en una cesta.

Walter miró. ¡Una bebita! Una bebita rolliza con rizos sedosos y húmedos en toda la cabeza y unas manitas tan diminutas, preciosas.

"¿No es una belleza? -preguntó Susan, orgullosa-. Mírale las pestañas, nunca vi pestañas tan lindas en un bebé. Y las orejitas. Yo siempre miro las orejas primero.

Walter vaciló.

-Es linda, Susan... Ah, ¡mírale los deditos...!, pero, ¿no es demasiado chiquita?

Susan rió.

-Tres kilos seiscientos no es chiquita, mi corderito. Y ya conoce. Esta niña no tenía todavía una hora de vida cuando levantó la cabecita y *miró* al doctor. Jamás en la vida vi algo igual.

-Va a ser pelirroja -dijo el doctor con satisfacción-. Hermosos cabellos rojo dorados, como los de su madre.

-Y ojos color avellana, como los del padre -dijo la esposa del doctor con júbilo.

—No sé por qué ninguno de nosotros puede tener pelo rubio -dijo Walter soñador, pensando en Alice.

-¡Rubio! ¡Como los Drew! -dijo Susan, con desmedido desprecio.

—Se la ve tan avispada cuando duerme... -canturreó la enfermera-. Nunca vi una bebita que apretara así los ojos cuando duerme.

-Es un milagro. Todos nuestros niños son hermosos, Gilbert, pero ella es la más hermosa de todos.

-Que Dios te bendiga -dijo la tía Mary Maria, frunciendo la nariz-, pero ha habido algunos niños antes que éstos en el mundo, ¿sabes, Annie?

-*Nuestra* beba no había estado antes en el mundo, tía Mary Maria -dijo Walter con orgullo-. Susan, ¿puedo darle un beso? Uno chiquito, por favor.

-Claro que puedes -dijo Susan, mirando con dureza a la tía Mary Maria, que había emprendido la retirada-. Y ahora me voy abajo a hacer un pastel de cerezas para el almuerzo. Mary Maria Blythe preparó uno ayer a la tarde... me gustaría que lo hubiera visto, mi querida señora. Parece algo que el gato hubiera traído de afuera. Yo voy a comer lo más que pueda, antes que desperdiciarlo, pero nadie le presentará un pastel como ése al doctor mientras yo tenga fuerzas y salud, y eso se lo aseguro.

-No todo el mundo tiene su habilidad para la repostería -dijo Anne.

-Mamá -dijo Walter, cuando la puerta se cerró tras una gratificada Susan, creo que somos una familia muy linda, ¿no?

"Una familia muy linda", reflexionó Anne llena de felicidad, tendida en su cama con la bebita al lado. Pronto estaría en pie y otra vez con ellos, ágil como antes, enseñándoles, consolándolos. Irían a ella con sus pequeñas alegrías y tristezas, sus esperanzas en ciernes, sus nuevos temores, sus pequeños problemas, que a ellos les parecían tan grandes, y sus pequeños dolores, que a ellos les parecían tan amargos. Otra vez ella tendría entre los dedos todos los hilos

de la vida de Ingleside para tejer un tapiz de belleza. Y la tía Mary Maria no tendría razones para decir, como Anne le había oído decir hacía dos días: "Se te ve horriblemente cansado, Gilbert. ¿A ti nadie te cuida?"

Abajo, la tía Mary Maria sacudía la cabeza con desaliento, y decía:

-Yo sé que todos los recién nacidos tienen las piernas torcidas, Susan, pero esa criatura tiene las piernas *demasiado* torcidas. Claro que no vamos a decirle nada a la pobre Annie. Tenga cuidado, no le vaya a decir nada, Susan.

Susan, por una vez, se quedó sin habla.

11

Para fines de agosto, Anne volvió a ser la de siempre, a la espera de un feliz otoño. La pequeña Bertha Marilla crecía en belleza día a día y era el centro de la adoración para sus amantes hermanos y hermanas.

-Yo creía que un bebé era algo que chillaba todo el tiempo -dijo Jem, dejando, extasiado, que los deditos minúsculos de la bebita se aferraran a uno de los suyos-. Eso me dijo Bertie Shakespeare.

-Yo dudo de que los niños de los Drew chillen todo el tiempo, mi querido Jem -dijo Susan-. Chillarán cuando piensan que están condenados a ser Drew, supongo. Pero Bertha Marilla es una niña de *Ingleside,* querido Jem.

--Cómo me gustaría haber nacido en Ingleside, Susan -dijo Jem, apenado. Siempre había lamentado no haber nacido en la casa. Di lo atormentaba con eso a veces.

¿No encuentras la vida aquí algo aburrida? -le había preguntado una vez a Anne una ex compañera de clase de Queen (que ahora vivía en Charlottetown), en tono condescendiente.

¡Aburrida! Anne casi se le rió en la cara. ¡Ingleside aburrida! Con un bebé delicioso que tenía todos los días alguna maravilla nueva que mostrar... con visitas de Diana, de la pequeña Elizabeth y de Rebecca Dew para planear... con la esposa de Sam Ellison, de Upper Glen, en manos de Gilbert y con una enfermedad de la que sólo tres personas en el mundo habían padecido... con Walter, que empezaba a ir a la escuela... con Nan, que se había tomado un frasco entero de perfume que sacó de la cómoda de mamá (todos pensaron que se moriría, pero no le hizo absolutamente nada)... con una extraña gata negra, que había tenido nada menos que diez gatitos en el patio trasero... con Shirley, que se había encerrado en el baño y se había olvidado de cómo se hacía para abrir... con Camarón, que se había enrollado en una hoja de papel cazamoscas... con la tía Mary Maria, que había prendido fuego a las cortinas de su cuarto en medio de la noche, mientras andaba con una vela, y había despertado a todos con alaridos espantosos. ¡Una vida aburrida!

Pues la tía Mary Maria seguía en Ingleside. Ocasionalmente decía, con tono patético:

-Cuando se cansen de mí, háganmelo saber... Estoy acostumbrada a cuidarme sola.

Había sólo una respuesta posible y por supuesto Gilbert siempre la decía. Aunque no la decía con el mismo entusiasmo que al principio. Hasta el "sentido de familia" de Gilbert comenzaba a diluirse un poco; se estaba dando cuenta, casi con impotencia ("típico de un hombre", como decía, frunciendo la nariz, la señorita Cornelia), de que la tía Mary Maria estaba comenzando a convertirse en un problema de su casa. Un día, Gilbert se había animado a dejar

caer una muy sutil sugerencia sobre cuánto sufrían las casas si se las dejaba deshabitadas mucho tiempo; y la tía Mary Maria estuvo de acuerdo con él, y comentó, con toda calma, que estaba pensando en vender su casa de Charlottetown.

-No es mala idea -la alentó Gilbert-. Yo conozco una casita muy linda que se vende en la ciudad...un amigo mío se va a California... Es muy parecida a aquella que usted admiró tanto, donde vive la señora Sarah Newman...

-*Sola* -dijo la tía Mary Maria, con un suspiro.

-A ella le gusta -dijo Anne, esperanzada.

-Hay algo extraño en cualquier persona a la que le guste vivir sola, Anne -dijo la tía Mary Maria.

Susan tuvo dificultades para reprimir un gemido.

Diana vino por una semana en septiembre. Luego vino la pequeña Elizabeth, bueno, ya no la pequeña Elizabeth, sino la alta, esbelta, hermosa Elizabeth, pero aún con sus cabellos dorados y su sonrisa melancólica. Su padre volvía a la oficina de París y Elizabeth iba con él a hacerse cargo de la casa. Ella y Anne hicieron varias caminatas por la orilla del viejo puerto, y llegaron a casa bajo silenciosas y vigilantes estrellas otoñales. Evocaron la vida de Windy Poplars y retrotrajeron sus pasos en el mapa del País de las Hadas, que Elizabeth mantenía y pensaba mantener para siempre.

-Colgado en la pared de mi habitación, dondequiera que vaya -dijo.

Un día, el viento sopló en el jardín de Ingleside: el primer viento del otoño. Ese atardecer, el rosado del crepúsculo fue algo austero. Súbitamente el verano había envejecido. Llegaba la nueva estación.

—Es temprano en el año para que llegue el otoño -dijo la tía Mary Maria en un tono que daba a entender que el otoño la había insultado.

Pero el otoño también era hermoso. Con el gozo de los vientos que soplaban desde el golfo azul oscuro y el esplendor de las lunas. Había ásteres líricos en el Pozo y niños riendo en el manzanar cargado de frutas, atardeceres claros y serenos en las altas praderas de las colinas de Upper Glen, y cielos llenos de nubes atravesados por aves oscuras y, a medida que los días se hicieron más breves, hubo nieblas grises que cubrían sigilosas las dunas y el puerto.

Con las hojas que caían, Rebecca Dew llegó a Ingleside a hacer su visita prometida por años. Vino por una semana pero le insistieron para que se quedara dos, y nadie fue tan insistente como Susan. Susan y Rebecca Dew parecieron descubrir a primera vista que eran almas gemelas... tal vez porque las dos querían a Anne, tal vez porque las dos odiaban a la tía Mary Maria.

Una noche, en la cocina, mientras la lluvia se escurría sobre las hojas muertas afuera y el viento gemía entre las esquinas y las paredes de Ingleside, Susan le contó todos sus pesares a la comprensiva Rebecca Dew. El doctor y su esposa habían salido a hacer una visita, los críos estaban cómodamente instalados en sus camas, y la tía Mary Maria estaba por suerte fuera del camino con un dolor de cabeza ("como una barra de hierro que me oprimiera el cerebro", se había quejado).

-Cualquiera que coma tanta caballa frita como comió esa mujer hoy en la cena *se merece* que le duela la cabeza -comentó Rebecca Dew mientras abría la puerta del horno y ponía con toda comodidad los pies adentro-. No niego que yo comí bastante, pues debo decirle, señorita Baker, que nunca conocí a nadie que preparara la caballa frita como usted... pero *yo* no me comí cuatro porciones.

-Mi querida señorita Dew -dijo Susan con seriedad, dejando el tejido y mirando con ojos

implorantes directo a los ojitos negros de Rebecca, en el tiempo que ha estado aquí, usted ha visto en parte lo que es Mary Maria Blythe. Pero no ha visto la mitad, no, ni la cuarta parte. Mi querida señorita Dew, tengo la impresión de que puedo confiar en usted. ¿Puedo abrirle el corazón en estricta confianza?

-Puede, señorita Baker.

-Esa mujer llegó aquí en junio, y en mi opinión, tiene intención de quedarse el resto de su vida. Todos en la casa la detestan, hasta el doctor ya ha dejado de quererla, por más que lo oculte. Pero él es muy cuidadoso de los lazos familiares y dice que en su propia casa no se debe hacer sentir incómoda a la prima de su padre. Yo he rogado -prosiguió Susan, en un tono que parecía implicar que lo había hecho de rodillas-, le he rogado a la señora que se ponga firme y diga que Mary Maria Blythe debe irse. Pero la señora tiene el corazón muy bondadoso, de modo que estamos indefensos, señorita Dew, completamente indefensos.

-Ojalá *yo* pudiera manejarla -dijo Rebecca Dew, que había sufrido considerablemente ella misma por algunos de los comentarios de la tía Mary Maria-. Yo sé tan bien como nadie, señorita Baker, que no debemos violar las convenciones de la hospitalidad, pero le aseguro, señorita Baker, que yo se lo diría en la cara.

-*Yo* se lo diría, si no supiera cuál es mi lugar, señorita Dew. Pero nunca olvido que yo no soy la señora aquí. A veces, señorita Dew, me digo solemnemente: "Susan Baker, ¿eres un felpudo o no lo eres?". Pero usted ve que tengo las manos atadas. *No puedo* abandonar a la señora y *no debo* crearle más problemas peleando con Mary Maria Blythe. Continuaré esforzándome por cumplir con mi deber. Porque, mi querida señorita Dew -agregó Susan, con gravedad-, con alegría daría la vida por el doctor o por su esposa. Éramos una familia tan feliz antes de que ella viniera aquí, señorita Dew... Pero está haciéndonos la vida imposible, y yo ignoro cuál será el desenlace de esto, dado que no soy profetisa, señorita Dew. Mejor dicho, sí lo sé. Terminaremos todos en un manicomio. No es una cosa, señorita Dew, son muchas, señorita Dew, cientos, señorita Dew. Una puede soportar la picadura de un mosquito, señorita Dew... ¡pero piense en millones de mosquitos!

Rebecca Dew pensó en lo que se le decía con un apesadumbrado movimiento de la cabeza.

"Se lo pasa diciéndole a la señora cómo manejar la casa y qué ropa ponerse. Me vigila todo el tiempo... y dice que nunca vio niños tan pendencieros. Mi querida señorita Dew, usted ha visto con sus propios ojos que nuestros niños *nunca* pelean..., bueno, casi nunca.

-Son los niños más admirables que he visto, señorita Baker.

-Anda husmeando y espiando...

-Yo la he sorprendido, sí, señorita Baker.

-Anda todo el tiempo ofendida, con el corazón destrozado por cualquier cosa, pero nunca lo bastante ofendida como para levantarse e irse. Se sienta por ahí con aire de mujer solitaria y abandonada hasta que la pobre señora no sabe qué hacer. No hay nada que le venga bien. Si se abre una ventana, se queja de las corrientes de aire. Si están todas cerradas, dice que de vez en cuando a ella le gusta el aire fresco. No soporta las cebollas... ni siquiera el olor a cebolla. Dice que la descomponen del estómago. Entonces la señora dice que no usemos. Ahora bien -dijo Susan con firmeza-, será un gusto poco refinado que a una le gusten las cebollas, mi querida señorita Dew, pero en Ingleside todos nos confesamos culpables.

-Yo me confieso muy partidaria de las cebollas -admitió Rebecca Dew.

-No soporta los gatos. Dice que los gatos la asustan. No importa que los vea o no. Saber que hay un gato cerca es suficiente para ella. Y entonces el pobre Camarón apenas puede

aparecerse por la casa. A mí nunca me han gustado mucho los gatos, señorita Dew, pero sostengo que tienen derecho a mover la cola. Y ella está siempre con: "Susan, no se olvide de que no puedo comer huevds, por favor", o "Susan, ¿cuántas veces tengo que decirle que no soporto las tostadas frías?", o "Susan, hay gente que puede tomar el té hervido pero yo no pertenezco a esa afortunada clase de personas". ¡Té hervido, señorita Dew! ¡Como si yo pudiera ofrecerle a alguien té hervido!

-Nadie podría suponerlo de usted, señorita Baker.

-Si hay una pregunta que no debe hacerse, ella la hará. Está celosa porque el doctor le cuenta cosas a su esposa antes de contárselas a ella... y siempre trata de sonsacarle cosas sobre sus pacientes. Nada le molesta más a él, señorita Dew. Un médico debe saber cuándo callarse la boca, como usted se dará cuenta. ¡Y los escándalos que hace con el fuego! "Susan Baker", me dice, "espero que jamás encienda el fuego con querósén. Ni deje trapos mojados en querosén por ahí, Susan. Se ha sabido que pueden provocar combustión espontánea en menos de una hora. ¿Cómo se sentiría si tiene que presenciar cómo se quema la casa, Susan, sabiendo que ha sido culpa suya?" Bien, mi querida señorita Dew, cómo me reí con ese tema. *Esa misma noche* les prendió fuego a las cortinas y sus alaridos todavía me suenan en los oídos. ¡Y justo cuando el pobre doctor había podido dormirse después de dos noches en vela!

"Lo que más me enfurece, señorita Dew, es que antes de salir va a mi despensa y *cuenta los huevos.* Necesito de toda mi filosofía para no decirle: "¿Por qué no cuenta también las cucharas?" Los niños la odian, por supuesto. La señora ya ha dejado de impedir que se lo demuestren. Un día llegó a pegarle

89

una bofetada a Nan cuando el doctor y la señora habían salido... Le *pegó*... sólo porque Nan la llamó "Señora Matusalén", porque había oído a ese pícaro de Ken Ford decirlo.

-Yo le hubiera pegado *a ella* -dijo Rebecca Dew con violencia.

-Yo le dije que si volvía a hacer algo parecido, *yo* le daría una bofetada a ella. "En ocasiones le hemos dado una palmada en la cola a los niños de Ingleside", le dije, "pero jamás una bofetada, de modo que no lo olvide." Estuvo resentida y ofendida durante una semana, pero al menos jamás osó ponerles la mano encima a ninguno de ellos desde entonces. Pero le encanta cuando los padres los castigan. "Si *yo* fuera tu madre...", le dijo una tarde al pequeño Jem. "Oh, no, usted nunca va a ser la madre de nadie", dijo la pobre criatura. Ella lo impulsó a ello, señorita Dew, absolutamente. El doctor lo mandó a la cama sin cenar pero, ¿quién supone usted que se ocupó de que más tarde le llegara la comida de contrabando?

Ah, ¿quién, en verdad? -cloqueó Rebecca Dew, entrando en el espíritu de la historia.

-Le habría partido el corazón, señorita Dew, si hubiera escuchado la oración que él inventó más, tarde, toda imaginada por él: "Ay, Dios, por favor, perdóname por ser impertinente con la tía Mary Ma ria. Y por favor, Dios, ayúdame a ser siempre muy amable con la tía Mary Maria". Me hizo saltar las lágrimas, pobre corderito. Yo no tolero la irreverencia o la impertinencia de los jóvenes hacia los viejos, mi querida señorita Dew, pero debo admitir que cuando un día Bertie Shakespeare Drew le arrojó una pelotita de papel, y le erró a la nariz por pocos centímetros, yo lo esperé en el portón cuando se iba para la casa y le regalé una bolsa con bollitos. Por supuesto que no le dije por qué se la regalaba. Quedó encantado, porque los bollos no crecen en los árboles, señorita Dew, y la Señora Bruja jamás los hace.

"Nan y Di, y esto no se lo diría a nadie que no fuera usted, señorita Dew, y al doctor y a la señora ni en sueños se les ocurre, porque de lo contrario lo evitarían... Nan y Di le pusieron de

nombre "tía Mary Maria" a su vieja muñeca de porcelana con la cabeza rota, y cada vez que la tía las reprende, ellan van y la ahogan, a la muñeca, claro, en el tonel del agua de lluvia. Nos hemos divertido mucho con la ceremonia del ahogo, puedo asegurarle. Pero no es de creer lo que hizo esa mujer la otra noche, señorita Dew.

—De ella se puede creer cualquier cosa, señorita Baker.

No quiso probar bocado en la cena porque estaba ofendi a no sé por qué, pero antes de irse a acostar fue a la despensa *y se comió todo el almuerzo que yo le había preparado al pobre doctor*, hasta la última migaja, mi querida señorita Dew. Espero que no me considere una hereje, señorita Dew, pero no puedo entender por qué el Señor no se cansa de cierta gente.

-No debe perder el sentido del humor, señorita Baker -dijo con firmeza Rebecca Dew.

-Ah, tengo muy claro que puede ser gracioso ver a un sapo en el potro de tormentos, señorita Dew. Pero la cuestión es: ¿lo ve así el sapo? Lamento haberla fastidiado con todo esto, mi querida señorita Dew, pero ha sido un gran alivio. No puedo decirle estas cosas a la señora y últimamente venía sintiendo que si no hablaba con alguien, explotaría.

-Qué bien conozco esa sensación, señorita Baker.

-Ahora bien, mi querida señorita Dew -dijo Susan, poniéndose animadamente de pie-, ¿qué tal una tacita de té antes de irnos a dormir? ¿Y una pata de pollo frío, señorita Dew?

-Nunca he negado -dijo Rebecca Dew, sacando del horno sus pies ya bien cocinados-, que si bien no debemos olvidar las cosas más elevadas de la vida, la buena comida es, con moderación, una cosa buena.

12

Gilbert fue dos semanas a cazar a Nova Scotia (ni siquiera Anne pudo convencerlo de que se tomara un mes), y terminó noviembre en Ingleside. Las colinas oscuras, con los abetos más oscuros formados en fila sobre ellas, se veían tristes en los anocheceres tempranos, pero Ingleside florecía con el fuego del hogar y con risas, aunque los vientos que soplaban del Atlántico cantaban sobre cosas melancólicas.

¿Por qué no es feliz el viento, mamá? -preguntó Walter una noche.

-Porque recuerda todos los dolores del mundo desde que empezó el tiempo -le respondió Anne.

-Gime porque hay humedad en el aire --dijo, frunciendo la nariz, la tía Mary Maria , y a mí me está matando este dolor en la espalda.

Pero algunos días hasta el viento soplaba con alegría a través del plateado bosque de arces grises, y otros días no había viento, sólo un suave sol veraniego y las sombras quietas de los árboles desnudos en todo el parque y una inmovilidad helada durante la puesta de Sol.

-Miren el lucero de la tarde por encima del álamo de Lombardía, en aquel rincón -dijo Anne-. Cada vez que veo algo así, recuerdo que debo alegrarme de vivir.

-Dices cosas tan extrañas, Annie. Las estrellas son muy comunes en la Isla Príncipe Eduardo -dijo la tía Mary Maria, y pensó: *¡Ja, estrellas! ¡Como si nadie hubiera visto una estrella antes! ¿Ignora Anne el terrible desperdicio en el que se incurre todos los días*

en la cocina? ¿Ignora la imprudencia con la que Susan Baker consume huevos y huevos y usa manteca de cerdo cuando bien podría arreglarse con grasa común? ¿O no le importa? ¡Pobre Gilbert! ¡Con razón vive uncido a la noria!

Noviembre se resolvía en grises y castaños, pero una mañana la nieve había tejido su viejo encantamiento blanco, y Jem gritó, encantado, mientras bajaba corriendo a desayunar.

-¡Ay, mamá, pronto será Navidad y vendrá Papá Noel!

—Supongo que no creerás todavía en Papá Noel - dijo la tía Mary Maria.

Anne le dirigió una mirada de alarma a Gilbert, quien dijo con gravedad:

-Queremos que nuestros hijos posean su patrimonio de fantasía todo el tiempo que puedan, tía.

Por suerte, Jem no había prestado atención a las palabras de la tía Mary Maria. El y Walter estaban demasiado ansiosos por salir al nuevo y maravilloso mundo al cual el invierno llevaba su propio encanto. Anne odiaba siempre ver la belleza de la nieve inmaculada estropeada por huellas, pero eso era inevitable y todavía quedaba belleza de sobra al anochecer, cuando el poniente se incendiaba por encima de todos los claros blanquecinos entre las colinas violáceas, y Anne se sentaba en la sala ante un fuego de madera de arce. "El fuego de un hogar es siempre tan hermoso", pensó. Hacía cosas tan extrañas, tan inesperadas. Partes de la habitación cobraban vida y luego volvían a desvanecerse. Las fotos iban y venían. Las sombras se agazapaban y saltaban. Afuera, a través del gran ventanal sin cortinas, toda la escena se reflejaba, fantasmagórica, sobre el césped, donde la tía Mary Maria parecía estar sentada muy derecha (la tía Mary Maria nunca se permitía arrellanarse) bajo el pino escocés.

Gilbert sí estaba arrellanado en el diván, intentando olvidar que ese día había perdido a un paciente por una neumonía. Dentro de su cesta, la pequeña Rilla trataba de comerse los puñitos sonrosados. Hasta Camarón, con las patitas blancas arrolladas debajo del pecho, se atrevía a ronronear sobre la alfombra frente al hogar, para gran desaprobación de la tía Mary Maria.

Hablando de gatos -dijo la tía Mary Maria con tono patético, aunque *nadie* había mencionado a ningún gato, *¿todos* los gatos de Glen nos visitan por las noches? Realmente no alcanzo a comprender cómo alguien pudo dormir anoche con todos esos maullidos. Claro que, como mi dormitorio está atrás, supongo que tengo un lugar preferencial para el concierto.

Antes de que nadie tuviera que responder, entró Susan y dijo que había visto a la señora de Marshall Eliott en la tienda de Carter Flagg, y que vendría cuando terminara sus compras. Susan no agregó que la señora Elliott había preguntado, preocupada: “Qué le pasa a la señora Blythe, Susan? El domingo pasado, en la iglesia, la encontré tan cansada, tan preocupada... Nunca antes la había visto así". Y Susan había respondido, con tono sombrío: *"Yo* puedo decirle lo que le pasa a la señora Blythe. Tiene un serio ataque de tía Mary Maria. Y el doctor parece darse cuenta, a pesar de que idolatra la tierra que ella pisa". ¿No es típico de un hombre?", había dicho la señora Elliott.

- Me alegro -dijo Anne, poniéndose de pie de un salto para encender una lámpara-. Hace tanto que no veo a la señorita Cornelia... Ahora nos pondremos al día con las noticias.

-¡Me lo imagino! -dijo Gilbert.

-Esa mujer es una chismosa malintencionada -dijo la tía Mary Maria con severidad.

Tal vez por primera vez en su vida, Susan saltó en defensa de la señorita Cornelia.

-Eso sí que no es cierto, señorita Blythe, y Susan Baker jamás tolerará que en su presencia se la calumnie de esa forma. ¡Malintencionada, caramba! ¿Oyó hablar, señorita Blythe, del muerto que se asusta del degollado?

-Susan... Susan..... imploró Anne.

-Le pido disculpas, mi querida señora. Admito que he olvidado cuál es mi lugar. Pero hay cosas que una no puede tolerar.

Dichas estas palabras, una puerta fue cerrada de un golpazo, como rara vez se cerraban las

puertas en Ingleside.

-Ves, Annie? -dijo la tía Mary Maria con intención-. Pero supongo que si tú estás dispuesta a dejar pasar por alto semejante conducta en una sirvienta, entonces nadie puede hacer nada. Gilbert se levantó y fue a la biblioteca, donde un hombre cansado podría encontrar un *poco* de paz. Y la tía Mary Maria, a quien no le gustaba la señorita Cornelia, se fue a la cama. Por eso, cuando la señorita Cornelia llegó, encontró a Anne sola, inclinada sobre la cesta de la bebita. La señorita Cornelia no comenzó, como era su costumbre, a desgranar su carga de chismes. En cambio, luego de dejar sus cosas a un lado, se sentó junto a Anne y le tomó una mano.

-Anne querida, ¿qué pasa? Sé que pasa algo. ¿Te está torturando mucho esa encantadora Mary Maria?

Anne intentó sonreír.

-Ah, señorita Cornelia... sé que soy una tonta por hacerme tanto problema, pero... hoy ha sido uno de esos días en los que parece que *no podré* soportarla más. Nos... nos está envenenando la vida aquí.

¿Por qué no le dices sencillamente que se vaya?

-Ah, no podemos hacer eso, señorita Cornelia. Al menos, yo no puedo y Gilbert no querrá hacerlo. Dice que no podría volver a mirarse la cara en el espejo, si echa de su casa a alguien

-¡Santo cielo! -exclamó la señorita Cornelia-. Ella tiene suficiente dinero y una buena casa. ¿Sería echarla decirle que sería mejor que se fuera a vivir a su casa?

-Lo sé... pero Gilbert... no creo que se dé cuenta de todo. Pasa mucho tiempo fuera de casa, y en realidad, son cosas tan pequeñas que... me da vergüenza...

-Lo sé, querida. Justamente son esas cosas pequeñas las más importantes. Claro que un hombre *no puede* entender. Conozco a una mujer de Charlottetown que la conoce bien. Dice que Mary Maria Blythe jamás tuvo una amistad en toda su vida. Dice que tendría que llamarse Blight y no Blythe.* Lo que tú necesitas, mí querida, es la firmeza necesaria para decir que no vas a soportarla más.

-Me siento como cuando en las pesadillas una trata de correr y solamente puede arrastrar los pies --dijo Anne, apesadumbrada-. *Si* fuera de vez en cuando, además, pero es todos los días. Ahora las horas de las comidas son un verdadero suplicio. Gilbert dice que ya no puede trinchar un ave.

-*De eso sí* se dio cuenta -subrayó la señorita Cornelia.

-Nunca podemos mantener una conversación de verdad en la mesa porque es seguro que ella va a decir algo desagradable cada vez que cualquiera diga algo. Corrige a los niños continuamente por sus modales y siempre les llama la atención sobre sus defectos cuando hay gente. Antes nuestras comidas eran tan agradables... ¡y ahora! A ella no le gusta la risa, y usted sabe cómo somos nosotros de risueños. Siempre hay alguien diciendo un chiste... o lo había. No deja pasar nada. Hoy dijo: "Gilbert, no frunzas el entrecejo. ¿Te peleaste con Annie?" Sólo porque estábamos callados. Usted sabe que Gilbert siempre queda un poco deprimido cuando pierde un paciente que él considera que podría haber vivido. Y entonces nos dio un discurso sobre nuestra tontería y nos advirtió que no fuéramos rencorosos. Ah, después los dos nos reímos, pero, ¡en ese momento!

"Ella y Susan no se llevan nada bien. Y *no podemos* permitir que Susan masculle cosas que son lo opuesto de la amabilidad. Lo de Susan fue más que mascullar cuando la tía Mary

* Juego de palabras. En inglés, Blight, que se pronuncia igual que Blythe, significa "plaga".

Maria le dijo que nunca había visto a nadie más mentiroso que Walter... por que lo oyó contándole a Di una historia sobre su en cuentro con el hombre de la Luna y sobre la conversación que había mantenido con él. Quería refregarle la boca con jabón. Tuvo una batalla sangrienta con Susan esa vez.

"Y les está llenando la cabeza a los niños con todo tipo de ideas macabras. Le contó a Nan de un niño que se portaba mal y entonces se murió mientras dormía, y ahora Nan tiene miedo de dormirse. Le dijo a Di que si era siempre una niña buena, sus padres llegarían a quererla tanto como querían a Nan, aunque fuera pelirroja. Gilbert se enojó mucho cuanto se enteró de eso y le habló con acritud. Yo no pude evitar tener esperanzas de que se ofendiera y se fuera... aunque no me gustaría que alguien se fuera de mi casa ofendido. Pero se limitó a mirarnos con esos inmensos ojos azules suyos llenos de lágrimas y dijo que no había tenido mala intención. Dijo que siempre había oído que nunca se quería igual a los mellizos y que consideraba que nosotros preferíamos a Nan y que la pobre Di lo sentía. Lloró toda la noche por el incidente y Gilbert sintió que había estado muy bruto... ¡y le pidió perdón!

-¡Fue capaz! -exclamó la señorita Cornelia.

-Ah, no debería hablar así, señorita Cornelia. Cuando pienso en todo lo bueno que tengo, siento que es mezquino de mi parte preocuparme por estas cosas, aun si empañan un poco el horizonte de mi vi da. Y ella no siempre es odiosa; en ocasiones puede ser bastante agradable.

-¿No me digas? --preguntó la señorita Cornelia, sarcástica.

-Sí, y amable. Me oyó decir que quería un juego de té y fue a Toronto y me compró uno... ¡por correo! Ay, señorita Cornelia, ¡es tan feo!

Anne emitió una risita que terminó en un sollozo. Luego volvió a reír.

"Pero no hablemos más de ella... ya el panorama no parece tan malo después de sacarme todo el entripado, como una niña. Mire a la pequeña Rilla, señorita Cornelia. ¿No se le ven preciosas las pestañas cuando duerme? Ahora sí, démonos un festín de charla.

Anne había vuelto a ser la misma de siempre cuando la señorita Cornelia se fue. Sin embargo, se quedó un rato sentada frente al fuego, pensativa. No le había contado todo a la señorita Cornelia. Nunca le había contado nada a Gilbert. Había tantas pequeñas cosas...

"Tan pequeñas que no puedo quejarme de ellas" pensó Anne. "Y sin embargo... son las pequeñas co las las que agujerean la trama de la vida, como las polillas, y la arruinan."

La tía Mary Maria con su juego de hacerse la anfitriona... la tía Mary Maria invitando gente sin decir ni **una** palabra al respecto hasta que los invitados se hacían presentes... *`Me hace sentir como si no estuviera en mi casa."* La tía Mary María cambiando los muebles de lugar cuando Anne no estaba en casa.

"Espero que no te moleste, Annie; pero me pareció que necesitamos la mesa aquí mucho más que en la biblioteca." La tía Mary Maria y su insaciable e infantil curiosidad con respecto a todo... sus preguntas directas sobre asuntos íntimos... *Siempre entrando en mi dormitorio sin golpear... siempre sintiendo olor a humo... siempre arreglando los almohadones que yo aplasté... siempre dando a entender que hablo demasiado con Susan... siempre reprendiendo a los niños... Tenemos que estar encima de ellos todo el tiempo para que se porten bien, y no siempre lo conseguimos.*

-Tía Madia mala -había dicho Shirley, clarísimo, un horrible día. Gilbert quiso pegarle, pero Susan se irguió con una ultrajada majestuosidad, y lo impidió.

"Estamos intimidados", pensó Anne. "Esta casa ha comenzado a girar alrededor de la pregunta: '¿Le gustará a la tía Mary Maria?'. No lo admitiríamos pero es cierto. Esto no puede seguir así."

Librodot

Entonces, Anne recordó lo que había dicho la señorita Cornelia: que Mary Maria Blythe nunca había tenido un amigo. ¡Qué horrible! Desde su tesoro de amistades, Anne sintió una oleada de compasión por esta mujer que nunca había tenido amigos, que no tenía nada más que una vejez solitaria e inquieta sin nadie que acudiera a ella en busca de refugio o cura, de esperanza y ayuda, de calidez y amor. Seguro que podían tener un poco de paciencia con ella. Estas molestias eran apenas superficiales, después de todo. No podían envenenar las fuertes aguas surgentes de la vida.

"Acabo de sufrir un fuerte ataque de compasión por mí misma, nada más", se dijo Anne, mientras levantaba a Rilla de su cesta y disfrutaba de la caricia de la suave mejilla sedosa contra la suya. "Ya pasó y me siento muy avergonzada."

13

—Me parece que ya no tenemos inviernos como los de antes, ¿no, mamá? -preguntó Walter, sombrío.

Pues la nieve de noviembre se había ido hacía ya tiempo, y durante todo diciembre, Glen St. Mary había sido una tierra negra y adusta, bordeada por un golfo gris salpicado por una cresta rizada de espuma blanca. Había habido muy pocos días de sol, cuando el puerto resplandecía entre los brazos dorados de las colinas; los demás habían sido todos tristes y gélidos. En vano los habitantes de Ingleside esperaban nieve para Navidad, pero los preparativos seguían f.vanzando, y cuando finalizaba la última semana, Ingleside estaba llena de misterio, secretos, susurros y aromas deliciosos. Ahora bien, la víspera de la Navídad todo estuvo pronto. El abeto que Walter y Jem habían traído del Pozo estaba en una esquina de la sala; las puertas y ventanas estaban adornadas con grandes coronas verdes atadas con inmensos moños de cinta roja. Las barandas lucían lazos de ramas, y la despensa de Susan casi desbordaba. Entonces, a "última hora de la tarde, cuando todos se habían resignado a una opaca Navidad "verde", alguien miró Por una ventana y vio copos blancos, grandes como plumas, que caían pesadamente.

¡Nieve! ¡Nieve! ¡Nieve! -gritó Jem-. ¡Una Navidad blanca después de todo, mamá!

Los niños de Ingleside se fueron a la cama contentos. Era tan lindo acurrucarse calentitos y escuchar la tormenta que rugía afuera, en la noche gris y nevada. Anne y Susan se pusieron a trabajar para armar el árbol de Navidad, "portándose ambas como dos criaturas", como pensó despectivamente la tía Mary Maria. A ella no le parecía conveniente poner velas en un árbol ("¿y si se prende fuego la casa?"). A ella no le gustaban las bolas de colores ("¿y si las mellizas se las comen?"). Pero nadie le prestó la menor atención. Habían aprendido que ése era el único requisito que podía hacer llevadera la vida con la tía Mary Maria.

-¡Terminado! -gritó Anne, mientras aseguraba la gran estrella plateada en la punta del orgulloso abeto-. Ah, Susan, ¡quedó precioso! ¿No es lindo poder ser niñas otra vez en Navidad sin que nos dé vergüenza? Me alegra tanto que haya nevado... pero espero que la tormenta no dure toda la noche.

-Va a haber tormenta todo el día de mañana -dijo la tía Mary Maria, muy segura de sí-. Lo sé por mi pobre espalda.

Anne atravesó la sala, abrió la gran puerta del frente y miró hacia afuera. El mundo estaba perdido en una blanca pasión de nieve. Los vidrios de las ventanas estaban grises por la nieve

caída. El pino escocés era un enorme fantasma enfundado en su sábana.

-No parece muy prometedor -admitió Anne a desgano.

-Por ahora es Dios quien maneja el tiempo, mi querida señora, y no la señorita Mary Maria Blythe -le dijo Susan por detrás del hombro.

-Al menos espero que esta noche no haya ninguna llamada de urgencia -dijo Anne, y se apartó.

Susan le dio una última mirada a la oscuridad antes de cerrarle la puerta a la noche tormentosa.

-A ti no se te ocurra tener un niño esta noche --advirtió torvamente en dirección al Upper Glen, donde la señora de George Drew esperaba su cuarto hijo.

A pesar de la espalda de la tía Mary Maria, la tormenta se agotó durante la noche, y la mañana llenó el pozo secreto de la nieve, entre las colinas, con el vino rojo de un amanecer invernal. Todos los niños se levantaron temprano, con los ojos muy abiertos y expectantes.

¿Pudo Papá Noel atravesar la tormenta, mamá?

-No. Estaba enfermo y ni siquiera lo intentó -dijo la tía Mary Maria, que estaba de buen humor (para ella) y tenía ganas de hacer chistes.

-Papá Noel llegó, por supuesto -dijo Susan antes de que los ojos de los niños tuvieran tiempo de enturbiarse-, y después de tomar el desayuno, van a ver lo que hizo con el árbol.

Después del desayuno, papá desapareció misteriosamente, pero nadie se dio cuenta porque todos estaban tan absortos con el árbol, un árbol viviente, hecho todas burbujas doradas y plateadas y velas encendidas en la habitación todavía a oscuras, con paquetes de todos los colores y atados con cintas preciosas todo alrededor. Entonces apareció Papá Noel, un Papá Noel con un traje todo rojo con piel blanca, una larga barba blanca y una barriga *tan* graciosa... Susan había metido tres almohadones debajo de la casaca de terciopelo rojo que Anne le había hecho a Gilbert. Al principio, Shirley gritó de terror pero, a pesar de todo, no quiso que lo sacaran de la habitación. Papá Noel repartió todos los regalos con un discursito muy gracioso para cada uno, en una voz que parecía extrañamente conocida aun a través de la máscara, hasta que sobre el final se le prendió fuego la barba en una vela y la tía Mary Maria obtuvo una leve satisfacción con el incidente, aunque no la suficiente para impedirle que suspirara penosamente.

-Ah, qué pena. La Navidad no es lo que era cuando yo era pequeña. --Miró con desaprobación el regalo que la pequeña Elizabeth le había enviado a Anne desde París: una hermosa reproducción en bronce de Artemisa con el Arco de Plata. ¿Quién es esa desvergonzada? --preguntó con severidad.

—La diosa Diana -dijo Anne, intercambiando una sonrisa con Gilbert.

-¡Ah, una pagana! Bien, entonces es diferente, supongo. Pero yo en tu lugar, Annie, no la dejaría donde puedan verla los niños. A veces me veo obligada a pensar que ya no queda decencia en el mundo. Mi abuela --agregó la tía Mary Maria, con la deliciosa incoherencia que caracterizaba tantos de sus comentarios- nunca usaba menos de tres enaguas, invierno y verano.

La tía Mary Maria había tejido muñequeras para todos los niños, en un espantoso color púrpura, y un suéter para Anne. Gilbert recibió una corbata color bilis, y Susan, una enagua de franela roja. Hasta Susan consideraba que las enaguas de franela roja estaban pasadas de moda, pero le dio las gracias a la tía Mary Maria con gesto galante.

"A alguna pobre en un asilo puede hacerle falta", pensó. "¡Tres enaguas, caramba! Yo me precio de ser una mujer muy decente y sin embargo me gusta la muchacha del Arco de Plata. Tal vez esté un poco livianita de ropa, pero si yo tuviera un cuerpo como el suyo, no sé si lo ocultaría mucho. Ahora vamos a ocuparnos del relleno del pavo, aunque no puede ser gran cosa sin

cebollas."

Ingleside estuvo llena de felicidad ese día: una sencilla, anticuada felicidad, a pesar de la tía Mary Maria, a quien por cierto no le gustaba nada ver feliz a la gente.

-Carne blanca, nada más, por favor... James, toma la sopa sin hacer ruido... Ah, no trinchas como lo hacía tu padre, Gilbert. Él le daba a cada persona la parte que le gustaba... Mellizas, de vez en cuando, a los ancianos nos gustaría que se nos permitiera intercalar alguna palabra... *A mí* me educaron con la norma de que a los niños hay que verlos y no oírlos... No, gracias, Gilbert, yo no quiero ensalada. No como nada crudo. Sí, Annie, quiero *un poquitito* de pastel. Los pasteles de frutas y especias son muy indigestos.

-Los pasteles de frutas y especias de Susan son poemas, así como sus pasteles de manzana son canciones -dijo el doctor-. Yo quiero una porción de cada uno, Anne nenita.

-¿De verdad te gusta que te digan "nenita" a tu edad, Annie...? Walter, no te comiste todo el pan con manteca. A tantos niños pobres les gustaría comer pan con manteca... James, querido, suénate la nariz y terminemos de una vez por todas. *No soporto* que estés todo el tiempo sorbiendo el aire.

Pero fue una Navidad alegre y preciosa. Hasta la tía Mary Maria se ablandó un poco después de la comida; dijo casi gentilmente que los regalos que había recibído eran muy lindos y hasta soportó a Camarón con un aire de paciente martirologio que hizo que todos los demás se sintieran avergonzados de quererlo.

-Creo que nuestros chiquitos lo han pasado bien -dijo Anne, feliz, ese atardecer, mientras miraba el diseño de los árboles contra las colinas blancas y el cielo del crepúsculo, y a los niños, muy atareados afuera desparramando sobre la nieve miguitas para los pájaros. El viento, que suspiraba suavemente en los arbustos, enviaba la nevisca sobre el césped y cometía más tormenta para el día siguiente, pero Inside había vivido su hermoso día.

-Supongo que sí -admitió la tía Mary Maria-. Lo que sí es cierto es que hicieron un buen bochinche. Pero lo que comieron... bien, se es joven sólo una vez supongo que tienes suficiente aceite de ricino en casa.

14

Fue lo que Susan llamaba un invierno inestable: todo congelamiento y descongelamiento, lo que mantuvo a Ingleside decorada con fantásticas guirnaldas de carámbanos. Los niños les daban de comer a siete grajos que iban regularmente al jardín en busca de sus raciones y que se dejaban agarrar por Jem, aunque le huían a cualquier otra persona. Durante enero y febrero, Anne se quedaba levantada hasta tarde, devorando catálogos de semillas. Luego los vientos de marzo se arremolinaron sobre las dunas, las abras y las colinas. Los conejos, según decía Susan, estaban poniendo huevos de Pascua.

¿Verdad que marzo es un mes *incitante*, mami? -exclamó Jem, que era el hermanito menor de todos los vientos habidos y por haber.

Podrían haber prescindido de la *incitación* de Jem cuando el niño se lastimó la mano con un clavo herrumbrado y pasó unos cuantos días con mucho dolor, mientras la tía Mary Maria contaba todas las historias de envenenamiento de la sangre que había oído en su vida. "Pero", pensó Anne cuando el peligro hubo pasado, "a eso tiene que estar preparada una cuando tiene un hijo pequeño que siempre está probando experimentos nuevos,"

¡Y hete aquí que llegó abril! Con las risas de la lluvia de abril... los murmullos de la lluvia de abril... el goteo, el revuelo, el empuje, el voleo, el paso de baile, la vuelta en el aire de la lluvia de abril.

-Ah, mamá, el mundo se lavó la cara bien limpita, ¿verdad? -exclamó Di la mañana en que regresó el sol.

Había pálidas estrellas de primavera sobre campos de niebla, había sauces en el pantano. Hasta las ramitas de los árboles parecieron haber perdido de pronto su clara y fría silueta para volverse suaves y lánguidas. El primer petirrojo fue todo un acontecimiento; el Pozo fue una vez más un lugar pleno de un libre y silvestre deleite; Jem le llevó a su madre las primeras anémonas... para ofensa de la tía Mary Maria, convencida de que tendría que habérselas regalado *a ella;* Susan comenzó a limpiar los estantes de la buhardilla, y Anne, que casi no había tenido un minuto para ella en todo el invierno, se puso la alegna primaveral como un vestido y literalmente vivía en el jardín, mientras que Camarón mostraba sus éxtasis primaverales retorciéndose en todos los senderos.

-Te preocupas más por ese jardín que por tu marido, Annie -dijo la tía Mary Maria.

-Mi jardín es tan bueno conmigo... -respondió Anne, en medio de una ensoñación, y entonces, al darse cuenta de lo que podría deducirse de su respuesta, se puso a reír.

-Dices cosas tan raras, Annie. Claro que *yo* sé que no es tu intención decir que Gilbert no es bueno, pero, ¿y si te escuchara un extraño?

-Mi querida tía Mary María --dijo Anne, divertida-, realmente no soy responsable de las cosas que diga en esta época del año. Todos los que me rodean lo saben. Siempre me vuelvo un poco loca en primavera. Pero es una locura tan divina... ¿Se ha fijado en esas nieblas, encima de las dunas, que parecen brujas bailarinas? ¿Y los narcisos? Nunca antes hemos tenido tantos narcisos en Ingleside.

-A mí, los narcisos no me gustan mucho. Son demasiado ostentosos -dijo la tía Mary Maria. Se acomodó el chal y entró en la casa para protegerse la espalda.

-¿Sabe, mi querida señora -dijo Susan, con aire de mal agüero-, qué fue de esos nuevos lirios que usted quería plantar en aquel rincón sombreado? *Ella* los plantó esta tarde, cuando usted no estaba. En la parte más soleada del jardín trasero.

-¡Ay, Susan! ¡Y no podemos sacarlos porque ella se ofendería tanto!

-Si usted me lo permitiera, mi querida señora...

-No, no, Susan, los dejaremos ahí por ahora. Lloró, ¿recuerda?, cuando le comenté que no tendría que haber podado la espirea antes de que floreciera.

-Pero despreciarnos los narcisos, mi querida señora... que son famosos en todo el puerto...

-Y con razón. Mire cómo se ríen de usted por preocuparse por los comentarios de la tía Mary Maria. Susan, después de todo, las capuchinas están naciendo en este rincón. Es tan gracioso, cuando una ha abandonado toda esperanza de algo, descubrir de pronto que está sucediendo. Voy a hacer un pequeño jardín de rosas en el rincón del sudoeste. El nombre mismo, "jardín de rosas", me vuelve loca. ¿Alguna vez vio un azul tan *azul* en el cielo, Susan? Y si presta mucha atención ahora, de noche, se puede escuchar los parloteos de todos los arroyitos del campo. Esta noche tengo ganas de dormir en el Pozo con una almohada de violetas silvestres.

-Lo va a encontrar muy húmedo -dijo Susan, paciente. La querida señora era siempre así en primavera. Ya se le pasaría.

-Susan -dijo Anne, con tono seductor-, quiero organizar una fiesta de cumpleaños para la semana que viene.

-Bien, ¿y por qué no? -preguntó Susan. Por supuesto que nadie de la familia cumplía años en la última semana de mayo, pero si la señora quería una fiesta de cumpleaños, ¿por qué privarse?

-Para la tía Mary Maria -continuó Anne, decidida a pasar cuanto antes lo peor-. Cumple años la semana próxima. Gilbert dice que son cincuenta y cinco y estuve pensando...

-Mi querida señora, ¿realmente está pensando en organizar una fiesta para esa...?

-Cuente hasta cien, Susan... cuente hasta cien, Susan querida. A ella la complacería tanto... ¿Y qué tiene en la vida, después de todo?

-Culpa de ella.

-Tal vez. Pero, Susan, de verdad quiero hacer eso por ella.

-Mi querida señora -dijo Susan, con gesto adusto-, usted ha sido siempre muy buena y me ha dado una semana de licencia cada vez que la he necesitado. ¡Tal vez deba tomarme la semana próxima! Le pediré a mi sobrina Gladys que venga a ayudarla. Y entonces, la señorita Mary Maria Blythe puede festejar una docena de cumpleaños, por lo que a mí respecta.

-Si usted lo ve así, Susan, abandonaré la idea, por supuesto -dijo Anne, despacio.

-Mi querida señora, esa mujer se ha impuesto en su vida y tiene intenciones de quedarse aquí para siempre. La ha importunado, ha fastidiado al doctor y les ha hecho la vida imposible a los niños. No digo nada de mí, pues, ¿quién soy yo? Ha rezongado, ha regañado, ha insinuado y ha gimoteado... ¡y ahora usted quiere organizarle una fiesta de cumpleaños! Bien, lo único que yo puedo decir es que, si eso es lo que usted quiere hacer, bien, pues, adelante, lo haremos.

-¡Ésa es mi Susan!

A esto siguieron planes y maquinaciones. Habiéndose rendido, Susan estaba decidida, por el honor de Ingleside, a que la fiesta fuera algo que ni siquiera Mary Maria Blythe pudiera criticar.

--Creo que haremos un almuerzo, Susan. Así se irán temprano y yo podré ir al concierto de Lowbridge con el doctor. Lo mantendremos en secreto; será una sorpresa para ella. No sabrá absolutamente nada hasta último momento. Invitaré a todos los de Glen con quienes simpatiza.

¿Y a quiénes se refiere usted específicamente, mi querida señora?

-Bien, a los que tolera. Y a la prima, Adella Carey, de Lowbridge, y a otras personas de la ciudad. Prepararemos una gran torta de cumpleaños, de ciruelas, con cincuenta y cinco velitas y...

- Que yo voy a preparar, por supuesto...

Susan, usted sabe que hace la mejor torta de fruta en la Isla Príncipe Eduardo...

—Lo que yo sé es que soy como arcilla en sus manos, mi querida señora.

Una misteriosa semana fue la que siguió. Un aire muy secreto invadió Ingleside. Todos fueron juramentados a no develar el secreto a la tía Mary Maria. Pero Anne y Susan no contaron con los chismes. La noche antes de la fiesta, la tía Mary Maria llegó de una visita que había hecho en Glen y las encontró sentadas en el porche, a oscuras, como cansadas.

¿A oscuras, Annie? No entiendo cómo alguien puede sentarse en la oscuridad. A mí me provoca tristeza.

-No es oscuridad, es el crepúsculo... Ha habido una relación amorosa entre la luz y la oscuridad, y hermosa en exceso es la criatura engendrada --dijo Anne, más para sí misma que para los demás.

-Supongo que tú sabrás a qué te refieres, Annie. ¿De manera que vas a ofrecer una fiesta mañana?

Anne se enderezó de un salto. Susan, que ya estaba sentada muy derecha, no pudo erguirse más.

-Pero... pero... tía...

-Siempre dejas que me entere de las cosas por los extraños -dijo la tía Mary Maria, pero al parecer más apenada que enojada.

-Es que... queríamos que fuera una sorpresa, tía.

-No entiendo para qué quieres organizar una fiesta en esta época del año, cuando no se puede depender del tiempo, Annie.

Anne exhaló un suspiro de alivio. Evidentemente, la tía Mary Maria sabía sólo que habría una fiesta, no que ésta tuviera ninguna relación con ella.

-Quise... quise que fuera antes de que se terminen las flores de primavera, tía.

-Me pondré el vestido de tafetán granate, supongo. Annie, de no haberme enterado de esto en el pueblo, mañana todas tus amigas me habrían sorprendido con un vestido de algodón.

-Oh, no, tía. Íbamos a avisarle a tiempo para que se vistiera, por supuesto...bien, si *mi* consejo te sirve de algo, Annie, y a veces me siento casi llevada a creer que no es así, te diría que en el futuro sería mejor que no fueras *tan misteriosa* con las cosas. A propósito, ¿sabes que en el pueblo están diciendo que fue Jem el que arrojó una piedra contra la ventana de la iglesia metodista?

—No fue él -dijo Anne, con calma-. Él me dijo que no había sido.

¿Estás segura, querida Annie, de que no te mintió?

La "querida Annie" habló aún con calma.

-Muy segura, tía Mary Maria. Jem jamás me ha mentido en toda su vida.

-Bien, me pareció conveniente que estuvieras al tanto de lo que se está diciendo.

La tía Mary Maria se marchó con su usual estilo majestuoso, evitando con gesto ostentoso a Camarón, que estaba acostado de espaldas en el suelo, esperando a que alguien le rascara la panza.

Susan y Anne exhalaron un profundo suspiro.

-Creo que me voy a la cama, Susan. Y espero que haga buen tiempo mañana. No me gusta nada esa nube negra encima del puerto.

-Estará lindo, mi querida señora -la tranquilizó Susan-. Eso dice el almanaque.

Susan tenía un almanaque que predecía el tiempo para todo el año y acertaba lo suficiente como para que pudiera dársele crédito.

-Deje la puerta lateral abierta para el doctor, Susan. Puede llegar tarde de la ciudad hoy. Fue a buscar las rosas... cincuenta y cinco rosas color oro, Susan... Le oí decir a la tía Mary Maria que las rosas amarillas son las únicas que le gustan.

Media hora después, leyendo su capítulo de la *Biblia* de todas las noches, Susan se encontró con el siguiente versículo: "Aparta tu pie de la casa de tu vecino, no sea que él se canse de ti y te odie". Puso una ramita en la página, para marcar el lugar. "Ya en aquella época...", reflexionó.

Anne y Susan se levantaron temprano, deseosas de terminar ciertos preparativos de último momento antes de que se levantara la tía Mary Maria. A Anne siempre le gustaba levantarse temprano y aprovechar esa mística media hora antes del alba cuando el mundo pertenece a las hadas y a los antiguos dioses. Le gustaba ver el cielo matutino, rosa pálido y dorado, detrás de la torre de la iglesia, el resplandor delicado y traslúcido del amanecer derramándose sobre las

dunas, las primeras violentas espirales de humo que salían flotando de los techos del pueblo.

Es como si hubiéramos mandado a hacer el día a medida, mi querida señora -dijo Susan, complacida, mientras salpicaba coco rallado sobre una torta bañada con crema de naranja-. Después del desayuno, voy a probar a ver cómo me salen esos nuevos bollitos de manteca, y cada media hora llamaré a Carter Flagg para estar segura de que no se olvide del helado. Habrá tiempo de lavar los escalones de la galería.

¿Hace falta, Susan?

—Mi querida señora, usted ha invitado a la esposa de Marshall Elliott, ¿no? *Ella* no va a ver los escalones de *nuestra* galería de otra forma que no sea impecable. Pero usted se ocupará de los adornos, ¿eh, mi querida señora? Yo no nací con el don de arreglar flores.

-¡Cuatro tortas! ¡Guau! -exclamó Jem.

-Cuando ofrecemos una fiesta -dijo Susan, pomposa *ofrecemos* una fiesta.

Las invitadas llegaron a la hora convenida y fueron recibidas por la tía Mary Maria con su vestido de tafetán granate, y por Anne con un vestido de *voile* amarillento. Anne había pensado ponerse el vestido de muselina blanca, pues era un día muy cálido, pero decidió que no.

-Muy sensato de tu parte, Annie -comentó la tía Mary Maria-. El blanco, y lo digo siempre, es un color para las muchachas jóvenes.

Todo transcurrió según lo previsto. La mesa estaba preciosa, con la loza más linda de Anne y la exótica belleza de lirios blancos y púrpuras. Los bollitos de manteca de Susan causaron sensación, pues nunca se había visto nada igual en Glen; su sopa cremosa era la última palabra en sopas; la ensalada de pollo había sido preparada con "pollos de Ingleside, que *son* pollos"; el atormentado Carter Flagg envió el helado en el momento exacto. Por fin entró Susan, trayendo la torta de cumpleaños con sus cincuenta y cinco velitas encendidas, como si fuera la cabeza del Bautista sobre una bandeja; la colocó sobre la mesa, frente a la tía Mary Maria.

Anne, por fuera la anfitriona sonriente y serena, hacía un rato que se sentía inquieta. A pesar de que todo parecía deslizarse sobre ruedas, tenía la convicción, cada vez más firme, de que algo había salido terriblemente mal. Al llegar las invitadas, ella había estado demasiado ocupada para darse cuenta del cambio operado en la expresión de la tía Mary Maria cuando la señora de Marshall Elliott cordialmente le deseó feliz cumpleaños. Pero cuando por fin estuvieron todas sentadas a la mesa, Anne se percató del hecho de que la tía Mary Maria estaba cualquier cosa menos contenta. En realidad, estaba *pálida* -¡pero no podía ser de furia!- y no pronunció palabra mientras se desarrollaba la comida, a excepción de muy breves respuestas a comentarios dirigidos a ella. Tomó sólo dos cucharadas de sopa y comió tres bocados de ensalada; en cuanto al helado, para ella fue como si no hubiera existido.

Cuando Susan puso frente a ella la torta de cumpleaños, con sus velas encendidas, la tía Mary Maria tragó saliva sonoramente pero, como no consiguió sofocar un sollozo, el ruido resultante fue un estertor ahogado.

-Tía, ¿no se siente bien? --se alarmó Anne.

La tía Mary Maria le dirigió una mirada helada. -*Me siento muy bien,* Annie. Demasiado bien, en realidad, *para una persona de mi edad.*

En ese auspicioso momento, entraron las mellizas, llevando entre las dos la cesta rebosante con las cincuenta y cinco rosas amarillas y, en medio de un silencio súbitamente gélido, se la entregaron a la tía Mary Maria con felicitaciones y buenos deseos a media lengua. Un coro de admiración se levantó de la mesa, pero la tía Mary Maria no se unió a él.

--Las... las mellizas soplarán las velitas por usted -tartamudeó Anne, nerviosa-, y luego... ¿querría cortar la torta?

-Como no estoy tan senil... todavía... Annie, puedo soplar las velas yo sola.

La tía Mary Maria sopló las velas con deliberado esmero. Con el mismo esmero y deliberación cortó la torta. Luego dejó el cuchillo.

"Ahora tal vez puedan disculparme, Annie. *Una mujer tan vieja como yo* necesita descansar después de tantas emociones. Con un crujido de seda, se alejó la falda de tafetán de la tía Mary Maria. Con un estampido, cayó la cesta de rosas cuando ella la arrastró al pasar. Con un clic, resonaron los tacos altos de la tía Mary Maria contra la escalera. Y con un portazo, se cerró la puerta de la tía Mary Maria a la distancia.

Las atónitas invitadas comieron sus porciones de torta de cumpleaños con todo el apetito de que intentaron hacer gala, en un tenso silencio sólo quebrado por una historia que contaba desesperadamente la señora de Amos Martin sobre un médico de Nova Scotia que había envenenado a varios pacientes inyectándoles el bacilo de la difteria. Las otras, sintiendo que la historia no era de muy buen gusto, no apoyaron su loable esfuerzo por "alegrar la reunión", y todas se fueron apenas fue apropiado irse.

Conmocionada, Anne fue corriendo a la habitación de la tía Mary Maria.

-Tía, *¿qué pasó?*

-¿Era necesario gritar mi edad a los cuatro vientos, Annie? ¿Y invitar a la Adella Carey esa... para que averigua ra cuántos años tengo...? ¡Hace años que se moría por saberlo!

-Pero tía, nosotros quisimos... queríamos...

-No sé cuál fue tu propósito, Annie. Que hay algo detrás de todo esto, eso lo sé perfectamente bien... Ah, puedo leerte la mente, Annie, pero no intentaré descubrirte... que quede entre tú y tu conciencia.

-Tía Mary Maria, mi única intención fue que tuviera un feliz cumpleaños. Yo siento muchísimo...

La tía Mary Maria se llevó el pañuelo a los ojos y sonrió valientemente.

-claro que te perdono, Annie. Pero te darás cuenta de que después de semejante intento deliberado de herir mis sentimientos, ya no puedo quedarme aquí.

-Tía, no creerá...

La tía Mary Maria levantó una mano larga, delgada, huesuda.

-No hablemos más del tema, Annie. Necesito paz... sólo paz. "Un espíritu herido, ¿quién puede soportarlo?"

Anne fue al concierto con Gilbert esa noche, pero no puede decirse que lo haya disfrutado. Gilbert tomó todo el asunto de una manera "típica de un hombre", como hubiera dicho la señorita Cornelia.

-Recuerdo que siempre fue muy susceptible con la edad. Papá la fastidiaba con ese tema. Debí haberte advertido, pero se me olvidó. Si se va, no intentes retenerla... -Y Gilbert se contuvo de agregar: "¡y enhorabuena!"

-No se irá. No tendremos tanta suerte, mi querida señora -dijo Susan, incrédula.

Pero, por una vez, Susan se equivocaba. La tía Mary Maria se fue al día siguiente, perdonando a todos con sus palabras de despedida.

-No culpes a Annie, Gilbert -dijo, magnánima-. La libro de todo insulto intencional. Nunca me molestó que me ocultara cosas... si bien una mente sensitiva como la mía... pero a pesar de todo, siempre la he querido a la pobre Annie...

-Dijo esto con el aire de quien confiesa una debilidad. -Pero Susan Baker es harina de otro costal. Las últimas palabras que te digo, Gilbert, son que pongas a Susan Baker en su lugar.

Nadie podía creer al principio en tanta buena suerte. Hasta que por fin cayeron en la

cuenta de que la tía Mary Maria de verdad se había ido... que otra vez era posible reír sin herir los sentimientos de nadie... abrir todas las ventanas sin que nadie se quejara de las corrientes de aire... comer sin que nadie dijera que algo que a uno le gusta mucho trae cáncer de estómago.

"Jamás despedí a una visita de tan buen grado", pensó Anne, con cierto sentimiento de culpa. "Sí que es lindo sentirse dueña de sí misma otra vez."

Camarón se dio una meticulosa lavada, sintiendo que después de todo era bastante divertido ser gato. La primera peonía se abrió en el jardín.

-El mundo está lleno de poesía, ¿no, mamá? -dijo Walter.

-Va a ser un junio muy lindo -predijo Susan-. Lo dice el almanaque. Habrá algunas novias y probablemente al menos dos funerales. ¿No parece extraño poder respirar libremente otra vez? Cuando pienso que hice todo lo que estaba en mis manos para impedir que organizara esa fiesta de cumpleaños, mi querida señora, me doy cuenta de que *hay* una Providencia. ¿No le parece, mi querida señora, que al doctor le gustaría comer un poco de cebolla hoy para acompañar el bistec?

15

-Pensé que era mejor venir, querida -dijo la señorita Cornelia-, a explicarte lo del teléfono. Fue todo un gran error, lo siento, la prima Sarah no se murió, después de todo.

Ahogando una sonrisa, Anne le ofreció una silla en la galería a la señorita Cornelia, y Susan, apartando la mirada del cuello de encaje que estaba tejiendo en punto escocés para su sobrina Gladys, exhaló con una cortesía escrupulosa:

-Buenas noches, *señora* Elliott.

-Esta mañana llegó del hospital la noticia de que había fallecido durante la noche, y pensé que debía avisarte, ya que ella era paciente del doctor. Pero era otra Sarah Chase; la prima Sarah vive y seguirá viviendo, gracias a Dios. Está muy lindo, muy fresco, aquí, Anne. Siempre digo que si en algún lugar hay brisa es en Ingleside.

-Susan y yo estábamos disfrutando del encanto de esta noche estrellada -dijo Anne.

Dejó a un lado el vestido fruncido de muselina rosada que le estaba haciendo a Nan, y entrelazó las manos sobre las rodillas. Una excusa para no hacer nada por un ratito siempre era bienvenida. Ni ella ni Susan tenían muchos momentos de ocio esos días.

Estaba por salir la Luna y la profecía era más encantadora de lo que sería el hecho consumado. Las azucenas "resplandecían ardientes" a lo largo del sendero, y el aroma de la madreselva iba y venía en alas del viento soñador.

"Mire esa oleada de amapolas que nacieron contra el muro del jardín, señorita Cornelia. Susan y yo estamos muy orgullosas de nuestras amapolas este año, aunque no les hicimos absolutamente nada. En primavera, a Walter se le cayó un paquete de semillas ahí y éste es el resultado. Todos los años tenemos alguna preciosa sorpresa como ésa.

A mí me encantan las amapolas -dijo la señorita Cornelia-, aunque no duran mucho.

-Tienen apenas un día de vida -admitió Anne-, pero, ¡con qué majestuosidad, con qué esplendor lo viven! ¿No es mejor eso que ser una rígida y fea zinnia que dura prácticamente para siempre? En Ingleside no tenemos zinnias. Son las únicas flores de las que no somos amigas. Susan ni siquiera les habla.

¿Están asesinando a alguien en el Pozo? -preguntó la señorita Cornelia.

De hecho, los gritos provenientes de allí parecían indicar que estaban quemando vivo a alguien. Pero Anne y Susan estaban demasiado acostumbradas para ser interrumpidas.

Persis y Kenneth han estado todo el día aquí y coronan la visita con un banquete en el Pozo. En cuanto a la señora Chase, Gilbert fue a la ciudad esta mañana, de modo que ya estará enterado de la verdad. Me alegro por todos de que esté bien... los otros médicos no estuvieron de acuerdo con el diagnóstico de Gilbert, y él estaba un poco preocupado.

-Cuando se internó en el hospital, Sarah nos advirtió que no debíamos enterrarla hasta no estar seguros de que estaba muerta -dijo la señorita Cornelia, mientras se abanicaba majestuosamente y se preguntaba cómo hacía la esposa del doctor para estar siempre tan fresca-. Ya sabes, siempre tuvimos un poco de temor de que su esposo hubiera sido enterrado vivo... se lo veía tan bien. Pero a nadie se le ocurrió considerarlo hasta que ya fue demasiado tarde, Era hermano del Richard Chase que compró la vieja granja Moorside y se mudó allí desde Lowbrid ge en la primavera. *Él* sí es gracioso. Dice que vino al campo en busca de un poco de paz... porque en Lowbridge se lo pasaba todo el tiempo eludiendo viudas... -"Y solteronas" podría haber agregado la señorita Cornelia, pero no lo hizo por consideración a Susan.

-Conocí a su hija Stella, viene al coro. Hemos simpatizado mucho.

-Stella es una muchacha encantadora... una de las pocas muchachas que todavía se ruborizan. Siempre la he querido mucho. Su madre y yo éramos grandes amigas. ¡Pobre Lisette!

-¿Murió joven?

-Sí, cuando Stella tenía apenas ocho años. A Stella la crió Richard. ¡A pesar de ser un hereje! Dice que las mujeres son sólo importantes desde el punto de vista biológico... no sé bien qué quiere decir. Siempre dice cosas grandilocuentes como ésa.

-Al parecer, no le salió mal la crianza de la hija -dijo Anne, que consideraba a Stella Chase una de las muchachas más encantadoras que había conoci*do.*

-*¡Ah!* Es que hubiera sido imposible educar mal a Stella. No es que niegue que Richard tiene algo en la cabeza. Pero es un loco con los muchachos... ¡jamás le ha permitido a Stella tener un admirador en toda su vida! Todos los muchachos que han intentado acercarse a ella fueron aterrorizados por él a fuerza de sarcasmos. Es la criatura más sarcástica de la que hayas oído hablar. Stella no puede con él... y la madre de ella tampoco pudo. No supieron cómo hacerlo. Él funciona por los contrarios, pero ninguna de las dos se dio cuenta jamás.

-Me pareció que Stella lo quiere mucho al padre.

-Sí, así es. Lo adora. Él es un hombre muy agradable cuando se sale con la suya en todo. Pero tendría que tener más sentido común con respecto al casamiento de Stella. Tiene que saber que no va a vivir toda la vida... aunque si una lo oye hablar, diría que sí. No es viejo, claro, se casó muy joven. Pero viene de una familia propensa a los ataques. ¿Y qué haría Stella después de que él se vaya? Marchitarse, supongo.

Susan levantó la mirada de la intricada rosa de su tejido lo suficiente como para decir, decidida:

-Yo no estoy de acuerdo con que los viejos les estropeen la vida a los jóvenes de esa manera.

-Tal vez si Stella de verdad se enamorara de un hombre, las objeciones del padre podrían

no importarle demasiado.

-Ahí es donde te equivocas, querida Anne. Stella no se casaría con nadie que no le gustara al padre. Y te digo de otra persona a la que le van a estropear la vida, y es el sobrino de Marshall, Alden Churchill. Mary *está decidida a* que el muchacho no se case mientras ella pueda retenerlo a su lado. Ella es más díscola que Richard... si fuera una veleta señalaría el norte cuando el viento viene del sur. La propiedad es de ella hasta que Alden se case, entonces pasará a él. Cada vez que él ha comenzado a cortejar a una muchacha, ella de alguna manera se las ha ingeniado para ponerle punto final al asunto.

-¿De verdad es pura responsabilidad de ella, *señora* Elliott? -preguntó Susan, secamente-. Hay quien piensa que Alden es muy voluble. He oído que lo llaman inconstante.

-Alden es bien parecido y las chicas lo persiguen -replicó la señorita Cornelia-. A mí no me parece mal que las tenga en vilo un tiempo y las deje cuando les ha enseñado una lección. Pero hubo una o dos muchachas encantadoras que a él le gustaban, y Mary puso obstáculos todas las veces. Ella misma me lo dijo... me dijo que iba a la *Biblia*... ella siempre "va a la *Biblia"*... encontraba un versículo y en todas las ocasiones era una advertencia contraria a que Alden se casara. Yo no tengo paciencia, ni con ella ni con sus tonterías. ¿Por qué no puede ir a la iglesia como el resto de nosotros en Four Winds? No, ella tiene que inventarse una religión propia, que consiste en "ir a la *Biblia"*. El otoño pasado, cuando se enfermó ese caballo tan valioso... como cuatrocientos dólares costaría... en lugar de mandar a buscar al veterinario de Lowbridge, "fue a la *Biblia" y* encontró un versículo: "El Señor te da y el Señor te quita". De modo que se negó a mandar a buscar al veterinario y el caballo se murió. Imagínate, aplicar un versículo de esa manera, querida Anne. Para mí es una irreverencia. Se lo dije en la cara, pero su única respuesta fue una mirada despectiva. Y no quiere que le instalen teléfono... "¿Te parece que le voy a hablar a una caja en la pared?", dice cuando alguien toca el tema.

La señorita Cornelia hizo una pausa, casi sin aliento. Las excentricidades de su cuñada siempre la impacientaban.

-Alden no es para nada como la madre --dijo Anne.

-Alden es como el padre... no ha habido un hombre mejor... para ser hombre. El porqué de su casamiento con Mary es algo que los Elliott jamás pudieron comprender. Aunque se pusieron más que contentos de casarla tan bien... ella siempre había tenido un tornillo flojo y era muy flacucha. Claro que tenía muchísimo dinero, su tía Mary le había dejado todo, pero ésa no fue la razón. George Churchill estaba verdaderamente enamorado de ella. No sé cómo soporta Alden los caprichos de su madre, pero ha sido un buen hijo.

¿Sabe qué acaba de ocurrírseme, señorita Cornelia? -dijo Anne con una sonrisa traviesa-. ¿No sería lindo que Alden y Stella se enamoraran?

-No hay muchas posibilidades y además no llegarían a ningún lado. Mary haría un escándalo y Richard en un minuto le mostraría la puerta a un simple granjero, aunque ahora él mismo sea un granjero. Pero Stella no es el tipo de chica que le gusta a Alden... a él le gustan las muchachas risueñas y animadas. Y a Stella tampoco le gustaría el tipo de él. Me enteré de que el nuevo ministro de Lowbridge la miraba con ojos de cordero.

-¿No es un poco anémico y corto de vista? --preguntó Anne.

-Y tiene los ojos saltones -dijo Susan-. Ha de verse espantoso cuando intenta ponerse sentimental.

-Al menos es presbiteriano -dijo la señorita Cornelia, como si eso disculpara muchas cosas-. Bien, debo irme. He descubierto que si estoy mucho tiempo expuesta al rocío, después me molesta la neuralgia.

-La acompaño hasta el portón.

Siempre pareciste una reina con ese vestido, Anne querida -dijo la señorita Cornelia, admirativa pero incoherentemente.

Anne se encontró con Owen y Leslie Ford en el portón y regresó a la galería con ellos. Susan había desaparecido en busca de limonada para el doctor, que acababa de llegar a la casa, y los niños vinieron en bandada desde el Pozo, soñolientos y contentos.

-Hacían un ruido terrible cuando llegué -dijo Gilbert-. Seguro que los oían desde todos lados.

Sacudiendo su espesos rizos color miel, Persis Ford le sacó la lengua. Persis era la preferida del "tío Gil".

-Estábamos imitando a los derviches aulladores, y entonces teníamos que aullar, por supuesto -explicó Kenneth.

-Mira cómo te pusiste la camisa -dijo Leslie, algo severa.

-Me caí en el pastel de barro de Di -dijo Kenneth, con desenfadada satisfacción. Odiaba esas camisas almidonadas, impecables, que su madre lo obligaba a ponerse cuando iba a Glen.

-Mamita -dijo Jem-, ¿puedo tomar esas viejas plumas de avestruz que hay en la buhardilla para coserlas en los fundillos de los pantalones, como cola? Mañana vamos a hacer un circo y yo voy a ser el avestruz. Y vamos a tener un elefante.

-¿Sabes que cuesta seiscientos dólares por año alimentar a un elefante? -preguntó Gilbert, solemne.

-Un elefante imaginario no cuesta nada -explicó Jem, paciente.

Anne rió.

-Nunca tenemos que hacer economías en nuestra imaginación, gracias al cielo.

Walter no dijo nada. Estaba un poquito cansado y se contentaba con estar sentado al lado de su madre, sobre los escalones, y apoyar su cabeza de cabellos negros contra el hombro de ella. Mirándolo, Leslie Ford pensó que tenía el rostro de un genio..., la mirada remota, aislada, de un alma de otra estrella. La Tierra no era su hábitat.

Todos estaban contentos a esa hora dorada de un día dorado. Del otro lado del puerto, la campana de una iglesia repicó débil y suavemente, la Luna dibujaba diseños sobre el agua. Las dunas resplandecían en una niebla plateada. Había gusto a menta en el aire y algunas rosas invisibles que abrumaban con su dulzor. Y Anne, mirando soñadora el césped con ojos que, a pesar de sus seis hijos, eran todavía muy jóvenes, pensó que no había nada en el mundo tan esbelto y mágico como un jovencísimo álamo de Lombardía a la luz de la Luna.

Luego comenzó a pensar en Stella Chase y Alden Churchill, hasta que Gilbert le ofreció un penique por sus pensamientos.

-Estoy pensando seriamente en intentar el oficio de casamentera --replicó Anne.

Gilbert miró a los otros con un cómico gesto de desolación.

—Me temía que algún día volvería a aparecer. Hice lo posible, pero no se puede reformar a una casamentera nata. Es su pasión. La cantidad de casamientos que ha armado es increíble. Yo no podría dormir de noche, si tuviera semejantes responsabilidades en la conciencia.

-fiero son todos felices -protestó Anne-. De verdad soy una adepta. Piensa en todas las parejas que he unido, o que me han acusado de haber unido: Theodora Dix y Ludovic Speed; Stephen Clark y Prissie Gardner; Janet Sweet y John Douglas; el profesor Carter y Esme Taylor; Nora y Jim, y Dovie y Jarvis...

-Ah, lo admito. Esta esposa mía, Owen, nunca perdió el sentido de la expectativa. Para ella, en cualquier momento los olmos pueden dar peras. Supongo que seguirá intentando casar a

la gente hasta que crezca, algún día.

-Creo que tuvo algo que ver con otra pareja más

-dijo Owen, sonriéndole a su esposa.

-Yo no -se apresuró a decir Anne-. Por eso debes echarle la culpa a Gilbert. Yo hice lo posible para convencerlo de que no hiciera que George Moore se operara. Y hablando de dormir por las noches, hay noches en las que me despierto empapada en transpiración porque sueño que lo logré.

-Bien, dicen que sólo las mujeres felices son casamenteras, de modo que eso me deja bien parado -dijo Gilbert, complacido-. ¿Y qué nuevas víctimas tienes en mente ahora, Anne?

Anne se limitó a sonreírle. El de casamentera es un oficio que requiere sutileza y discreción y hay cosas que una mujer no le cuenta ni al propio marido.

16

Anne se quedó despierta durante horas esa noche y varias noches siguientes, pensando en Alden y Stella. Tenía la sensación de que Stella ansiaba casarse, tener un hogar, niños... Una noche había rogado para que le permitieran bañar a Rilla... "Es tan delicioso bañar un cuerpecito gordito, lleno de rollos...", y había agregado, con timidez: "Es tan lindo, señora Blythe, que unos preciosos bracitos aterciopelados se estiren hacia una. Los niños son una delicia tan grande, ¿no?". Anne pensó que sería una lástima que un padre gruñón impidiera el florecimiento de esas esperanzas secretas. Sería un matrimonio ideal. Pero, ¿cómo podía materializarse, si todos los involucrados eran necios cios y díscolos? Pues la necedad y el espíritu díscolo no eran exclusividad de los mayores. Anne sospechaba que tanto Alden como Stella tenían algunas de estas características. Por lo tanto, se necesitaría una técnica completamente diferente de las empleadas en cualquiera de los casos anterio res. Justo a tiempo, Anne recordó al padre de Dovie.

Anne inclinó el mentón y puso manos a la obra. Pensó que, a partir de ese momento, Alden y Stella podían considerarse casados.

No podía haber pérdida de tiempo. Alden, que vivía en Harbour Head e iba a la iglesia anglicana del puerto, ni siquiera conocía aún a Stella Chase... tal vez ni siquiera la había visto. Hacía meses que no parecía interesarse en ninguna muchacha, pero podría comenzar a interesarse en cualquier momento. La señora Janet Swift, de Upper Glen, tenía la visita de una sobrina muy hermosa, y Alden siempre estaba detrás de las muchachas nuevas. Lo primero que había que hacer, entonces, era que Alden y Stella se conocieran. ¿Cómo? Tenía que hacerlo de alguna manera en apariencia totalmente inocente. Anne se devanó los sesos pero no se le ocurrió nada más original que dar una fiesta e invitarlos a los dos. No le gustaba del todo la idea. Hacía demasiado calor para fiestas... y los jóvenes de Four Winds eran tan desordenados... Anne sabía que Susan jamás consentiría que se celebrara una fiesta sin prácticamente limpiar toda Ingleside, desde el sótano hasta la buhardilla... y Susan estaba sintiendo el calor este verano. Pero una buena causa exige sacrificios. Jen Pringle, licenciada en Bellas Artes, había escrito para decir que iba a concretar su tan anunciada visita a Ingleside, y ésa sería la excusa para una fiesta. La suerte parecía estar de su lado. Jen vino.., se enviaron las invitaciones... Susan le dio una buena sacudida a Ingleside... ella y Anne cocinaron todo para la fiesta, ambas inmersas en una ola de intenso

calor.

Anne estaba miserablemente agotada la noche anterior a la fiesta. El calor había sido terrible... Jem estaba en cama, con un ataque de lo que Anne temía en secreto fuera apendicitis, aunque Gilbert le quitó importancia y dijo que habían sido las manzanas verdes... y Camarón había sido casi quemado vivo cuando Jen Pringle, tratando de ayudar a Susan, tiró de la cocina una olla llena de agua caliente, que cayó encima del gato. A Anne le dolían todos los huesos, más la cabeza, más los pies**,** más los ojos. Jen había ido con un grupo de; muchachos a ver el faro, y le había dicho a Anne, que se fuera directo a la cama; pero en lugar de irse a la cama, ella se sentó en la galería en medio de la humedad -consecuencia de la tormenta de, la tarde- a charlar con Alden Churchill, que había; ido a buscar un remedio para la bronquitis de su, madre pero que no había querido entrar en la casa. Anne pensó que era una oportunidad que le enviaba el cielo, porque ella necesitaba mucho hablar con él. Eran buenos amigos, ya que Alden iba a menudo con similar propósito.

Alden se sentó en el escalón de la galería, con la cabeza descubierta apoyada contra el poste. Era, como Anne había pensado siempre, un joven muy -buen mozo: alto y de espaldas anchas, con un rostro blanco como la nieve, que jamás se bronceaba, vivatces ojos azules y cabello castaño oscuro, que usaba corto. Tenía una voz risueña y unos modales encantadores que gustaban a las mujeres de todas las eda—des. Había ido tres años a Queen's y había pensado en ir a Redmond, pero la madre no lo dejó, alegando razones bíblicas, y Alden se había instalado, bastante contento, en la granja. Le gustaba trabajar la tierra, le -había dicho a Anne; era un trabajo independiente, al aire libre; tenía la habilidad de la madre para hacer -dinero, y la atractiva personalidad del padre. No era _de extrañar que se lo considerara un muy buen partído.

-Alden, quiero pedirte un favor -dijo Anne, cauttivante-. ¿Me lo harías?

-Cómo no, señora Blythe -contestó él, con entu.Siasmo-. Dígame qué. Usted sabe que haría cualquier cosa por usted.

Alden de verdad quería mucho a la señora Blythe y de verdad era capaz de hacer mucho por ella.

-Me temo que pueda ser aburrido para ti -dijo

Anne, preocupada-. Pero es lo siguiente... quiero que te ocupes de que Stella Chase lo pase bien en mi fiesta, mañana a la noche. Tengo tanto miedo de que se aburra... No conoce a muchas personas jóvenes de por aquí todavía, la mayoría son menores que ella, al menos los muchachos. Invítala a bailar y fíjate que no se quede sola y aislada. Es tan tímida con los desconocidos... Quiero que lo pase bien.

-Ah; sí, haré lo posible -dijo Alden, muy dispuesto.

-Pero no debes enamorarte de ella, eh -le advirtió Anne, riendo con cautela.

-Tenga compasión, señora Blythe. ¿Por qué no? bueno -agregó Anne, con tono confidencial-, creo que el señor Paxton, de Lowbridge, está interesado en ella.

¿Ese pedante fanfarrón? -explotó Alden, con inesperado apasionamiento.

Anne simuló reprocharle.

-Caramba, Alden, tengo entendido que es un joven muy agradable. Y sólo un hombre de su tipo podría tener alguna oportunidad con el padre de Stella, ¿sabes?

¿Ah, sí? -dijo Alden, y se hundió en la indiferencia.

-Sí, y no sé si incluso él lo conseguirá. Tengo entendido que para el señor Chase nadie es lo bastante bueno para Stella. Un granjero común y corriente no tendría la menor posibilidad. Por eso no quiero que te crees problemas enamorándote de una muchacha a la que no podrías conseguir jamás. Te doy un consejo de amiga. Estoy segura de que tu madre pensaría lo mismo

Librodot

que yo.

Ah, gracias... ¿Y qué tipo de muchacha es ella? ¿Es linda?

-Bueno, admitiré que no es una belleza. Yo quiero mucho a Stella, pero es un poquito pálida y retraída. No es muy fuerte, pero creo que el señor Paxton tiene dinero. En mi opinión, sería un casamiento ideal y no quiero que nadie lo eche a perder.

-¿Por qué no invitó al señor Paxton a su fiesta y le pidió *a él* que le hiciera pasar una buena velada a su Stella? -preguntó Alden, bastante furioso.

-Sabes que un ministro no vendría a un baile, Alden. Pero no seas malo, y ocúpate de que Stella lo pase bien.

-Ah, voy a hacer que se divierta como loca. Buenas noches, señora Blythe.

Alden se fue abruptamente. Ya sola, Anne se echó a reír.

"Bien, si sé algo de la naturaleza humana, ese muchacho se abocará a la tarea de demostrarle al mundo que puede conseguir a Stella si se lo propone, a pesar de quien sea. Mordió muy bien el anzuelo del ministro. Pero supongo que voy a pasar una muy mala noche con este dolor de cabeza."

Pasó una mala noche complicada con lo que Susan llamaba "una tortícolis en la nuca", y por la mañana se sentía tan brillante como una franela, gris, pero a la noche fue una anfitriona alegre y galante. La fiesta fue un éxito. Todos se divirtieron `mucho. Stella, sin duda. Anne pensó que Alden se ocupó de ello casi se diría con demasiado ímpetu para lo que requerirían l'as buenas formas. Era un poco excesivo para un primer encuentro el que Alden se llevara a Stella a un rincón oscuro de la galería y la mantuviera allí una hora entera. Pero en términos generales, Anne estaba satisfecha cuando, a la mañana siguiente, reflexionó sobre todo lo ocurrido. Cierto que la alfombra del comedor estaba prácticamente arruinada por dos platos con helado que le habían caído encima y por una porción de torta pisoteada sobre ella; los candelabros de cristal Bristol, de la abuela de Gilbert, se habían hecho añicos; alguien había volcado un balde con agua de lluvia en una de las habitaciones, y el agua había pasado para abajo y había empapado y decolorado horriblemente el cielo raso de la biblioteca; las borlas del sofá grande estaban medio arrancadas; el gran helecho de Boston, orgullo del corazón de Susan, al parecer había servido de asiento a una persona grande y pesada. Pero en el haber estaba el hecho de que, a menos que las señales fallaran, Alden se había enamorado de Stella. Anne pensó que el balance era favorable.

En las semanas siguientes, la chismografía local confirmó esta opinión. Se hizo cada vez más evidente que Alden había sido flechado. Pero, ¿y Stella? Anne no creía que Stella fuera el tipo de muchacha que cae con demasiada facilidad ante la mano tendida de un hombre. Tenía una pizca de la necedad de su padre, que en ella funcionaba como una encantadora independencia.

Otra vez la suerte ayudó a la preocupada casamentera. Stella fue una noche a Ingleside a ver las espuelas de caballero, y luego se sentó en la galería a charlar. Stella Chase era una muchacha pálida, delgada, algo tímida pero muy dulce. Tenía suaves cabellos dorados y ojos castaños. Anne pensó si serían las pestañas las que hacían el truco, pues la joven no era en realidad bonita. Pero sus pestañas eran increíblemente largas, y cuando Stella las levantaba y las dejaba caer, algo les sucedía a los corazones masculinos. Tenía una cierta distinción que la hacía parecer mayor que sus veinticuatro años, y una nariz que en años por venir sería decididamente aguileña.

-He escuchado cosas sobre ti, Stella -dijo Anne, sacudiendo un dedo en su dirección-. Y... no sé... si me gustan... ¿Me perdonas si te digo que no sé si Alden Churchill es el hombre adecuado para ti?

Stella la miró con expresión de sorpresa.

-Pero... yo creí que a usted le gustaba Alden, señora Blythe.

-Y me gusta. Pero... ¿sabes?, tiene fama de ser muy inconstante. He oído decir que ninguna muchacha puede retenerlo mucho tiempo. Muchas lo han intentado, y han fallado. No me gustaría ver que te deja así como así, si cambia de idea.

--Creo que se equivoca con respecto a Alden, señora Blythe -dijo Stella, despacio.

-Eso espero, Stella. Si fueras otro tipo de muchacha…alegre y dicharachera, como Eileen Swift...

-Ah, caramba, tengo que irme -dijo Stella-. Papá está solo.

Cuando ella se hubo ido, Anne sonrió. "Creo que Stella se fue jurando en secreto que va a demostrarles mostrarles a los amigos entrometidos que ella puede retener a Alden y que ninguna Eileen Swift pondrá jamás las garras sobre él. Ese pequeño movimiento de la cabeza y el súbito rubor de las mejillas me lo dijeron. Suficiente para los jóvenes. Me temo que los mayores serán nueces más difíciles de partir."

17

La suerte no abandonó a Anne. La Sociedad Auxiliar Misionera Femenina le pidió que visitara a la señora de George Churchill para pedirle su contribución anual. La señora Churchill rara vez iba a la iglesia y no era miembro de la Sociedad, pero "creía en las misiones" y siempre daba una suma generosa, si alguien iba a pedírsela. A la gente le gustaba tan poco hacerlo, que los miembros se turnaban, y este año le tocaba ir a Anne.

De modo que una noche, tomó una senda llena de margaritas a través de terrenos que llevaban, cruzando la dulce y fresca cima de una colina, hasta el camino donde estaba la granja de los Churchill, a un kilómetro y medio de Glen. Era un camino bastante aburrido, con cercos que parecían serpientes grises que subían pequeñas lomas, pero tenía casas iluminadas, un arroyo, el aroma de los campos de heno que corren hasta el mar, jardines. Anne se detenía a mirar cada jardín. Su interés en los jardines era perenne. Gilbert solía decir que Anne *tenía* que comprar un libro si veía la palabra "jardín" en la tapa.

Un bote perezoso surcaba las aguas en el puerto, y a lo lejos, un buque esperaba el viento. Anne siempre miraba los buques que salían de un puerto con un aceleramiento del pulso. Entendía lo que quiso decir el capitán Franklin Drew una vez, cuando dijo, al tiempo que subía a su barco: "¡Dios, qué 'pena me dan los que dejamos en la costa!"

La gran casa de los Churchill, con el severo trabajo del enrejado alrededor de su techo con mansarda, miraba al puerto y las dunas más abajo. La señora Churchill la recibió cortésmente, si bien con poca efusividad, y la hizo pasar a una tenebrosa y espléndida sala, cuyas oscuras paredes empapeladas exhibían innumerables retratos de Churchills y Elliotts idos. La señora Churchill se sentó en un sofá de felpa verde, entrelazó sus largas y finas manos y miró fijo a su visitante.

Mary Churchill era alta, enjuta y austera. Tenía mentón prominente, profundos ojos azules como los de Alden, y una boca grande y de labios apretados. Nunca desperdiciaba palabras y nunca chismeaba. Por eso a Anne le resultó difícil llegar con naturali,dad a su objetivo, pero lo consiguió por intermedio del nuevo ministro, el del otro lado del puerto, que a la señora Churchill

no le gustaba.

—No es un hombre espiritual -dijo la señora Churchill con frialdad.

-He oído decir que sus sermones son notables - dijo Anne.

-Yo escuché uno y no deseo escuchar más. Mi alma necesitaba alimento y recibió una conferencia. Cree que el Reino de los Cielos Puede ser alcanzado por medio del cerebro. No es así.

-Hablando de ministros... tienen uno muy inteligente ahora en Lowbridge. Creo que está interesado en mi joven amiga, Stella Chase. Los rumores dicen que no se salva.

¿Quiere decir que habría boda? -preguntó la señora Churchill.

Anne se sintió humillada pero reflexionó que una `tenía que tragarse cosas así cuando interfiere en asuntos que no son de su incumbencia.

-Pienso que sería una boda muy apropiada, señora Churchill. Stella es especialmente apta para ser la esposa de un ministro. Le he dicho a Alden que no debe intentar echarlo a perder.

-¿Por qué? --preguntó la señora Churchill, sin un parpadeo.

-Bueno... en verdad... no sé... pero creo que Alden no tiene la menor posibilidad. Al señor Chase nadie le parece lo bastante bueno para Stella. A los amigos de Alden no nos gustaría verlo abandonado de pronto, como si fuera un guante usado. Es un muchacho muy bueno para que le suceda algo así.

-Jamás ninguna muchacha ha dejado a mi hijo - dijo la señora Churchill, apretando los delgados labios-. Ha sido siempre al revés. Él ha visto la verdad detrás de las risitas, los coqueteos y los rubores. Mi hijo puede casarse con la mujer que él elija, señora Blythe, *cualquier* mujer.

¿Ajá? --dijo la boca de Anne. Pero su tono dijo: "Soy, por supuesto, demasiado cortés como para contradecirla, pero no me ha hecho cambiar de opinión".

Mary Churchill comprendió, y su rostro blanco y marchito tomó algo de color cuando ella salió de la habitación en busca de su aporte para la misión.

"Tiene una vista magnífica desde aquí -dijo Anne cuando la señora Churchill la acompañaba a la puerta.

La señora Churchill le dirigió una mirada de desaprobación al golfo.

-Si usted sintiera el viento cortante del este en invierno, señora Blythe, tal vez la vista no le parecería tan linda. Esta noche hace bastante frío. ¿No tiene miedo de tomar frío con ese vestido tan fino? No porque no sea bonito. Usted es todavía lo bastante joven como para preocuparse por la ropa y las vanidades. Yo ya he dejado de interesarme en esas cosas transitorias.

Anne se sentía bastante satisfecha con la entrevista mientras se iba a su casa a través de la semipenumbra verde del crepúsculo.

-Claro que una no puede contar con la señora Churchill -le dijo a una bandada de estorninos que estaban de reunión en un pequeño claro en medio del bosque-, pero creo que la preocupé un poco. Me di cuenta de que no le gustó nada que la gente piense que alguien *podría* darle calabazas a Alden. Bien, he hecho lo que estaba en mí hacer con todos los involucrados, con excepción del señor Chase, y no veo qué puedo hacer con él, si ni siquiera lo conozco. Me pregunto si tendrá idea de que Alden y Stella se ven. Poco probable. Stella jamás osaría llevar a Alden a su casa, y' por supuesto. Ahora bien, ¿qué voy a hacer con el señor Chase?

Fue realmente milagroso cómo las cosas se arreglaron solas para ayudarla. Un atardecer, la señorita Cornelia fue a pedirle a Anne que la acompañara a casa de los Chase.

-Voy a pedirle a Richard Chase una contribución para la nueva cocina de la iglesia. ¿Vendrías conmigo, querida, para darme apoyo moral? Odio vérmelas a solas con él.

Encontraron al señor Chase sentado frente a su casa, parecido, con sus largas piernas y su larga nariz, a una grulla meditativa. Tenía unos pocos mechones de sedosos cabellos peinados sobre la calva, y los ojitos grises brillaron cuando las vio. Resultó que estaba pensando que si esa que venía con la vieja Cornelia era la esposa del doctor, qué buena figura tenía. En cuanto a la prima Cornelia -prima tercera-, era demasiado robusta y tenía tanto intelecto corno un saltamontes, pero no era mal bicho, si uno no la acariciaba a contrapelo.

Cortésmente las invitó a pasar a su pequeña biblioteca, donde la señorita Cornelia, con un gruñido, se instaló en una silla.

-Mace un calor espantoso esta noche. Me temo que se viene una tormenta. ¡Dios nos ampare, Richard, ese gato está cada vez más grande!

Richard Chase tenía un pariente en forma de gato amarillo de tamaño anormal, que ahora se le trepaba a las rodillas. Él lo acarició tiernamente.

-Thomas el Versista le enseña al mundo lo que es un gato -dijo-. ¿No es así, Thomas? Mira a tu tía Cornelia, Versista. Observa las miradas funestas que te dirige con esas órbitas creadas sólo para expresar bondad y afecto.

-¡No me llames tía de ese animal! -protestó, tajante, la señorita Cornelia-. Una broma es una broma, pero eso es llevar las cosas demasiado lejos.

¿No te parece mejor ser la tía del Versista que de Neddy Churchill? -preguntó Richard Chase, quejumbroso-. Neddy es un glotón y un borracho, ¿no? Te he oído recitar el catálogo de sus pecados. ¿No preferirías ser tía de un hermoso y probo gato como Thomas, con impecables antecedentes en lo que hace al whisky y a las gatitas?

-El pobre Ned es un ser humano -replicó la señorita Cornelia-. A mí no me gustan los gatos. Ése es el único defecto que le encuentro a Alden Churchill. Tiene una extraña predilección por los gatos. Sólo el Señor sabe de dónde le salió... tanto el padre como la madre los detestan.

-¡Qué muchacho sensato ha de ser!

-¡Sensato! Bien... sí, es bastante sensato, excepto en lo que hace a los gatos y a su pasión por el evolucionismo, otra cosa que no heredó de la madre.

¿Sabes, señora Elliott? -dijo Richard Chase, muy solemne-. Yo tengo una inclinación secreta por la teoría del evolucionismo.

-Eso me has dicho en otra oportunidad. Bien, cree en lo que quieras, Dick Chase... es típico de un hombre. Gracias a Dios nadie podría jamás hacerme creer a mí que desciendo de un mono.

-Confieso que no se te nota, eres una linda mujer. No veo rastros simiescos en tu rosada, serena y eminentemente graciosa fisonomía. Sin embargo, tu tatarabuela un millón de veces se hamacaba de las ramas colgada de la cola. La ciencia lo prueba, Cornelia... te guste o no.

-No me gusta, entonces. No voy a discutir contigo sobre ése ni sobre ningún otro punto. Yo tengo mi religión y no hay antepasados monos en ella. A propósito, Richard, este verano no la veo muy bien a Stella.

-La afecta mucho el calor. Se recuperará cuando refresque un poco.

-Eso espero. Lisette se recuperó todos los veranos menos el último, Richard, no te olvides de eso. Stella tiene la constitución de su madre. Está bien que no se case.

¿Por qué dices que no va a casarse? Pregunto por curiosidad, Cornelia, pura curiosidad. Los procesos del pensamiento femenino me resultan profundamente interesantes. ¿A partir de qué premisas o datos llegas a la conclusión, en ese encantador estilo tuyo, de que Stella no va a

casarse?

-bien. Richard, para decirlo sin rodeos, no es el tipo de muchacha que gusta a los hombres. Es una muchacha buena y dulce, pero no seduce a los hombres.

-Ha tenido admiradores. He gastado mucho en comprar y mantener escopetas y perros guardianes.

Admirarían tu dinero, supongo. Se descorazonaron en seguida, ¿me equivoco? Una andanada de sarcasmo de tu parte y se fueron. Si hubieran querido a Stella de verdad, no se habrían amilanado ante eso ni ante tus imaginarios perros guardianes. No, Richard, debes admitir el hecho de que Stella no es una muchacha que consiga novios interesantes. Tampoco lo era Lisette, tú lo sabes. No había tenido ni un admirador hasta que llegaste tú.

¿Pero no valió la pena esperar a que llegara yo? Lisette era una muchacha muy prudente. Yo no voy a entregarle mi hija a cualquiera. Ella es mi estrella y, a pesar de tus comentarios despectivos, puede brillar en los palacios de los reyes.

-No hay reyes en Canadá -replicó la señorita Cornelia-. Yo no digo que Stella no sea una muchacha muy dulce. Sólo digo que los hombres no lo ven así y, considerando su constitución física, me parece conveniente. Y es una suerte para ti, también. Tú no podrías vivir sin ella, te sentirías tan desvalido como un bebé. Bien, prométenos una contribución para la cocina de la iglesia, y nos vamos. Ya sé que te mueres por ponerte a leer.

¡Admirable mujer clarividente! ¡Eres un tesoro de prima política! Lo admito: me muero por leer. Pero nadie que no fuera tú habría tenido la perspicacia de darse cuenta ni la bondad de salvarme la vida actuando en consecuencia. ¿Cuánto me van a sacar?

-Puedes contribuir con cinco dólares.

Nunca discuto con una dama. Cinco dólares serán. Ah, ¿se van? ¡Nunca pierde el tiempo, esta mujer es única! Una vez que ha alcanzado su objetivo de inmediato lo deja a uno en paz. Ya no hay mujeres como ella. Buenas noches, perla de los parientes políticos.

Durante toda la visita, Anne no había pronunciado palabra. ¿Para qué, si la señora Elliott estaba haciendo su trabajo de manera tan inteligente... e inconsciente?

Cuando Richard Chase se despedía de ellas, de pronto se inclinó hacia adelante, como para hacerle una confidencia a Anne.

-Tiene el par de tobillos más hermosos que he visto en mi vida, señora Blythe, y le aseguro que he visto muchos en mis tiempos.

-¿No es terrible ese hombre? -dijo, alarmada, la señorita Cornelia mientras caminaban por el sendero-. Siempre les dice cosas espantosas por el estilo a las mujeres. No le hagas caso, querida Anne.

Anne no le hizo caso. Más bien le había gustado Richard Chase.

"No creo", reflexionó, "que le haya gustado mucho la idea de que Stella no despierte admiración entre los hombres, a pesar del hecho de que sus ancestros hayan sido monos. Creo que a él también le gustaría la idea de `hacerle ver a la gente'. Bien, he hecho todo lo que podía hacer. He interesado a Alden y a Stella, y entre las dos, entre la señorita Cornelia y yo, creo que hemos predispuesto a la señora Churchill y al señor Chase más a favor que en contra del romance. Ahora debo sentarme tranquila a ver qué resulta."

Un mes después, Stella Chase fue a Ingleside y volvió a sentarse en los escalones de la galería junto a Anne... Pensaba que esperaba ser algún día como la señora Blythe, con ese aire *maduro*, ese aire de una mujer que ha vivido una vida completa y llena de gracia.

La fresca y nublada noche era la secuela de un día fresco, entre gris y amarillento, de principios de septiembre. Estaba entramado con el suave gemido del mar.

-El mar es desdichado esta noche -diría luego Walter, cuando oyera el sonido.

Stella estaba como abstraída y callada. Pero abruptamente, mirando el embrujo de estrellas que se tejía en la noche púrpura, dijo:

-Señora Blythe, quiero decirle algo.

¿Sí, querida?

-Estoy comprometida con Alden Churchill -dijo Stella, incómoda-. Estamos comprometidos desde la Navidad pasada. Les contamos a papá y a la señora Churchill desde el principio, pero lo hemos mantenido en secreto a todos los demás porque era tan lindo tener un secreto. Odiábamos compartirlo con el mundo. Pero nos casaremos el mes próximo.

Anne representó una excelente imitación de una mujer que se ha quedado de piedra. Stella seguía mirando las estrellas, de modo que no vio la expresión del rostro de la señora Blythe. Continuó, algo más cómoda.

"Alden y yo nos conocimos en una fiesta en noviembre. Nos... enamoramos desde el primer momento. Él me dijo que siempre había soñado conmigo... que me había buscado siempre. Dice que se dijo a sí mismo: "He ahí a mi esposa", cuando me vio aparecer en la puerta. Y yo... Yo sentí lo mismo... ¡Ay, somos tan felices, señora Blythe!

Anne siguió sin decir nada.

"La única nube en mi felicidad ha sido su actitud hacia el asunto, señora Blythe. ¿No podría hacer el intento de aprobarlo? Usted ha sido tan buena amiga mía desde que llegué a Glen St. Mary... me he sentido como si usted fuera mí hermana mayor. Y me sentiré muy mal si pienso que mi matrimonio es contrario a sus deseos.

Había lágrimas en la voz de Stella. Anne recuperó el habla.

_-Queridísima, tu felicidad es todo lo que quiero. *Me* gusta Alden... es un muchacho espléndido... sólo que *tenía* fama de ser inconstante...

-Pero no lo es. Sólo buscaba a la mujer indicada, ¿se da cuenta, señora Blythe? Y no podía encontrarla.

¿Qué opina tu padre?

Ah, papá está muy contento. Alden le cayó bien desde el principio. Discuten horas sobre el evolucionismo. Papá siempre decía que me dejaría casar cuando apareciera el hombre adecuado. Yo me siento muy mal por dejarlo, pero él dice que los pájaros jóvenes tienen derecho al nido propio. La prima Delia Chase vendrá a ocuparse de la casa, y papá la quiere mucho.

¿Y la madre de Alden?

-Ella también está contenta. Cuando Alden le contó en Navidad que estábamos comprometidos, ella fue a la *Biblia y* el primer versículo que encontró decía: "E1 hombre dejará a su padre y a su madre y se irá con su mujer". Dice que entonces vio con toda claridad lo que tenía que hacer y de inmediato dio su consentimiento. Se irá a esa casita que tiene en Lowbridge.

—Me alegro de que no tengas que vivir con ese sofá de felpa verde --dijo Anne.

-¿El sofá? Ah, sí, los muebles son muy anticuados, ¿no? Pero se los lleva con ella, y Alden va a amueblar todo a nuevo. De manera que, como ve, todos están contentos, señora Blythe. ¿Usted no nos daría también sus buenos deseos?

Anne se inclinó hacia adelante y le dio un beso a Stella en la sedosa y fresca mejilla.

-Me alegro *muchísimo* por ti. Dios bendiga los días que te esperan, mi querida.

Cuando Stella se hubo ido, Anne subió corriendo a su dormitorio para no ver a nadie por unos momentos. Una cínica y torcida Luna vieja salía desde detrás de unas nubes sucias, por el este, y los campos parecían hacerle guiños astuta y traviesamente.

Repasó lo sucedido en todas las semanas precedentes. Había arruinado la alfombra del

Librodot

comedor, destruido dos atesoradas joyas heredadas y echado a perder el cielo raso de la biblioteca; había intentado usar a la señora Churchill como a un títere, y la señora Churchill seguramente se había reído de ella todo el tiempo.

"¿Quién ha resultado ser más tonta que nadie en todo este asunto?", le preguntó Anne a la Luna. `'Ya sé cuál será la opinión de Gilbert. ¡Todo el trabajo que me he tomado para despertar un romance entre dos personas que ya estaban comprometidas! Me curo de mis aspiraciones de casamentera, entonces, me curo. Jamás levantaré un dedo para promover un matrimonio aunque no se case nadie más en el mundo entero. Bien, hay un consuelo... la carta de Jen Pringle de hoy, en la que me cuenta que va casarse con Lewis Stedman, a quien conoció en mi fiesta. Los candelabros de Bristol no fueron sacrificados totalmente en vano, entonces."

-¡Chicos... chicos! ¿No pueden dejar de hacer esos ruidos espantosos?

-Somos búhos... *tenemos* que ulular -proclamó a voz herida de Jem desde la oscuridad de los arbustos.

Jem sabía que el ulular le salía muy bien. Él podía mitar la voz de cualquier bicho silvestre de los boslues. Walter no era tan bueno, de manera que al final dejó de ser un búho y se convirtió en un niño bastante desilusionado que acudía a su madre en busca de consuelo.

.-Mamá, yo creía que los grillos cantaban, y el señor Carter Flagg dijo hoy que no, que hacen ese ruido frotando las patas de atrás. ¿Es así, mamá?

-Algo parecido... no estoy muy segura del proceso. Pero es su manera de cantar.

—No me gusta. Nunca más voy a querer oírlos cantar.

-Sí, claro que sí. Te olvidarás de las patas traseras nsarás en su coro de hadas por todas las campiñas y las colinas en otoño. ¿No es hora de irse a la cama, hijito?

---Mamá, ¿me cuentas un cuento que me haga dar un escalofrío de miedo? ¿Y te quedarás sentada a mi lado después, hasta que me duerma?

-¿Para qué otra cosa están las madres, mi amor?

-"Ha llegado el momento", dijo la Morsa, "de hablar de... tener un perro" -dijo Gilbert.

No habían tenido perro en Ingleside desde que el viejo Rex había sido envenenado, pero los niños tienen que tener un perro y el doctor decidió traerles uno. Pero estuvo tan ocupado ese otoño, que lo pospuso una y otra vez hasta que al final, un día de noviembre, Jem llegó de pasar la tarde con un compañero de clase, con un perro... un cuzquito amarillento con dos orejitas negras muy paraditas.

-Me lo dio Joe Reese, mamá. Se llama Gyp. ¿No tiene una cola preciosa? Puedo quedármelo, ¿verdad, mamá?

-¿De qué raza es, querido? -preguntó Anne, vacilante.-Creo... creo que es de una cantidad de razas -dijo Jem-. Eso lo hace más interesante, ¿no te parece, mamá? Más divertido que si fuera de una sola raza. *Por favor*, mamá.

-Ah, si tu padre dice que sí...

Gilbert dijo "sí" y Jem comenzó el usufructo de su herencia. Todos los de Ingleside recibieron bien a Gyp en la familia, excepto Camarón, que expresó su opinión sin circunloquios. Hasta a Susan le gustó, y cuando ella hilaba en la buhardilla, en los días de lluvia, Gyp -en ausencia de su amo, que había ido a la escuela- se quedaba con ella, cazando ratas imaginarias en rincones oscuros y lanzando alaridos de terror cada vez que el entusiasmo lo acercaba demasiado a la rueca pequeña. Esta rueca no se usaba nunca -ia habían dejado allí los Morgan cuando se mudaron- y estaba en su rincón como una viejecita encorvada. Nadie entendía por qué Gyp le tenía tanto miedo. No le molestaba la rueca grande, sino que se sentaba muy cerca de ella mientras Susan la hacía girar con la manivela, y corría de un lado a otro al lado de Susan cuando

ésta caminaba por la buhardilla haciendo girar entre los dedos la larga hebra de lana. Susan admitió que un perro puede ser muy buena compañía, y decía que su gracia de acostarse boca arriba agitando las patitas delanteras en el aire cuando quería un hueso era lo más inteligente del mundo. Se enojó tanto como Jem cuando Bertie Shakespeare comentó, despectivamente:

¿Y a eso lo llamas perro?

-*Nosotros* lo llamamos perro -dijo Susan con una calma extrema-. Tal vez *tú* quieras llamarlo hipopótamo.

Y ese día Bertie tuvo que irse a su casa sin que le regalaran una porción de una creación deliciosa que Susan llamaba "pastel crujiente de manzana" y que siempre preparaba para los dos niños y sus amigos. Susan no estaba cerca cuando Mac Reese preguntó: "¿Eso lo trajo la marea?", pero Jem supo defender a 'su perro, y cuando Nat Flagg dijo que las patas de Gyp eran demasiado largas para su tamaño, Jem repicó que las patas de un perro tenían que ser lo suficientemente largas como para llegar al suelo. Natty no era muy inteligente y esa respuesta lo derrotó.

Noviembre se mostraba mezquino con el sol ese año: los crudos vientos soplaban por el bosque desnudo y entre las ramas plateadas de los arces y el Pozo estaba casi constantemente cubierto de niebla... no una niebla embrujada y misteriosa sino lo que papá llamaba "una niebla dura, demacrada, deprimente, densa y destemplada". Los niños de Ingleside tenían que pasar casi todo el tiempo libre en la buhardilla, pero se hicieron excelentes amigos de dos perdices que iban todos los atardeceres a un inmenso y viejo manzano, y cinco de sus preciosos grajos seguían siendo fieles, y graznaban divertidamente mientras devoraban la comida que los niños les ponían. Sólo que eran glotones y egoístas e impedían que los demás pájaros se acercaran.

Con diciembre, el invierno se instaló, y nevó sin parar durante tres semanas. Los campos más allá de Ingleside eran ininterrumpidas campiñas plateadas, los postes de cercos y portones usaban todos gorras blancas, las ventanas blanqueaban con diseños de hadas, y las luces de Ingleside resplandecían a través de los crepúsculos oscuros y nevados, dándole la bienvenida a todos los viajeros. A Susan le parecía que nunca había habido tantos nacimientos como en ese invierno, y cuando le dejaba "algo para comer" al doctor en la despensa noche tras noche, opinaba, con el entrecejo fruncido, que sería un milagro que el doctor llegara a la primavera.

-¡El noveno de los Drew! ¡Como si ya no hubiera suficientes Drew en el mundo!

-Supongo que para la señora Drew será la maravilla que es Rilla para nosotros, Susan.

-Usted siempre tiene que bromear, mi querida señora.

Pero en la biblioteca o en la gran cocina, los niños planearon la casa para jugar que harían en el Pozo mientras afuera rugía la tormenta o unas nubes blancas y esponjosas soplaban sobre estrellas congeladas. Pues soplara mucho o soplara poco viento, en Ingleside siempre había fuegos encendidos, confort, refugio de la tormenta, olor a alegría, camas para criaturitas cansadas.

La Navidad llegó y se fue sin ser ensombrecida este año por la sombra de la tía Mary Maria. Había huellas de conejos en la nieve para seguir, e inmensosos campos cubiertos sobre los cuales uno corría carreras con la propia sombra, y colinas relucientes para deslizarse en trineo, y patines nuevos para probar sobre el estanque en el mundo helado y rosado de los atardeceres de invierno. Y siempre un perro amarillento con orejas negras que corría con uno o lo esperaba a uno con extáticos ladridos de alegría cuando uno llegaba a casa, un perrito que dormía a los pies de la cama cuando uno dormía y se acostaba a los pies cuando uno aprendía ortografía, que se sentaba cerca durante las comidas y recordaba su presencia de vez en cuando con la patita.

Mamita, yo no sé cómo podía vivir antes de que llegara Gyp. Sabe hablar, mamá, de

verdad... con los ojos, habla.

Y de pronto: ¡la tragedia! Gyp amaneció un poco desganado. No quiso comer aunque Susan lo tentó con un hueso que a él le encantaba; al día siguiente mandaron a buscar al veterinario de Lowbride, quien movió la cabeza con pesimismo. Era dificul afirmar nada... a lo mejor el perro había comido algo venenoso en el bosque... podía recuperarse o no. El perrito yacía muy quieto, sin hacerle caso a nadie más que a Jem; casi hasta el final trató de mover la , cola cuando Jem lo tocaba.

-Mamita, ¿está mal que rece por Gyp?

-Claro que no, querido. Siempre podemos rezar por los que amamos. Pero me temo que ese perrito está muy enfermo...

-¡Mamá, no creerás que Gyppy se va a morir!

Gyp murió a la mañana siguiente. Era la primera vez que la muerte entraba en el mundo de Jem. Níguno de nosotros olvida jamás la experiencia de ver morir a un ser que queremos, aunque sea "sólo un perrito". Nadie en la casa llena de llantos usó esa expresión, ni siquiera Susan, que se sonó la nariz, muy colorada, y murmuró:

—Nunca antes me había.ncariñado con un perro, y no volveré a encariñarme después se sufre mucho.

Susan no conocía el poema de Kipling sobre la tontería de darle el corazón a un perro para que lo destroce, pero, de haberlo conocido y a pesar de su desprecio por la poesía, habría pensado que por una vez un poeta había hablado, con sensatez.

La noche fue dura para el pobre Jem. Mamá y papá tuvieron que salir. Walter había llorado hasta que darse dormido, y él estala solo... sin siquiera un perro con quien hablar. Los queridos ojos castaños que siempre se posaban en él tan llenos de confianza estaban vidriosos por lamuerte.

-Diosito querido -rezó Jem-, por favor, cuida a mi perrito, que se murió hoy. Lo vas a reconocer por las orejitas negras. No dejes que se sienta solo y me extrañe...

Jem ocultó la cara en la colcha para ahogar un sollozo. Cuando apagara la luz la noche oscura lo miraría por la ventana, y Gyp ya no estaría. La fría mañana invernal vendría, y Gyp ya no estaría. Un día seguiría al otro durante años y años, y Gyp ya no estaría. No podía soportarlc.

Entonces, un brazo muy tierno lo rodeó y se sintió estrechado en un cálido abrazo. Ah, todavía quedab amor en el mundo, aunque Gyp se hubiera ido.

--Mamá, ¿siempre será así?

-No siempre. Anne nc> le dijo que pronto olvidaría... que antes de que pasara mucho tiempo. Gyppy sería apenas un querido recuerdo. -No siempre, pequeño Jem. Esta herida se curará algún día, como se te curó la mano quemada, aunque al principio te dolía tanto.

-Papá dijo que me traería otro perro. No tengo que tener otro perro, ¿no? Po quiero otro perro, mamá... nunca.

-Lo sé, querido.

Mamá lo sabía todo. Nadie tenía una madre como la que tenía él. Quería hacer algo por ella... y de pronto se dio cuenta de lo que haría. Le compraría uno de esos collares de perlas que había en el negocio del señor Flagg. Una vez le había oído decir que le encantaría tener un collar de perlas, y papá había dicho: "Cuando llegue nuestro barco, te compraré uno, nenita".

Había que pensar cómo. Tenía una mensualidad pero la necesitaba toda para cosas necesarias, y los collares de perlas no estaban entre las cosas del presupuesto. Además, Jem quería ganar él mismo el dinero. Entonces sí sería su regalo. El cumpleaños de mamá era en marzo... faltaban sólo seis semanas. ¡Y el collar costaba como cincuenta centavos!

19

No era fácil ganar dinero en Glen, pero Jem puso manos a la obra con determinación. Con carretes viejos, hizo trompos para los chicos de la escuela, y los vendió a dos centavos cada uno. Vendió tres valiosos dientes de leche por tres centavos. Todos los domingos le vendía. su porción de pastel crujiente de manzana a Bertie Shakespeare Drew. Todas las noches guardaba lo que había ganado en un chanchito de lata que le había regalado Nan para Navidad. Era un chanchito tan precioso, reluciente, con una ranura en el lomo por donde se ponían las monedas. Cuando uno había puesto cincuenta monedas, el chanchito se abría solo, suavemente; bastaba retorcerle la cola, y devolvía el tesoro. Por fin, para juntar los últimos ocho centavos, Jem le vendió a Mac Reese su ristra de huevos de pájaros. Era la ristra más linda de todo Glen, y le dolió un poquito perderla. Pero se acercaba la fecha del cumpleaños y tenía que conseguir el dinero. Jem echó los ocho centavos en el chanchito apenas se los pagó Mac, y lo contempló, exultante.

Retuércele la cola a ver si de verdad se abre - dijo Mac, que no creía que se abriera. Pero Jem se negó; no lo abriría hasta que no fuera para ir a buscar el collar.

La Sociedad Auxiliar Misionera se reunió en Ingleside la tarde siguiente... y no lo olvidó jamás. Justo en el medio de la plegaria de la señora de Norman Taylor (y la señora de Norman Taylor tenía fama de enorgullecerse mucho de sus plegarias), un niño frenético entró corriendo en la sala.

-¡Mi chanchito de lata no está, mamá...! ¡Mi chanchito de lata no está!

Anne lo sacó de la habitación, pero la señora Taylor siempre consideró que su plegaria se había estropeado y, dado que había querido especialmente impresionar a la esposa de un misionero que estaba de visita, pasaron muchos años antes de que perdonara a Jem o aceptara a su padre como su médico otra vez. Luego de que las damas se hubieran ido, Ingleside fue revisada de cabo a rabo en busca del chanchito, pero sin resultado. Jem, entre el reto por su comportamiento y la angustia ante la pérdida, no podía recordar cuándo lo había visto por última vez **ni** dónde. Cuando llamaron por teléfono a Mac Ree**se,** éste respondió que había visto al chanchito por última vez sobre el escritorio de Jem.

Susan, ¿Mac Reese...?

-No, mi querida señora, estoy segura de que no. Los Reese tienen sus defectos... son terriblemente apegados al dinero... pero tienen que conseguirlo honestamente. ¿Dónde puede estar ese bendito chanchito?

-¿Y si se lo comieron las ratas? -sugirió Di.

Jem se burló de la idea pero lo preocupó. Claro que las ratas no pueden comerse un chanchito de lata con cincuenta monedas adentro. ¿O sí *pueden?*

-No, no, querido. Tu chanchito va a aparecer -lo tranquilizó mamá.

No había aparecido cuando Jem fue a la escuela al día siguiente. La noticia de la pérdida llegó a la escuela antes que él, y sus compañeros le dijeron muchas cosas, no exactamente de consuelo. Pero en el recreo Sissy Flagg se pegó a él para congraciarse. A Sissy Flagg le gustaba Jem, y a Jem no le gustaba Sissy Flagg, a pesar de -o tal vez en razón de- sus espesos rulos amarillos y sus inmensos ojos castaños. Incluso a los ocho años, uno puede tener problemas relacionados con el otro sexo.

-Yo puedo decirte quién tiene tu chanchito.

¿Quién?

-Tienes que elegirme a mí para "Clap-in and Clap-out"* y te lo diré.

Era un trago amargo pero Jem lo tragó. ¡Cualquier cosa para encontrar ese chanchito! Sufrió una agonía de rubores sentado junto a una triunfante Sissy mientras los dos jugaban, y cuando sonó la campana, él pidió su recompensa.

-Alice Palmer dice que Willy Drew le dijo que Bob Russell le dijo que Fred Elliott dijo que sabía dónde estaba tu chanchito. Ve y pregúntale a Fred.

-¡Tramposa! -exclamó Jem, mirándola con odio-. *¡Tramposa!*

Sissy rió con arrogancia. ¡Qué le importaba! Jem Blythe había tenido que sentarse con ella una vez.

Jem fue a preguntarle a Fred Elliott, que al principio declaró no saber nada del viejo chanchito ni quería saber. Jem estaba desolado. Fred Elliott era tres años mayor que él y muy pendenciero. De pronto, Jem tuvo una inspiración. Señaló con un índice mugriento y expresión severa a la cara coloradota de Fred Elliott.

-Tú eres un transustanciacionalista -dijo con toda claridad.

-Eh, no me insultes, jovencito Blythe.

-Eso no es un insulto -dijo Jem-. Es una palabra vudú. Si vuelvo a pronunciarla y te señalo con el dedo... *así*... puedes tener mala suerte por una semana. Se te pueden caer los dedos de los pies. Contaré hasta diez y si no me lo has dicho hasta entonces, te vuduaré.

Fred no le creyó. Pero esa noche se corría la carrera de patines y no pensaba correr ningún riesgo. Además, los dedos de los pies eran los dedos de los pies. Cuando Jem llegó a seis, se rindió.

-Está bien... *está bien.* No te canses la mandíbula diciéndolo otra vez. Mac sabe dónde está tu chanchito... dice que él lo agarró.

Mac no estaba en la escuela, pero cuando Anne oyó la historia de Jem, llamó por teléfono a su madre. La señora Reese fue un ratito después, ruborizada y pidiendo disculpas.

-Mac no robó el chanchito, señora Blythe. Sólo quería saber si de verdad se abría, y entonces cuando Jem salió de la habitación, le retorció la cola. El chanchito se partió en dos y él no pudo unirlo. Entonces puso las dos mitades del chanchito y el dinero en una bota de Jem, en el armario. No tendría que haberlo tocado... y el padre casi lo mata de una paliza... pero no lo robó, señora Blythe.

¿Cuál fue la palabra que le dijiste a Fred Elliott, pequeño Jem? -preguntó Susan cuando hubieron encontrado el chanchito desmembrado y contado el dinero.

-Transustanciacionalista -dijo Jem, orgulloso-. Walter la encontró en el diccionario la semana pasada... tú sabes que a él le encantan las palabras grandes y *llenas,* Susan, y... y los dos aprendimos a pronunciarla. Nos la repetimos el uno al otro veintiuna veces en la cama antes de dormir, para recordarla.

Ahora que ya había comprado y guardado el collar en la tercera caja empezando por arriba en el cajón del medio de la cómoda de Susan (ella había sido cómplice del plan todo el tiempo), Jem tenía la sensación de que el cumpleaños no llegaba más. Estaba fascinado con la ignorancia de su madre. Ella *no sabía lo* que estaba escondido en el cajón de la cómoda de

* Juego de salón en el que uno de los participantes tiene que salir de la habitación, y cuando regresa, debe adivinar cuál de los otros lo ha elegido como compañero. Si lo logra, los otros jugadores aplauden ("clap").

Susan... ella *no sabía* lo que le depararía su cumpleaños... ella *no sabía*, cuando le cantaba a las mellizas para que se durmieran, qué le traería a ella el barco:

Vi un barco navegando,
navegando en alta mar,
cargado con cosas lindas,
¡ay! tan lindas para mí.

A principios de marzo, Gilbert tuvo un ataque de gripe que casi desemboca en neumonía. Fueron días de preocupación en Ingleside. Anne hacía lo de siempre: arreglaba embrollos, daba consuelo, se inclinaba sobre camas iluminadas por la luna para ver si los queridos cuerpecitos estaban abrigados; pero los niños extrañaban sus risas.

¿Qué hará el mundo si papá se muere? -susurró Walter, con los labios blancos.

-No se va a morir, mi amor. Ya está fuera de peligro.

Anne se preguntaba qué haría su pequeño mundo de Four Winds, de Glen y de Harbour Head si... si le pasaba algo a Gilbert. Todos habían llegado a depender tanto de él... La gente de Upper Glen en especial parecía creer que de verdad podía resucitar a los muertos y que no lo hacía sólo para no contrariar la voluntad del Todopoderoso. *Lo había hecho* una vez, decían... El viejo tío Archibald MacGregor le había asegurado solemnemente a Susan que Samuel Hewett estaba muerto como una piedra cuando el doctor Blythe lo hizo reaccionar. Fuera como fuere, cuando los enfermos veían el delgado rostro bronMeado y los afables ojos color avellana de Gilbert junto a su cama y oían sus animadas palabras -" Pero si usted no tiene nada!"-, bien, le creían hasta que al final se hacía realidad. En cuanto a homónimos, tenía más de los que podía contar. Todo el dis«rito de Four Winds estaba lleno de jóvenes Gilbert. hasta había una diminuta Gilbertine.

De modo que papá anduvo bien otra vez y mamá volvió a reír y, por fin, llegó la noche de la víspera de su cumpleaños.

--Si te vas temprano a la cama, pequeño Jem, mañana llegará antes -le aseguró Susan.

Jem lo intentó pero no funcionaba. Walter se quedó dormido en seguida, pero Jem daba vueltas en la cama. Tenía miedo de dormir. ¿Y si no despertaba a tiempo y todos los demás le daban sus regalos a mamá? Él quería ser el primero. ¿Por qué no le había pedido a Susan que no se olvidara de despertarlo?

` Ella había salido a hacer una visita pero cuando volviera, se lo pediría. ¿La oiría? Bien, bajaría y se acostaría en el sofá de la sala y entonces no podía no oírla.

Jem bajó de puntillas y se acurrucó sobre el sofá. Veía Glen. La luna llenaba con su magia los agujeros entre las dunas blancas y nevadas. Los grandes árboles, que eran tan misteriosos durante la noche, ex.-tendían los brazos alrededor de Ingleside. Oyó todos los ruidos nocturnos de una casa... un piso que cruje... alguien que se da vuelta en la cama... el crujido y _la caída de los carbones en el hogar... la carrerita de un ratoncito en un armario. ¿Eso era una avalancha? No, sólo nieve que se deslizaba desde el techo.

La casa estaba un poco sola... ¿por qué no venía Susan? Si tuviera a Gyp ahora... querido Gyppy. ¿Había olvidado a Gyp? No, no olvidado, exactamente. Pero ahora no dolía tanto pensar en él; uno pensaba en otras cosas la mayor parte del tiempo. Que duermas bien, perrito querido. Tal vez algún día tuviera otro perro, después de todo. Sería lindo tener uno en ese momento... o a Camarón. Pero Camarón no estaba. ¡Gato egoísta! ¡No pensaba más que en lo que le interesaba a él!

Ni señales de Susan todavía, que debía llegar por el largo camino que serpenteaba sin fin a través de esa extraña distancia iluminada por la luna y que, a la luz del día, era el conocido pueblo de Glen. Bien, tendría que imaginarse cosas para pasar el tiempo. Algún día iría a Baffin Land a vivir con los esquimales. Algún día navegaría por mares lejanos y para la cena de Navidad cocinaría un cocodrilo, como el capitán Jim. Iría al Congo en expedición, a buscar gorilas. Sería buzo y vagaría a través de radiantes salas de cristal en el fondo del mar. Le pediría al tío Davy que le enseñara a ordeñar dentro de la boca del gato, la próxima vez que fuera a Avonlea. El tío Davy era todo un experto en eso. Tal vez se hiciera pirata. Susan quería que fuera ministro de la Iglesia. Un ministro podía hacer mucho bien, pero, ¿no sería mucho más divertido ser pirata? ¿Y si el soldadito de madera saltaba de la repisa del hogar y se le disparaba el arma? ¿Y si las sillas se ponían a caminar por la habitación? ¿Y si la alfombra de tigre cobraba vida? ¿Y si los "osos falsos" que él y Walter habían inventado en toda la casa cuando eran muy jóvenes de verdad estuvieran allí? Jem de pronto sintió miedo. A la luz del día, no olvidaba fácilmente la diferencia entre la fantasía y la realidad, pero era diferente en la noche interminable. Tictac hacía el reloj... tictac... y por cada tictac había un oso falso sentado en un escalón de la escalera, Las escaleras estaban *negras* con tantos osos falsos. Se quedarían ahí sentados hasta que amaneciera... *parloteando. ¿Y si Dios se olvidaba de hacer salir el sol? El* pensamiento era tan espantoso, que Jem ocultó la cara en la manta para apartarlo, y así lo encontró Susan, profundamente dormido, cuando regresó a casa a la intensa luz anaranjada de un amanecer de invierno.

-¡Pequeño Jem!

Jem se estiró y se incorporó, bostezando. Había sido una noche atareada para el Platero Escarcha y los bosques parecían el país de las hadas. Una colina lejana estaba coronada por una torre roja. Todos los campos blancos más allá de Glen se veían de un hermoso color rosáceo. Era la mañana del cumpleaños de mamá.

-Te estaba esperando, Susan... para decirte que me llamaras... pero no viniste.

-Fui a ver a la familia de John Warren, porque murió la tía y me pidieron que fuera a velarla -explicó Susan. muy animada-. No me imaginé que estarías intentando agarrarte una neumonía apenas te vuelvo la espalda. Rapidito a la cama, que te llamaré apenas se levante tu madre.

Susan, ¿cómo haces para apuñalar a un cocodrilo? -quiso saber Jem antes de subir.

-Yo no los apuñalo --respondió Susan.

Mamá se había levantado cuando él fue a su dormitorio, y estaba cepillándose los largos y sedosos cabellos frente al espejo. ¡Los ojos de ella cuando vio el collar!

-¡Jem querido! ¡Para mí!

-Ahora no tienes que esperar a que llegue el barco de papá -dijo Jem con mundana indiferencia. ¿Qué era eso verde que destellaba en la mano de mamá? Un anillo... el regalo de papá. Sí, muy bien, pero los anillos eran cosas comunes y corrientes... hasta Sissy Flagg tenía uno. ¡Pero un collar de perlas!

-Un collar es algo tan lindo para un cumpleaños-dijo mamá.

20

Cuando Gilbert y Anne fueron a cenar con unos amigos a Charlottetown una noche, a

fines de marzo, Anne se puso un vestido nuevo color verde hielo, con adornos plateados en el cuello y las mangas, el anillo de esmeralda de Gilbert y el collar de Jem.

¿No tengo una esposa preciosa, Jem? -preguntó papá, orgulloso.

A Jem mamá le parecía preciosa, y el vestido, lindísimo. ¡Qué bonitas quedaban las perlas en su cuello blanco! A él le gustaba ver siempre bien vestida a mamá, pero le gustaba todavía más cuando el vestido no era demasiado espléndido. Éste la había transformado en una extraña. No era mamá.

Después de comer, Jem fue al pueblo a hacer una diligencia para Susan y fue mientras esperaba en el negocio del señor Flagg (con algo de temor de que apareciera Sissy, como hacía a veces, y estuviera demasiado amable con él), cuando recibió el gran golpe... el espantoso golpe de la desilusión que es tan terrible para un niño porque es tan inesperado y en apariencia tan ineludible.

Había dos muchachas mirando la vidriera donde el señor Carter Flagg exhibía los collares, las pulseras de cadena y las hebillas para el pelo.

-¿No son bonitos esos collares de perlas? -dijo Abbie Russell.

-Parecen de verdad -dijo Leona Reese.

Siguieron caminando, sin saber lo que le habían hecho al niñito sentado en el barril de clavos. Jem siguió ,sentado allí un rato más. Era incapaz de moverse.

¿Qué te pasa, hijo? -le preguntó el señor Flagg-. Pareces preocupado.

Jem miró al señor Flagg con los ojos inundados de una expresión trágica. Tenía la boca seca.

—Por favor, señor Flagg, esos... esos collares... las perlas son de verdad, ¿no?

El señor Flagg rió.

-No, Jem. No hay perlas de verdad por cincuenta centavos, ¿sabes? Un collar como ése, pero de perlas de verdad, costaría cien dólares. Son cuentas en forma de perlas, y muy buenas para el precio. Las compré en un remate de una bancarrota, por eso puedo venderlas tan baratas. Por lo común, salen un dólar. Me queda uno solo... se vendieron como pan caliente.

Jem se bajó del barril y salió, olvidado completamente del mandado de Susan. Anduvo a ciegas por el camino congelado hasta la casa. Por encima de su cabeza, había un cielo duro, oscuro y ventoso, había lo que Susan llaniaba "la sensación" de la nieve en el aire, y una película de hielo sobre los charcos. El puerto estaba negro y severo entre sus bancos de arena vacíos. Antes de que Jem llegara a su casa, una nevisca los blanqueó. Jem deseó que nevara... y nevara... y nevara, hasta que la nieve lo enterrara y todo el mundo quedara enterrado, muy hondo. Ya no había justicia en el mundo entero.

Jem tenía el corazón destrozado. Y que nadie se burle de su dolor por menospreciar la causa. Su humillación era absoluta. Le había regalado a su madre Io que él y ella siupusieron que era un collar de perlas... y no era más que una imitación. ¿Qué diría ella? ¿Cómo se sentiría cuando lo supiera? Porque tenía que decírselo, por supuesto. A Jem no se le ocurrió ni por un momento que podía no decírselo. No podía seguir "engañando" a mamá. Ella tenía que saber que sus perlas no eran de verdad. ¡Pobre mamá! Estaba tan orgullosa de ellas... ¿no había visto él el orgullo que le afloró a los ojos cuando le dio un beso y le agradeció el regalo?

Jem se escurrió por la puerta lateral y fue directo a la cama, donde Walter ya estaba profundamente dormido. Pero Jem no podía dormir; estaba despierto cuando la madre volvió a casa y fue a ver que Walter y él estuvieran bien tapados.

-Jem, querido, ¿todavía despierto, a esta hora? ¿Te sientes bien?

-Sí, pero soy muy desgraciado *aquí,* mamita -dijo Jem, poniéndose la mano en el

Librodot

estómago, creyendo que allí tenía el corazón. ¿Qué pasa, querido?

Eh... tengo que decirte una cosa, mamá. Te vas a poner muy triste, mamá... pero yo no quise engañarte, mamá... de verdad no quise.

-Claro que no, querido. ¿Qué pasó? No tengas miedo.

-Ay, mamá, esas perlas no son de verdad... yo pensaba que sí... *yo creía* que eran... *yo creía...*

Jem tenía los ojos llenos de lágrimas. No podía seguir hablando.

Si Anne quiso sonreír, no hubo señales de sonrisa en su rostro. Shirley se había dado un golpe en la cabeza ese día, Nan se había torcido el tobillo, y Di estaba afónica por un resfrío. Anne había repartido besos, vendajes y consuelo, pero esto era diferente... esto requería de toda la secreta sabiduría de las madres.

-Jem, nunca se me ocurrió que tú creyeras que eran perlas de verdad. Yo sabía que no lo eran... al menos no en uno de los sentidos de la palabra. En otro sentido, son lo más "de verdad" que me han regalado nunca. Porque había amor y trabajo y sacrificio en ellas, *y eso* las hace mucho más preciosas para mí que todas las gemas que todos los buzos han sacado del fondo del mar para que las lucieran las reinas. Querido, yo no cambiaría mis preciosas cuentas por el collar que, leí anoche, un millonario le regaló a su novia y que costó medio millón de dólares. Eso te muestra lo que vale tu regalo para mí, hijo querido. ¿Te sientes mejor ahora?

Jem estaba tan contento que hasta le daba vergüenza. Temía que fuera demasiado infantil estar tan contento.

-Ah, la vida es *tolerable* otra vez! -dijo, con cautela.

Las lágrimas habían desaparecido de sus ojos resplandecientes. Todo estaba bien. Los brazos de mamá lo rodeaban... a mamá *le gustaba* el collar... -nada más importaba. Algún día le regalaría uno que costara no medio sino un millón entero de dólares. Pero mientras tanto... estaba cansado... la cama estaba calentita y abrigada... las manos de mamá tenían perfume a rosas... y él ya no odiaba a Leona Reese.

"Mamá, estás tan preciosa con ese vestido... -dijo, adormilado-. Preciosa y pura... pura como la cocoa Epps.

Anne sonrió y lo abrazó mientras pensaba en una ridiculez que había leído en una revista médica ese mismo día, firmada por un "doctor V. Z. Toma chowsky": *jamás bese a su hijo varón, si quiere evitar un complejo de Yocasta.* Se había reído en el momento con un poco de rabia, también. Ahora sólo Sentía pena por el escritor. ¡Pobre, pobre hombre! Pues era evidente que Tomachowsky era *un* doctor, Ain hombre. Ninguna mujer podía escribir algo tan **tonto** y malvado.

21

Abril llegó de puntillas, hermoso, ese año, con mucho sol y suaves brisas durante algunos días, Y luego una tormenta de nieve que venía del nordeste volvio a echar un manto blanco sobre

el mundo. "La nieve en abril es abominable", se dijo Anne. "Como un cachetazo en la cara cuando una espera un beso." Ingleside estaba orlada de carámbanos largas semanas, los días fueron fríos y durante dos heladas. Luego la nieve comenzó a desaparecer noches sin muchas ganas, y cuando llegó la noticia de que alguien había visto al primer petirrojo en el Pozo, Ingleside recuperó el ánimo y osó creeer q ue el milagro de la primavera de verdad volvería a suceder

- Ay, mamá, hoy hay olor a primavera! -exclamó encantada, oliendo el aire fresco y húmedo-. Mamá, ¿no es cierto que la primavera es una época excitante?

La primavera intentaba sus primeros pasos ese día, como un bebé que aprende a caminar. La estampa invernal de árboles y campos comenzaba a dejarse cubrir por un asomo de verde Jem otra vez había traído las primeras anémonas. Pero una señora enormemente gorda, hundida en uno de los silloncitos de Ingleside, jadeante, suspiraba y decía con tristeza que las primaveras no eran tan lindas ahora como cuando ella era joven.

-¿No le parece que tal vez el cambio esté en nosotros... y no en las primaveras, señora Mitchell? preguntó Anne, con una sonrisa.

-Puede ser. Yo sé que *yo* he cambiado, demasiado lo sé. No creo que nadie se imagine, cuando me mira ahora, que yo era una de las muchachas más lindas de la zona.

Anne reflexionó que *ella* seguro no se lo imaginaba. Los cabellos finitos, duros, color ratón, que se escapaban por debajo del sombrero con crespones y el largo velo de viuda, estaban salpicados de gris; los ojos, azules e inexpresivos, se veían desvaídos y huecos; y decir que tenía nada más que doble papada era no saber contar. Pero la viuda de Anthony Mitchell estaba muy satisfecha de sí misma en esos momentos, pues nadie en Four Winds tenía atavío mejor. Su voluminoso vestido negro era de crespón. En esos días, las mujeres se ponían luto con la intensidad con que se abocarían a una venganza.

Anne se salvó de la imperiosidad de decir nada porque la señora Mitchell no le daba oportunidad.

"Mi sistema de agua dulce se secó esta semana... hay una pérdida... por eso vine al pueblo esta mañana, para que Raymond Russell vaya a arreglármelo. Y pensé para mis adentros: "Ya que estoy aquí, podría irme hasta Ingleside y pedirle a la esposa del doctor Blythe que escriba un joabítoro para Anthony".

¿Un obituario? -preguntó Anne, atónita.

-Sí... esas cosas que ponen en los diarios sobre los muertos, ¿sabe lo que digo? -explicó la viuda de Anthony-. Quiero que Anthony tenga uno muy bueno, algo fuera de lo común. Usted escribe cosas, ¿no?

-De vez en cuando, escribo algún cuento -admitió Anne-. Pero una madre atareada no tiene mucho tiempo para esas cosas. Tuve sueños maravillosos en una época, pero ahora me temo que nunca figuraré en el *Quién es quien,* señora Mitchell. Y nunca he escrito un obituario en mi vida.

-Ah, no han de ser difíciles. El viejo tío Charlie Bates, de cerca de mi casa, escribe casi todos para Lower Glen, pero no es para nada poético, y yo me he empeñado en que quiero una poesía para Anthony. Ah, a él siempre le gustó tanto la poesía... Yo fui a esa charla que dio usted sobre vendajes en el Instituto de Glen la semana pasada y me dije para mí: "Una persona con esa facilidad de palabra seguro que puede escribir un joabítoro poético". ¿Me hará esa gracia, señora Blythe? A Anthony le hubiera gustado. Él siempre la admiró a usted. Una vez me dijo que cuando usted entraba en una habitación, hacía que todas las demás mujeres parecieran "comunes y poco distinguidas". A veces hablaba como un poeta pero no tenía mala intención.

Librodot

"Estuve leyendo muchos joabítoros... tengo un álbum inmenso lleno... pero me pareció que no había ninguno que a él le hubiera gustado. Él se reía mucho de éstos. Y es hora de que se lo mande hacer. Ya hace dos meses que se murió. Se murió lentamente pero sin dolor. No es una buena época para morirse, tan cerca de la primavera, señora Blythe, pero me las he arreglado lo mejor posible. Supongo que el tío Chárlie se va a poner loco de furia si le encargo a otra persona escribir el joabítoro de Anthony, pero no me importa. El tío Charlie habla muy bonito, pero él y Anthony nunca se llevaron del todo bien y eso quiere decir que *no voy* a permitir que él escriba el joabítoro de Anthony. Yo fui la esposa de Anthony... su fiel y amante esposa, durante treinta y cinco años... señora Blyte como temiendo que Anne que pensara que habían sido sólo treinta y cuatro-, y voy a mandar a hacer un joabítoro que a él le hubiera gustado, aunque me cueste. Eso es lo que me dijo mi hija Seraphine... está casada y vive en Lowbridge, ¿sabe? Lindo nombre Seraphine, ¿verdad? Lo saqué de una lápida. A Anthony no le gustaba, quería ponerle Judith, por la madre. Pero yo dije que era demasiado solemne, y él aceptó, con mucha generosidad. No era hombre de discutir, aunque siempre la llamó Seraph... ¿Dónde estaba?

-Su hija le decía...

-Ah, sí. Seraphine me dijo: "Mamá, aunque hayas mandado hacer otras cosas, o no, manda a que le hagan un lindo joabítoro a papá". Ella y el padre eran muy unidos, aunque él se burlaba de ella a veces, pero a mí me hacía lo mismo. ¿Verdad que lo hará, señora Blythe?

-Es que no sé mucho de su esposo, señora Mitchell.

-Ah, yo puedo contárselo todo... siempre y cuando no quiera saber el color de sus ojos. ¿Sabe, señora Blythe, que Seraphine y yo estábamos charlando de esto y lo otro después del funeral, y yo no pude decir de qué color tenía los ojos, después de vivir con él durante treinta y cinco años? Eran suaves y como soñadores, eso sí. Me miraba con una mirada tan seductora cuando me cortejaba. Le fue muy difícil conquistarme, señora Blythe. Estuvo loco por mí durante años. Yo era muy arrogante entonces y estaba decidida a elegir con mucho cuidado. La historia de mi vida podría resultarle muy emocionante si alguna vez se le termina el material, señora Blythe. Ah, pero esos días ya se fueron. Tenía más enamorados de los que pueda imaginar. Pero venían y se iban... y Anthony seguía viniendo. Era bastante buen mozo, además... tan esbelto. Yo nunca soporté a los hombres gordos, y él estaba bastante más encumbrado socialmente que yo, sería la última en negarlo. Será un buen escalón hacia arriba para una Plum$_{m}$er casarse con Mitchell", decía mi madre. Yo era una Plummer, señora Blythe, hija de John A. Plum$_{Iy}$er. Y me decía unos piropos tan románticos, senora Blythe. Una vez me dijo que yo tenía el $_{e}$ncanto etéreo de la luz de la Luna. Yo supe que $_{e}$ra algo lindo, aunque hasta el día de hoy no sé lo que quiere decir "etéreo". Siempre estuve por buscarlo en el diccionario pero nunca lo hice rien, la cuestión es que al final le di mi palabra $_{(}$.e honor de que sería su esposa. Es decir... le dije due lo aceptaba. Ah, pero si usted me hubiera visto con mi traje de novia, señora Blythe. Todos difron que parecía un cuadro. Delgada como una trucha y con los cabellos dorados como el oro, y -Ina piel... Ah, el tiempo hace estragos en nosoros. A usted todavía no le ha llegado, señora 3lythe. Usted es todavía muy bonita, y además ana mujer tan educada. Ah, pero no todas podemos ser inteligentes... algunas tenemos que dedicarnos a cocinar. Ese vestido que tiene puesto es precioso, señora Blythe. Usted nunca se pone negro, ¿no?, hace bien, ya tendrá oportunidad de usarlo antes de mucho. Déjelo para cuando no le quede más remedio. Ah, ¿dónde estaba?

-Estaba... tratando de contarme algo del señor Mitchell.

-Ah, sí. Bueno, nos casamos. Hubo un gran cometa esa noche, recuerdo que lo vi cuando íbamos hacia casa. Es una verdadera lástima que usted no haya visto ese cometa, señora Blythe. Era sencillamente bonito. No creo que pueda hablar de él en el joabítoro, ¿eh?

-Sería... difícil...

-Bien. —La señora Mitchell abandonó el cometa con un suspiro. -Haga lo mejor que pueda. Él no tuvo una vida muy emocionante. Una vez se emborrachó, dijo que quería saber cómo era, por una vez, era un hombre con una mente muy curiosa. Pero eso no va a poder ponerlo en el joabítoro, claro. Y nunca le pasó nada más. No es que una se queje, pero, para decir la verdad, era un poco perezoso y tranquilo. Era capaz de quedarse una hora sentado mirando una mata de rosas. Ah, cómo le gustaban las flores... odiaba cortar el césped porque así cortaba las flores silvestres. No importaba que se perdiera la cosecha de trigo siempre y cuando hubiera varas de San José. Y los árboles... yo siempre le decía, en broma, que quería más a sus árboles que a mí. Y la granja... ah, cómo quería a su tierra. Parecía que para él era como una persona. Muchas veces lo oí decir: "Me parece que voy a ir a charlar un ratito con mi granja". Cuando nos hicimos viejos, yo quise que vendiera, ya que no tenemos hijos varones, y nos fuéramos a vivir a Lowbridge, pero él me dijo: "No puedo vender mi granja... no puedo vender mi corazón". ¿No son graciosos los hombres? No mucho antes de morir, un día le vinieron ganas de comer gallina hervida, "como la cocinas tú", me dice. Siempre le gustó mucho como cocino yo, con perdón. Lo único que no podía soportar era mi ensalada de lechuga con nueces. Decía que las nueces eran tan inesperadas. Pero no teníamos ninguna gallina para matar.., todas estaban poniendo tan bien, no quedaba más que un pollo, y no íbamos a matar un pollo, por supuesto. A mí me gusta ver a los pollos yendo de un lado al otro. No hay muchas cosas más lindas que un lindo pollo, ¿no cree usted, señora Blythe? Bueno, ¿dónde estaba?

-Me decía que su esposo quería que usted le cocinara una gallina.

-Ah, sí. Y he lamentado tanto no haberlo hecho. Me despierto por las noches y pienso en eso. Pero yo no sabía que se iba a morir, señora Blythe. Nunca se quejaba y me dijo que se sentía mejor. Y se interesó por las cosas hasta el final. Si yo hubiera sabido que se iba a morir, señora Blythe, le hubiera cocinado una gallina, aunque fuera la mejor ponedora.

La señora Mitchell se quitó sus guantes de encaje negro y se enjugó los ojos con un pañuelo con una puntilla de al menos dos centímetros.

"La habría disfrutado mucho -dijo, sollozando-. Tuvo sus propios dientes hasta el final, pobre querido. Bueno, así es ..... agregó, doblando el pañuelo y volviendo a ponerse los guantes-, tenía sesenta y cinco, así que no estaba lejos de la edad conveniente para morirse. Y tengo otra chapa de féretro. Mary Martha Plummer y yo comenzamos a coleccionar chapas de féretros al mismo tiempo, pero ella en seguida empezó a ganarme... se le murieron tantos parientes, sin contar a sus tres hijos. Ella tiene más chapas de féretros que nadie en los alrededores. Yo parecía no tener mucha suerte, pero ahora tengo toda una repisa llena, al fin. Mi primo, Thomas Bates, fue enterrado la semana pasada y yo quería que la esposa me diera la chapa, pero la hizo enterrar con él. Dice que coleccionar chapas de féretro es un vestigio de barbarie. Ella era una Hampson, de soltera, y los Hampson siempre fueron muy raros. Bueno, ¿dónde estaba?

Esta vez Anne no pudo decirle a la señora Mitchell dónde estaba. Lo de las chapas de féretros la había dejado alelada.

"Ah, bueno, la cosa es que el pobre de Anthony se murió. "Me voy contento y en paz", fue todo lo que dijo pero sonrió al final, mirando al techo, no a mí ni a Seraphine. Me alegro tanto de que fuera tan feliz justo antes de morirse. Hubo momentos en que pensé que quizá no era feliz, señora Blythe, era tan impresionable y sensible. Pero estaba realmente noble y sublime en el cajón. Tuvimos un funeral espléndido. Fue un día hermoso. Lo enterramos con carretillas de flores. Yo casi me desmayo al final pero por lo demás todo salió de mil maravillas. Lo

enterramos en el cementerio de Lower Glen, a pesar de que toda su familia está enterrada en Lowbridge. Pero él había elegido su tumba hace mucho tiempo, dijo que quería ser enterrado cerca de su granja y donde pudiera oír el mar y el viento en los árboles... hay árboles por tres costados en ese cementerio, sabe. Yo también me alegré, siempre me pareció un cementerio tan lindo, y podemos plantar geranios en la tumba. Era un buen hombre... lo más probable es que ahora esté en el cielo, i por eso no se preocupe. Siempre pienso que ha de ser difícil escribir un joabítoro cuando una *no sabe* dónde está el fallecido. ¿Puedo contar con usted, entonces, señora Blythe?

Anne accedió, presintiendo que la señora Mitchell se quedaría sentada allí sin parar de hablar hasta que ella accediera. Con otro suspiro de alivio, la señora Mitchell logró levantar su humanidad de la silla.

-Tengo que irme. Espero unos pollos de pavo hoy. He disfrutado de mi conversación con usted y me da lástima no poder quedarme más. Una se siente muy sola cuando enviuda. Un hombre puede no ser gran cosa pero una lo extraña cuando se va.

Cortésmente, Anne la acompañó hasta el portón. Los niños cazaban petirrojos en el césped y los narcisos nacían por todas partes.

"Tiene una linda y orgullosa casa aquí... de verdad una linda y orgullosa casa, señora Blythe. Yo siempre pensaba que me gustaría tener una casa grande, pero siendo nosotros dos y Seraphine, solos, y además, ¿de dónde íbamos a sacar el dinero?, y Anthony no quería ni hablar de eso. Le tenía muchísimo cariño a la vieja casa. Yo pienso venderla si me hacen una buena oferta, y me iría a vivir a Lowbridge o a Mowbray Narrows, donde decida que sea el mejor lugar para una viuda. El seguro de Anthony me vendrá bien. Digan lo que dijeren es mejor soportar la pena con el estómago lleno que vacío. Usted lo sabrá en carne propia cuando enviude... aunque espero que falten muchos años todavía. ¿Cómo anda el doctor? Ha sido un invierno con muchos enfermos, así que supongo que le habrá ido muy bien... ¡Ah, pero qué linda familia tiene! ¡Tres niñas! Ahora es muy lindo, pero ya va a ver cuando lleguen a la edad de los novios. No porque yo haya tenido mucho problema con Seraphine. Ella era tranquila... como el padre... y empecinada como él. Cuando se enamoró de John Whitaker, estaba decidida a casarse con él, aunque yo dijera lo contrario. ¡Un serbal! ¿Por qué no lo hizo plantar junto a la puerta del frente? Es muy bueno ese árbol para ahuyentar a las hadas.

¿Pero quién quiere ahuyentar a las hadas, señora Mitchell?

-Ahí está, hablando como Anthony. Era una broma. Claro que yo no creo en las hadas... pero si llegaran a existir, yo oí decir que son muy traviesas. Bueno, adiós, señora Blythe. Vendré la semana próxima a buscar el joabítoro.

22

-Usted se lo buscó, mi querida señora -dijo Susan, que había escuchado casi toda la conversación mientras pulía la platería en la despensa.

-¿Verdad que sí? Ah, Susan, pero yo *quiero* escribir ese obituario. Me simpatizaba Anthony Mitchell, aunque lo vi muy pocas veces, y estoy segura de que se revolvería en la tumba si le escribieran un obituario como los que aparecen en el *Daily Enter-prise.* Anthony tenía un muy poco conveniente sentido del humor.

-Anthony Mitchell era un muchacho excelente liando era joven, mi querida señora. Aunque un poco soñador, decían. No era todo lo emprendedor que Bessy Plummer hubiera

querido, pero llebaba una vida decente y pagaba sus deudas. Claro que se casó con la muchacha que menos le convenía. Lo que pasa es que aunque ahora Bessy Plummer parece una tarjeta postal cómica, en esa época era muy linda. Algunas de nosotras -concluyó Susan con un suspiro- no tenemos ni eso -para recordar.

-Mamá -dijo Walter-, los dragoncillos están saliendo todos juntos alrededor del patio de atrás. Y dos petirrojos empezaron a hacerse un nidito en el alféizar de la ventana de la despensa. Los vas dejar, ¿verdad, mamá? ¿No vas a abrir la ventana **para** que no se asusten y se vayan, verdad?

Anne había visto a Anthony Mitchell una o dos veces, aunque la casita gris donde vivía, entre los bosques de abetos y el mar, con el gran sauce que la cubría como un inmenso paraguas, estaba en Lower Glen, y era el médico de Mowbray Narrows quien atendía a casi toda la gente de por allí. Pero Gilbert le había comprado heno en algunas oportunidades, y una vez, cuando Mitchell trajo una carga, Anne lo había llevado por el jardín, y habían descubierto que hablaban el mismo idioma. Le había simpatizado, con su cara delgada de líneas marcadas, afable, con sus ojos valientes y vivaces, de ese color avellana tirando al dorado, ojos que nunca habían bajado la mirada ni temblado, a excepción, tal vez, de una vez, cuando la hueca y pasajera belleza de Bessy Plummer lo hizo caer en un matrimonio descabellado. Pero nunca se lo vio desdichado o insatisfecho. Mientras pudiera arar, cuidar su jardín y cosechar, estaba tan contento como una pradera llena de sol. Sus cabellos negros tenían tenues toques de plata, y un espíritu maduro y sereno se revelaba en sus poco usuales pero dulces sonrisas. Sus viejos campos le habían dado pan y deleite, la alegría de la conquista y el consuelo en la hora de dolor. Anne se alegraba de que lo hubieran enterrado cerca de esos campos. Si bien se había "ido contento", también había vivido contento. El doctor de Mowbray Narrows comentó que cuando le había dicho a Anthony Mitchell que no podía darle esperanzas de recuperación, Anthony había sonreído y dicho: "Bien, la vida se ha vuelto un poco monótona ahora que me estoy poniendo viejo. La muerte será una especie de cambio. Tengo mucha curiosidad, doctor". Hasta su esposa, entre todos sus absurdos delirios, había dicho algunas cosas que revelaban al verdadero Anthony. Anne escribió el poema "La tumba del anciano" unas noches después, junto a la vntana de su habitación, y lo releyó con satisfacción

Cavadla donde puedan los vientos soplar
Suaves y hondos entre las ramas de los pinos,
Y donde, a través de los prados del levante.
Llegue el murmullo del mar.
Y las gotas de la lluvia al caer
Arrullen suavemente su sueño.

Cavadla donde los amplios valles
Se extiendan, verdes, en su redor.
En tierras labrantías se posó su planta,
Y trebolares del poniente su pie holló.
En prados lozanos y en flor anduvo
Y allí antaño árboles plantó.

Cavadla donde las estrellas
Estén siempre cerca

Y la gloria del sol se recueste
Y se prodigue sobre su lecho.
Donde los húmedos pastos abriguen
Tiernamente su sueño.

Pues estas cosas le fueron caras
A través de tantos y tan vividos años,
Debe la gracia de estas mismas cosas
Adornar su lugar de descanso,
Y así el murmullo del mar
Será por siempre su canto fúnebre.

-Creo que a Anthony Mitchell le habría gustado -dijo Anne, abriendo de par en par la ventana para inclinarse hacia la primavera. Ya había hileras desparejas de jóvenes lechugas en el huerto de los nifíos; la puesta de Sol se veía suave, rosada, detrás del bosque de arces; el Pozo resonaba con la suave y dulce risa de los niños. -La primavera es tarL linda, que odio irme a dormir y perderme nade de ella.

La viuda de Anthony Mitchell fue a buscar su "joabítoro" una tarde de la semana siguiente. Anne se lo leyó con secreto orgullo, pero el rostro de la señora Mitchell no expresó una excelsa satisfacción.

-Caramba, eso sí que es animado. Pone las cosas muy bien. Pero... no dice ni una palabra sobre que él está en el cielo. ¿No estaba segura de que esté allí?

-Tan segura que no es necesario mencionarlo, señora Mitchell.

-Bueno, *algunas* personas podrían tener dudas. Él... no iba a la iglesia con la frecuencia debida... aunque era un miembro bien conceptuado. Y no dice nada de su edad... ni menciona las flores. Ah, no se podían ni contar la cantidad de coronas que había sobre el cajón. ¡Las flores son muy poéticas, creo yo!

Lo siento...

-No, no es culpa suya... ni por un asomo es culpa suya. Usted hizo lo que pudo y suena hermoso. ¿Cuánto le debo?

--bueno... nada... nada, señora Mitchell. Ni se me ocurriría cobrar.

Bueno, yo pensé que me iba a decir eso, así que le traje una botella de mi vino de diente de león. Endulza el estómago, si tiene problemas de gases. Le hubiera traído también una botella de mi té de hierbas, pero tuve miedo de que al doctor no le gustara. Aunque si quiere y le parece que puedo traerle sin que él se entere, no tiene más que decírmelo.

-No, no, gracias -dijo Anne, bastante secamente. No había terminado de recuperarse todavía de lo de "animado".

--Como quiera. La convido con mucho gusto. Yo ya no necesitaré más medicina esta primavera. Cuando mi primo segundo, Malachi Plummer, murió en invierno, le pedí a su viuda que me diera las tres botellas de medicina que sobraron... ellos tenían docenas. Ella iba a tirarlas, pero yo siempre fui de las personas que no soportan ver que se desperdicie nada. Yo no podía traerme más de una botella pero hice que el hombre que habíamos contratado se llevara las otras dos. "Si no le hace ningún bien, tampoco le va a hacer daño", le dije. No voy ü decirle que no es un alivio para mí que usted no quisiera aceptar dinero por el joabítoro porque en estos momentos no tengo demasiado efectivo. Los funerales son tan caros..., aunque la de D. B. Martin es una de las funerarias más baratas de los alrededores. Todavía no he pagado siquiera los vestidos de luto.

No me sentiré que de verdad estoy de duelo hasta que no haya terminado de pagar. Por suerte, no tuve que mandarme a hacer sombrero nuevo. Éste me lo mandé a hacer hace diez años, para el funeral de mamá.

Es una suerte que el negro me quede bien, ¿no? Si usted viera ahora a la viuda de Malachi Plummer, ¡con esa cara amarilla que tiene! Bueno, me tengo que ir. Y le estoy muy agradecida, señora Blythe, aun si... pero estoy segura de que puso lo mejor de usted y es muy buena poesía.

-¿No quisiera quedarse a cenar con nosotros? - preguntó Anne-. Susan y yo estamos solas... el doctor no está y los niños tienen su primera cena picnic en el Pozo.

-No tengo inconveniente -dijo la viuda de Anthony, dejándose caer otra vez y con mucho gusto en su silla-. Me gustaría quedarme un rato más. No sé por qué una demora tanto en descansar cuando envejece. -Y agregó, con una sonrisa de soñadora beatitud en su rostro sonrosado: ¿Verdad que lo que huelo son zanahorias fritas?

Anne casi lamentó lo de las zanahorias fritas cuando salió el *Daily Enterprise a la* semana siguiente. Allí, en la columna de los obituarios, estaba "La tumba del anciano"... ¡con cinco estrofas en lugar de las cuatro originales! Y la quinta estrofa decía:

Un maravilloso esposo, compañero y ayuda,
Alguien mejor que él no ha hecho el Señor,
Un maravilloso esposo, tierno y veraz,
¡Uno en un billón, querido Anthony, fuiste tú!

-¡¡¡!!! -dijo Ingleside.

23

Los niños de Ingleside tenían mala suerte con sus mascotas. El cachorrito de abundante pelo rizado que un día papá había traído de Charlottetown se fue a la semana siguiente y desapareció. No se volvió a saber nada de él y, aunque se rumoreó que habían visto a un marinero de Harbour Head que subía a bordo de su barco a un cachorrito negro la noche en que zarpó, el destino del perro permaneció como uno de los hondos y oscuros misterios de la crónica de Ingleside. A Walter lo afectó más que a Jem, que todavía no había olvidado del todo su angustia por la muerte de Gyp y jamás volvería a permitirse querer a un perro no sabiamente sino demasiado. Luego el Tigre Tom, que vivía en el granero y tenía prohibida la entrada a la casa por sus inclinaciones a la rapiña, fue hallado frío y tieso en el suelo del granero y hubo que enterrarlo con pompa y circunstancia. Por fin Bun, el conejo de Jem, que éste le había comprado a Joe Russell por veinticinco centavos, se enfermó y murió. Tal vez su muerte fuera acelerada por un remedio que le dio Jem; tal vez no. Joe se lo había recomendado, y Joe tenía que saber. Pero Jem se sentía como si hubiera asesinado a Bun.

¿Hay una maldición en Ingleside? -preguntó con tristeza cuando Bun ya descansaba junto al Tigre Tom. Walter le escribió un epitafio, y él, Jem y las mellizas anduvieron con cintas negras atadas a los brazos durante una semana, para horror de Susan, que lo consideraba un sacrilegio. Susan no quedó desconsolada por la muerte de Bun, que una vez se había soltado y había hecho

destrozos en su jardín. Menos aún aprobó a los dos sapos que Walter trajo y puso en el sótano. Cuando oscureció, Susan sacó a uno, pero no pudo encontrar al otro, y Walter, preocupado, no podía dormir.

-A lo mejor eran marido y mujer. -pensaba-. A lo mejor se sienten muy solos y están muy tristes separados. Susan sacó al más chiquito, que entonces debe de ser la señora, y a lo mejor está muerta de miedo solita en el patio tan grande sin nadie que la proteja... como una viuda.

Walter no podía soportar pensar en la desdicha de la viuda, de modo que bajó al sótano a buscar al sapo caballero, pero lo único que consiguió fue voltear una pila de latas vacías que Susan guardaba allí, lo cual provocó un estruendo capaz de despertar a los muertos. Sin embargo, sólo despertó a Susan, que bajó con una vela, cuya llama oscilante dibujaba las sombras más siniestras sobre su rostro enjuto.

-Walter Blythe, ¿qué estás haciendo?

Susan, tengo que encontrar al sapo --lijo Walter con desesperación-. Susan, piensa cómo te sentirías sin tu esposo, si lo tuvieras.

¿De qué recórcholis estás hablando? -preguntó la comprensiblemente azorada Susan.

En ese punto, el sapo caballero, que evidentemente se había tenido por perdido cuando Susan apareció en escena, saltó al frente desde detrás del barril de pepinos en vinagre de Susan. Walter se le echó encima y lo sacó por la ventana donde se espera que se haya reunido con su supuesto amor y haya vivido feliz para siempre.

Sabes que no tienes que traer a esos animales al sótano -dijo Susan, firme-. ¿Qué van a comer?

-Yo iba a cazarles insectos, ¿qué te imaginas? dijo Walter, ofendido-. Quería *estudiarlos.*

-Sencillamente no se puede con ellos -gimió Susan mientras subía las escaleras detrás de un joven Blythe muy indignado. Y no se refería a los sapos.

Tuvieron mejor suerte con el petirrojo. Lo habían encontrado, un pichoncito apenas, sobre el escalón de la puerta, después de una tormenta de viento y lluvia en una noche de junio. Tenía lomo gris, pecho moteado y ojos brillantes, y desde el primer momento pareció tener una confianza absoluta en todos los de Ingleside, sin exceptuar siquiera a Camarón, que jamás intentó molestarlo, ni siquiera cuando Don Petirrojo aterrizaba, con un saltito insolente, en el borde del plato de Camarón y se servía. Al principio le daban de comer gusanos, y tenía tanto apetito, que; Shirley se pasaba casi todo el día desenterrándolos.

Guardaba los gusanos en latas que dejaba por la casa., para gran desagrado de Susan, pero ésta habría soportado mucho más por Don Petirrojo, que se posaba tan valientemente sobre su dedo, gastado por el trabajo, y le gorjeaba en la misma cara. Susan se había encariñado mucho con Don Petirrojo, así que, en una carta a Rebecca Dew, consideró pertinente mencionar que el pechito había comenzado a ponérsele de un hermoso rojo herrumbre.

No piense, le ruego, mi querida señorita Dew, que me están fallando las facultades mentales. Supongo que es muy tonto encariñarse tanto con un pájaro, pero el corazón humano tiene sus debilidades. No está prisionero como un canario (algo que yo nunca podría tolerar, mi querida señorita Dew) sino que anda libremente de un lado para otro por la casa y el jardín y duerme en un arco junto a la plataforma de estudio de Walter en el manzano que da a la ventana de Rilla. Una vez, cuando lo llevaron al Pozo, se voló, pero al anochecer volvió para alegría de todos... incluyendo la mía, debo agregar.

El Pozo ya no era "el Pozo". Walter comenzó a pensar que un lugar tan precioso merecía un nombre más acorde con sus potencialidades románticas. Una tarde lluviosa tuvieron que jugar en la buhardilla, pero a última hora salió el sol y cubrió todo Glen con su esplendor.

Librodot

-Ah, miden el adco idis de la noche! -exclamó Rilla, que hablaba en una media lengua encantadora.

Era el arco iris más espléndido que habían visto en su vida. Un extremo parecía descansar en la aguja de la iglesia presbiteriana mientras que el otro se hundía en el rincón lleno de juncos del estanque que llegaba hasta el extremo superior del valle. Y allí mismo Walter le puso de nombre Valle del Arco Iris.

El Valle del Arco Iris se había convertido en todo un mundo para los niños de Ingleside. Allí las brisas correteaban sin cesar y los cantos de los pájaros resonaban desde el amanecer hasta el crepúsculo. Los abedules blancos resplandecían en todo el valle de una punta a la otra... La Dama Blanca... Walter decía que una pequeña ninfa de los bosques iba todas las noches a hablar con ellos. Un arce y un abeto -que crecían tan juntos el uno al otro que sus ramas se entremezclaban- fueron bautizados "Los Árboles Amantes", y unos viejos cascabeles que Walter colgó sobre ellos producían mágicos y etéreos tintineos cuando el viento los mecía. Un dragón vigilaba el puente de piedra que habían construido sobre el arroyo. Los árboles que se unían por encima de ellos podían ser, en caso de tiecesidad, infieles de tez cetrina, y el espeso musgo que crecía en las orillas era una alfombra, deli cadísima, de Samarkanda. Robin Hood y sus hombres se agazapaban en todas partes; había tres duendes del agua que vivían en el arroyo; la abandonada casa de los Barclay, al final de Glen, con su acequia llena de pastos altos y el jardín inundado por alcaraveas, fue fácilmente transformada en un castillo sitiado. La espada del Cruzado hacía tiempo que se había herrumbrado, pero la cuchilla de cocina de Ingleside era una hoja forjada en el país de .las hadas, y cada vez que Susan no encontraba la tapa de su sartén sabía que estaba haciendo las veces de escudo para un emplumado y resplandeciente caballero abocado a osadas aventuras en el Valle del Arco Iris.

A veces jugaban a los piratas, para contentar a Jem, quien a los diez años comenzaba a disfrutar de un toque de sangre en sus juegos, pero Walter siempre se resistía a caminar por la planchada, que a Jem le parecía lo mejor de todo. A veces se preguntaba si Walter tenía la valentía necesaria para ser un bucanero, pero hacía a un lado el pensamiento, con actitud leal, y había tenido más de una triunfante batalla campal en la escuela con chicos que llamaban "Mariconcito Blythe" a Walter, mejor dicho que lo habían llamado así hasta que descubrieron que hacerlo implicaba un seguro enfrentamiento con Jem, que tenía un argumento muy desconcertante con los puños.

A veces se le permitía a Jem ir a Harbour Mouth en las tardecitas a comprar pescado. Era una diligencia que a él le encantaba, pues significaba que podría sentarse en la cabaña del capitán Malachi Russell, al pie de un campo cerca del puerto, y escuchar al capitán Malachi y a sus amigotes contar historias. Cada uno de ellos tenía algo que contar cuando se reunían. El viejo Oliver Reese (de quien se sospechaba que de joven había sido pirata) había sido tomado prisionero por un rey caníbal... Sam Elliott había estado en el terremoto de San Francisco... "William el Valiente" MacDougall había mantenido una lucha feroz con Un tiburón... Andy Baker había estado en un tornado en el mar. Más aún, Andy podía escupir más lejos, según decía, que cualquier otro hombre de Four Winds. El capitán Malachi, con su nariz ganchuda y el revuelto bigote canoso, era el preferido de Jem. Había sido capitán de un bergantín cuando no tenía más que diecisiete años, y había navegado hasta Buenos Aires con un cargamento de madera. Tenía un ancla tatuada en cada mejilla, y un maravilloso reloj antiguo al que se le daba cuerda con una llave. Cuando estaba de buen humor, le dejaba a Jem darle cuerda, y cuando estaba de muy buen humor, llevaba a Jem a pescar bacalao o a juntar almejas en la marea baja, y cuando estaba con el mejor de los humores, le mostraba a Jem las muchas maquetas de barcos

que había tallado. A Jem esas maquetas le parecían la quintaesencia de lo romántico. Entre ellas, había un barco vikingo, con una vela cuadrada a rayas y un temible dragón en la proa... una carabela de Colón... el *Mayflower*... un gallardo buque llamado *El holandés volador*... *y* un sinfín de hermosos bergantines, goletas, barcas, barcos rápidos y veleros.

¿Me va a enseñar a tallar barcos como éstos, capitán Malachi? suplicó Jem.

El capitán Malachi negó con la cabeza y escupió, con aire reflexivo, al golfo.

-Esto no se aprende, hijo. Tendrías que navegar los mares treinta o cuarenta años, y entonces podría ser que un día entendieras a los barcos lo suficiente como para poder tallarlos... pero hay que entender*los y quererlos. Los* barcos son como las mujeres, hijo... a las mujeres también hay que entenderlas y quererlas o si no nunca develarán sus secretos. E incluso así, uno cree que conoce a un barco de proa a popa, por dentro y por fuera, y se descubre que todavía no se ha entregado a uno y no le ha dado el alma. Que es capaz de irse volando como un ave, si uno lo deja suelto. Hay un barco que yo navegué y que nunca pude tallar, y lo he intentado cientos de veces. ¡Qué buque empecinado, necio, era! Y hubo una mujer... pero ha llegado el momento de cerrar el pico. Tengo un barco listo para meterlo en una botella y te voy a enseñar el secreto de eso, hijo.

De modo que Jem nunca oyó nada más sobre la "mujer" y no le importó, porque no le interesaba nadie de ese sexo, salvo mamá y Susan. Pero ellas no eran "mujeres". Eran sencillamente mamá y Susan.

Cuando Gyp murió, Jem había creído que jamás querría tener otro perro, pero el tiempo todo lo cura y Jem volvía a tener ganas de tener perro. El cachorrito no era verdaderamente un perro, era sólo un incidente Jem tenía una procesión de perros desfilando por las paredes de su rinconcito del altillo, donde guardaba la colección de curiosidades del capitán Jim... perros recortados de revistas: un mastín señorial... un lindo bulldog ñato... un dachshund que parecía como si alguien hubiera agarrado a un perro de la cabeza y de la cola y lo hubiera estirado como un elástico... un perro de lanas afeitado con un pompón en la cola... un fox-terrier... un galgo ruso (Jem se preguntaba si los galgos rusos comían)... un precioso Pomerania... un dálmata manchado... un perro de aguas de ojos conmovedores. Todos perros de alto rango pero, a ojos de Jem, a todos les faltaba algo, no sabía qué.

Entonces fue cuando apareció el aviso en el *Daily Enterprise.* "Se vende perro. Ver a Roddy Crawford, Harbour Head." Nada más. Jem no habría sabido decir por qué el aviso se le grabó en la mente ni por qué sintió que había mucha tristeza en su brevedad. Le preguntó a Craig Russell quién era Roddy Crawford.

-El padre de Roddy murió hace un mes y él tiene que irse a vivir con la tía a la ciudad. La madre murió hace años. Y Jake Millison compró la granja. Pero van a echar abajo la casa. Tal vez la tía no quiera que se lleve al perro. El animal no es gran cosa pero Roddy lo adora.

¿Cuánto pedirá por él? No tengo más que un dólar -dijo Jem.

-Creo que lo que más quiere es una buena casa para el perro -dijo Craig-. Pero tu padre te daría el dinero, ¿no?

-Sí. Pero quiero comprarme mi perro con mi propio dinero -dijo Jem-. Lo sentiría más *mi* perro.

Craig se encogió de hombros. Esos chicos de Ingleside sí que eran raros. ¿Qué importancia tenía quién ponía el dinero para comprar un perro viejo?

Esa tarde, papá llevó a Jem hasta la vieja y arrumbada granja de los Crawford, donde encontraron a Roddy y a su perro. Roddy era de más o menos la misma edad que Jem... un muchachito pálido, de lacios cabellos castaños y muchas pecas. El perro tenía sedosas orejas

marrones, nariz y cola marrones y hermosísimos ojos color miel, como jamás perro alguno ha tenido nunca. Apenas Jem vio a esa belleza de perro, con esa franja blanca a lo largo de la frente, que le pasaba por entre los ojos y le cubría la nariz, supo que lo quería.

¿Quieres vender tu perro? -preguntó, ansioso.

-*No quiero* venderlo -dijo Roddy, despacio-.

Pero Jake dice que si no lo vendo lo va a ahogar. Dice que la tía Vinnie no va a querer a un perro.

¿Cuánto pides por él? -preguntó Jem, temeroso de que le dieran un precio prohibitivo.

Roddy tragó saliva. Le tendió el perro.

-Toma, llévatelo -dijo, con voz ronca-. No voy a venderlo... no. El dinero no podría pagarme a Bruno. Si lo cuidas bien, y eres bueno con él...

Ah, claro que seré bueno con él -dijo Jem, con entusiasmo-. Pero tienes que aceptar mi dólar. No voy a sentir que el perro es mío, si no lo aceptas. No lo llevo.

Casi a la fuerza, puso el dólar en la mano reacia de Roddy.

-Hay cinco por aquí que lo querían, pero yo no quise dárselo a ninguno de ellos. Jake se puso furioso, pero a mí no me importa. No me gustaban. Pero tú... quiero que tú lo tengas, ya que yo no puedo... ¡y sácalo pronto de mi vista!

Jem obedeció. El perrito temblaba en sus brazos pero no protestó. Jem lo llevó amorosamente en brazos todo el camino hasta Ingleside.

-Papá, ¿cómo supo Adán que un perro era un *perro?*

Porque un perro no podía ser otra cosa que un perro -dijo papá, sonriendo-. ¿No te parece?

Jem estaba demasiado excitado para dormir esa noche. Nunca había visto a un perro que le gustara tanto como Bruno. Con razón Roddy no quería separarse de él. Pero pronto Bruno olvidaría a Roddy y lo querría a él. Serían amigos. Debía acordarse de decirle a mamá que le pidiera al carnicero que mandara los huesos.

Amo a todas las personas y a todas las cosas del mundo -dijo Jem-. Querido Dios, bendice a todos los gatos y los perros del mundo pero especialmente a Bruno.

Por fin, Jem se quedó dormido. Tal vez el perrito que estaba tendido a los pies de la cama, con el hocico entre las patitas estiradas, también durmió... y tal vez no.

24

Don Petirrojo había dejado de subsistir alimentado exclusivamente con gusanos y ahora comía arroz, maíz, lechuga y semillas de capuchinas. Había crecido muchísimo... el "gran petirrojo" de Ingleside se estaba haciendo famoso en la comarca... y el pecho se le había puesto de un hermoso color rojo. Se posaba en el hombro de Susan y la miraba tejer. Volaba a recibir a Anne cuando ella volvía a casa, y entraba en la casa a los saltitos antes que ella; todas las mañanas iba al alféizar de la ventana de Walter a buscar miguitas de pan. Se daba su baño diario en un recipiente en el patio de atrás, en la esquina del cerco de eglantina, y hacía un soberano escándalo si no encontraba agua en su bañera. El doctor se quejaba de que sus lapiceras y fósforos estaban siempre diseminados por toda la biblioteca, pero no encontraba a nadie que se condoliera de él, e incluso se rindió cuando un día Don Petirrojo se posó valientemente en su

mano para comerse una semilla de flor. Todos estaban fascinados con Don Petirrojo, con la posible excepción de Jem, que había entregado su corazón a **Bruno,** y lenta pero ciertamente estaba aprendiendo una amarga lección: que se puede comprar el cuerpo de un perro pero no su cariño.

Al principio, Jem no lo sospechó siquiera. Claro que Bruno extrañaría y se sentiría solitario por un tiempo, pero pronto se le pasaría. Jem descubrió que no era así. Bruno era el perrito más obediente del mundo; hacía exactamente lo que se le decía y hasta Susan admitió que no podía pedírsele a un animal que se portara mejor. Pero no había vida en él. Cuando Jem sacaba a Bruno, al principio al animalito le brillaban los ojos, movía la cola y salía muy airoso. Pero al rato el brillo se le iba de la mirada y Bruno trotaba mansamente junto a Jem con la cabeza gacha. Todos eran buenos con él... tenía a su disposición los huesos más jugosos y con más carne... nadie ponía el menor reparo a que durmiera a los pies de la cama de Jem todas las noches. Pero Bruno permanecía remoto, inaccesible, un extraño. A veces, por las noches, Jem despertaba y estiraba la mano para acariciar el fuerte cuerpecito; pero nunca había respuesta en la forma de una lengua que lame o una cola que se agita. Bruno permitía las caricias pero no respondía a ellas.

Jem apretó los dientes. Había una buena cuota de determinación en James Matthew Blythe: no se dejaría vencer por un perro... su perro, al que había comprado justa y honestamente con dinero ahorrado arduamente de su mensualidad. Bruno *tenía* que dejar de extrañar a Roddy... *tenía* que dejar de mirarlo a uno con esos ojos patéticos de criatura perdida... *tenía* que aprender a quererlo.

Jem tenía que defender a Bruno, porque los otros chicos de la escuela, sospechando que él quería al perro, siempre trataban de burlarse de él.

-Tu perro tiene pulgas... es... un... pulguiento -le canturreaba Perry Reese. Jem tuvo que darle una buena zurra antes de que Perry se retractara y dijera que Bruno no tenía ni una sola pulga... ni una sola.

- Mi perrito tiene ataques una vez por semana - alardeó Rob Russell-. Seguro que ese perro viejo tuyo no tuvo ni un ataque en toda su vida. Si yo tuviera **un** perro como ése, lo llevaría a un frigorífico.

-Nosotros tuvimos un perro como ése una vez - *dijo* Mike Drew -, pero lo ahogamos.

-.Mi perro es *malísimo* -dijo Sam Warren, orgulloso-. Mata a los pollitos y los días de lavado mastica toda la ropa. Seguro que tu perro no tiene fuerzas ni para eso.

Con pena, Jem admitió para sus adentros, si bien no ante Sam, que era cierto. Ojalá no lo fuera. Y le dolió cuando Watty Flagg gritó: "Tu perro es un perro *buenito...* porque no ladra los domingos", pues Bruno no ladraba nunca.

Pero a pesar de todo esto, era un perrito adorable.

-Bruno, ¿por qué no me quieres? -decía Jem, casi llorando-. No hay nada que yo no haría por ti... podríamos divertirnos tanto juntos. -Pero se negaba a admitir la derrota ante nadie.

Un atardecer, Jem volvió corriendo de una "mejilloneada" en Harbour Mouth porque sabía que se venía una tormenta. El mar gemía en el anuncio. Las cosas tenían un aire siniestro, solitario. Hubo un trueno furioso en el momento en que Jem entraba en lngleside.

-¿Dónde está Bruno? -gritó.

Era la primera vez que había salido sin Bruno. -Pensó que la larga caminata hasta Harbour Mouth sería muy cansadora para el perrito. Jem no quería admitir que semejante caminata con un perro cuyo corazón estaba en otro lado sería excesiva también para él.

ç Resultó ser que nadie sabía dónde estaba Bruno. No lo habían visto desde que Jem se

había ido, después de la cena. Jem buscó en todas partes pero no lo encontró. La lluvia caía a baldes, el mundo se ahogaba en relámpagos. ¿Estaría Bruno afuera, en medio de la noche oscura, *perdido?* Bruno les tenía miedo a los truenos. Las únicas veces en que había parecido aproximarse a Jem en espíritu había sido cuando se había arrimado a él, en momentos en que el cielo se partía en dos.

Jem estaba tan preocupado cuándo había pasado la tormenta, que Gilbert dijo:

-Tengo que ir a Head de todos modos a ver cómo está Roy Wescott. Puedes venir, Jem, y pasaremos por lo de los Crawford de regreso a casa. Se nle ocurre que Bruno pudo haber vuelto allí.

-Diez kilómetros? ¡Imposible! -dijo Jem.

Pero así había sido. Cuando llegaron a la vieja, abandonada y oscura casa de los Crawford, había un tembloroso y empapado animalito acurrucado en el umbral mojado, mirándolos con ojos cansados, ansiosos. No protestó cuando Jem lo tomó en sus brazos y lo llevó al coche a través de los pastos crecidos.

Jem estaba contento. ¡Cómo corría la Luna por el cielo y cómo las nubes cruzaban por encima de ella! ¡Qué delicioso era el aroma de los bosques mojados por la lluvia mientras avanzaban! ¡Qué hermoso era el mundo!

-Creo que Bruno será feliz en Ingleside después de esto, papá.

-Puede ser... -fue todo lo que dijo su padre. No le hacía gracia esa ducha de agua fría pero sospechaba que el corazón de ese perrito estaba, al haber perdido su último hogar, destrozado.

Bruno nunca había sido de comer mucho pero después de esa noche comenzó a comer menos cada vez. Llegó un día en que ya no comía. Llamaron al veterinario, pero éste no le encontró nada.

—En mis años de ejercicio de la profesión, conocí a un perro que se murió de pena y creo que éste es otro caso igual -le dijo al doctor en privado.

Dejó un tónico, que Bruno tomaba obedientemente para luego volver a echarse, con la cabeza entre las patas, mirando hacia la nada. Jem se quedó observándolo un largo rato, con las manos en los bolsillos, y luego se fue a la biblioteca a hablar con su padre.

Gilbert fue a la ciudad al día siguiente, hizo algunas averiguaciones y llevó a Roddy Crawford a Ingleside. Cuando Roddy llegó a los escalones de la galería, Bruno, que desde la sala oyó sus pisadas, levantó la cabeza y paró las orejas. En seguida su cuerpecito enflaquecido se lanzó a toda carrera hacia el muchachito pálido de ojos castaños.

-Mi querida señora -dijo Susan esa noche con acento dramático-, ese perro *lloraba*, de verdad. Le corrían las lágrimas por el hocico. Entiendo que no quiera creerme. Yo tampoco lo hubiera creído si no lo hubiera visto con mis propios ojos.

Roddy apretó a Bruno contra su corazón y miró a Jem entre desafiante y suplicante.

-Tú lo compraste, lo sé, pero me pertenece a mí. Jake me mintió. La tía Vinnie dice que no le molestaría tener un perro, pero yo pensé que no podía pedírtelo de vuelta. Aquí tienes tu dólar... no lo gasté tunca... no pude.

Por un momento, Jem dudó. Pero entonces le vio los ojos a Bruno. "¡Qué cerdo soy!", pensó, asqueado de sí mismo. Tomó el dólar.

Roddy sonrió de pronto. La sonrisa le cambió completamente el aspecto a su rostro adusto, pero todo lo que pudo hacer fue mascullar un hosco "Gracias".

-Roddy durmió con Jem esa noche, con un Bruno henchido de comida extendido entre los dos Pero antes de irse a la cama, Roddy se arrodilló para decir sus oraciones y Bruno se sentó sobre sus patas traseras junto a él, con las manos apoyadas en la cama. Si ha habido un perro que

alguna vez rezó, ése fue Bruno: una oración de acción de gracias y de una renovada alegría de vivir.

Cuando Roddy le llevaba comida, Bruno la comía de buen grado, sin sacar los ojos de Roddy ni un momento. Correteó traviesamente tras Roddy y Jem cuando éstos fueron a Glen.

—Nunca se ha visto un perro tan contento -dictaminó Susan.

Pero a la noche siguiente, cuando Roddy y Bruno ya se habían ido, Jem se sentó un largo rato a oscuras en los escalones de la puerta lateral. No quiso ir con Walter a buscar tesoros de piratas en el Valle del Arco Iris... Jem ya no se sentía espléndidamente osado y bucanero. Ni siquiera podía mirar a Camarón, que estaba muy instalado sobre las plantas de menta, moviendo la cola como un feroz león de la montaña, agazapado y listo para saltar. ¡Qué derecho tenían los gatos de seguir siendo felices en Ingleside cuando los perros tenían los corazones destrozados!

Hasta estuvo brusco con Rilla cuando ésta le llevó su elefante de terciopelo azul. ¡Elefantes de terciopelo, cuando Bruno se había ido! Nan tuvo la misma acogida cuando fue a sugerirle que dijeran susurrando lo que pensaban de Dios.

¿No creerás que le echo a Dios la culpa de esto? -dijo Jem, severo-. No tienes sentido de las proporciones, Nan Blythe.

Nan se fue alicaída, aunque no tenía ni la menor idea de lo que había querido decirle Jem, y Jem se quedó mirando ceñudo las ascuas del crepúsculo que se apagaba. Ladraban perros en todo Glen. Los Jenkin, camino abajo, estaban llamando al suyo... se turnaban para llamarlo. Todo el mundo, hasta los Jenkin, podían tener un perro... todo el mundo menos él. La vida se extendía ante él como un desierto en el que no habría perros.

Anne se acercó y se sentó en un escalón bajo, evitando cuidadosamente mirarlo. Jem *sintió* su apoyo.

-Mamita -dijo, con voz ahogada-, ¿por qué Bruno no me quería, si yo lo quería tanto a él? ¿Soy... te parece que soy el tipo de chico que no le gusta a los perros?

-No, querido. Recuerda cómo te quería Gyp. Sucede que Bruno tenía tanto cariño para dar, y ya lo había dado todo. Hay perros así, perros de un solo dueño.

-Al menos, Bruno y Roddy son felices -dijo Jem con melancólica satisfacción, al tiempo que se inclinaba y besaba la cabeza rizada y suave de su madre-. Pero nunca más voy a tener un perro.

Anne pensó que se le pasaría; había dicho lo mismo cuando murió Gyppy. Pero no fue así. El hierro había marcado el alma de Jem muy profundamente. Perros vendrían a Ingleside y se irían, perros que pertenecerían sólo a la familia, y perros lindos, a quienes Jem mimaba y con los que jugaba como los otros. Pero ya no habría ninguno que fuera "el perro de Jem" hasta que un cierto "Perrito Lunes" se apoderaría de su corazón y lo querría con una devoción mayor que el cariño de que era capaz Bruno... una devoción que haría historia en Glen. Pero faltaban muchos años todavía para eso, y fue un muchachito muy pero muy solitario el que se metió en la cama de Jem esa noche.

"Cómo me gustaría ser nena", pensó, furioso. "¡Así podría llorar y llorar todo lo que quisiera!"

25

Nan y Di iban a ir a la escuela. Comenzaron la última semana de agosto.

-Para la noche ya lo sabremos todo, mamá? - preguntó Di con mucha solemnidad la

primera mañana.

Ahora, a principios de septiembre, Anne y Susan se habían acostumbrado (y hasta les causaba placer) a ver a los tíos piojitos salir todas las mañanas, tan chiquitas, tan contentas, tan prolijitas, convencidas de que ir a la escuela era toda una aventura. Siempre llevaban una manzana en la cesta, para la maestra, y vestidos fruncidos de zaraza rosada y celeste. Como no se parecían para nada, jamás las vestían igual. Diana, con sus cabellos rojos, no podía vestirse de rosado, que sí le quedaba bien a Nan, que era de lejos la más bonita de las mellizas de Ingleside. Tenía cabellos y ojos castaños y un hermoso color de piel, del que era muy consciente, ya a los siete años. Había algo de las estrellas del cielo en ella. Llevaba la cabeza en alto, con el mentón apenas adelantado, y por eso ya había quienes la creían un poco presumida.

-Va a imitar todas las poses y las mañas de la madre -dijo la esposa de Alec Davies-. Ya tiene todo el aire y la gracia de la madre, en mi opinión.

Las mellizas eran diferentes no sólo en el aspecto físico. Di, a pesar de su parecido con su madre, salía al padre en cuanto a su disposición y sus cualidades. Tenía ya la semilla del espíritu práctico de él, su absoluto sentido común, su brillante sentido del humor. Nan había heredado entero el don materno de la imaginación, y ya hacía la vida interesante para sí misma y a su manera. Por ejemplo, ese verano se divirtió muchísimo haciendo tratos con Dios, que funcionaban de la siguiente manera: "Si tú haces esto y lo otro, yo haré aquetio de más allá".

Todos los niños de Ingleside habían comenzado su vida con el clásico "Con Dios me acuesto..." y luego fueron promovidos al "Padre Nuestro" y más adelante se los alentó para que hicieran sus peticiones en sus propias palabras. Qué fue lo que dio a Nan la idea de que podía inducirse a Dios a otorgarle sus pedidos prometiéndole portarse bien o mostrar fortaleza sería difícil de averiguar. Tal vez una maestra de catecismo bastante joven y bopita fuera indirectamente responsable por sus freCuentes advertencias de que si no eran buenas, Dios no haría esto o lo otro por ellas. Fue fácil dar Vuelta la idea y llegar a la conclusión de que si uno *era* de esta o esta otra manera, *o hacía* esto o lo otro, uno tenía derecho a esperar que Dios hicera las cosas que uno quería. El primer "trato" de Wan en la primavera había tenido tanto éxito, que Pompensó algunos fracasos, y entonces ella prosiguió todo el verano. Nadie sabía nada de esto, ni siquiera Di. Nan atesoraba su secreto y se ponía a rezar a horas diversas y en lugares distintos, en lugar de hacerlo sólo por las noches. A Di no le parecia bien, y se lo dijo.

-No mezcles a Dios con *todo* -le dijo severamente a Nan-. Lo haces demasiado *común.*

Anne, que las oyó, la corrigió:

-Dios *está* en todas las cosas, querida. Es el Amigo que está siempre cerca de nosotros para darnos fortaleza y coraje. Y Nan tiene razón, puede rezarle cuando y donde quiere.

Claro que si Anne hubiera sabido la verdad sobre la devoción de su pequeña hija, más bien se habría horrorizado.

Una noche de mayo, Nan había dicho:

-Si me haces crecer el diente antes de la fiesta de Amy Taylor, la semana que viene, querido Diosito, me tomaré sin protestar todas las dosis de aceite de ricino que nos dé Susan.

Al día siguiente el diente, cuya ausencia había dejado un feo y prolongado vacío en la bonita boca de Nan, comenzó a asomar, y para el día de la fiesta, ya había terminado de crecer. ¿Qué señal más clara se podía esperar? Nan mantuvo su parte del trato con total lealtad, y Susan se asombró, encantada, cada vez que, después de eso, le dio aceite de ricino. Nan se lo tomaba sin muecas ni protestas, aunque a veces deseaba haber fijado un límite de tiempo, digamos, tres meses.

Librodot

Dios no siempre respondía. Pero cuando le pidió que le enviara un botón especial para su tira de botones (coleccionar botones se había extendido de pronto entre las niñas pequeñas de Glen como una epidemia de paperas), asegurándole que si lo hacía ella no volvería a quejarse cuando Susan le diera el plato cascado... el botón vino al día siguiente, pues Susan encontró uno en un vestido viejo, en el altillo. Un hermoso botón rojo incrustado de diamantes diminutos, o lo que Nan creyó que eran diamantes. Todas la envidiaron por ese elegante botón, y cuando Di no quiso el plato cascado esa noche, Nan dijo, con aire de virtuosa:

- Dámelo a mí, Susan. Lo usaré siempre después de esto.

A Susan le pareció que era un gesto angelical y altruista, y así lo dijo. Ante lo cual Nan se sintió, y se le notaba, muy complacida de sí misma. Consiguió un lindo día para el picnic de la escuela dominical, cuando todo el mundo predecía lluvia la noche anterior, prometiendo lavarse los dientes todas las mañanas sin esperar a que se lo indicaran. Un anillo perdido le fue devuelto con la condición de que tuviera las uñas siempre escrupulosamente limpias, y cuando Walter le dio su cuadro de un ángel en vuelo, que ella había codiciado durante tanto tiempo, Nan, de allí en más, se comió toda la grasa de la carne en todas las cenas.

Sin embargo, cuando le pidió a Dios que hiciera otra vez joven a su gastado y remendado osito de peluche, prometiendo mantener ordenado el cajón de su cómoda, se vio enfrentada a un obstáculo inesperado. El osito no se hizo joven aunque todas las mañanas Nan lo miraba, esperando ansiosamente el milagro y deseaba que Dios se diera prisa. Por fin se resignó a la edad del osito. Después de todo, era un lindo osito y sería terriblemente difícil mantener ordenado ese cajón de la cómoda. El osito nuevo que le trajo papá no le gustó y, si bien con mil recelos, decidió que no tenía por qué tomarse mucho trabajo con el cajón de la cómoda. Su fe regresó cuando, luego de pedir que su gatito de porcelana recuperara su ojito, al día siguiente el ojo estaba en su lugar, aunque algo torcido, lo que le daba al gato un poco el aspecto de un gato bizco. Susan lo había encontrado, barriendo, y lo había pegado con pegamento, pero Nan no lo sabía y con mucha alegría cumplió su promesa de caminar catorce veces en cuatro patas alrededor del granero. Qué beneficio podía reportarle a Dios o a quienquiera caminar catorce veces en cuatro patas alrededor del granero era algo que Nan no se detuvo a considerar. Pero no le gustó nada hacelio... los chicos siempre querían que ella y Di hicieran de algún animal en el Valle del Arco Iris... y tal vez hubiera en su pequeña cabecita alguna idea de que la penitencia podría ser agradable al Ser misterioso que daba o quitaba a placer. Al menos, se le ocurrieron varios extraños despliegues de destreza ese verano, que hicieron que Susan se preguntara frecuentemente de dónde sacan los niños las cosas que se les ocurren.

-Mi querida señora, ¿por qué supone usted que Nan tiene que recorrer todos los días la sala dos veces sin pisar el piso?

-¡Sin pisar el piso! ¿Cómo lo hace, Susan?

-Saltando de un mueble al otro, incluyendo el guardafuego. Ayer se tropezó en él y se cayó de cabeza en el recipiente del carbón. Mi querida señora, ¿no le estará haciendo falta una dosis de medicina para los parásitos?

En las crónicas de Ingleside, siempre se habló de ese año como el año en el que papá *casi* tuvo neumonía y mamá *la tuvo*. Anne, ya con un resfrío muy fuerte, salió una noche con Gilbert para ir a una fiesta en Charlottetown... con un vestido nuevo que le quedaba muy lindo y el collar de perlas de Jem. Estaba tan linda que todos sus hijos, que fueron a verla antes de que saliera, pensaron que era maravilloso tener una madre de la cual estar orgullosos.

-Esa enagua tan crujiente... -suspiró Nan-. ¿Cuando crezca voy a tener enaguas de tafetán como ésa, mamá?

-Dudo de que las jovencitas usen enaguas para ese entonces -dijo papá-. Me retracto, Anne, admito que ese vestido es precioso, aunque a mí no me gusten las lentejuelas. Pero no trates de seducirme, mujer. Ya te he dicho todos los piropos de la noche. Recuerda lo que leímos hoy en la *Revista Médica:* "La vida no es más que química orgánica bien equilibrada", y que eso te haga humilde y moesta. ¡Lentejuelas, caramba! Enaguas de tafetán, en verdad. No somos más que "una fortuita concatenación de átomos". Lo dice el gran doctor *Von* Bemburg.

-No me nombres a ese horrible Von Bemburg. Seguramente sufre de indigestión crónica. *Él* será una concatenación de átomos. Yo, no.

Pocos días después, Anne era una "concatenación de átomos" muy enferma, y Gilbert estaba muy preocupado. Susan iba de un lado al otro con cara de cansada, y la enfermera entraba y salía con cara de preocupada, y una sombra innombrable de pronto se detuvo en Ingleside, se extendió, la oscureció. A los niños no les dijeron nada de lo seriamente enferma que estaba su madre, y ni siquiera Jem se dio cuenta del todo. Pero todos sintieron el aire helado, el temor, y andaban por la casa tristes y en silencio. Por una vez no hubo risas en el bosque de arces ni juegos en el Valle del Arco Iris. Pero lo peor de todo era que no les deej**an** ver a mamá. No había una mamá que los recibiera con sonrisas cuando volvían a casa, ni una Mamá que entrara a darles el beso de las buenas noches, ni una mamá que consolara, se condoliera y comprendiera, ni una mamá que riera de las bromas nadie sabía reír como mamá. Era mucho peor que cuando no estaba, porque entonces uno sabía que volvería... y ahora uno no sabía nada.
Nadie le decía nada a uno.., decían "después".

Nan volvió de la escuela muy pálida por algo que **le** había dicho Amy Taylor.

-Susan, ¿mamá se... mamá no se... no se va a *morir,* no, Susan?

-Por supuesto que no -dijo Susan, con demasiada vehemencia y rapidez. Le temblaban las manos cuando le sirvió a Nan su vaso de leche. - ¿Con quién has estado hablando?

-Con Amy. Dice que... ay, Susan, ¡dijo que mamá sería un cadáver precioso!

-No te preocupes por lo que haya dicho, preciosa. Los Taylor tienen la lengua muy larga. Tu bendita madre está muy enferma, pero se va a salvar, y eso te lo aseguro. ¿No sabes que tu padre está al timón?

-Dios no permitiría que mamá se muriera, ¿no, Susan? -preguntó Walter, con los labios pálidos, mirándola con la grave intensidad que le hacía tan difícil a Susan contar sus mentiras piadosas.

Susan tenía un miedo espantoso de que *sí* fueran mentiras. Susan estaba muy asustada. La enfermera había sacudido la cabeza esa tarde. El doctor no había querido bajar a comer.

-Supongo que el Todopoderoso sabrá lo que está haciendo -murmuró Susan mientras lavaba los platos de la cena... y rompía tres... pero, por primera vez en su honesta y sencilla vida, lo dudaba.

Nan andaba por ahí, muy triste. Papá estaba sentado ante el escritorio de la biblioteca, con la cabeza entre las manos. La enfermera entró y Nan la oyó decir que ella creía que la crisis sobrevendría esa noche.

¿Qué es una crisis? --le preguntó a Di.

-Creo que es cuando nace una mariposa -dijo Di, con cautela-. Vamos a preguntarle a Jem.

Jem sabía, y se los dijo antes de irse arriba a encerrarse en su cuarto. Walter había desaparecido... estaba tendido boca abajo debajo de la Dama Blanca, en el Valle del Arco Iris... y Susan había llevado a Shirley y a Rilla a la cama. Nan salió sola y se sentó en los escalones. Detrás de ella, la casa tenía una terrible y desacostumbrada quietud. Ante ella, Glen se recortaba

con los últimos rayos del día, pero el largo camino rojo estaba opaco, lleno de polvo, y los pastos quebrados de los campos del puerto estaban blancos, quemados por la sequía. Hacía semanas que no llovía y las flores desfallecían en el jardín... las flores que mamá había amado tanto.

Nan pensaba, muy concentrada. Ahora más que nunca era la oportunidad de hacer un trato con Dios. ¿Qué podía prometer hacer si Él curaba a su madre? Tenía que ser algo imponente... algo que para Él valiera la pena. Nancy recordó lo que un día Dicky Drew le dijo a Stanley Reese en la escuela: "¿A que no te animas a atravesar el cementerio de noche?". Nan se había estremecido. ¿Cómo podía alguien caminar por el cementerio de noche... cómo podía *ocurrírsele a* alguien? Nan le tenía al cementerio un terror del que nadie en Ingleside sospechaba. Una vez Amy Taylor le había dicho que estaba lleno de personas muertas... "que no siempre se quedan muertas", había agregado Amy, sombría y misteriosamente. Nan apenas podía pasar junto a él a la luz del día.

A lo lejos, los árboles de una colina dorada y brumosa tocaban el cielo. Nan había pensado en varias oportunidades que, si pudiera llegar a esa colina, ella también podría tocar el cielo. Dios vivía justo del otro lado... Él podría oírla mejor desde allí. Pero ella no podía llegar hasta la colina, debería hacer lo mejor posible desde Ingleside.

-Diosito querido --susurró-, si haces que mamá se mejore *voy a atravesar el cementerio de noche. Ay,* Diosito querido, por favor, por favor. Y si la curas, no voy a molestarte en mucho, mucho tiempo.

26

Fue la vida, no la muerte, lo que llegó a Ingleside en lo más tenebroso de la noche. Los niños, dormidos por fin, debieron de sentir incluso en sueños que la Sombra se había ido tan silenciosa y rápidamente como había llegado. Pues cuando despertaron, en un día con una bienvenida lluvia, tenían la luz del sol en los ojos. Casi no fue necesario que una Susan diez años más joven les diera la buena noticia. La crisis había pasado y mamá sobreviviría.

Era sábado, de modo que no había clases. No podían estar afuera, aunque les encantaba la lluvia. Pero este chaparrón era demasiado, y tuvieron que quedarse muy quietitos adentro. Pero nunca habían sido más felices. Papá, que casi no dormía desde hacía una semana, se había tendido en la cama del dormitorio de huéspedes a dormir una profunda siesta... no sin antes enviar un mensaje de larga distancia a una casa de tejados verdes en Avonlea, donde dos ancianas señoras temblaban cada vez que sonaba el teléfono.

Susan, que últimamente no ponía el corazón en sus postres, preparó un glorioso "revuelto de naranjas" para el almuerzo, prometió un budín de mermelada para la cena, y cocinó una doble camada de galletitas de caramelo. Don Petirrojo gorjeaba por todos lados. Las mismas sillas parecían querer bailar.

Las flores del jardín volvieron a levantar la cabeza con valentía, mientras la tierra seca daba la bienvenida a la lluvia. Y Nan, en medio de toda su felicidad, trataba de afrontar las consecuencias de su trato con Dios.

No había pensado en intentar retractarse, pero seguía posponiéndolo, en la esperanza de que le viniera un poquito más de coraje para cumplirlo. La sola idea "le congelaba la sangre en las venas", como le gustaba decir a Amy Taylor. Susan se dio cuenta de que a la niña le pasaba algo y le dio aceite de ricino, pero no hubo mejoría aparente. Nan tomó la dosis en silencio,

aunque no pudo evitar pensar que Susan le daba aceite de ricino con mucha mayor frecuencia desde aquel trato anterior. Pero, ¿qué era el aceite de ricino comparado con caminar por un cementerio de noche? Nan sencillamente no veía cómo podría hacerlo. Pero era su deber.

Mamá estaba tan débil todavía, que no le dejaban ver a nadie más que por unos breves instantes. Y se la veía tan blanca y delgada... * ¿Era porque ella, Nan, no había cumplido con su parte del trato?

-Tenemos que darle tiempo --dijo Susan.

"¿Cómo puede una darle tiempo a nadie?", se preguntó Nan. Pero ella sabía por qué mamá no se mejoraba más rápidamente. Nan apretó los dierites. Al día siguiente, era otra vez sábado y al día siguiente, a la noche, haría lo que había prometido.

Llovió otra vez toda la mañana y Nan no pudo evitar una sensación de alivio. Si era una noche lluviosa, nadie, ni siquiera Dios, podía esperar que fuera a merodear entre las tumbas. Para el mediodía, la lluvia había cesado pero subió, desde el puerto y Glen, una niebla que envolvió a Ingleside en su magia fantasmagórica. De modo que Nan no perdió las esperanzas. Si había niebla, tampoco podría ir. Pero para la hora de la cena, se levantó viento y el paisaje de embrujo de la niebla se desvaneció.

-No habrá luna esta noche -dijo Susan.

-Ay, Susan, ¿no puedes *hacer* una luna? -exclamó Nan, desolada. Si iba a tener que caminar por un cementerio, *tenía* que haber luna.

-Bendita seas, criatura, nadie puede hacer lunas -dijo Susan-. Quise decir que va a haber muchas nubes y no se verá la Luna. ¿Pero a ti en qué puede molestarte que haya luna o no?

Eso era exactamente lo que Nan no podía explicar, y Susan se preocupó más que antes. A esta niña le pasaba *algo*... había actuado de manera muy rara toda la semana. No comía ni la mitad que antes y estaba apagada. ¿Estaría preocupándose por la madre? No tenía por qué... la querida señora se estaba recuperando bien.

Sí, pero Nan sabía que mamá pronto dejaría de recuperarse bien, si ella no cumplía con su trato. A la caída del Sol, las nubes se fueron y salió la Luna. Pero era una Luna tan extraña… una Luna inmensa, roja como la sangre. Nan nunca había visto una Luna como ésa. La aterrorizó. Casi habría preferido la oscuridad.

Las mellizas se fueron a la cama a las ocho, y Nan tuvo que esperar a que Di se durmiera. Di se tomó su tiempo. Estaba muy triste y desilusionada para dormirse en seguida. De regreso de la escuela, su amiga, Elsie Palmer, había ido caminando a su casa con otra niña, y Di tenía la sensación de que la vida ya casi no tenía sentido. Eran las nueve ya cuando Nan consideró que era seguro levantarse de la cama y vestirse con dedos que le temblaban tanto que apenas podía con los botones. Luego bajó los escalones y salió por la puerta lateral mientras Susan ponía pan en el horno y pensaba, satisfecha, que todos aquellos que se encontraban bajo su cuidado estaban salvo en la cama, a excepción del pobre doctor, que había sido llamado con urgencia a Harbour Mouth, donde un niño se había tragado un clavo.

Nan salió y fue al Valle del Arco Iris. Debía tomar el atajo a través del Valle y subir por la colina. Sabía que llamaría la atención ver a una de las mellizas de Igleside andando por el camino y cruzando el pueblo y muy probablemente alguien insistiría en llevarla a su casa. ¡Qué fría estaba la noche de septíembre! No había pensado en eso y no se había puesto nada de abrigo. De noche, el Valle del Arco Iris no era tan acogedor como de día. La Luna se habïa encogido hasta un tamaño razonable y ya no era roja, pero arrojaba siniestras sombras negras. A Nan siempre la habían asustado las sombras. ¿Eran pasos *esos* que oía en medio de la oscuridad de los helechos mustios junto al arroyo?

Librodot

Nan levantó la cabeza y adelantó la barbilla.

-No tengo miedo -dijo valientemente, en voz alta**-.** Sólo tengo una sensación rara en el estómago. *Soy* una *heroína.*

La agradable idea de ser una heroína la llevó hasta la mitad del camino de subida a la colina. Pero entonces, una extraña sombra cruzó por el mundo... una nube cubrió la Luna... y Nan pensó en el Pájaro. Una vez, Amy Taylor le había contado una terrible historia de un Gran Pájaro Negro que de noche se abalanzaba sobre uno y se lo llevaba. ¿Era la sombra del Pájaro lo que había cruzado encima de ella? Pero mamá le había dicho que no había ningún Gran Pájaro Negro. "No creo que mamá fuera capaz de contarme una mentira... mamá, no", se dijo Nan... y siguió hasta llegar al cerco. Del otro lado, estaba el camino... y al otro lado del camino, el cementerio. Nan se detuvo para recuperar el aliento.

Había otra nube sobre la Luna. Todo alrededor de Nan había una tierra extraña, oscura y desconocida. "¡Ah! ¡Qué grande es el mundo!", pensó Nan, estremeciéndose y acurrucándose contra el cerco. ¡Si pudiera estar en Ingleside! Pero... "Dios me está mirando", se dijo la criaturita de siete años... y trepó el cerco.

Cayó del otro lado, pero se había raspado una rodilla y roto el vestido. Al incorporarse, se enganchó con una varita afilada que le atravesó la zapatilla y le lastimó el pie. Pero, cojeando, cruzó el camino hasta el portón del cementerio.

El viejo cementerio estaba a la sombra de los abetos que había en su extremo oriental. De un lado, estaba la iglesia metodista, y del otro, la casa del pastor presbiteriano, oscura y silenciosa durante la ausencia del ministro. La Luna surgió de pronto desde detrás de una nube, y el cementerio se llenó de sombras... sombras que se movían y bailaban... sombras que podían agarrarla a una, si una se confiaba a ellas. Un diario que alguien había arrojado volaba por el camino, como una vieja bruja danzarina, y aunque tiran sabía que era un diario, todo formaba parte de la naturaleza misteriosa de la noche. El viento nocturno soplaba entre los abetos. Una hoja muy grande del sauce que había junto al portón le rozó de pronto la mejilla, como el roce de una mano fantasmal. Por un momento, el corazón le dejó de latir... pero igual ella puso la mano sobre el gancho del portón.

¿Y si un brazo muy largo sale de una de las tumbas y te arrastra adentro?

Nan se volvió. Ahora sabía que, con trato o sin él, jamás podría caminar por ese cementerio de noche. Un horrendo gemido resonó de pronto muy cerca de ella. No era más que la vieja vaca de la señora de ßerl Baker, que pastaba en el camino, y se había acercado desde detrás de unos abetos. Pero Nan no esperó a ver qué era. En un espasmo de pánico incontrolable, salió corriendo colina abajo y luego por el camino hasta Ingleside. Antes de llegar al portón, se dio de bruces con lo que Rilla llamaba "un charquito de barrito". Pero ahí estaba su casa, con las luces suaves y claras en las ventanas, y un momento después Nan aparecía en la cocina de Susan, sucia de barro y con los pies mojados y manchados de sangre.

-¡Dios santo! -exclamó Susan, alelada.

—No pude caminar por el cementerio, Susan... ¡no...pude! -jadeaba Nan.

Susan no preguntó nada al principio. Tomó a la helada y aturdida Nan y le quitó las zapatillas y las medias mojadas. La desvistió, le puso el camisón y la llevó a la cama. Luego bajó a buscarle algo de comer. No importaba en qué había andado esa niña, la cuestión era que no se podía dejar que se fuera a dormir con el estómago vacío.

Nan comió algo y bebió un vaso de leche caliente. ¡Qué lindo estar otra vez en un cuarto calentito e iluminado, y segura en su propia camita! Pero no le diría ni una palabra a Susan.

-Es un secreto entre Dios y yo, Susan.

Susan se fue a la cama jurando que volvería a ser una mujer feliz cuando la querida señora estuviera curada.

-Ya no puedo con ellos -suspiró Susan, impotente.

Ahora sí mamá se moriría. Nan despertó con ese terrible convencimiento. No había cumplido su parte del trato y no podía esperar que Dios cumpliera la suya. La vida fue espantosa para Nan esa semana. No encontraba placer en nada, ni siquiera en mirar cómo Susan hilaba en el altillo... algo que antes le parecía tan fascinante. Nunca podría volver a reír. No importaba lo que hiciera. Regaló su perro de aserrín, al que Ken Ford le había arrancado las orejas y que ella quería más que al viejo osito (a Nan siempre le gustaban más las cosas viejas), se lo regaló a Shirley porque Shirley siempre lo había querido, y le regaló a Rilla su preciada casa hecha de conchillas, que el capitán Malachi le había traído nada menos que desde las Indias Occidentales, esperando que eso satisficiera a Dios; pero temía que no sería así, y cuando su nuevo gatito, que le había regalado a Amy Taylor porque Amy lo quería, volvió a casa una y otra vez, entonces Nan supo que Dios no estaba contento. Nada lo contentaría, excepto que ella caminara por el cementerio, y la pobre y atormentada Nan sabía ya que eso no podría hacerlo. Era cobarde y solapada. Sólo los individuos solapados, había dicho una vez Jem, intentaban eludir los tratos.

Se le permitió a Anne sentarse en la cama. Estaba casi bien luego de haber estado muy enferma. Pronto podría volver a manejar su casa, leer sus libros, recostarse cómodamente sobre los almohadones, comer todo lo que quisiera, sentarse junto al hogar, atender el jardín, ver a los amigos, escuchar jugosos chismecitos, dar la bienvenida a los días como gemas en el collar del año, ser otra vez una parte del colorido espectáculo de la vida.

Había comido tan bien... la pierna de cordero de Susan estaba perfectamente cocida. ¡Qué delicia volver a sentir hambre! Miró toda su habitación, las cosas que la rodeaban y que ella quería. Tenía que cambiar las cortinas... algo entre verde claro y oro pálido; y los nuevos armarios para las toallas del baño no podían esperar más. Luego miró por la ventana. Había algo mágico en el aire. Alcanzaaba **a** ver un fragmento del azul del puerto a través **de** los arces; el abedul llorón del jardín era una lluvia suave de oro en cascada. Vastos jardines celest1ales se arqueaban sobre una tierra opulenta que mantenía al otoño como suyo... una tierra de colores increíbles, luz suave y sombras largas. Don petirrojo arremetía enloquecido contra la copa de un abeto; los niños reían en el huerto, juntando manzanas. La risa había regresado a Ingleside. "La vida es algo más que `una química orgánica en delicado equilibrio¯, pensó, feliz.

Nan entró en la habitación, con los ojos y la nariz rojos de haber llorado.

-Mamá... *tengo* que contártelo... no puedo esperar más. Mamita, *he engañado a Dios.*

Anne volvió a conmoverse con el roce suave de la manita de una criatura, una criatura que necesitaba ayuda y consuelo para su amargo problema. Escuchó a Nan, que contaba entre sollozos toda su historia, y logró mantener una expresión de seriedad. Anne siempre había conseguido mantenerse seria cuando se imponía hacerlo, por más que después se riera como loca con Gilbert del asunto en cuestión. Sabía que la preocupación de Nan era real y que para ella era espantosa; y también se dio cuenta de que la teología de su hija requería atención.

-Querida, estás muy equivocada. Dios no hace tratos. El da... da sin pedirnos nada a cambio, salvo nuestro amor. Cuando nos pides a papá o a mí algo que quieres, nosotros no hacemos tratos contigo, y Dios es muchísimo más bondadoso que nosotros. Y Él sabe mucho mejor que nosotros qué es bueno dar.

¿Y Él... *Él* no te va a hacer morir, mamá, porque yo no cumplí con mi promesa?

-Claro que no, querida.

-Mamá, aunque yo estaca equivocada con Dios... ¿no tendría que cumplir la promesa, ya

que la hice? Yo dije que lo haría, ¿entiendes? Papá dice que siempre tenemos que cumplir con nuestras promesas. ¿No será un deshonor para toda la vida si no lo, hago?

-Cuando yo esté curad-, del todo, mi amor, iré contigo una noche y te esperaré junto al portón... y no creo que vayas a tener ni un poquito de miedo de caminar por el cementerio. Eso aliviará tu pobre conciencia... pero, ¿no harás más tratos tontos con Dios?

-No -prometió Nan, aunque tenía la ligera y pesarosa sensación de estar renunciando a algo que, a pesar de todos sus inconvenientes, había sido muy emocionante. Pero sus ojos habían recuperado el brillo, y su voz, un poco de vivacidad. -Me voy a lavar la cara y volveré a darte un beso, mamita. Y te voy a juntar todos los dragoncillos que encuentre. Me sentí *horrible* sin ti, mamita.

-Ah, Susan -dijo Anne cuando Susan le llevó la cena-, ¡qué mundo éste! ¡Qué hermoso, interesante y maravilloso es! ¿No, Susan

-Estoy dispuesta a decir admitió Susan, recordando la hermosa hilera de pasteles que acababa de guardar en la despensa- que es muy tolerable.

27

Octubre fue un mes muy feliz en Ingleside ese año, pleno de días en los que *no se podía evitar* correr, cantar y silbar. Mamá estaba otra vez en pie y se negaba a que siguieran tratándola como a una convaleciente; hacía planes para su jardín, reía otra vez... Jem siempre pensaba que mamá tenía una risa tan hermosa, tan alegre... Anne repondía a innumerables preguntas. "Mamá, ¿qué distancia hay de aquí a la caída del Sol?... Mamá, ¿por qué no podemos recoger la luz de la Luna?... Mamá, ¿las almas de las personas muertas *de veras* regresan en *Hallowe'en?*... Mamá, que causa la causa?... Mamá, ¿no preferirías que te matara una víbora de cascabel y no un tigre?, porque tigre te desfiguraría toda y te comería... Mamá, que es un lobezno?... Mamá, ¿una viuda es de verdad una mujer a la que se le cumplieron los sueños? Lo dijo Wally Taylor... Mamá, ¿qué hacen los pájaros chiquitos cuando llueve *muy* fuerte?... Mamá, ¿es cierto que somos una familia demasiado fantasiosa?"

La última pregunta era de Jem, que había oído en la escuela que eso había dicho la señora de Alec Davies. A Jem no le gustaba nada la señora de Alec Davies, porque cada vez que se encontraba con papá o "mamá, invariablemente lo taladraba con su largo dedo índice y preguntaba: "jemmy es un buen chico en la escuela?". Jemmy! Tal vez fueran *un poquito* fantasioso. Seguro que Susan lo había pensado cuando descubrió que el camino de tablas que llevaba al granero estaba profusamente decorado con manchones de pintura carmesí. "Las necesitábamos para nuestro simulacro de batalla, Susan", le explicó Jem. "Representan manchas de sangre."

A la noche, podía haber una hilera de gansos silvestres que volaban contra el fondo de una Luna baja y roja, y Jem, cuando los veía, sentía un deseo misterioso de volar él también muy lejos... a costas ignotas, de donde traería monos... leopardos... papagayos... cosas así... y de ir a explorar el mar Caribe.

Algunas frases, como "el mar Caribe", siempre le sonaban irresistiblemente atrayentes a Jem..., "secretos del mar" era otra. Ser atrapado en el abrazo mortal de una serpiente pitón y tener un combate con un rinoceronte herido eran ideas rutinarias para Jem. Y la sola palabra "dragón"

le provocaba un entusiasmo tremendo. Su figura preferida, pegada sobre la pared a los pies de la cama, era la de un caballero con armadura sobre un hermoso y robusto caballo blanco parado sobre las patas traseras mientras su jinete atravesaba a un dragón que tenía una preciosa cola que le salía por detrás en rizos y vueltas y terminaba en una horquilla. Arrodillada detrás de esas figuras, se veía a una dama vestida de rosado, serena y aplomada y con las manos entrelazadas. No había ni la sombra de una duda de que la dama se parecía muchísimo a Maybelle Reese, por cuyos favores (a los nueve años) ya se cruzaban lanzas en la escuela de Glen. Hasta Susan se había dado cuenta del parecido, y le hizo una broma a Jem, que se ruborizó de furia. Pero el dragón en realidad era algo decepcionante... parecía tan pequeño e insignificante bajo el inmenso caballo. No parecía que se necesitara demasiado valor para lancearlo. Los dragones de quienes Jem rescataba a Maybelle en sus sueños secretos eran mucho más "dragonescos". Y sí la había rescatado el lunes anterior de la vieja gansa de Sarah Palmer. Acaso -¡ah, "acaso" era una palabra espléndida!- ella había notado el aire majestuoso con que él agarró al animal sibilante por el cuello que parecía una serpiente, y lo arrojó por encima del cerco. Pero una gansa no era para nada tan romántica como un dragón.

Fue un octubre de vientos... pequeños vientos que ronroneaban en el valle y grandes vientos que vapuleaban las copas de los arces... vientos que rugían en la costa pero se agazapaban cuando llegaban a las rocas... se agazapaban y saltaban. Las noches, con su soñolienta y rojiza Luna llena, eran lo suficientemente frescas como para que fuera agradable pensar en la cama calentita; los arbustos de arándanos se pusieron color escarlata, los helechos secos eran de un intenso marrón rojizo, las hojas de zumaque ardían detrás del granero, y aquí y allá había pasto verde como manchas sobre los secos campos de cultivo de Upper Glen, y había crisantemos dorados y color vino en el rincón del jardín de los abetos. Había ardillas que parloteaban, gozosas, en todas partes, y grillos violinistas que tocaban para las danzas de las hadas en mil colinas. Había manzanas para juntar y zanahorias para desenterrar. A veces, los chicos iban a buscar *cow-hawks* con el capitán Malachi cuando las misteriosas "mareas" así lo permitían... mareas que venían a acariciar la tierra pero que retrocedían a su propio mar profundo. Había olor a fogatas de hojas en todo Glen, una montaña de calabazas amarillas en el granero, y Susan cocinó los primeros pasteles de ráspanos.

Ingleside resonaba de risas desde el alba hasta el atardecer. Incluso cuando los niños mayores estaban en la escuela, Shirley y Rilla eran ya lo bastante grandes como para mantener la tradición de risas.

Hasta Gilbert reía rnás que de costumbre este otoño. "Me gusta tener un papá que se ríe", reflexionó Jem. El doctor Bronson, de Mowbray Narrows, no se reía nunca. Se decía que se había hecho de una clientela enteramente gracias a su aspecto de búho sabio, pero papá tenía mejor clientela, y la gente estaba de verdad muy enferma cuando no podía reírse de sus bromas.

Anne se ocupaba del jardín todos los días cálidos, bebiendo el color como si fuera vino, allí donde los últimos rayos del Sol caían sobre arces rojos, y se deleitaba en la exquisita tristeza de la belleza efímera. Una tarde de un gris dorado, ella y Jem plantaron todos los bulbos de tulipanes que en junio tendrían una resurrección de rosado, escarlata, púrpura y oro.

¿No es lindo prepararse para la primavera cuando uno sabe que tiene que enfrentarse con el invierno, Jem?

-Y es lindo hacer lindo el jardín -dijo Jem-. Dice Susan que es Dios el que hace todo lo hermoso, pero nosotros podemos ayudarlo un poquito, ¿verdad, mamá?

-Siempre... siempre, Jem. Él comparte con nosotros ese privilegio.

Pero nada es nunca totalmente perfecto. Los habitantes de Ingleside estaban preocupados

por Don Petirrojo. Les habían dicho que cuando los petirrojos se fueran, él también querría irse.

Manténgalo encerrado hasta que se vayan los otros y venga la nieve -aconsejó el capitán Malachi-. Entonces se olvidará de los demás y estará bien hasta la llegada de la primavera.

De modo que Don Petirrojo era una especie de prisionero. Se puso muy inquieto. Volaba sin rumbo por la casa o se posaba en el alféizar y miraba con nostalgia a sus camaradas que se preparaban para responder a quién sabe qué misterioso llamado. Comentó a fallarle el apetito y ni siquiera los gusanos o las nueces más deliciosas de Susan lo tentaban. Los niños le explicaron todos los peligros que podía encontrar... frío, hambre, enemistad, tormentas, noches oscuras, gatos. Pero Don Petirrojo sentía o había oído el llamado, y todo su ser ansiaba responder.

Susan fue la última en rendirse. Estuvo muy triste varios días, pero al fin dijo:

-Déjenlo ir. Es contrario a la naturaleza retenerlo.

Lo soltaron el último día de octubre, después de un mes de encierro. Los niños le dieron un beso de despedida con los ojos llenos de lágrimas. Él se fue volando alegremente, volvió a la mañana siguiente al alféizar de la ventana de Susan a buscar migajas, y luego extendió las alas para el largo vuelo.

-Puede que vuelva a nosotros en la primavera, mi amor --le dijo Anne a Rilla, que no paraba de sollozar.

Pero Rilla no se iba a dejar consolar.

-Esho esh muy lejosh --sollozó.

Anne sonrió y suspiró. Las estaciones que a su nefita le parecían tan lejanas estaban pasando demasiado rápido para ella. Otro verano que terminaba, despedido de la vida por el oro sin tiempo de las copas de los álamos de Lombardía. Pronto, demasiado pronto, los niños de Ingleside ya no serían niños. Pero todavía eran suyos, suyos para esperarlos cuando llegaban a casa por las noches, suyos para llenar la vida de asombro y deleite, suyos para ser amados Y reprendidos.., un poquito. Pues a veces se portaban muy mal, aunque no se merecían que la señora de Alec Davies se hubiera referido a ellos como `esos demonios de Ingleside" cuando se enteró de que Bertie Shakespeare había salido algo chamuscado mientras hacía de indio piel roja que era quemado en una pira en el Valle del Arco Iris. Jem y Walter demoraron más de lo previsto en desatarlo. Ellos también se chamuscaron un poquito, pero de ellos nadie se apiadó.

Noviembre fue un mes triste ese año, un mes de viento del este y niebla. Algunos días no había más que una niebla fría que pasaba o flotaba por encima del mar gris más allá del banco de arena. Los temblorosos álamos dejaron caer sus últimas hojas. El jardín estaba muerto y todo su color y su personalidad se habían perdido, salvo por el cantero de los espárragos, que seguía siendo una fascinante selva dorada. Walter tuvo que abandonar su puesto de estudio en el arce, y estudiar en la casa. Llovía... y llovía... y llovía.

¿Volverá el mundo a ser un mundo seco algún día? -se quejaba Di, desolada.

Luego hubo una semana impregnada en la magia de un sol de veranillo, y en los atardeceres fríos, mamá acercaba un fósforo al hogar y Susan servía papas asadas para la cena.

El gran hogar era el centro de la casa, esos atardeceres. Era el lugar más importante de la casa cuando se reunían a su alrededor después de comer. Anne cosía y planeaba pequeños guardarropas de invierno... "Nan tiene que tener un vestido rojo, lo desea tanto...", y a veces pensaba en Hannah, que todos los años tejía el vestido del pequeño Samuel. Las madres han sido iguales a través de los siglos... una gran hermandad de amor y servicio... las recordadas y las no recordadas, de igual manera.

Susan escuchaba silabear a los niños y luego ellos se divertían como querían. Walter, que vivía en su mundo de fantasías y hermosos sueños, estaba ocupadísimo escribiendo una serie de

cartas que la ardilla que vivía en el Valle del Arco Iris le enviaba a la ardilla que vivía detrás del granero. Susan simuló burlarse de ellas cuando él se las leyó, pero en secreto las copió para mandárselas a la señorita Rebecca Dew.

Me parecieron lindas, mi querida señorita Dew, aunque usted tal vez las considere demasiado triviales. En ese caso, perdonará a una vieja chocha por molestarla con ellas. Walter es tenido por un niño muy inteligente en la escuela, y al menos estas composiciones no son poesía. Debo asimismo agregar que el pequeño Jem obtuvo noventa y nueve en su examen de matemáticas la semana pasada y nadie puede entender por qué no le dieron los cien. Tal vez no deba decirlo, mi querida señorita Dew, pero es mi convencimiento que ese niño ha nacido para cosas grandes. Quizá no vivamos para verlo, pero puede todavía llegar a ser primer ministro de Canadá.

Camarón tomaba sol, y la gatita de Nan, Saucecito, que siempre hacía pensar en una delicadísima y exquisita señora vestida de negro y plata, se subía a las piernas de cualquiera, sin hacer distinciones.

-Dos gatos, y en la alacena hay huellas de ratones por todas partes -era el comentario desaprobador de Susan.

Los niños charlaban de sus aventuras, y el rugido del océano lejano atravesaba la fría noche de otoño.

A veces, la señorita Cornelia iba a hacer una breve visita, mientras su esposo intercambiaba opiniones en la tienda de Carter Flagg. Entonces, los niños aguzaban los oídos porque la señorita Cornelia siempre tenía los últimos chismes, y escuchándola siempre se enteraban de cosas interesantísimas sobre la gente. Sería tan divertido, el domingo siguiente, sentarse en la iglesia a mirar a los susodichos y saborear lo que uno sabía de ellos, todos modositos como se los veía.

-Caramba, qué bien se está aquí, querida Anne.

Es una noche verdaderamente desagradable, y está empezando a nevar. ¿El doctor salió?

Sí, me dio mucha lástima verlo salir... pero llamaron por teléfono de Harbour Head para avisar que la señora de Brooker Shaw insistía en verlo -dijo Anne, mientras Susan, veloz y disimuladamente, sacaba de la alfombra, frente al hogar, un inmenso hueso de pescado que había traído Camarón, rogando que la señorita Cornelia no lo hubiera visto.

-Está tan enferma como yo -dijo Susan, con gesto amargo-. Pero me contaron que tiene un nuevo camisón de encaje y sin duda quiere que su médico se lo vea puesto. ¡Camisones de encaje...!

-Se lo trajo la hija, Leona, de Boston. Vino el viernes, ¡con cuatro baúles! -dijo la señorita Cornelia-. Me acuerdo de cuando se fue a los Estados Unidos, hace nueve años, arrastrando una vieja y gastada maleta Gladstone, de la que se le salían las cosas. Fue cuando ella estaba tan mal por las calabazas que le dio Phil Turner. Ella intentaba ocultarlo, pero todo el mundo lo sabía. Ahora ha regresado "para cuidar a su madre", según dijo. Va a tratar de coquetear con el doctor, te lo advierto, querida Anne. Pero no creo que a él le importe, por más que sea hombre. Y tú no eres como la esposa del doctor Bronson, de Mowbray Narrows. Tengo entendido que ella se pone muy celosa de las pacientes de su esposo.

-Y de las enfermeras -dijo Susan.

-Bueno, algunas enfermeras son demasiado bonitas para ser enfermeras -dijo la señorita Cornelia-. Janie Arthur, por ejemplo; descansa entre un caso y otro y trata de evitar que sus dos pretendientes averigüen el uno la existencia del otro.

-Bonita es, pero no se cocina en el primer hervor -dijo Susan, con firmeza-, y le

convendría mucho más elegir de una vez por todas y sentar cabeza. Miren a su tía Eudora... dijo que no pensaba casarse hasta que no se hartara de coquetear, y vean el resultado. Incluso ahora trata de coquetear con cualquier hombre que se le cruce, y ya tiene cuarenta y cinco años. Eso es lo que pasa cuando se convierte en hábito. ¿Alguna vez oyó, mi querida señora, lo que le dijo ella a su prima Fanny cuando ésta se casó? "Tornas lo que yo dejé", le dijo. Me dijeron que hubo un fuerte intercambio de palabras y desde ese entonces no se han vuelto a hablar.

--La vida y la muerte están en el poder de la lengua Murmuró Anne, abstraída.

-Sabias palabras, querida. Hablando de eso, cómo quisiera que el señor Stanley fuera un poco más prudente en sus sermones. Ha ofendido a Wallace Young, y Wallace va a abandonar la Iglesia. Todo el mundo dice que el sermón del domingo pasado fue dirigido a él.

-Si un ministro da un sermón que afecta a un individuo en particular, la gente siempre piensa que lo hizo a propósito -dijo Anne-. Al que le caiga el sayo que se lo ponga, pero eso no quiere decir que lo Maya preparado para él.

-Suena sensato -aprobó Susan-. Y a mí no me gusta Wallace Young. Hace tres años, permitió que una firma pintara avisos en sus vacas. Eso es ser demasiado codicioso, en mi opinión.

-Su hermano David se casa por fin -dijo la señorita Cornelia-. Hace muchísimo tiempo que está pensando qué es más barato, si casarse o contratar a una criada. "Uno puede llevar adelante una casa sin Una mujer, pero es difícil, Cornelia", me dijo una vez después de la muerte de la madre. A mí me dio la impresión de que tanteaba el camino, pero yo no le di el menor aliento. Y por fin va a casarse con Jessie King.

-Jessie King! Pero yo pensaba que estaba cortejando a Mary North.

-Él dice que no iba a casarse con una mujer que come repollo. Pero hay una historia según la cual se le declaró y ella lo rechazó. Y se dice que Jessie King dijo que ella habría querido un hombre mejor parecido, pero que debía conformarse con éste. Bien, claro que para algunos cualquier puerto es bueno en medio de una tormenta.

-Yo no creo, señora Elliott, que por estas partes digan ni la mitad de las cosas que se dice que dijeron -retrucó Susan-. En mi opinión, Jessie King será para David Young una esposa mucho mejor de lo que él se merece... aunque en cuanto a aspecto personal, debo admitir que él parece algo que el mar arrojó a la orilla.

¿Sabe que Alden y Stella tienen una hijita? --preguntó Anne.

-Eso oí. Espero que Stella sea más sensata con ella de lo que Lisette fue con Stella. ¿Podrías creer, querida Anne, que Lisette se puso a llorar porque la hija de su prima Dora caminó antes que Stella?

-Nosotras, las madres, somos una raza tonta -dijo Anne, sonriendo-. Recuerdo que me dieron ganas de matar a alguien cuando el pequeño Bob Taylor, que tenía la misma edad que Jem, cortó tres dientes antes de que Jem cortara uno.

-A Bob Taylor lo operaron de las amígdalas -dijo la señorita Cornelia.

¿Por qué nosotros nunca tenemos operaciones, mamá? -preguntaron Walter y Di al mismo tiempo y con el mismo tono de ofendidos.

Entonces cruzaron los dedos y pidieron un deseo.

-Pensamos y sentimos igual sobre todo –quiso explicar Di muy seria.

¿Olvidaré alguna vez la boda de Elsie Taylor? -dijo la señorita Cornelia, evocadora-. Su mejor amiga, Maisie Millison, iba a tocar la Marcha nupcial pero tocó la Marcha fúnebre de Saul. Ella, por supuesto, dijo que se había equivocado por tan emocionada que estaba, pero la opinión de la gente fue muy otra. Ella quería a Mac Moorside para ella. Un pícaro buen mozo con una

lengua de plata... siempre les decía a las mujeres lo que creía que ellas querían escuchar. Le hizo la vida imposible a Elsie. Ah, querida Anne, los dos se fueron hace mucho a la Tierra del Silencio, y Maisie hace años que está casada con Harley Russell y todo el mundo se ha olvidado de que él se le declaró creyendo que ella le diría que no, pero ella le dijo que sí. Harley mismo lo ha olvidado... típico de un hombre. Piensa que tiene la mejor esposa del mundo y se congratula a sí mismo por haber tenido la inteligencia de elegirla.

¿Por qué se le declaró si quería que le dijera que no? Me parece una conducta muy extraña -dijo Susan. Pero de inmediato agregó, con aplastante humildad: -Aunque claro que yo no sé nada de esas cosas.

-Se lo ordenó el padre. Él no quería, pero pensó que no corría ningún riesgo... Ahí está el doctor.

Cuando entró Gilbert, una pequeña ráfaga de nieve entró con él. Gilbert arrojó el abrigo y se sentó, satisfecho, junto al hogar.

-Se me hizo más tarde de lo que pensaba...

t -Sin duda, el nuevo camisón de encaje era muy atractivo -dijo Anne, con una traviesa sonrisa a la señorita Cornelia.

¿De qué hablan? Alguna broma femenina que va más allá de mi pobre percepción masculina, supongo. Seguí hasta Upper Glen para ver a Walter Cooper.

-Es un misterio cómo se mantiene ese hombre -dijo la señorita Cornelia.

-Yo no tengo paciencia con él -dijo Gilbert, sonriendo-. Tendría que haberse muerto hace mucho ya. Un año atrás, le di dos meses de vida y ahí está, dejándome mal por no morirse.

-Si conociera a los Cooper tan bien como yo, no se arriesgaría a predecir nada sobre ellos. ¿No sabe que su abuelo volvió a la vida después de que habían cavado la fosa y comprado al ataúd? El hombre de las pompas fúnebres no lo quiso de vuelta. Pero tengo entendido que Walter Cooper se está divirtiendo mucho con el ensayo de su propio funeral... típico de un hombre. Bien, ésas son las campanadas de Marshall... y este frasco de peras en conserva es para ti, mi querida Anne.

Todos fueron a la puerta a despedir a la señorita Cornelia. Los oscuros ojos grises de Walter escudriñaron la noche tormentosa.

¿Dónde estará Don Petirrojo esta noche? ¿Nos extrañará? -dijo, melancólico. Tal vez Don Petirrojo había ido a ese lugar misterioso al que la señora Elliott siempre llamaba la Tierra del Silencio.

-Don Petirrojo está en un lugar lleno de sol en el sur -dijo Anne-. Regresará para la primavera, estoy casi segura, y faltan apenas cinco meses. Criaturitas, ustedes tendrían que haberse ido a la cama hace rato.

Susan --decía Di en la despensa-, ¿te gustaría tener un niño? Yo sé dónde puedes conseguir uno... flamante.

Ah, caramba, ¿dónde?

-Tienen uno nuevo en lo de Amy. Amy dice que lo trajeron los ángeles y ella piensa que bien podrían haber tenido mejor juicio. Ya tienen ocho niños, sin contar éste. Ayer te oí decir que te hacía sentir solitaria ver cómo crecía Rilla... que ahora te quedarías sin bebé. Yo estoy segura de que la señora Taylor te daría el de ella.

¡Las cosas que se les ocurren a los niños! Los Taylor son de tener familias grandes. El padre de Andrew Taylor nunca supo decir sin pensar cuántos hijos tenía... siempre tenía que hacer una pausa y contarlos. Pero no creo que quiera ningún niño de afuera por ahora.

Susan, Amy Taylor dice que tú eres una vieja solterona. ¿Lo eres?

-Este ha sido el destino que me ha deparado la sabiduría de la Providencia -dijo Susan, sin inmutar

-Te gusta ser una vieja solterona, Susan?

-Mentiría si dijera que sí, pequeñita. Pero -agrego Susan, recordando el destino de algunas esposas t las que conocía- he aprendido que hay compensaciones. Ahora llévale el pastel de manzana a tu padre, que yo le llevaré el té. Ese pobre hombre estará ä punto de desmayarse de hambre.

-Mamá, tenemos la casa más linda del mundo, ¿no? -dijo Walter mientras subía las escaleras, soñoliento-. Sólo que... ¿no te parece que mejoraría si pudiéramos tener algunos fantasmas?

¿Fantasmas?

—Sí. La casa de Jerry Palmer está llena de fantasrnas. Él vio uno... una dama alta vestida de blanco con mano de esqueleto. Yo se lo conté a Susan pero ella dice que era un invento o que estaba enfermo del estómago.

Susan tiene razón. En cuanto a Ingleside, aquí viven solamente personas felices... de modo que, corno verás, no somos "fantasmables". Ahora reza tus oraciones y duérmete.

Mamá, creo que me porté mal anoche. Dije "el pan nuestro de cada día dánoslo mañana", en lugar de hoy. Me pareció más lógico. ¿Te parece que a Dios le habrá importado, mamá?

28

Don Petirrojo regresó cuando Ingleside y el valle del Arco Iris volvieron a arder con las verdes y elusivas llamaradas de la primavera, y trajo a una novia con él. Los dos construyeron un nido en el manzano de Walter, y Don Petirrojo retomó todos sus antiguos hábitos, pero su novia era más tímida o menos osada y no dejaba que nadie se le acercara. Susan pensó que el regreso de Don Petirrojo era un verdadero milagro, y esa misma noche le escribió a Rebecca Dew para contárselo.

En el pequeño teatro de la vida de Ingleside, el proyector de luz cambiaba de vez en cuando, y caía ya sobre éste, ya sobre aquél. Habían pasado todo el invierno sin que a nadie le sucediera nada fuera de lo común, y en junio le tocó el turno a Di de tener una aventura.

Una nueva niña había comenzado a ir a la escuela... una niña que, cuando la maestra le preguntó el nombre, dijo: "Yo soy Jenny Penny", como quien dijera: "Yo soy la Reina Isabel" o "Yo soy Helena de Troya". Apenas lo dijo, todas sintieron que no haber conocido a Jenny Penny la convertía a una en un don nadie, y que no ser objeto de la condescendencia de Jenny Penny significaba que una sencillamente no existía. Al menos, eso sintió Diana Blythe, aunque no podría haberlo expresado con esas palabras.

Jenny Penny tenía nueve años, contra los ocho de Di, pero desde el principio se juntó con las "chicas grandes" de diez y once, que descubrieron que no podían ignorarla ni hacerla a un lado. No era bonita, pero su aspecto era llamativo: todo el mundo la miraba dos veces. Tenía un rostro redondo, de piel muy blanca, con una suave nube de negrísimos cabellos sin brillo, y enormes y oscuros ojos azules con largas y enredadas pestañas negras. Cuando levantaba

lentamente esas pestañas y miraba con esos ojos despectivos, una se sentía un gusano sano que debería agradecer no ser aplastado de un pisotón. Era mejor ser ignorada por ella que reconocida por cualquier otra persona, y ser elegida como confidente temporaria de Jenny Penny era un honor casi excesivo. Pues las confidencias de Jenny Penny eran impresionantes. Era obvio que los Penny no eran gente común y corriente. Lina, la tía de Jenny, poseía al parecer un magnífico collar de oro y granates que le había regalado un tío millonario. Una de sus primas tenía un anillo de diamantes que había costado mil dólares, y otra prima había ganado un premio de declamación entre mil setecientos participantes. Tenía una tía misionera que trabajaba entre los leopardos en la India. En suma, por una vez al menos, las chicas de la escuela de Glen aceptaron a Jenny Penny al precio que ella se daba, la consideraron con una mezcla de admiración y envidia y hablaron tanto de ella a la hora de la cena con sus mayores, que al fin hubo que llamarles la atención.

¿Quién es esa nena con la que Di parece estar tan fascinada, Susan? -preguntó Anne una noche, después de que Di había estado contando de "la mansión" en la que vivía Jenny, con encaje de madera pintada de blanco alrededor del techo, cinco ventanas salientes, un maravilloso bosque de abedules atrás, y una repisa del hogar de mármol rojo en la sala-. Penny es un apellido que no había oído nunca en Four Winds. ¿Sabe algo de ellos?

-Son una familia nueva que se mudó a la vieja granja de los Conway en Base Line, mi querida señora. Se dice que el señor Penny es un carpintero que no podía vivir de la carpintería... por estar demasiado ocupado, según tengo entendido, en tratar de probar que Dios no existe... y ha decidido intentar trabajar el campo. Por lo que sé, son un poco raros. Los niños hacen lo que quieren. El padre dice que a él lo mandaron demasiado cuando era chico y que a sus hijos no les sucederá lo mismo. Por eso esta niña jenny viene a la escuela de Glen. Están más cerca de la escuela de Mowbray Narrows y los otros niños van allí, pero Jenny decidió venir a Glen. La mitad de la granja Conway está en este distrito, de modo que el señor Penny paga impuestos a ambas escuelas y, si quiere, puede mandar a sus hijos a ambas, por supuesto. Aunque me parece que esta niña Jenny es la sobrina, no la hija. Los padres de ella murieron. Dicen que fue George Andrew Penny el que puso el cordero en los cimientos de la iglesia bautista de Mowbray Narrows. Yo no digo que no sean gente respetable, pero son todos tan desaseados, mi querida señora... y la casa está patas para arriba... y, si puedo tomarme el atrevimiento de opinar, no debe permitir que Diana se junte con salvajes como ésos.

-No puedo prohibirle que esté con Jenny en la escuela, Susan. En realidad, no tengo nada contra la niña, aunque estoy segura de que inventa mucho cuando cuenta de sus parientes y de sus aventuras. Pero probablemente a Di pronto se le pasará el enamoramiento y no volveremos a oír hablar de Jenny

Penny.

Pero siguieron oyendo hablar de ella. Jenny le dijo a Di que la prefería a todas las demás niñas de la escuela de Glen, y Di, sintiendo que una reina se hairía rebajado hasta ella, respondió adorándola. Se 4icieron inseparables en los recreos; se escribían notas en los fines de semana: daban y recibían goma de mascar: intercambiaban botones y colaboraban en las tareas conjuntas, y por fin Jenny invitó a Di a ir con ella a su casa después de la escuela y quedarse a pasar la noche.

Mamá dijo que no, muy decidida, y Di lloró copiosamënte.

-Me dejaste quedarme a pasar la noche con Persis Ford -sollozaba.

-Eso es... diferente -dijo Anne, algo vacilante. No quería hacer de Di una esnob, pero todo lo que había oído de la familia Penny la había hecho darse cuenta de que no podía ni siquiera considerar la posibilidad de que fueran amigos de los niños de Ingleside, y en los últimos tiempos

Librodot

la había preocupado la fascinación que Jenny evidentemente ejercía sobre Diana.

-Yo no veo ninguna diferencia --gimió Di-. Jenny es tan dama como Persis, para que sepas! Nunca masca goma comprada. Tiene una prima que sabe todas las reglas de etiqueta, y Jenny las aprendió todas de ella. Jenny dice que nosotros no sabemos lo que es la etiqueta. Y ha tenido las aventuras más fascinantes.

-¿Quién lo dice? --preguntó Susan.

Ella misma me lo contó. Su familia no es rica, pero tienen parientes muy ricos y respetables. Jenny tiene un tío que es juez, y un primo de la madre es capitán del barco más grande del mundo. Jenny bautizó el barco cuando lo inauguraron. Nosotros no tenemos un tío que sea juez ni una tía que sea misionera con los leopardos, tampoco.

-Leprosos, querida, no leopardos.

-Jenny dijo leopardos. Ella tiene que saber porque es su tía. Y hay tantas cosas en su casa que quiero ver... tiene el dormitorio empapelado con loros... y la sala está llena de búhos disecados... y tienen un tapiz con el dibujo de una casa colgado en el vestíbulo... y cortinas cubiertas de rosas... y una casa de verdad para jugar, se la construyó el tío... y su abuelita vive con ellos y es la persona más vieja del mundo. Jenny dice que vivió antes del diluvio. Capaz que no tengo otra oportunidad de ver a una persona que vivió antes del diluvio.

-La abuela tiene cerca de cien años, dicen -dijo Susan-, pero si tu Jenny dice que vivió antes del diluvio, está inventando. Lo más probable es que te agarraras quién sabe qué, si vas a un lugar como ése.

-Hace mucho que ya tuvieron todo lo que podían tener --protestó Di-. Jenny dice que tuvieron paperas, sarampión, tos convulsa y escarlatina, todo en un año.

—No me extrañaría que hubieran tenido la viruela -murmuró Susan-. ¡Si habrá gente embrujada!

-Jenny tiene que sacarse las amígdalas - -sollo-zó Di-. Pero eso no es contagioso, ¿no? Jenny tuvo una prima que se murió cuando la operaron de las amígdalas... se desangró sin recuperar el conocimiento. Por eso es probable que a Jenny le pase lo mismo, si es de familia. Es delicada.., se desmayó tres veces la semana pasada. Pero está absolutamente preparada. Y es en parte por eso que quiere que vaya a pasar una noche con ella... para que pueda recordar esa noche cuando ella haya fallecido. Por favor, mamá. Renuncio al sombrero nuevo con cintas, si me prometes que me dejarás ir.

Pero mamá fue inflexible y Di se recluyó con su almohada empapada en lágrimas. Nan no la compadeció... a Nan "no le caía bien" Jenny Penny.

- No sé qué le pasa a esa niña -dijo Anne, preocupada-. Nunca antes se había portado así. Como dice usted, parece que esa niña Penny la ha embrujado.

-Tuvo mucha razón en no dejarla ir a un lugar tan por debajo de ella, mi querida señora.

-Ah, Susan, yo no quiero que ella sienta que nadie "está por debajo" de ella. Pero debemos poner el límite en algún lugar. No es tanto por Jenny... me parece que es inofensiva, a pesar de esa costumbre de exagerar... pero me dijeron que los varones son tremendos. La maestra de Mowbray Narrows está medio loca con ellos.

-Je tiranizan así en tu casa? -preguntó Jenny con arrogancia cuando Di le dijo que no la dejaban ir-. Yo no permitiría que me trataran así. Tengo demasiado carácter. Por ejemplo, yo a menudo duermo afuera toda la noche cuando se me da la gana. Supongo que tú ni soñarías con hacer eso.

Di miró pensativa a esa niña misteriosa que "a menudo dormía afuera toda la noche". ¡Qué maravilloso!

-No estás enojada conmigo porque no voy, Jenny, ¿verdad? Tú sabes que yo quiero ir.

-Claro que no estoy enojada contigo. Hay niñas que no lo tolerarían, por supuesto, pero supongo que no puedes evitarlo. Podríamos habernos divertido mucho. Había planeado que fuéramos a pescar a la luz de la luna en el arroyo del fondo. Lo hacemos siempre. Yo he pescado truchas así de grandes. Y tenemos unos cerditos chiquititos hermosos, y un potrillo precioso y una camada de perritos. Bueno, tendré que invitar a Sadie Taylor. A ella los padres la dejan vivir en paz.

-Mis padres son muy buenos conmigo -protestó Di, con lealtad-. Y mi padre es el mejor médico de la Isla Príncipe Eduardo. Lo dice todo el mundo.

-Te das aires porque tienes padre y madre y yo no -dijo Jenny, desdeñosa-. Mi padre tiene alas y siempre usa una corona de oro. Pero yo no me doy aires por eso ¿o sí? Vamos, Di, no quiero pelearme contigo, pero odio que la gente alardee de su familia. No va de acuerdo con la etiqueta. Y yo tengo decidido ser una dama. Cuando esa Persis Ford de la que tanto hablas venga a Four Winds este verano, yo no me voy a dar con ella. Pasó algo raro con su madre, me dijo la tía Lina. Estuvo casada con un muerto que resucitó.

Ah, no fue así, Jenny. Yo sé cómo fue, mamá me lo contó... La tía Leslie...

- No me interesa. Sea lo que sea, es algo de lo que es mejor no hablar, Di. Ahí suena la campana.

¿De verdad vas a invitar a Sadie? --preguntó Di, ahogada, con los ojos inmensos por el dolor.

-Bueno, no en seguida. Esperaré a ver. Tal vez te dé otra oportunidad. Pero si lo hago, será la última.

Pocos días después, Jenny Penny se acercó a Di en un recreo.

--Oí decir a Jem que tus padres se fueron ayer y no van a regresar hasta mañana a la noche.

-Sí, fueron a Avonlea a ver a la tía Marilla. -Entonces es tu oportunidad.

-¿Mi oportunidad?

-Para quedarte toda la noche conmigo.

-Ah, Jenny, pero no puedo.

-Claro que puedes. No seas tonta. No se van a enterar nunca.

-Pero Susan no me dejaría...

-No tienes por qué decirle nada. Ven a casa conmigo después de la escuela. Nan puede decirle a dónde fuiste para que no se preocupe. Y no te va a delatar cuando vuelvan tus padres. Tendrá miedo de que le echen la culpa a ella.

Di estaba en una agonía de indecisión. Sabía perfectatnente bien que no debía ir a lo de Jenny, pero la tentación era irresistible. Jenny volvió toda la batería de sus ojos extraordinarios sobre Di.

-"Es tu última oportunidad -dijo con tono dramático-. No puedo seguir juntándome con alguien que se cree demasiado importante como para visitarme. Sino vienes, nos separaremos para siempre.

Eso lo decidía todo. Di, todavía esclavizada por la fascinación de Jenny Penny, no podía soportar la idea de separarse para siempre de ella. Nan se fue sola a su casa esa tarde para decirle a Susan que Di se había ido a pasar la noche a lo de Jenny Penny.

De haberse sentido tan activa como siempre, Susan habría ido directamente a lo de los Penny a buscar a Di y traerla a casa. Pero Susan se había torcido el tobillo esa mañana y, si bien podía arreglárselas para preparar la comida a los niños, sabía que no podría caminar un kilómetro

y medio hasta el camino de Base Line. Los Penny no tenían teléfono, y Jem y Walter se negaron terminantemente a ir. Estaban invitados a una "mejilloneada" en el faro, y nadie se comería a Di en lo de los Penny. Susan tuvo que resignarse a lo inevitable.

Di y Jenny se fueron a campo traviesa, por donde el camino era de poco menos de medio kilómetro. A pesar de su conciencia culpable, Di era feliz. Pasaron por tantas cosas lindas: pequeñas ensenadas de helechos (donde rondaban los duendes) en las bahías de bosques de un verde intenso; un valle donde susurraba el viento, que una cruzaba hundida hasta las rodillas en los botones de oro, un caminito serpenteante entre jóvenes arces, un arroyo que era un cinta irisada de flores, un campo soleado lleno de fresas. Di, que acababa de despertar a la percepción de la hermosura del mundo, estaba extasiada y casi deseó que Jenny no hablara tanto. Charlar estaba bien en la escuela, pero aquí Di no estaba segura de querer oír de la vez que Jenny se envenenó, "accidentalmente" por supuesto, por tomar un remedio equivocado. Jenny pintaba bien su agonía de moribunda, pero no fue muy explícita sobre la razón por la cual después de todo no se había muerto. Había "perdido el conocimiento", pero el médico logró arrancarla de las garras de la muerte.

-Aunque nunca he vuelto a ser la misma desde entonces. Di Blythe, ¿qué miras tanto? Creo que no me estabas escuchando.

-Ah, sí, te escuchaba -dijo Di, culpable-. Yo creo que has tenido una vida maravillosa, Jenny. Pero, mira la vista.

-¿La vista? ¿Qué es una vista?

-Eh... algo que uno está mirando. Esto -dijo, abarcando con la mano el panorama de pradera y bosque y colina envuelta entre nubes, que tenían frente a ellas, con esa hendedura color zafiro que era el mar entre las colinas.

Jenny frunció la nariz.

-Un montón de árboles viejos y vacas. Lo he visto cientos de veces. A veces eres muy rara, Di Blythe. No quiero herir tus sentimientos, pero a veces me parece que no eres del todo normal. De verdad. Pero supongo que no puedes evitarlo. Dicen que tu mamá anda siempre delirando así. Bueno, ahí está mi casa.

Di miró la casa de los Penny y experimentó el primer golpe de desilusión. ¿Era ésta la '"mansión" de la que había hablado Jenny? Era grande, cierto, y tenía las cinco ventanas salientes, pero pedía a gritos una mano de pintura y gran parte del "encaje de madera" había desaparecido. El barandal estaba desvencijado, y lo que en un tiempo había sido un precioso fanal sobre la puerta del frente estaba roto. Las persianas estaban torcidas, había varios paneles de las ventanas hechos con papel de estraza, y el "hermoso bosque de arces" detrás de la casa estaba representado por unos pocos delgados, escuálidos y viejos árboles. Los graneros estaban en un estado deplorable; el patio, lleno de viejas máquinas herrumbradas, y el jardín era una perfecta selva de hierbas. Di nunca había visto un lugar igual en toda su vida, y por primera vez se le ocurrió preguntarse si todas las historias de Jenny serían verdaderas. ¿Podía alguien haberse salvado tantas veces por poco, aunque fuera en el transcurso de nueve años, como decía ella?

Por dentro, las cosas no eran mucho mejor. La sala a la que Jenny la hizo pasar estaba llena de polvo y olía mal. El cielo raso estaba descolorido y lleno de rajaduras. La famosa repisa de mármol era madera pintada (hasta Di podía darse cuenta de eso) y estaba cubierta con un espantoso chal japonés sobre el cual había una hilera de tazas "bigoteras". Las cortinas de encaje eran de un color feísimo y estaban llenas de agujeros. Las "persianas" eran de papel azul, muy roto, con una inmensa canasta de rosas pintada. En cuanto a que el vestíbulo estaba lleno de búhos disecados, sí había una pequeña vitrina en un rincón con tres aves bastante desaliñadas,

una sin ojos, directamente. Para Di, acostumbrada a la belleza y la dignidad de Ingleside, la habitación parecía algo salido de una pesadilla. Lo extraño, sin embargo, era que Jenny parecía no tener conciencia de la menor discrepancia entre sus descripciones y la realidad. Di se preguntó si no habría soñado que Jenny le había contado esto y lo otro.

Afuera no estaba tan mal. La casita de juguete que el señor Penny había construido en un extremo, entre los árboles, y que parecía una verdadera casita en miniatura, sí era un lugar interesante, y los cerditos y el nuevo potrillo eran "encantadores". En cuanto a la camada de cachorritos, eran tan peluditos y deliciosos como si hubieran pertenecido a la raza perruna de Vere de Vere. Uno, especialmente, era adorable, con largas orejas castañas y una mancha blanca en la frente, lengua rosada y patas blancas. Di se entristeció mucho cuando se enteró de que ya estaban todos regalados.

-Aunque no sé si podríamos darte uno, aun cuando no estuvieran regalados -dijo Jenny-. El tío es muy cuidadoso con el lugar donde entrega a sus perros. Hemos oído que ustedes no pueden retener un perro en Ingleside. Ha de pasar algo raro con ustedes. El tío dice que los perros saben cosas que la gente no sabe.

-¡Estoy segura de que no pueden saber nada malo sobre nosotros! -exclamó Di.

-Bueno, espero que no. ¿Tu papá es cruel con tu mamá?

— ¡No, por supuesto que no!

-Bueno, yo oí decir que le pega... que le pega hasta que ella grita. Pero eso no lo creí, claro. ¿No es horrible cómo miente la gente? Pero a mí siempre me has caído bien, Di, y siempre estaré de tu lado.

Di sintió que tendría que estar muy agradecida por eso, pero por alguna razón no lo estaba. Comenzaba a sentirse muy fuera de lugar, y el encanto con el cual Jenny había estado investida a sus ojos, súbita e irrevocablemente, había desaparecido. No sintió la emoción de antes cuando Jenny le contó de la vez en la que casi se ahoga en un estanque. No le creyó. Jenny había imaginado esas cosas. Y probablemente el tío millonario y el anillo de diamantes de mil dólares y la misionera entre los leopardos también habían sido producto de su imaginación. Di se sentía tan desinflada como un globo pinchado.

Pero todavía faltaba la abuelita. Seguro que la abuelita era de verdad. Di y Jenny volvieron a la casa. La tía Lina, una señora de amplio busto y mejillas rojas, con un vestido de algodón estampado no demasiado limpio, les dijo que la abuelita quería ver a la visita.

-La abuelita está confinada a la cama -explicó Jenny-. Siempre llevamos a todos los que vienen a verla. Se pone furiosa si no lo hacemos.

-No te olvides de preguntarle cómo está del dolor de espalda -advirtió la tía Lina-. No le gusta que la gente no se acuerde de su espalda.

-Y del tío Johnny -dijo Jenny-. No te olvides de preguntarle cómo está el tío Johnny.

-¿Quién es el tío Johnny? --preguntó Di.

--Un hijo de ella que murió hace cincuenta años- explicó la tía Lina-. Estuvo enfermo durante años, antes de morirse, y la abuelita se acostumbró, como quien dice, a que la gente le preguntara por él. Extraña si no le preguntan.

Frente a la puerta del cuarto de la abuelita, Di de pronto retrocedió. Le entró mucho miedo de esa mujer increíblemente vieja.

-¿Qué te pasa? --preguntó Jenny-. ¡Nadie te va a comer!

-¿Es... vivió de verdad antes del diluvio, Jenny?

-Claro que no. ¿Quién te dijo eso? Pero va a cumplir cien años, si vive hasta su próximo cumpleaños. ¡Vamos!

Di entró, cautelosa. En un dormitorio pequeño y atiborrado de cosas, estaba la abuelita, acostada en una cama inmensa. Su rostro, tremendamente arrugado, parecía el de un mono viejo. Escudriñó a Di con ojos hundidos, bordeados de rojo, y dijo: -deja de mirarme. ¿Quién eres?

-Es Diana Blythe, abuelita -dijo Jenny... una Jenny algo apaciguada.

--Aja! ¡Qué nombre tan rimbombante! Tengo entendido que tienes una hermana muy orgullosa.

-Nan no es orgullosa -exclamó Di, con un relámpago de carácter. Jenny había estado hablando mal de Nan?

-Eres un poquito impertinente, ¿no te parece? A mí me enseñaron que no se les habla así a los mayores. Es orgullosa. Cualquiera que camine con la cabeza alta, como me dice la pequeña Jenny que ella camina, es orgullosa. ¡Es una engreída! ¡Y no me contradigas!

La abuelita parecía tan enojada, que Di se apresuró a preguntarle cómo estaba de la espalda.

-¿Quién dice que yo tengo espalda? ¡Vaya suposición! Mi espalda es asunto mío. ¡Ven... acércate a la cama!

Di se acercó, deseando estar a mil kilómetros de distancia. ¿Qué iría a hacerle esta vieja horrible?

La abuelita se arrimó al borde de la cama y puso una mano como una garra sobre los cabellos de Di.

-Medio color zanahoria pero bastante suave. Ese vestido es lindo. Levántatelo y muéstrame la enagua.

Di obedeció, agradeciendo que tenía puesta la enagua blanca con la puntilla hecha por Susan. Pero, ¿qué familia era ésta donde a una le hacían mostrar la enagua?

-Siempre juzgo a las niñas por sus enaguas -dijo 1p abuelita-. La tuya pasa. Ahora quiero ver la bombacha.

Di no se animó a negarse. Se, levantó la enagua.

--¡Ja! ¡También con puntillas! Eso es una extravagancia. ¡Y no me preguntaste por Johnny!

-¿Cómo está? -preguntó,- Di, sin aliento.

-Cómo está, dice, descarada. Podría haberse muerto, por lo que a ti te importa. Dime una cosa, ¿es cierto que tu madre tiene un dedal de oro, de oro macizo?

-Sí, se lo regaló papá para su último cumpleaños.

-Bueno, jamás lo hubiera creído. La pequeña Jenny me dijo eso, pero a la pequeña Jenny una no puede creerle ni una palabra de lo que dice. ¡Un dedal de oro macizo! Nunca oí semejante cosa. Bueno, mejor vayan a comer. Eso nunca pasa de moda. Jenny, levántate los calzones. Te asoma una pierna por debajo del vestido. Al menos, tengamos un poco de decencia.

-A mí no me asoman los calzo... la bombacha - dijo Jenny, indignada.

-Calzones para las Penny y bombachas para las Blythe. Ésa es la diferencia entre ustedes dos, una diferencia que va a existir siempre. No me contradigas.

Toda la familia Penny estaba reunida alrededor de la mesa de la cena en la gran cocina. Di no había visto nunca a ninguno de ellos, excepto a la tía Lina, pero, al dirigir una mirada alrededor de la mesa, entendió por qué mamá y Susan no querían dejarla venir. El mantel estaba roto y manchado con viejas manchas de salsa. Los platos eran un muestrario. En cuanto a los Penny, Di nunca se había sentado a la mesa con gente así, y deseó estar a salvo en Ingleside. Pero ahora tenía que aguantar hasta el final.

El tío Ben, como lo llamaba Jenny, se sentó a la cabecera de la mesa. Tenía una barba de

un rojo intenso y una cabeza casi calva, con algunas canas. Su hermano soltero, Parker, flaco y sin afeitar, se había ubicado en un lugar desde donde pudiera escupir en el cajón de la leña, cosa que hacía a intervalos frecuentes. Los varones -Curt, de doce años, y George Andrew, de trece- tenían ojos celestes, sin brillo, que miraban con agresividad, y se les veía la piel a través de los agujeros de las camisas. Curt, que se había cortado la mano con una botella rota, la tenía vendada con un trapo manchado de sangre. Annabel Penny, de once años, y "Gert" Penny, de diez, eran dos niñas más bien bonitas, de redondos ojos castaños. "Tuppy", de dos años, tenía unos rizos preciosos y mejillas rosadas. Y el bebé, sentado en la falda de la tía Lina, tenía vivaces ojos negros y habría sido adorable, de haber estado limpio.

-Curt, ¿por qué no te limpiaste las uñas, si sabías que teníamos visita? ---preguntó Jenny-. Annabel, no hables con la boca llena. Yo soy la única que trata de enseñarle a esta familia buenos modales -le explicó en voz baja a Di.

-Cállate --dijo el tío Ben con voz tronante.

-¡No me voy a callar... no puedes hacerme callar! -gritó Jenny.

-No le contestes así a tu tío --dijo la tía Lina, con placidez-. Vamos, niñas, a portarse como damas. Curt, alcánzale las papas a la señorita Blythe.

-Ja, ja, señorita Blythe --se burló Curt.

Pero Diana había obtenido por lo menos un momento importante. Por primera vez en su vida, le habían dicho "señorita Blythe".

Por algún milagro, la comida era buena y abundante. Di, que tenía hambre, habría disfrutado de la comida (aunque odiaba beber de una copa astillada) si hubiera podido estar segura de que estaba limpia, y si todos no se hubieran peleado tanto. Todo el tiempo hubo peleas cruzadas: entre George Andrew y Curt... entre Curt y Annabel... entre Gert y Jen... incluso entre el tío Ben y la tía Lina. Ellos tuvieron una pelea horrible y se lanzaron las acusaciones más espantosas. La tía Lina le echó en cara al tío Ben todos los grandes caballeros con los que podría haberse casado, y el tío Ben dijo que lamentaba que no se hubiera casado con otro y sí con él.

"¿No sería horrible si mi papá y mi mamá se pelearan así?", pensó Di. "¡Ah, si pudiera estar en casa!"

-No te chupes el pulgar, Tuppy.

Lo dijo sin pensar. Les había costado tanto quitarle a Rilla el hábito de chuparse el pulgar...

De inmediato, Curt se puso rojo de rabia.

¡Déjalo tranquilo! -gritó-. ¡Puede chuparse el pulgar todo lo que quiera! A nosotros no nos mandan todo el tiempo como a ustedes, los críos de Ingleside. ¿Quién te crees que eres?

-¡Curt, Curt! La señorita Blythe va a creer que no tienes modales --dijo la tía Lina. Estaba otra vez muy calma y sonriente, y le puso dos cucharadas de azúcar al té del tío Ben. --No le hagas caso, querida. Sírvete otra porción de pastel.

Di no quería otra porción de pastel. Lo único que quería era irse a su casa, y no sabía cómo hacer.

—Bien --tronó el tío Ben, bebiendo lo último del té directamente del platillo-, alcanza por hoy. Levantarse de mañana... trabajar todo el día... comer tres veces al día e irse a la cama. ¡Qué vida!

-A papá le encanta hacer bromas -dijo, sonriendo, la tía Lina.

Hablando de bromas... hoy vi al ministro metodista en la tienda de Flagg. Intentó contradecirme cuando yo le dije que Dios no existe. "Usted habla los domingos", le dije. "Ahora me toca a mí. Demuéstreme que hay un Dios", le dije. "Es usted el que tiene la palabra", me dijo

él. Todos largaron la carcajada. Yo pensaba que era un tipo inteligente.

¡Que Dios no existe! A Di se le abrió la tierra bajo los pies. Tuvo ganas de llorar.

29

Fue peor después de la cena. Antes de cenar, ella y Jenny habían estado solas. Ahora había una multitud. George Andrew la agarró de la mano y la hizo pasar por un charco con barro antes de que ella pudiera escapársele. A Di jamás en toda la vida la habían tratado así. Jem y Walter se burlaban de ella, y Ken Ford también, pero ella nunca había conocido chicos como éstos. Curt le ofreció un pedazo de goma de mascar, recién sacado de su boca, y se enfureció cuando ella lo rechazó.

¡Te voy a poner encima un ratón vivo! -gritó-. ¡Odiosa! ¡Engreída! ¡Y con un hermano maricón!

¡Walter no es ningún maricón! -dijo Di. Estaba enferma de miedo pero no iba a permitir que insultaran a Walter.

-Sí que es, escribe poesía. ¿Sabes lo que haría yo, si tuviera un hermano que escribiera poesía? Lo ahogaría, como se ahoga a los gatos.

-Hablando de gatos, hay muchos gatitos en el granero -dijo Jen-. Vamos a cazarlos.

Di sencillamente se negó a ir a cazar gatos con esos chicos, y se lo dijo.

-En casa tenemos muchos gatos. Tenemos once -dijo, orgullosa.

¡No te creo! -exclamó Jen-. ¡No, no tienen! Nadie puede tener once gatos. No puede ser tener once gatos.

-Una gata tiene cinco y la otra seis. Pero igual yo no voy al granero. El invierno pasado me caí de la parte de arriba del granero de Amy Taylor. Me hubiera matado, de no ser porque caí encima de un montón de paja.

-Bueno, yo una vez me haberla caído de nuestro granero, si Curt no me haberla agarrado - dijo Jenny, enfurruñada. Nadie que no fuera ella tenía ningún derecho a caerse de los entrepisos de los graneros. ¡Di Blythe teniendo aventuras! ¡Qué impertinencia!

-Se dice hubiera -dijo Di, y a partir de ese momento todo había terminado entre ella y Jenny.

Pero de alguna manera había que pasar la noche. No se fueron a la cama hasta tarde porque ninguno de los Penny se iba jamás temprano a la cama. El gran dormitorio al cual la llevó Jenny, a las diez y media, tenía dos camas. Annabel y Gert se estaban preparando para acostarse en una de ellas. Di miró la otra. Las almohadas estaban sucias. A la colcha le hacía mucha falta un lavado. El empapelado... el famoso empapelado "con loros"... estaba manchado de humedad y hasta los loros no se veían muy "lorezcos". Sobre una mesa, junto a la cama, había una jarra de granito y un lavabo de lata medio lleno de agua sucia. Di no iba a lavarse la cara en eso. Bueno, por una vez se iría a acostar sin lavarse la cara. Al menos, el camisón que le había dejado la tía Lina estaba limpio.

Cuando Di se levantó, después de decir sus oraciones, Jenny rió.

Ah, pero qué anticuada eres. Te veías tan ridícula diciendo tus oraciones... Yo no sabía que hay gente que sigue diciendo oraciones. Las oraciones no sirven de nada. ¿Para qué las dices?

-Tengo que salvar mi alma -dijo Di, citando a Susan.

-Yo no tengo alma --se burló Jenny.

-Tal vez no, pero yo sí tengo -dijo Di, irguiéndose.

Jenny la miró. Pero el embrujo de los ojos de Jenny se había quebrado. Nunca más Di sucumbiría a su magia.

-No eres la chica que pensé que eras, Diana Blythe -dijo Jenny con tristeza, como quien hubiera sido vilmente engañado.

Antes de que Di pudiera responder, George Andrew y Curt irrumpieron en el dormitorio. George Andrew tenía puesta una máscara... una cosa espantosa con una nariz inmensa. Di gritó.

-¡No grites así, que pareces un cerdo al que están degollando! -le ordenó George Andrew-. Tienes que darnos el beso de las buenas noches.

—De lo contrario, te encerraremos en ese armario... y está lleno de ratas -dijo Curt.

George Andrew avanzó hacia- Di, que volvió a gritar y retrocedió ante él. La máscara la paralizaba de terror. Sabía perfectamente bien que detrás de ella estaba George Andrew, y a él no le tenía miedo, pero se moriría si esa horrible máscara se acercaba a ella... estaba segura. En el instante mismo en que parecia que la espantosa nariz iba a tocarle la cara, Di - empezó con un taburete, cayó de espaldas y pegó la cabeza contra el borde afilado de la cama de Annabel. Por un momento, quedó aturdida y tendida en el suelo, con los ojos cerrados.

-¡Se murió.., se murió! -gritó Curt, y se puso a llorar.

-¡Ah! ¡Qué paliza te van a dar si la mataste, George Andrew! -dijo Annabel.

-A lo mejor se hace la muerta -dijo Curt-. Ponle Un gusano encima. Yo tengo unos en una lata. Si es Mentira, con eso va a reaccionar.

Di lo oyó pero estaba demasiado asustada para abrir los ojos. (Tal vez se fueran y la dejaran sola, si la creían muerta. Pero si le ponían un gusano encima...)

-Pínchenla con un alfiler. Si sangra, no está muerta -dijo Curt.

(Un alfiler podría soportarlo; un gusano, no.)

-No está muerta... no puede estar muerta -susurró Jenny-. La asustaron y le dio un ataque. Pero si recupera el conocimiento, va a gritar hasta levantar los techos y el tío Ben va a venir y nos va a matar a palos. ¡No tendría que haberla invitado a quedarse, miedosa de porquería!

-¿Y no podríamos llevarla a la casa antes de que recupere el conocimiento? -sugirió George Andrew.

(¡Ah, si la llevaran!)

-No, es demasiado lejos -dijo Jenny.

-Es menos de medio kilómetro a campo traviesa. Si cada uno de nosotros la toma de un brazo o de una pierna... tú, Curt, yo y Annabel.

Nadie que no fuera alguno de los Penny habría concebido semejante idea ni la habría llevado a cabo. Pero ellos estaban acostumbrados a hacer cualquier cosa que se les metiera en la cabeza y "ser matado a palos" por el jefe de la familia era algo digno de ser evitado, en la medida de lo posible. Papá no era muy exigente con ellos hasta cierto punto pero, pasado ese límite... ¡buenas noches!

-Si recupera el conocimiento mientras la llevamos, la soltamos y corremos -dijo George Andrew.

No había ningún peligro de que Di recuperara el conocimiento. Se estremeció de agradecimiento cuando se sintió levantada por los aires entre los cuatro. En puntillas bajaron la escalera y salieron de la casa, cruzaron el patio y el largo trebolar... los bosques... la colina. Dos veces tuvieron que dejarla en el suelo para descansar. Ahora estaban seguros de que estaba

muerta y lo único que querían era llevarla a la casa sin que nadie los viera. Si Jenny Penny rezó alguna vez en su vida, fue esa vez, pidiendo que no hubiera nadie levantado en el pueblo. Si podían llevar a Di Blythe a la casa, todos jurarían que a la hora de irse a acostar extrañaba tanto, que insistió en irse a su casa. Lo que le sucedió después no era asunto de ellos.

Di solo abrir los ojos una vez, mientras los otros urdían esto. El mundo dormido que la rodeaba le pareció muy extraño. Los abetos se veían oscuros y desconocidos. Las estrellas se reían de ella. (No me gusta ese cielo tan grande. Pero si puedo soportarlo un poquito más, estaré en casa. Si averiguan que no estoy muerta, me dejarán aquí, y sola y en la oscuridad nunca llegaría a casa.)

Cuando los Penny hubieron dejado a Di en la galería de Ingleside, salieron corriendo a todo lo que les daban las piernas. Di no se atrevió a volver a la vida demasiado pronto pero al fin se animó a abrir los ojos. Sí, estaba en casa. Parecía demasiado bueno para ser cierto. Se sentía una niña muy pero muy mala, pero estaba segurísima de que jamás volvería a portarse mal. Se incorporó, y Camarón subió delicadamente los escalones y se restregó contra ella, ronroneando. Ella lo abrazó contra su pecho. ¡Qué lindo y cariñoso era! No creía que le fuera posible entrar porque sabía que Susan cerraba todas las puertas con llave cuando papá no estaba, y no se atrevía a despertar a Susan a esa hora. Pero no le importaba. La noche de junio estaba bastante fresca, pero se acostaría en la hamaca y se acurrucaría junto a Camarón, sabiendo que, cerca de ella, del otro lado de esas puertas cerradas, estaban Susan, los chicos, Nan y... su casa.

¡Qué extraño era el mundo después de que oscurecia! ¿Estaban todas las personas durmiendo en todo el mundo, y sólo ella despierta? Las grandes rosas blancas del arbusto junto a los escalones parecían pequeñas caras humanas en las sombras. El olor a menta era como un amigo. Había algunas luciérnagas en el jardín. Después de todo, podría alardear de "haber dormido toda una noche afuera".

Pero no iba a ser. Dos figuras oscuras cruzaron el portón y avanzaron por el sendero de la entrada. Gilbert fue por la parte de atrás para abrir la puerta de la cocina, pero Anne subió los escalones y se quedó atónita mirando a esa pobre criaturita sentada allí, con el gato en el regazo.

¡Mamá!... ¡Ay, mamá! -Estaba a salvo en los brazos de mamá.

-¡Di, mi amor! ¿Qué pasa?

-Ay, mamá, me porté mal, pero estoy muy arrepentida... y tú tenías razón... y la abuelita era tan horrorosa, pero yo pensaba que ustedes no iban a volver hasta mañana.

-Papá recibió una llamada telefónica desde Lowbridge. Tienen que operar a la señora Parker mañana, y el doctor Parker quiere que él esté aquí. Entonces tomamos el último tren y vinimos caminando desde la estación. Ahora cuéntame...

Para cuando Gilbert había entrado en la casa y abierto la puerta del frente, toda la historia había sido contada entre sollozos. Él pensó que no había hecho nada de ruido, pero Susan oía hasta el chillido de un murciélago cuando se trataba de la seguridad de Ingleside, y bajó las escaleras, rengueando, con una bata encima del camisón.

Hubo exclamaciones y explicaciones, pero Anne la interrumpió.

-Nadie le está echando la culpa de nada, querida Susan. Di se ha portado mal pero lo sabe, y yo creo que ha recibido su castigo. Lamento haberla despertado. Vuelva a la cama, que el doctor va a revisarle el tobillo.

-No estaba dormida, mi querida señora. ¿Le parece que podría dormir, sabiendo dónde estaba esta bendita criatura? Y tenga el tobillo como lo tenga, voy a prepararles a los dos una taza de té.

Mamá --dijo Di, desde su propia cama-, ¿es papá a veces cruel contigo?

-¡Cruel! ¿Conmigo? Pero, Di...

-Los Penny me dijeron que era cruel... dicen que te pega...

-Querida, ahora sabes cómo son los Penny, de manera que mejor no atormentes esa cabecita con nada de lo que te dijeron. Siempre hay rumores maliciosos flotando en el aire, en todas partes, siempre hay gente que los inventa. No les hagas caso nunca.

¿Me vas a reprender mañana a la mañana, mamá?

-No. Creo que has aprendido la lección. Ahora duérmete, hermosa.

"Mamá es tan sensata", fue el último pensamiento consciente de Di.

Pero Susan, mientras se estiraba en paz en su cama, con el tobillo cómodamente vendado por manos expertas, se decía: "Tengo que buscar el peine de dientes finitos mañana por la mañana, y cuando vea a la deliciosa señorita Jenny Penny, le voy a dar una sesión de limpieza de piojos que no va a olvidar mientras viva".

Jenny Penny nunca recibió la limpieza prometida, porque no volvió a la escuela de Glen. Se fue con los otros Penny a la escuela de Mowbray Narrows, desde donde llegaron rumores de sus historias, entre ellas una de una tal Di Blythe, que vivía en la "casa grande", en Glen St. Mary, pero que siempre iba a dormir con ella, y que una vez se había desmayado y ella, Jenny Penny, había tenido que llevarla, subida sobre su espalda, sola y sin ayuda, y a medianoche. La gente de Ingleside se había arrodillado y le había besado las manos de gratitud, y el doctor mismo había sacado su coche guarnecido con flecos y su famosa yunta de caballos grises y la había llevado a su casa. "Y si hay cualquier cosa que pueda hacer por usted, señorita Penny, por su bondad con mi amada hija, no tiene más que mencionarlo. La mejor sangre de mi corazón no alcanzaría para pagarle. Iría al África Ecuatorial para recompensarla por lo que ha hecho", había jurado el doctor.

30

-Yo sé algo que tú no sabes, que tú no sabes, que tú no sabes... -canturreaba Dovie Johnson, hamacándose a un lado y otro, al borde mismo del muelle.

Ahora le tocaba el turno a Nan de ser iluminada por el reflector, era el turno de Nan de agregar una historia a los "¿te acuerdas de...?" de los años posteriores a Ingleside. Aunque hasta el día de su muerte, Nan se ruborizaría cada vez que se lo recordaran. Había estado tan tonta...

Nan se estremecía de miedo de ver a Dovie hamacándose así... aunque también la fascinaba. Estaba tan segura de que Dovie se caería en algún momento, ¿y entonces, qué? Pero Dovie no se caía nunca. Nunca le falló la buena suerte.

A Nan la fascinaban todas las cosas que Dovie hacía, o decía que hacía (las cuales podían ser, tal vez, cosas diferentes, pero Nan, criada en Ingleside, donde nadie decía nada que no fuera la verdad -ni siquiera bromeando- era demasiado inocente y crédula para saberlo). Dovie, que tenía once años y había vivido toda su vida en Charlottetown, sabía mucho más que Nan, que tenía apenas ocho. Charlottetown, decía Dovie, era el único lugar donde la gente sabía algo. ¿Qué puede saber una persona encerrada en un pueblecito rural como Glen St. Mary?

Dovie pasaba parte de sus vacaciones con su tía Ella en Glen; las dos niñas se habían hecho íntimas amigas a pesar de la diferencia de edad. Tal vez porque Nan admiraba a Dovie, que a ella le parecía casi adulta, con esa adoración que necesitamos dar a lo más elevado cuando lo

vemos... o creemos verlo. A Dovie le caía bien su pequeño, humilde y adorador satélite.

--No está mal Nan Blythe... sólo que es muy pichoncita --le había dicho a su tía Ella.

Los ojos vigilantes de Ingleside no veían nada malo en Dovie, si bien, como reflexionó Anne, su madre era prima de los Pye de Avonlea, y no se pusieron objeciones a que Nan se hiciera amiga de ella, aunque desde el principio Susan desconfió de esos ojos verdes con sus pestañas doradas. Pero, ¿qué se le iba a hacer? Dovie era "bien educada", iba bien vestida, se portaba cortésmente y no hablaba de más. Susan no podía dar razón alguna para su desconfianza, y cerró la boca. Dovie se iría a su casa cuando empezaran las clases, y entretanto no había por cierto necesidad de peines de dientes finitos en este caso.

De modo que Nan y Dovie pasaban casi todo el tiempo libre juntas en el muelle, donde por lo general había uno o dos barcos con las velas plegadas, y el Valle del Arco Iris casi no vio a Nan ese agosto. A los otros niños de Ingleside, Dovie no les caía muy bien, y el sentimiento era recíproco. Ella le había hecho una broma a Walter, y Di se había puesto furiosa y "le había dicho algunas cosas". Dovie, al parecer, era afecta a hacer bromas. Tal vez fue por eso que ninguna de las otras niñas de Glen hizo intento alguno por quitársela a Nan.

-Ah, por favor, dime ---rogó Nan.

Pero Dovie se limitó a guiñar un ojo con aire travieso y le dijo a Nan que era demasiado pequeña para que le contara algo semejante. Esto era enloquecedor.

"Por favor, cuéntame, Dovie.

-No puedo. Me lo contó en secreto la tía Kate y se murió. Yo soy la única persona en el mundo que lo sabe ahora. Cuando me lo contó, le prometí que no se lo diría a nadie. Tú se lo contarías a alguien... no podrías evitarlo.

-¡No se lo contaría a nadie! ¡Sí que podría evitarlo! --exclamó Nan.

-La gente dice que ustedes, en Ingleside, se cuentan todo. Susan te lo sonsacaría, con el tiempo.

-No. Yo sé muchas cosas que nunca le he contado a Susan. Secretos. Yo te contaré los míos y tú me contarás los tuyos.

-Ah, no me interesan los secretos de una niñita pequeña como tú -dijo Dovie.

¡Vaya insulto! Nan pensaba que sus secretitos eran encantadores... Uno era sobre los cerezos silvestres que había encontrado en flor en el bosque, detrás del granero del señor Taylor... su sueño de un hada blanca y pequeñita que dormía en un lirio en el pantano... su fantasía de un bote que llegaba a puerto al amanecer arrastrado por cisnes que lo remolcaban con cadenas de plata... la historia que estaba empezando a hilvanar sobre la hermosa dama de la vieja casa MacAllister. Eran todos muy maravillosos y mágicos para Nan, y se alegró, cuando lo pensó, de no tener que contárselos a Dovie, después de todo.

Pero, ¿qué sabía Dovie sobre ella que ella no sabía? La intriga atormentaba a Nan como un mosquito.

Al día siguiente, Dovie volvió a referirse a su secreto.

-Estuve pensándolo, Nan... tal vez tendrías que saberlo, ya que es sobre ti. Claro que lo que la tía Kate quiso decir fue que no se lo contara a nadie que no fuera la persona misma. Mira, si me regalas ese ciervo de porcelana, te contaré lo que sé de ti.

Ah, eso no te lo puedo dar, Dovie. Me lo regaló Susan para mi cumpleaños. Se sentiría muy mal.

-Muy bien. Si prefieres ese ciervo a saber una cosa importante sobre ti misma, quédate con él. A mí no me importa. Prefiero guardarme el secreto. Siempre me gusta saber cosas que las otras chicas no saben. La hace importante a una. El domingo que viene, en la iglesia, te miraré y

pensaré: "Si supieras lo que yo sé sobre ti, Nan Blythe". Será divertido.

-¿Lo que sabes sobre mí es lindo? -quiso saber Nan.

-Ah, es muy romántico... como esas cosas que una lee en los libros. Pero no importa. A ti no te interesa y yo sé lo que sé.

Para entonces, Nan estaba loca de curiosidad. La vida no valdría la pena de ser vivida, si no podía averiguar cuál era el misterioso secreto de Dovie. Tuvo una súbita inspiración.

-Dovie, no puedo regalarte mi ciervo, pero si me cuentas lo que sabes sobre mí, te regalaré mi sombrilla roja.

Los ojos verdes de Dovie resplandecieron. Se había sentido carcomida de envidia por esa sombrilla.

-¿La sombrilla roja nueva que tu madre te trajo de la ciudad la semana pasada? -preguntó.

Nan asintió. Se le aceleró la respiración... ¿Era posible... era posible que Dovie de verdad le contara?

-"¿Te lo permitirá tu madre? -quiso saber Dovie.

Nan volvió a asentir, pero con algo de duda. No estaba demasiado segura. Dovie percibió la vacilación.

-"Tendrás que traer la sombrilla aquí -dijo con firmeza-, antes de que te lo diga. Si no traes la sombrilla, no te cuento el secreto.

-Te la traeré mañana -se apresuró a prometer Nan. Tenía que saber lo que Dovie sabía de ella, era lo único que importaba.

-Bueno, voy a pensarlo -dijo Dovie, dudosa-. No tengas muchas esperanzas. Lo más probable es que no te diga nada, después de todo. Eres demasiado joven... te lo he dicho muchas veces.

-Soy mayor de lo que era ayer. Ah, vamos, Dovie, no seas mala --rogó Nan.

-Supongo que tengo derecho a guardarme lo que sé -dijo Dovie, terminante-. Tú se lo contarás a Anne... ésa es tu madre.

-Yo sé el nombre de mi propia madre -dijo Nan, herida en su dignidad. Secreto o no secreto, había límites. -Te dije que no se lo diría a nadie en Ingleside.

-¿Lo juras?

-¿Debo jurarlo?

-No seas tonta. Me refiero a prometerlo solemnemente.

-Lo prometo solemnemente.

-Más solemnemente.

Nan no veía cómo podía ser más solemne. Se le quedaría la cara dura, si se concentraba más.

-"Lo juro por Dios y por esta cruz -dijo Dovie.

Nan llevó a cabo el ritual.

-"Mañana trae la sombrilla y veremos --dijo Dovie-. ¿Qué hacía tu madre antes de casarse, Nan?

-Enseñaba en una escuela... y enseñaba bien - dijo Nan.

-Ajá, me lo preguntaba. Mi madre piensa que fue un error de parte de tu padre casarse con tu madre. Nadie sabía nada de la familia de ella. Y las muchachas que él pudo haber elegido..., dice mamá. Ahora me voy. Orevuar.

Nan sabía que eso quería decir "hasta mañana". Estaba muy orgullosa de tener una amiga que hablaba francés. Siguió sentada en el muelle mucho después de que Dovie se hubiera ido a su casa. Le gustaba sentarse en el muelle y mirar los botes de pesca que entraban y salían, y a veces

Librodot

un barco que salía del puerto con rumbo a fantásticos lugares lejos de allí. Como Jem, muchas veces ella también había deseado irse en un barco, por el puerto azul, más allá del banco de dunas oscuras, más allá de la punta donde, por las noches, el Faro de Four Winds se convertía en un lugar de misterio..., afuera, más afuera, hacia la niebla azul que era el golfo en verano, mucho más allá, hacia islas encantadas en mares de mañanas doradas. Nan volaba en las alas de su imaginación por todo el mundo, mientras estaba sentada allí sobre el viejo y desvencijado muelle.

Pero esa tarde estaba muy excitada por el secreto de Dovie... ¿Dovie de verdad le contaría? ¿Qué sería? ¿Qué podía ser? ¿Y qué era eso de las muchachas con las que papá podría haberse casado? A Nan le gustaba especular sobre esas muchachas. Una de ellas podría haber sido su madre. Pero eso era horrible. Nadie podía ser su madre, excepto su madre. La cuestión era sencillamente impensable.

-Creo que Dovie Johnson me va a contar un secreto -le confió Nan a su madre esa noche cuando le daba el beso de las buenas noches-. Claro que no podré contárselo a nadie, mamá, porque se lo prometí. No te importa, ¿verdad, mamá?

-Para nada -dijo Anne, muy divertida.

Cuando Nan fue al muelle al día siguiente, llevó la sombrilla. "Es mi sombrilla", se dijo. Se la habían regalado, de manera que tenía todo el derecho del mundo a hacer lo que quisiera con ella. Luego de aquietar su conciencia con este sofisma, se escabulló de la casa cuando nadie pudiera verla. Le dolía regalar su preciosa sombrilla, tan alegre, pero para entonces, la desesperación por averiguar lo que Dovie sabía se había vuelto demasiado fuerte como para poder resistirse.

-Aquí está la sombrilla, Dovie -dijo, sin aliento-. Ahora cuéntame el secreto.

Dovie se sorprendió. No pensaba que las cosas llegaran tan lejos... ni por un momento había creído que la madre de Nan Blythe le permitiera regalar la sombrilla roja. Apretó los labios.

-No sé si ese tono de rojo me queda bien a la cara, después de todo. Es un poco chillón. Me parece que no te lo voy a contar.

Nan tenía su carácter y Dovie todavía no la había subyugado tanto como para hundirla en una ciega sumisión. Y nada sacaba su carácter a la luz tan rápido como la injusticia.

-¡Un trato es un trato, Dovie Johnson! Tú dijiste: "La sombrilla por el secreto". Aquí está la sombrilla y tú tienes que cumplir con tu promesa.

-Ah, está bien --dijo Dovie, como con hastío.

Todo se aquietó de pronto. La brisa se había detenido. El agua dejó de gorgotear alrededor de los postes del muelle. Nan se estremeció por un éxtasis delicioso. Por fin averiguaría lo que Dovie sabía.

-Tú conoces a Jimmy Thomas, de Harbour Mouth, ¿no? -dijo Dovie-. Jimmy Thomas Seisdedos...

Nan asintió. Claro que conocía a los Thomas... al menos, sabía de ellos. Jimmy Seisdedos iba a veces a Ingleside a vender pescado. Susan decía que una nunca podía saber si tenía buena mercadería. A Nan, -el hombre no le gustaba. Era calvo, pero tenía un mechoncito de rizos blancos a ambos lados de la cabeza, y nariz roja y ganchuda. Pero, ¿qué podían tener que ver los Thomas con este asunto?

-"¿Y conoces a Cassie Thomas? prosiguió Dovie.

Nan había visto a Cassie Thomas una vez cuando Jimmy Seisdedos la había llevado con él en el carro donde llevaba el pescado. Cassie tenía más o menos la misma edad que Nan. Era una niña de rizos rojos y vivaces ojos verde grisáceos. Le había sacado la lengua a Nan.

-"Bueno... -Dovie aspiró hondo. -Esta es la verdad sobre ti: tú eres Cassie Thomas y ella

es Nan Blythe.

Nan se quedó mirando a Dovie. No tenía la menor idea de lo que Dovie quería decir. Lo que había dicho no tenía sentido.

-¿Qué... qué quieres decir?

-Es muy fácil, me parece a mí -dijo Dovie con una sonrisa compasiva. Ya que había sido obligada a contar esto, iba a hacer que valiera la pena. -Tú y ella nacieron la misma noche. Era cuando los Thomas vivían en Glen. La enfermera llevó a la melliza de Di a lo de los Thomas y la puso en la cuna, y te llevó a ti con la madre de Di. No se animó a llevarse también a Di, pero lo hubiera hecho. La enfermera odiaba a tu madre e hizo eso para vengarse. Y por eso tú eres Cassie Thomas en realidad y tendrías que estar viviendo ahí, en Harbour Mouth, y la pobre Cass tendría que estar en Ingleside en lugar de estar recibiendo el maltrato de esa madrastra que tiene. Yo le tengo muchísima lástima.

Nan creyó cada palabra de esta historia ridícula. Nunca le habían mentido en toda su vida y ni por un momento dudó de la veracidad de la historia de Dovie. Nunca se le ocurrió que alguien, y mucho menos su adorada Dovie, quisiera o pudiera inventar semejante historia. Se quedó mirándola con ojos llenos de angustia y desilusión.

-¿Cómo... cómo lo supo tu tía Kate? -murmuró, con la boca seca.

-Se lo contó la enfermera en su lecho de muerte -dijo Dovie, solemne-. Supongo que le remordía la conciencia. La tía Kate nunca se lo dijo a nadie más que a mí. Cuando vine a Glen y vi a Cassie Thomas... a Nan Blythe, quiero decir, la miré bien. Tiene cabellos rojos y ojos del mismo color que los de tu madre. Tú tienes ojos castaños y cabellos castaños. Por eso no te pareces a Di... las mellizas siempre son idénticas. Y Cass tiene las mismas orejas que tu padre...tan chatitas, pegadas, a la cabeza. No creo que ahora pueda hacerse nada. Pero a menudo he pensado que no es justo, que tú lo pases tan bien y seas tratada como una muñeca, mientras que la pobre Cass, bueno, Nan, vive en harapos, y ni siquiera tiene suficiente para comer, tantas veces. ¡Y el viejo Seisdedos, que le pega cuando llega borracho a la casa...! ¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

El dolor de Nan era más fuerte de lo que podía soportar. Ahora todo se aclaraba de una manera espantosa. A la gente siempre le había parecido extraño que ella y Di no se parecieran en nada. Era por eso.

-¡Te odio por haberme contado esto, Dovie Johnson!

Dovie se encogió de hombros.

-Yo no te dije que te iba a gustar, ¿no? Tú me obligaste a contártelo. ¿Adónde vas?

Pues Nan, blanca y mareada, se había puesto de pie.

-A casa... a contarle a mi madre -dijo, sintiéndose muy desgraciada.

-¡No puedes! ¡No debes! ¡Recuerda que juraste que no ibas a decir nada! -exclamó Dovie.

Nan la miró. Era cierto que había prometido no decir nada. Y mamá siempre decía que no había que romper una promesa.

-Yo también me voy a mi casa -dijo Dovie, no muy contenta con el aspecto de Nan.

Agarró la sombrilla y salió corriendo; sus piernas regordetas resonaban sobre el viejo muelle. Detrás de ella, quedaba una niña con el corazón destrozado, sentada entre las ruinas de su pequeño universo. Pero a Dovie no le importaba. "Pichoncita" no era una buena palabra para definir a Nan. En realidad no era demasiado divertido engañarla. Claro que le contaría todo a su madre apenas averiguara que la habían engañado.

"Es una suerte que me vaya a casa el domingo", reflexionó Dovie.

Nan se quedó sentada en el muelle durante lo que le parecieron horas...ciega, aplastada,

desesperada. ¡No era la hija de su madre! Era la hija de Jimmy Seisdedos... Jimmy Seisdedos, a quien siempre le había tenido un miedo secreto sencillamente debido a sus seis dedos. No tenía derecho a vivir en Ingleside, querida por mamá y papá. "¡Ay!" fue el profundo gemido de Nan. Mamá y papá no la querrían más, si se enteraban. Todo su amor iría a parar a Cassie Thomas.

Nan se llevó las manos a la cabeza. . -Estoy mareada -dijo.

31

-¿Cuál es la razón por la que no comes nada, preciosa? --preguntó Susan durante la cena.

-¿Estuviste mucho tiempo al sol, mi amor? -preguntó mamá, preocupada-. ¿Te duele la cabeza?

-Sí... -dijo Nan.

Pero no era la cabeza lo que le dolía. ¿Estaba mintiéndole a mamá? Y si era así, ¿cuántas mentiras más tendría que seguir diciendo? Pues Nan sabía que jamás podría volver a comer... nunca mientras ese terrible secreto fuera suyo. Y sabía que jamás podría contarle nada a mamá. No tanto por la promesa (¿no había dicho una vez Susan que era mejor romper una mala promesa que mantenerla?) sino porque lastimaría a mamá. De alguna manera, Nan sabía, sin ninguna duda, que lastimaría horriblemente a mamá. Y a mamá no se la podía... no se la debía lastimar. A papá tampoco.

Y sin embargo... estaba Cassie Thomas. No la llamaría Nan Blythe. A Nan le hacía sentir mal, más allá de toda descripción, pensar que Cassie Thomas era Nan Blythe. Se sentía como si esto la hiciera desaparecer a ella del todo. ¡Si ella no era Nan Blythe, no era nadie! No sería Cassie Thomas.

Pero Cassie Thomas la atormentaba. Por una semana, Nan se sintió acosada por ella... una horrible semana durante la cual Anne y Susan se preocuparon mucho por la niña, que no quería comer, no quería jugar y, como dijo Susan, "sólo andaba por ahí". ¿Era porque Dovie Johnson había vuelto a su casa? Nan dijo que no. Nan dijo que no era por nada. Estaba cansada, nada más. Papá la revisó y recetó una dosis de algo que Nan tomó obedientemente. No era tan feo como el aceite de ricino, pero ni siquiera el aceite de ricino era nada ahora. Nada era nada, excepto Cassie Thomas... y la horrible pregunta que había surgido de su confusión y se había apoderado de ella.

¿No tendría Cassie Thomas que recuperar sus derechos?

¿Era justo que ella, Nan Blythe -Nan se aferraba con desesperación a su identidad-, tuviera todas las cosas que le eran negadas a Cassie Thomas aunque le pertenecían por derecho? No, no era justo. Y pese a sentirse desolada, Nan estaba segura de que no era justo. En alguna parte de Iban, había un muy fuerte sentido de la justicia y del juego limpio. Y cada vez más, se le imponía la idea de que era justo que Cassie Thomas lo supiera.

Después de todo, tal vez a nadie le importara mucho. Mamá y papá estarían algo confundidos al principio, por supuesto, pero apenas supieran que Cassie Thomas era su verdadera hija, todo su amor iría a Cassie, y ella, Nan, no contaría para ellos. Mamá besaría a Cassie Thomas y le cantaría en los atardeceres de verano... le cantaría las canciones que a Nan más le gustaban...

Navegando, navegando,

un buque en el mar yo vi.
Y repleto estaba de cosas
muy hermosas para mí.

Muchas veces Nan y Di habían hablado del día en que ese buque llegara a puerto. Pero ahora las cosas hermosas - la parte que le tocaría a ella, al menos pertenecerían a Cassie Thomas. Cassie Thomas tendría su papel como Reina de las Hadas en el próximo festival de la escuela dominical, y usaría su espléndida tiara de lentejuelas. ¡Cómo había esperado eso Nan! Susan prepararía postres de frutas para Cassie Thomas, y Saucecito ronronearía para ella. Cassie jugaría con las muñecas de Nan en la casita de muñecas de Nan, con suelo cubierto de musgo, en el bosque de arces, y dormiría en su cama. ¿Le gustaría eso a Di? ¿A Di le gustaría tener a Cassie Thomas de hermana?

Llegó un día en el que Nan supo que no podía soportar más la situación. Debía hacer lo que era justo. Iría a Harbour Mouth y le contaría la verdad a los Thomas. Que ellos les contaran a papá y mamá. Nan sentía que ella no podría.

Nan se sintió un poquito mejor cuando llegó a esa decisión, pero muy, muy triste. Intentó comer un poquito porque sería la última comida que comería en Ingleside en su vida.

"A mamá siempre le voy a decir `mamá`, pensó Nan, desesperada. "Y a Jimmy Seisdedos no le voy a decir `papá'. Lo llamaré `señor Thomas', con todo respeto. No puede molestarle eso."

Pero algo le hizo sentir un ahogo. Al levantar la mirada, se encontró con los ojos de Susan, que prometían aceite de ricino. Susan ignoraba que ella no estaría allí para tomarlo, a la hora de acostarse. Cassie Thomas tendría que tragárselo. Esto era algo que Nan no le envidiaba a Cassie Thomas.

Nan salió inmediatamente después de comer. Debía ir antes de que oscureciera, o le faltaría coraje. Se dejó puesto su vestido de jugar, de zaraza a cuadros, pues no se animó a cambiárselo, para que Susan o mamá no fueran a preguntar por qué se cambiaba. Además, todos sus lindos vestidos en realidad le pertenecían a Cassie Thomas. Pero sí se puso el delantal nuevo que le había hecho Susan... un delantal tan precioso con festones rojos. Nan adoraba ese delantal. Seguro que Cassie Thomas no se lo reclamaría.

Caminó hasta el pueblo, lo cruzó, pasó el camino del muelle y tomó el del puerto. Era una galante e indómita figura. Nan no tenía idea de que era una heroína. Al contrario, se sentía muy avergonzada de sí misma porque era tan difícil hacer lo que era correcto y justo, tan difícil no odiar a Cassie Thomas, tan difícil no temer a Jimmy Seisdedos, tan difícil no dar media vuelta y volver corriendo a Ingleside.

El cielo estaba encapotado. Sobre el mar pendía una pesada nube oscura, como un inmenso murciélago negro. Relámpagos intermitentes jugueteaban sobre el puerto y las colinas boscosas, más allá. El grupito de casas de los pescadores, en Harbour Mouth, yacía bañado en una luz roja que escapaba por debajo de la nube. Aquí y allí, había esferas de agua que brillaban como grandes rubíes. Un barco silencioso, de velas blancas, pasaba junto a las oscuras dunas envueltas en niebla hacia el misterioso océano que lo llamaba; las gaviotas lanzaban gritos extraños.

A Nan no le gustaba el olor de las casas de los pescadores ni los grupos de niños sucios que jugaban, peleaban y gritaban sobre la arena. Los chicos la miraron con curiosidad cuando ella se detuvo a preguntarles cuál era la casa de Jimmy Seisdedos.

-Ésa de ahí -dijo un chico, señalando-. ¿Para qué lo necesitas?

-Gracias -dijo Nan, y se volvió.

Librodot

-¿Ésos son los modales que tienes? -gritó una chica-. ¡Es demasiado presumida para contestar una sencilla pregunta!

El chico se paró frente a ella.

-¿Ves esa casa detrás de la de los Thomas? -dijo-. Adentro hay una serpiente marina. Te voy a encerrar ahí, si no me dices para qué necesitas a Jimmy Seisdedos.

-Vamos, Señorita Orgullosa --se burló la niña grande-. Tú eres de Glen y todos los de Glen piensan que son gente importante. ¡Contéstale a Bill!

-Si no tienes cuidado -dijo otro chico-, yo voy a ahogar unos gatitos y es muy probable que te ahogue a ti también.

--Si tienes una moneda, te vendo un diente -dijo una niña morena, sonriendo-. Ayer me sacaron uno.

-No tengo una moneda y tu diente no me serviría de nada -dijo Nan, juntando un poco de coraje-. Déjenme tranquila.

-¡No me hables así! -dijo la niña.

Nan salió corriendo. El chico de la serpiente marina estiró el pie y le hizo una zancadilla. Nan cayó de bruces sobre la arena. Los otros estallaron en carcajadas.

-Ahora no vas a andar con la cabeza en las nubes, creo -dijo la niña morena-. ¡Vienes a mostrarte con tus festones rojos!

Entonces, alguien exclamó :

— ¡Ahí viene el bote de Blue Jack!

Y todos se fueron corriendo. La nube negra estaba más baja y todas las esferas color rubí ahora eran grises.

Nan se levantó. Tenía el vestido lleno de arena pegoteada y las medias sucias. Pero estaba libre de sus torturadores. ¿Serían éstos sus compañeros de juegos en el futuro?

No debía llorar... ¡no debía! Subió los destartalados escalones de madera que llevaban a la puerta de Jimmy Seisdedos. Como todas las casas de Harbour

Mouth, la de Jimmy Seisdedos estaba levantada sobre parantes de madera para quedar fuera del alcance de alguna marea desusadamente alta, y el espacio bajo la casa estaba lleno de un revoltijo de platos rotos, latas vacías, viejas trampas para langostas y todo tipo de basura. La puerta estaba abierta y Nan miró hacia una cocina como no había visto otra igual en toda su vida. El piso sin alfombrar estaba sucio y el cielo raso manchado y negro de humo; el fregadero estaba lleno de platos sucios. Sobre la desvencijada y vieja mesa de madera, se veían aún los restos de una comida y unas inmundas moscas negras se posaban en ellos. Una mujer con los cabellos grises muy desprolijos estaba sentada en una mecedora, acunando a una niña muy gordita... una niña gris de mugre.

-'Mi hermana', pensó Nan.

No había señal de Cassie ni de Jimmy Seisdedos, y Nan agradeció la ausencia de este último.

-¿Quién eres tú y qué quieres? -preguntó la mujer de no muy buen modo.

No invitó a Nan a pasar, pero Nan entró. Comenzaba a llover y un trueno hizo estremecer la casa. Nan sabía que debía decir lo que había ido a decir antes de que le fallara el coraje, o de lo contrario daría media vuelta y saldría corriendo de esa casa espantosa con esa niña espantosa y esas moscas espantosas.

-Quiero ver a Cassie, por favor -dijo-. Tengo algo importante para decirle.

-¡No me digas! -dijo la mujer-. Ha de ser muy importante, a juzgar por tu tamaño. Bueno, pero Cass no está en casa. El padre la llevó a Upper Glen a dar una vuelta, y con esta tormenta

ahora no sé cuándo volverán.

Nan se sentó en una silla rota. Sabía que la gente de Harbour Mouth era pobre pero no sabía que era así. La señora de Tom Fitch, en Glen, era pobre, pero la casa de la señora de Tom Fitch estaba tan prolija y tan limpia como Ingleside. Claro que, como todo el mundo sabía, Jimmy Seisdedos se gastaba en alcohol todo lo que ganaba. ¡Y ésta sería su casa de ahora en adelante!

"Bueno, trataré de limpiarla", pensó Nan, desolada. Pero el corazón le pesaba como plomo. El fuego del autosacrificio que la había hecho seguir adelante se había apagado.

"¿Para qué quieres ver a Cass? -preguntó la señora Seisdedos con curiosidad, mientras le limpiaba la carita sucia a la bebita con un delantal todavía más sucio-. Si es por ese concierto de la escuela dominical, no puede ir y no se habla más. No tiene nada que ponerse. ¿Cómo puedo hacer para vestirla? Te pregunto.

-No, no es por el concierto -dijo Nan, pesadamente. Bien podría contarle toda la historia a la señora Thomas. Tendría que saberla, de todas formas. -Vine a decirle... a decirle que... ¡que ella es yo y yo soy ella!

Tal vez habría que disculpar a la señora Seisdedos por no considerar eso muy lúcido.

-Debes de estar loca -dijo-. ¿Qué diablos quieres decir?

Nan levantó la cabeza. Lo peor ya había pasado.

-Quiero decir que Cassie y yo nacimos la misma noche y... y la enfermera nos cambió porque odiaba a mamá y... y Cassie tendría que estar viviendo en Ingleside... y teniendo ventajas.

Esta última frase se la había oído a la maestra de la escuela dominical, pero Nan pensó que le daba un final muy digno a un discurso muy torpe.

La señora Seisdedos se quedó mirándola.

¿Quién está loca? ¿Tú o yo? Lo que has dicho no tiene ningún sentido. ¿Quién te contó semejante disparate?

Dovie Johnson.

La señora Seisdedos echó hacia atrás su cabeza despeinada y se puso a reír. Estaría sucia y desarreglada pero tenía una linda risa.

-Tendría que haberlo sabido. He estado todo el verano lavando la ropa de su tía, y esa chica es insoportable. Caramba, ¡cómo se divierte engañando a la gente! Bueno, pequeña señorita como sea que te llames, será mejor que no creas todo lo que te cuente Dovie porque si no, te hará bailar como a un monito.

-¿Quiere decir que no es cierto? --preguntó Nan, sin aliento.

-No es posible. Gloria santa, has de ser muy verde para creerte algo así. Cass tiene que ser más de un año mayor que tú. Pero, ¿quién eres, después de todo?

-Yo soy Nan Blythe. -¡Ah, hermoso pensamiento! ¡Ella era Nan Blythe!

-¡Nan Blythe! ¡Una de las mellizas de Ingleside! Sí, recuerdo la noche que tú naciste. Yo había ido a Ingleside a hacer una diligencia. No estaba casada con Seisdedos todavía... lástima haberlo hecho... y la madre de Cass estaba viva y sana, y Cass empezaba a caminar. Tú te pareces a la madre de tu padre... ella estaba allí también esa noche, orgullosa como una gallina con sus nietas mellizas. Y pensar que tienes tan poco criterio que vas y le crees cualquier cosa a cualquiera...

-Tengo la costumbre de creerle a la gente -dijo Nan, y se levantó con cierta majestuosidad, pero demasiado inmersa en un delirio de felicidad como para querer ser despectiva con la señora Seisdedos.

-Bueno, es una costumbre que harías bien en quitarte en un mundo como éste -dijo la

señora Seisdedos, cínicamente-. Y deja de andar con niñas a las que les gusta engañar a la gente. Siéntate, niña. No puedes irte a tu casa hasta que no pare de llover. Cae agua a baldes y está oscuro como boca de lobo ahí afuera. Pero, ¡se fue! ¡La niña se fue!

Nan ya había desaparecido en medio de la lluvia. Nada que no fuera el júbilo provocado por las aseveraciones de la señora Seisdedos podrían haberla llevado a su casa con semejante tormenta. El viento la empujaba, la lluvia le chorreaba por el cuerpo, los tremendos truenos la hacían pensar que el mundo se partía en dos. Sólo el incesante resplandor azul y helado de los relámpagos le mostraban el camino. Una y otra vez resbaló y cayó. Pero por fin llegó, tambaleante y empapada, al vestíbulo de Ingleside.

Mamá corrió y la tomó en sus brazos.

-¡Mi amor, qué susto nos diste! Ah, pero, ¿dónde estabas?

-Sólo espero que Jem y Walter no se mueran de una pulmonía por estar ahí afuera bajo la lluvia, buscándote -dijo Susan, con la dureza de la tensión vivida en la voz.

Nan estaba casi sin aliento. Sólo podía jadear, mientras sentía los brazos de mamá sosteniéndola.

-Ay, mamá. Soy yo... de verdad, soy yo: No soy Cassie Thomas y nunca volveré a ser nadie más que yo.

-Pobre criatura, está delirando -dijo Susan-. Habrá comido algo que le cayó mal.

Anne bañó a Nan y la acostó antes de dejarla hablar. Entonces sí escuchó toda la historia.

-Ay, mamá... ¿de verdad soy tu hija?

-Por supuesto, mi amor. ¿Cómo pudiste creer que no?

-Nunca creí que Dovie pudiera contarme una mentira... Dovie. Mamá, ¿se le puede creer a alguien? Jen Penny le contó unas historias horribles a Di...

-Ésas son dos niñas de entre todas las niñas que ustedes conocen, mi amor. Ninguna de tus otras compañeritas de juegos te ha contado nunca nada que no fuera cierto. Hay gente así en el mundo, adultos lo mismo que niños. Cuando seas un poquito mayor sabrás "separar el trigo del heno".

-Mamá, me gustaría que Walter, Jem y Di no supieran lo tonta que he sido.

-No tienen por qué saberlo. Di fue a Lowbridge con papá, y a los niños podemos decirles que te alejaste demasiado por el camino a Harbour y te sorprendió la tormenta. Fuiste una tonta en creerle a Dovie, pero fuiste una niña muy valiente al ir a ofrecerle a la pobrecita Cassie Thomas lo que tú creías que era su lugar. Mamá está muy orgullosa de ti.

La tormenta había pasado. La luna iluminaba un mundo feliz.

"¡Ah, qué contenta estoy de ser yo!", fue lo último que pensó Nan antes de quedarse dormida.

Gilbert y Anne entraron más tarde a contemplar las caritas dormidas, tan dulcemente cerca la una de la otra. Diana dormía con las comisuras de la firme boquita apretadas, pero Nan se había quedado dormida sonriendo. Gilbert había escuchado la historia y estaba tan enojado, que era una suerte para Dovie encontrarse a cincuenta kilómetros de distancia. Pero Anne tenía remordimientos de conciencia.

-Tendría que haber averiguado qué estaba preocupándola. Pero he estado tan ocupada con otras cosas esta semana... cosas que en realidad no tenían la menor importancia comparadas con la desdicha de una criatura. Piensa en lo que ha sufrido la pobrecita.

Se arrodilló, arrepentida, deleitándose en ellas. Todavía eran suyas... totalmente suyas, para cuidar, querer y proteger. Todavía venían a ella con todo el amor y el dolor de sus corazoncitos. Por algunos años más, serían suyas... ¿y después? Anne se estremeció. La

maternidad era muy dulce, pero muy terrible.

"Me pregunto qué les deparará la vida -susurró.

-Al menos, esperemos confiados en que las dos consigan un marido tan bueno como el que consiguio la madre --dijo Gilbert, bromeando.

32

-De modo que las señoras de la Asociación de Beneficencia van a tener su sesión de costura en Ingleside --dijo el doctor-. Prepare todos sus mejores platos, Susan, y traiga muchas escobas para barrer después los fragmentos de las buenas reputaciones.

Susan sonrió con condescendencia, como mujer tolerante de la poca comprensión masculina respecto a las cosas vitales, pero no tenía ganas de sonreír... al menos hasta que no se hubiera decidido todo lo concerniente a la comida de la Asociación de Beneficencia.

-Pastel de pollo caliente -siguió murmurando-, puré de papas y arvejas a la crema para el plato principal. Y será una excelente oportunidad para estrenar el nuevo mantel de encaje, mi querida señora. En Glen nunca se ha visto algo parecido y seguro que causará sensación. Ansío ver la cara de Annabel Clow cuando lo vea. ¿Va a poner también la cesta azul y plata para las flores?

Sí, llena de pensamientos y helechos amarillos verdosos del bosque de arces. Y quiero que ponga cerca esos tres magníficos geranios suyos en algún lugar... en la sala, si nos instalamos a coser allí, o junto a la baranda de la galería, si no hace frío y podemos trabajar afuera. Me alegro de que nos queden tantas flores. El jardín nunca ha estado tan hermoso como este verano, Susan. Pero todos los otoños digo lo mismo, ¿no?

Había muchas cosas para organizar. Quién se sentaría junto a quién... no se podía, por ejemplo, sentar a la señora de Simon Millison junto a la señora de William McCreery, pues no se hablaban debido a un antiguo entredicho que databa de la época en que iban a la escuela. Luego estaba la cuestión de a quién invitar... porque era privilegio de la anfitriona invitar a algunas otras señoras además de aquellas que pertenecían a la Asociación.

-Voy a invitar a la señora Best y a la señora Campbell -dijo Anne.

Susan vaciló.

-Son recién llegadas, mi querida señora -dijo, como quien dice: "Son cocodrilos".

-El doctor y yo también fuimos recién llegados, Susan.

-Pero el tío del doctor estuvo años aquí, antes de eso. Nadie sabe nada de estos Best y Campbell. Claro que es su casa, mi querida señora, y, ¿quién soy yo para objetar a quién usted desee recibir en ella? Recuerdo una sesión de costura en lo de la señora de Carter Flagg hace muchos años, cuando la señora Flagg invitó a una señora desconocida. ¡Vino con un vestido de franela, mi querida señora! Dijo que no pensaba que una reunión de Damas de Beneficencia fuera una ocasión para vestirse. Al menos eso no sucederá con la señora Campbell. Viste muy bien... aunque yo no me imagino con un traje azul violáceo en la iglesia.

Anne tampoco se la imaginaba, pero no se atrevió a sonreír.

-A mí, ese vestido me pareció precioso, con los cabellos plateados de la señora Campbell, Susan. A propósito, me pidió su receta de la salsa de grosellas con especias. Dice que la probó en la cena de la Cosecha y la encontró deliciosa.

Librodot

Ah, bueno, mi querida señora, no cualquiera sabe hacer la salsa de grosellas con especias...

Y ya no se mencionaron los vestidos color azul violáceo. De ahora en adelante, la señora Campbell podía aparecerse ataviada con la vestimenta de una isleña de Fidji si lo deseaba, que igual Susan le encontraría alguna excusa.

Los meses jóvenes habían envejecido pero el otoño seguía recordando al verano, y el día de costura fue más un día de junio que de octubre. Todas las integrantes de la Asociación de Damas de Beneficencia que pudieron ir, fueron, y disfrutaron por anticipado de un buen plato de chismes y una cena en Ingleside, además de la posibilidad de ver algunas cosas lindas en lo referente a la moda, pues la esposa del médico había estado en la ciudad recientemente.

Susan, sin dejarse agobiar por las responsabilidades culinarias que se habían concentrado en ella, iba de un lado a otro, acompañando a las señoras al lavabo, serena en la certeza de que ninguna de ellas poseía un delantal adornado con puntilla de doce centímetros de ancho hecha con hilo n° 100. La semana anterior, Susan había ganado el primer premio en una exposición en Charlottetown con esa puntilla. Ella y Rebecca Dew se habían citado allí y lo habían pasado espléndido. Esa noche, la Susan que volvió a casa era la mujer más orgullosa de la Isla Príncipe Eduardo.

El aspecto de Susan era de un perfecto dominio de sí misma, pero sus pensamientos eran otra cosa, a veces condimentados con una pizca de malicia.

Ahí está Celia Reese, buscando algo de qué reírse, como siempre. Bueno, no lo va a encontrar en nuestra mesa, de eso no hay cuidado. Myra Murray... de terciopelo rojo... un poco demasiado suntuoso para una reunión de costura, en mi opinión, pero no niego que le sienta bien. Al menos no se puso un vestido de franela. Agatha Dew... con los anteojos atados con una cuerdita, congo siempre. Sarah Taylor... puede ser su última reunión de costura... tiene el corazón en muy mal estado, dice el doctor, pero, ¡qué espíritu! La señora de Donald Reese... gracias a Dios que no trajo a Mary Anna, pero sin duda ya vamos a oír mucho de ella. Jabe Burr, de Upper Glen. Ella no es miembro de la Asociación. Bueno, contaré las cucharas después de comer, que no quepa la menor duda. Todos los de esa familia tienen las manos rápidas. Candace Crawford... no se toma a menudo el trabajo de asistir a una reunión de la Asociación, pero una reunión de costura es un buen lugar para exhibir su lindas manos y su anillo de diamantes. Enema Pollock... mostrando la enagua por debajo del vestido, por supuesto... linda mujer pero sin cabeza como toda su raza. Tillie MacAllister... no vayas a tirar la gelatina sobre el mantel, como hiciste en la reunión de la señora Palmer. Martha Crothers... por una vez vas a comer una comida congo la gente. Es una lástima que tu esposo no haya podido venir también... he oído decir que tiene que vivir a nueces o algo parecido. La señora del vicario Baxter... tengo entendido que el vicario le ha espantado Harold Reese a Mina, por fin. Harold siempre tuvo un hueso de pechuga de gallina en lugar de columna vertebral, y su corazón débil nunca ha conquistado a danza hermosa, como dice el Buen Libro. Bueno, tenemos suficiente para dos cobertores, y algunas otras para enhebrar las agujas.

Se sacaron los cobertores a la amplia galería y todo el mundo estuvo ocupado con manos y lenguas. Anne y Susan estaban en la cocina, atareadas en la preparación de la comida, y Walter –que ese día no había ido a la escuela por un leve dolor de garganta- estaba sentado en los escalones de la galería, oculto a la vista de las costureras por una cortina de ramas. A él siempre le gustaba escuchar las conversaciones de los grandes. Decían cosas tan sorprendentes, tan misteriosas... cosas en las que uno después podía pensar y con las que se podía bordar un tapiz de historias, cosas que reflejaban los colores y las sombras, las comedias y las tragedias, los júbilos

y las penas, de cada familia de Four Winds.

De todas las mujeres presentes, a Walter le gustaba más Myra Murray, con su carcajada fácil y contagiosa y esas arruguitas tan lindas que se le hacían alrededor de los ojos. Podía contar una historia de lo más sencilla y hacerla parecer interesante y vital; alegraba la vida dondequiera que iba, y estaba tan linda con su vestido de terciopelo color cereza, con las suaves ondas de sus cabellos negros y las piedrecillas rojas de sus pendientes. La señora de Tom Chubb, que era delgada como un alfiler, no le gustaba tanto... tal vez porque una vez la había escuchado referirse a él como "un niño enfermizo". Pensó que la señora de Allan Milgrave era idéntica a una gallina gris, y la señora de Grant Clow no era otra cosa que un barril con patas. La joven señora de David Ransome, con sus cabellos color miel, era muy hermosa, "demasiado hermosa para una granja", había dicho Susan cuando Dave se casó con ella. La joven recién casada, esposa de Morton MacDougall, parecía una amapola blanca adormilada. Edith Bailey, la modista de Glen, con sus rizos plateados y sus vivaces ojos negros, no parecía para nada "una vieja solterona".

A Walter le gustaba la señora Meade, la mayor de las señoras, que tenía ojos bondadosos, tolerantes, y escuchaba mucho más de lo que hablaba, y no le gustaba Celia Reese, con su aire solapado y risueño, como si estuviera riéndose de todo el mundo.

Las costureras todavía no se habían puesto a hablar... comentaron sobre el tiempo y decidieron si coserían en abanico o en rombos, de modo que Walter pensaba en la belleza del día maduro, del inmenso parque con sus árboles maravillosos, y en el mundo, que parecía haber sido abrazado por un Gran Ser de brazos dorados. Las hojas manchadas caían lentamente, pero las señoriales malvarrosas seguían vivaces contra el muro de ladrillo, y los álamos tejían su embrujo a lo largo del sendero hasta el granero. Walter estaba tan absorto en la belleza que lo rodeaba, que la conversación de las costureras estaba en lo mejor cuando retomó la conciencia gracias a un comentario de la señora de Simon Millison.

-Esa familia fue famosa por sus sensacionales funerales. ¿Alguna de ustedes, si estuvo presente, podría jamás olvidar lo que pasó en el funeral de Peter Kirk?

Walter aguzó los oídos. Esto sonaba interesante. Pero, para decepción suya, la señora Millison no siguió contando qué había sucedido. O todas habían estado en el funeral o ya habían escuchado la historia.

(Pero, ¿por qué parecen todas tan incómodas?)

-No hay duda de que todo lo que dijo Clara Wilson de Peter era cierto, pero está muerto y enterrado, pobre hombre, así que dejémoslo descansar en paz -dijo la señora de Tom Chubb, muy virtuosamente, como si alguien hubiera propuesto exhumarlo.

- Mary Anna siempre dice cosas tan inteligentes...

--Dijo la señora de Donald Reese-. ¿Saben lo que me dijo el otro día cuando estábamos saliendo para el funeral de Margaret Hollister? "Ma", me dice, "¿va a haber helado en el funeral?"

Algunas mujeres intercambiaron furtivas sonrisas de complicidad. La mayoría ignoró a la señora de Reese. Era en verdad lo único que se podía hacer cuando ella empezaba a meter a Mary Anna en la conversación, como hacía invariablemente, fuera oportuno o no. Si se la alentaba en lo más mínimo, era enloquecedora. "¿Saben lo que dijo Mary Anna?", era una clara alusión en Glen.

-Hablando de funerales -dijo Celia Reese-, hubo uno muy extraño en Mowbray Narrows, cuando yo era chica. Stanton Lane se había ido al Oeste y llegó la noticia de que se había muerto. Los parientes mandaron un cable para pedir que enviaran el cuerpo; cuando llegó, Wallace MacAllister, el de la funeraria, les aconsejó que no abrieran el féretro. El funeral había empezado hacía rato cuando hizo su aparición el mismísimo Stanton Lane, vivito y coleando. Nunca

averiguaron quién era el cadáver.

-¿Qué hicieron con él? --preguntó Agatha Dew.

-Y, lo enterraron. Wallace dijo que no se podía posponer. Pero mal se lo podía considerar un funeral; todo el mundo estaba tan contento con el regreso de Stanton... El señor Dawson cambió el último himno y en lugar de cantar Hallad consuelo, cristianos, cantaron A veces nos sorprende una luz, pero casi todos los presentes fueron de la opinión de que tendría que haber dejado el primero.

¿Saben lo que dijo Mary Anna el otro día? Me dice: "Ma, ¿los ministros lo saben todo?"

-El señor Dawson siempre perdía la cabeza en las crisis -dijo Jane Burr-. Upper Glen era parte de su parroquia entonces y recuerdo un domingo en el que despidió a la congregación pero luego se acordó de que no se había hecho la colecta. Qué se le ocurre entonces sino agarrar una de las cajas de la colecta y correr por el patio con ella. Les aseguro -agregó Jane- que ese día contribuyeron muchos que nunca daban nada. No querían negársele al ministro. Pero no fue muy digno.

-Lo que yo tenía en contra del señor Dawson --dijo la señorita Cornelia- era lo despiadadamente largas que eran sus oraciones en los funerales. Llegaba a tal punto, que algunos decían que envidiaban al muerto. Se superó a sí mismo en el funeral de Letty Grant. Yo vi que la madre de ella estaba a punto de desmayarse, y entonces le hundí el paraguas en la espalda al señor Dawson y le dije que ya había rezado lo suficiente.

Él enterró a mi pobre Jarvis -dijo la señora de George Carr, lagrimeando. Siempre lloraba cuando hablaba de su esposo aunque éste llevaba veinte años muerto.

-Su hermano también era ministro --dijo Christine Marsh-. Estuvo en Glen cuando yo era chica. Una noche tuvimos un concierto en la sala y, como él era uno de los oradores, estaba sentado sobre el estrado. Era tan nervioso como el hermano y no dejaba de hacer retroceder su silla más y más hasta que de pronto se cayó, con silla y todo, y aterrizó sobre el cantero de flores y plantas que habíamos puesto como adorno alrededor. Lo único que se veía de él eran los pies asomados por encima del estrado. Por alguna razón, después de eso sus sermones no me impresionaron. Tenía los pies tan grandes...

-El funeral de Lane pudo haber sido una desilusión -dijo Emma Pollock , pero al menos fue mejor que no haber tenido funeral. ¿Recuerdan el enredo Cromwell?

Hubo un coro de risas evocadoras.

-Cuéntenos la historia -dLijo la señora Campbell-. Recuerde, señora Pollock, que yo soy una extraña aquí y las sagas de las familias me son desconocidas.

Enema no sabía lo que significaba la palabra "sagas" pero le encantaba contar historias.

Abner Cromwell vivía cerca de Lowbridge en una de las granjas más grandes del distrito, y en esa época era miembro del Parlamento Provincial. Era uno de los gallos más encocorados del corral tory y conocía a cualquier persona de importancia en la Isla. Estaba casado con Julie Flagg, hija de una Reese y nieta de una Clow, de modo que estaban relacionados con casi todas las familias de Four Winds, también.

"Un día salió un anuncio en el Daily Enterprise, según el cual el señor Abner Cromwell había fallecido súbitamente en Lowbridge y el funeral tendría lugar a las dos de la tarde del día siguiente. Por alguna razón, la familia de Abner Cromwell no vio el anuncio, y por supuesto que en esa época no había teléfonos en las zonas rurales. A la mañana siguiente, Abner se fue a Halifax para asistir a una convención liberal. A las dos de la tarde empezó a llegar la gente para el funeral; venían temprano para conseguir un buen asiento, pensando que habría una gran multitud en razón de ser Abner hombre tan prominente. Y hubo una gran multitud, pueden

creerme. En kilómetros a la redonda, las carreteras eran una caravana de carruajes, y la gente siguió llegando hasta las tres. La esposa de Abner se enloquecía tratando de convencer a la gente de que su esposo no había muerto. Al principio, algunos no querían creerle. Ella me contó, llorando, que hasta parecían creer que ella quería irse con el cadáver. Y cuando por fin se convencieron, actuaban como si pensaran que Abner tendría que haberse muerto. Le pisotearon todos los canteros del jardín, de los que ella estaba tan orgullosa. Llegaron, además, muchos parientes lejanos, quienes esperaban que se les proporcionara comida y camas para pasar la noche, y ella no había cocinado mucho... Julie nunca fue muy previsora, eso hay que admitirlo. Cuando Abner llegó a su casa, dos días después, la encontró en la cama con los nervios a la miseria; le llevó meses recuperarse. No probó bocado en seis semanas... bueno, prácticamente. Oí decir que ella había comentado que, si hubiera habido un funeral, no podría haberse sentido más conmocionada. Pero yo nunca creí que de verdad hubiera dicho semejante cosa.

-Nunca se sabe -dijo la señora de William MacCreery-. La gente dice cada cosa... Cuando las personas están alteradas salta la verdad. Clarice, la hermana de Julie, fue y cantó en el coro como siempre el primer domingo después del entierro de su esposo.

-Ni siquiera el funeral de un esposo podía moderar a Clarice durante mucho tiempo -dijo Agatha Drew-. No tenía la menor solidez. Siempre bailando y cantando.

-Yo solía bailar y cantar... en la playa, cuando no me oía nadie -dijo Myra Murray.

Ah, pero te has vuelto un poco más cuerda desde entonces -dijo Agatha.

-Noooo, un poco más tonta -dijo Myra Murray, despacio-. Ahora soy demasiado tonta como para ir a bailar a la playa.

-Al principio --continuó Emma, porque no quería que le quitaran la posibilidad de contar una historia completa- pensaron que alguien había puesto el anuncio para hacer una broma, porque Abner había perdido las elecciones unos días antes; pero resultó que era por un tal Amasa Cromwell, que vivía en los bosques dei otro lado de Lowbridge, y no era pariente suyo. Éste había muerto de verdad. Pero pasó mucho tiempo antes de que la gente le disculpara a Abner la desilusión, si es que lo hicieron alguna vez.

-Bueno, fue un inconveniente viajar toda esa distancia, en época de siembra, además, para encontrarse con que uno había hecho el viaje por nada -dijo la señora de Tom Chubb, a la defensiva.

-Y por lo general, a la gente le gustan los funerales -dijo la señora de Donald Reese, animada-. Somos todos como niños, creo. Yo la llevé a Mary Anna al funeral de su tío Gordon, y lo disfrutó tanto... "Ma, ¿no podemos desenterrarlo, así podremos enterrarlo otra vez?", me dice.

Con esto sí todas se rieron... todas salvo la señora del vicario Baxter, que tensó su rostro alargado y delgado y tironeó despiadadamente del cobertor. No quedaba nada sagrado ya. Todo el inundo se reía de todo. Pero ella, la esposa de un vicario, no toleraría que se rieran en relación con un funeral.

-Hablando de Abner, ¿recuerdan el obituario que su hermano John le escribió a su propia esposa? -preguntó la señora de Allan Milgrave-. Comenzaba diciendo: "Dios, por razones que sólo Tú conoces, te has llevado a mi hermosa esposa y has dejado viva a la esposa de mi primo William, que es tan fea". ¡Nunca olvidaré el lío que se armó!

¿Pero cómo llegaron a imprimir algo así, en primer lugar? -preguntó la señora Best.

-Bueno, él era jefe de redacción del Enterprise en ese entonces. Adoraba a su esposa, Bertha Morris, era ella, y odiaba a la esposa de William Cromwell porque ella no había querido que él se casara con Bertha. Ella decía que Bertha era voluble.

-Pero era bonita -dijo Elizabeth Kirk.

-La mujer más bonita que he visto en mi vicia -concedió la señora Milgrave-. Todos los Morris son lindos pero volubles... como el viento. Nadie entendió jamás cómo fue que ella mantuvo su decisión de casarse con John el tiempo suficiente como para efectivamente casarse. Dicen que la madre se puso firme. Bertha estaba enamorada de Fred Reese, pero él era famoso por seductor. "Más vale pájaro en mano que cien volando", le dijo a Bertha su madre.

-Yo he escuchado ese refrán toda la vida -dijo Myra Murray-, y no sé si es verdad. Tal vez los pájaros que vuelan puedan cantar y el que está en la mano, no.

Nadie supo bien qué decir, pero la señora de Tom Chubb igual dijo algo.

-Siempre tan extravagante, Myra.

¿Saben lo que me dijo Mary Anna el otro día? - dijo la señora Reese-. Me dice: "Ma, ¿qué voy a hacer si nadie nunca me propone casamiento?"

-Vosotras, las viejas solteronas, podemos contestarle, ¿no? -dijo Celia Reese, dándole un suave codazo a Edith Bailey. A Celia no le gustaba Edith porque Edith era todavía bonita y no estaba del todo fuera de carrera.

-Gertrude Cromwell era de verdad muy fea --dijo la señora de Grant Clow-. Tenía el cuerpo chato como una tabla. Pero era una excelente ama de casa. Lavaba todas las cortinas todos los meses, y si Bertha lavaba las suyas una vez al año, ya era demasiado. Y los cubrecortinas estaban siempre torcidos. Gertrude decía que le daba escalofríos pasar por la casa de John Cromwell. Y sin embargo, John Cromwell adoraba a Bertha, y William apenas soportaba a Gertrude. Los hombres son muy raros. Dicen que William se quedó dormido la mañana de su boda y se vistió tan a las corridas, que llegó a la iglesia con zapatos y medias viejos.

-Pero eso fue mejor que lo que le pasó a Oliver Random ---rió la señora de George Carr-. Él se olvidó de mandarse a hacer un traje para la boda, y su traje de ir a la iglesia estaba imposible. Tenía remiendos. Así que le pidió prestado el mejor traje a su hermano. Le quedó más o menos.

-Y al menos William y Gertrude llegaron a casarse -dijo la señora de Millison-. Su hermana Caroline no se casó. Ella y Ronny Drew se pelearon por cuál ministro los casaría y nunca se casaron. Ronny se enfureció tanto que fue y se casó con Edna Stone antes de tener tiempo de tranquilizarse. Caroline fue a la boda. Mantuvo la frente en alto, pero su cara era la muerte misma.

-Pero al menos contuvo la lengua -dijo Sarah Taylor-. No como Philippa Abbey. Cuando Jim Mowbray la dejó plantada, ella fue a la iglesia y dijo las cosas más duras en voz alta durante toda la ceremonia. Eran todos anglicanos, por supuesto -dijo Sarah Taylor para terminar, como si eso explicara cualquier extravagancia.

¿Es verdad que después fue a la recepción con todas las joyas que Jim le había regalado cuando eran novios? preguntó Celia Reese.

-¡No, de ninguna manera! Juro que no sé de dónde salen esas historias. Se diría que hay gente que no se dedica más que a repetir chismes. Creo que Jim Mowbray vivió para que llegara el día en que deseó haberse quedado con Philippa. Su esposa lo tenía con las riendas muy cortas... aunque él siempre se divertía en ausencia de ella.

—La única vez que yo vi a Jim Mowbray fue la noche en que los escarabajos casi espantan a la congregación en el servicio del aniversario en Lowbridge -dijo Christine Crawford-. Y lo que no hicieron los escarabajos lo terminó de hacer Jim Mowbray. Era una noche de calor y tenían todas las ventanas abiertas. Los escarabajos habían entrado de a cientos. A la mañana siguiente, recogieron ochenta y siete escarabajos muertos del estrado del coro. Algunas de las mujeres se pusieron histéricas cuando los escarabajos les volaron demasiado cerca de la cara.

Justo del otro lado del pasillo, estaba sentada la esposa del nuevo ministro, la señora de Peter Loring. Tenía un inmenso sombrero con puntillas y plumas.

-Se la consideraba demasiado vistosa en su manera de vestir, muy extravagante para ser la esposa de un ministro --interpuso la señora del vicario Baxter.

-"Miren cómo le vuelo el escarabajo del sombrero a la esposa del predicador", oí que susurraba Jim Mowbray... estaba sentado justo detrás de ella. Se inclinó hacia adelante y le lanzó un golpe al escarabajo. Le erró pero le dio al sombrero, y lo mandó rodando por el pasillo justo hasta la baranda de la comunión. A Jim casi le da un ataque. Cuando el ministro vio el sombrero de su esposa, que se le acercaba volando por los aires, perdió el lugar en el sermón, no pudo encontrarlo y se rindió, impotente. El coro cantó el último himno, espantando escarabajos todo el tiempo. Jim fue a buscar el sombrero para devolvérselo a la señora Loring. Esperaba que ella lo reprendiera, porque se decía que tenía mucho carácter. Pero ella se lo caló sobre sus hermosos cabellos rubios, y se rió. "Si usted no hubiera hecho esto", dijo, "Peter habría continuado hablando veinte minutos más, y nos hubiéramos vuelto todos locos." Claro que fue una delicadeza de su parte no enojarse, pero la gente pensó que no era apropiado que dijera eso del esposo.

-Pero deben recordar cómo nació ella -dijo Martha Crother.

-¿Por qué? ¿Cómo nació?

-Ella era Bessy Talbot, del Oeste. Una noche, la casa del padre se incendió y en medio del caos y el alboroto nació Bessy... en el jardín,.. bajo las estrellas.

-¡Qué romántico! -dijo Myra Murray. -¡Romántico! En mi opinión, es a gatas respetable.

-¡Pero piensen en nacer bajo las estrellas! -dijo Myra, soñadora-. Claro, habrá sido una hija de las estrellas: centelleante, hermosa, valiente, veraz, con un destello en los ojos.

-Era todo eso --dijo Martha-, fuera por las estrellas o no. Y pasó tiempos difíciles en Lowbridge, donde se pensaba que la esposa de un ministro debla ser modosita y seria. Bueno, cierta vez, uno de los vicarios la sorprendió bailando alrededor de la cuna de su hijo, y le dijo que no debía regocijarse por su hijo hasta no saber si el pequeño era un elegido o no.

-Hablando de niños, ¿saben lo que me dijo Mary Anna el otro día? "Ma", me dice, "¿las reinas tienen bebés?"

-Habrá sido Alexander Wilson --dijo la señora Milgrave-. Un amargado como no he visto igual. No le permitía a su familia decir ni una palabra durante las comidas, según me contaron. Y en cuanto a reír... no en su casa.

-¡Imaginen una casa sin risas! -dijo Myra-. Es... ¡un sacrilegio!

Alexander tenía épocas en las que no le hablaba a la esposa hasta por tres días --continuó la señora Milgrave-. Para ella era un alivio -agregó.

Alexander Wilson era un honesto comerciante, al menos -dijo, muy rígida, la señora de Grant Clow.

El dicho Alexander era primo tercero suyo, y los Wilson eran muy apegados a la familia. -Dejó cuarenta mil dólares cuando murió.

-Lástima que haya tenido que dejarlos -dijo Celia Reese.

-Su hermano Jeffry no dejó ni un centavo -dijo la señora Clow-. Fue el inútil de la familia. Dios sabe que ése sí se rió. Gastaba todo lo que ganaba, con cualquiera, y murió sin un centavo. ¿Qué sacó él de la vida con toda su bonhomía y tanta risa?

-Tal vez no mucho -dijo Myra-, pero piense en todo lo que puso en ella. Estaba siempre dando: buen humor, solidaridad, amistad, hasta dinero. Era rico en amigos, al menos... y Alexander no tuvo un amigo en toda su vida.

-No fueron los amigos quienes enterraron a Jeff -replicó la señora de Milgrave-. Tuvo que hacerlo Alexander... y le hizo una tumba hermosa. Le costó cien dólares.

-Pero cuando Jeff le pidió un préstamo de cien dólares para una operación que pudo haberle salvado la vida, ¿no se lo negó Alexander? --preguntó Celia Drew.

-Vamos, vamos, nos estamos poniendo poco caritativas -protestó la señora Carr-. Después de todo, no vivimos en un mundo de rosas y todos tenemos nuestros defectos.

--Lem Anderson se casa hoy con Dorothy Clark - dijo la señora Millison, pensando que ya era hora de que la conversación virara hacia temas más agradables-. Y no hace un año todavía que él juró volarse la tapa de los sesos si Jane Elliott no se casaba con él.

-Los muchachos dicen cada cosa... -dijo la señora Chubb-. Lo mantuvieron muy en secreto. Hace apenas tres semanas que se supo que estaban comprometidos. Yo estuve hablando con la madre de ella la semana pasada y no dijo ni una palabra de que hubiera boda tan pronto. No sé si me interesa mucho una mujer que puede ser tan esfinge.

-A mí lo que me sorprende es que Dorothy Clark lo haya aceptado -dijo Agatha Drew-. En la primavera, yo creía que ella terminaría casada con Frank Clow.

-Yo oí a Dorothy decir que Frank era mejor partido, pero que verdaderamente ella no podía soportar la idea de ver esa nariz apareciendo todas las mañanas por el extremo de la sábana al despertarse.

La esposa del vicario Baxter tuvo un estremecimiento de solterona y se negó a unirse a las risas.

-No deben decir esas cosas delante de una jovencita como Edith -dijo Celia, haciendo un guiño a las demás.

¿Ada todavía no se comprometió? -preguntó Emma Pollock.

-No, no exactamente -dijo la señora Millson-. Tiene esperanzas, nada más. Pero ya va a pescar algo. Esas muchachas tienen habilidad para pescar maridos. Su hermana Pauline se casó con la mejor granja del puerto.

-Pauline es bonita pero tiene la cabeza tan llena de tonterías como siempre --dijo la señora Millgrave-. A veces pienso que no aprenderá jamás.

-Ah, sí que aprenderá --dijo Myra Murray-. Algún día tendrá hijos propios y adquirirá sabiduría de ellos... como usted y yo.

-¿Y dónde van a vivir Lem y Dorothy? -preguntó la señora Meade.

-Ah, Lem compró una granja en Upper Glen. La vieja granja de los Carey, donde la pobre señora de Roger Carey asesinó a su esposo.

-¡Asesinó a su esposo!

-Ah, no digo que él no se lo tuviera bien merecido, pero todos pensamos que ella fue demasiado lejos. Sí, le puso veneno para la maleza en el té... ¿o fue en la sopa? Todo el mundo lo sabía pero nunca se hizo nada. El carrete de hilo, por favor, Celia.

-¿Pero quiere decir, señora Millison, que nunca fue juzgada... ni castigada? -preguntó, atónita, la señora Campbell.

-Bueno, nadie quiere ver a una vecina en semejante embrollo. Los Carey estaban bien relacionados en Upper Glen. Además, ella fue empujada hasta el borde de la desesperación. Claro que nadie va a aprobar el asesinato como hábito, pero si alguna vez alguien se mereció ser asesinado, ése fue Roger Carey. Ella se fue a los Estados Unidos y volvió a casarse. Murió hace años. Su segundo esposo la sobrevivió. Todo sucedió cuando yo era niña. Decían que el fantasma de Roger Carey caminaba.

-Pero, ¿quién va a creer en fantasmas en estos tiempos modernos? -dijo la señora Baxter.

¿Por qué no vamos a creer en fantasmas? -preguntó Tillie MacAllister-. Los fantasmas son interesantes. Yo conozco a un hombre que siempre era perseguido por un fantasma que se reía de él con

.' una risa burlona. Lo volvía loco. La tijera, por favor, señora MacDougall.

Dos veces hubo que pedirle la tijera a la recién casada, que la entregó profundamente ruborizada. Todavía no estaba acostumbrada a que la llamaran "señora MacDougall".

-La vieja casa de los Truax, en el puerto, estuvo embrujada durante años... se oían golpes y ruidos todo el tiempo... fue muy misterioso -dijo Christine Crawford.

-Todos los Truax han tenido mala digestión - dijo la señora Baxter.

-Claro que si una no cree en fantasmas, esas cosas no ocurren --dijo la señora MacAllister, enfurruñada-. Pero mi hermana trabajaba en una casa en Nova Scotia, que estaba embrujada por carcajadas.

-¡Qué fantasma tan simpático! -dijo Myra-. A mí no me molestaría.

-Serían búhos -dijo la decididamente escéptica señora Baxter.

-Mi madre vio ángeles junto a su lecho de muerte -dijo Agatha Drew con aire de lastimero triunfo.

-Los ángeles no son fantasmas -dijo la señora Baxter.

-Hablando de madres, ¿cómo está tu tía Parker, Tillie? -preguntó la señora Chubb.

-Muy mal por épocas. No sabemos qué va a resultar de esto. Nos tiene a todos en vilo... sobre la ropa de invierno, digo. Pero el otro día yo le dije a mi hermana, cuando estábamos hablando del tema, "hagámonos vestidos negros, de todos modos", le dije, "y entonces no importa qué puede suceder".

-¿Saben lo que dijo Mary Anna el otro día? Dijo: "Ma, voy a dejar de pedirle a Dios que me haga el pelo rizado. Se lo he estado pidiendo toda una semana y Él no ha hecho nada".

-Yo le he pedido algo a Dios durante veinte años -dijo amargamente la señora de Bruce Duncan, que no había hablado antes ni había levantado sus ojos oscuros del cobertor. Era conocida por lo bien que cosía, tal vez porque nunca se distraía, debido a los chismes, y colocaba cada puntada precisamente donde iba.

Un breve silencio se apoderó del círculo. Todas podían adivinar qué era lo que ella había pedido, pero no era algo de lo que se habla en una sesión de costura. La señora Duncan no volvió a hablar.

¿Es cierto que May Flagg y Billy Carter han roto y que él está de novio con una de las MacDougall, del otro lado del puerto? --preguntó Martha Crothers luego de un prudente intervalo.

-Sí. Pero nadie sabe qué pasó.

-Es triste... las pequeñeces que a veces pueden romper un noviazgo -dijo Candace Crawford-. Dick Pratt y Lilian MacAllister, por ejemplo... él había comenzado a declarársele en un picnic cuando le empezó a sangrar la nariz. Tuvo que ir al arroyo, donde se encontró con una muchacha desconocida que le prestó su pañuelo. Se enamoró de ella y se casaron en dos semanas.

-¿Se enteraron de lo que le pasó el sábado por la noche a Big Jim MacAllister en la tienda de Milt Cooper, en Harbour Head? -preguntó la señora de Millison, considerando que era hora de que alguien introdujera un tema más alegre que fantasmas y rupturas sentimentales-. Se había acostumbrado a sentarse sobre la estufa, todo el verano. Pero el sábado por la noche hizo frío, y Milt la había encendido, de manera que cuando el pobre Big Jim se sentó... bueno... se quemó el...

La señora de Millison no quiso decir dónde se había quemado, pero se palmeó, sin

nombrarla, una parte de su anatomía.

-El traste -dijo Walter muy serio, asomando la cabeza por la cortina de hojas. Sinceramente pensaba que la señora de Millison no se acordaba de la palabra.

Un silencio azorado descendió sobre las costureras. ¿Walter Blythe había estado allí todo ese tiempo? Todas rastrearon las cosas que habían contado para ver si alguna de ellas había sido terriblemente impropia para los oídos de un niño. Se decía que la esposa del doctor Blythe era muy particular con lo que oían sus niños. Antes de que las lenguas paralizadas se recuperaran, Anne salió a invitarlas a pasar a cenar.

-Diez minutos más, señora Blythe, y tendremos los dos cobertores terminados -dijo Elizabeth Kirk.

Una vez terminados, los cobertores fueron sacados, sacudidos, exhibidos y admirados.

-Me pregunto quién dormirá bajo ellos -dijo Myra Murray.

-Tal vez una madre primeriza abrace a su primer hijo debajo de uno de ellos -dijo Anne.

-O niños pequeños se acurruquen debajo en una noche fría -dijo inesperadamente la señorita Cornelia.

-O algún pobre cuerpo viejo y reumático encuentre abrigo en ellos -dijo la señora Meade.

-Espero que nadie se muera debajo de ellos -dijo la señora Baxter con tristeza.

-Saben lo que dijo Mary Anna antes de que yo viniera para aquí? -dijo la señora Reese mientras entraban en fila en el comedor-. Me dijo: "Ma, no te olvides de que tienes que comer todo lo que te sirvan en el plato".

Luego de lo cual todas se sentaron y bebieron a la gloria de Dios, por una buena tarde de trabajo y porque, después de todo, había muy poca malicia en casi todas ellas. Después de comer, se fueron cada una a su casa. Jane Burr caminó hasta el pueblo con la señora de Simon Millison.

-Debo recordar todos los arreglos para contarle a mamá -dijo Jane, con añoranza, sin saber que Susan estaba contando las cucharas-. Ya no sale desde que está confinada a la cama, pero le encanta que le cuente cosas. Esa mesa será una maravilla para contarle.

-Era realmente como las que una ve en las revistas -dijo la señora de Millison, con un suspiro-. Yo cocino tan bien como cualquiera, si se me permite decirlo, pero no puedo arreglar una mesa con el menor prestigio de estilo. Pero ese niño Walter, qué palmada le habría dado. ¡El susto que me pegó!

-Y supongo que Ingleside ha quedado sembrado de reputaciones muertas -decía el doctor.

-Yo no cosí -dijo Anne, de modo que no oí lo que decían.

-Tú nunca las oyes, querida -dijo la señorita Cornelia-. Cuando tú estás con un cobertor, ellas no se dejan llevar por el entusiasmo. Piensan que no te gustan los chismes.

-Todo depende de qué clase de chisme -dijo Anne.

-Bueno, nadie dijo nada demasiado terrible hoy. Casi todos los mencionados están muertos... o tendrían que estarlo -dijo la señorita Cornelia, recordando con una sonrisa el cuento del funeral abortado de Abner Cromwell-. Sólo que la señora Millison tuvo que traer esa espantosa y vieja historia de1 asesinato de Madge Carey. Yo lo recuerdo todo no hubo la menor prueba de que Madge lo hubiera asesinado... excepto que un gato se murió después de tomar un poco de la misma sopa. El animal hacía na semana que estaba enfermo. Si me piden mi opinión, Roger Carey murió de apendicitis... aunque, en esa época nadie sabía lo que eran los apéndices.

-Y de verdad, a mí me parece que es una gran lastima que lo hayan averiguado -dijo Susan-. Las charas están todas, mi querida señora, y no le pasó nada al mantel.

-Bueno, tengo que irme a mi casa -dijo la señorita Cornelia-. La semana próxima, cuando Marshall mate al cerdo, te mandaré unas costillas.

Walter estaba otra vez sentado en los escalones de la galería con los ojos llenos de ensueños. Había caído la tarde. ¿De dónde, se preguntó, había caído? ¿Acaso algún gran espíritu, con alas como murciélagos, la derramaba encima del mundo de una jarra púrpura? La Luna se levantaba y los tres viejos abetos inclinados por el viento parecían tres brujas viejas y jorobadas que subían una colina con la Luna de fondo. ¿Era eso un pequeño fauno con orejas peludas, oculto entre las sombras? Si él abría la puerta del muro de ladrillos, ahora, en lugar de entrar en el conocido jardín, ¿no entraría en un extraño país de hadas, donde las princesas se despiertan de sus sueños encantados, donde tal vez pudiera encontrar y seguir a Eco, como había querido hacer tantas veces? Uno no osaba ni hablar. Algo se desvanecería, si uno hablaba.

Mamá salió de la casa.

-Mi amor -le dijo-, no debes quedarte sentado aquí. Está empezando a hacer frío. Recuerda tu garganta.

La palabra hablada había roto el encanto. Una luz mágica había desaparecido. El parque seguía siendo un lugar hermoso pero ya no era el país de las hadas. Walter se levantó.

-Mamá, ¿me vas a contar lo que pasó en el funeral de Peter Kirk?

-Anne lo pensó un momento, y luego se estremeció.

-Ahora no, mi amor. Tal vez... algún día.

33

Sola en su cuarto, pues Gilbert había tenido que ir a hacer una visita, Anne se sentó frente a la ventana para disfrutar de unos minutos de comunión con la ternura de la noche y para deleitarse en el delicioso embrujo de su dormitorio iluminado por la luz de la Luna. "Digan lo que digan", pensó, "siempre hay algo de extraño en una habitación iluminada por la Luna. Cambia toda su personalidad. No es tan amistosa... tan humana, sino que se vuelve distante, remota, envuelta en sí misma. Casi como si la considerara a una como una intrusa."

Estaba un poco cansada luego del día tan agitado y todo estaba tan tranquilo ahora... los niños dormidos, Ingleside vuelto al orden. No había el menor sonido en la casa, salvo un débil y rítmico ruido en la cocina, donde Susan amasaba el pan.

Pero a través de la ventana abierta, llegaban los sonidos de la noche, cada uno de los cuales Anne conocía y amaba. Risas bajas llegaban desde el puerto en el aire quieto. Alguien cantaba en Glen y sonaba como las notas recurrentes de alguna canción escuchada hace ya mucho. Había plateados senderos dibujados por la luz de la Luna sobre el agua pero Yngleside estaba inmerso en sombras. Los árboles susurraban "oscuras palabras antiguas" y un búho chistaba en el Valle del Arco Iris.

"Qué verano feliz ha sido", pensó Anne, y luego recordó con una punzada de melancolía algo que le había oído decir una vez a la tía Highland Kitty, de Upper Glen: "El mismo verano no viene dos veces".

Nunca el mismo. Llegaría otro verano, pero los niños serían un poco mayores y Rilla estaría yendo a la escuela, "y no me quedará "ningún bebé", pensó Anne, con tristeza. Jem ya tenía doce años, y ya se, hablaba del "desarrollo"... Jem, que hasta' ayer había sido un bebito en la vieja Casa de los Sueños. Walter crecía con rapidez, y esa misma mañana Anne había oído a Nan fastidiar a Di con un "chico" de la escuela, y Di se había ruborizado y había sacudido su cabeza pelirroja. Bueno, era la vida. Alegrías y tristezas, esperanza y temor, y cambios. ¡Siempre cambios! No podía evitarse. Había que permitir que lo viejo se fuera y había que llevarse lo nuevo al

corazón, aprender a quererlo y luego dejarlo ir, también. La primavera, hermosa como era, debía rendirse al verano, y el verano debía perderse en el otoño. Nacimiento... casamiento... muerte.

De pronto, Anne recordó que Walter le había pedido que le contara lo que había sucedido en el funeral de Peter Kirk. Ella no había pensado en eso en años, pero no lo había olvidado. Ninguno de los que habían estado allí, estaba segura, lo había olvidado ni lo olvidaría nunca. Sentada allí, a la luz de la Luna, lo evocó todo.

Fue en noviembre... el primer noviembre que pasaron en Ingleside... después de una semana de veranillo en pleno invierno. Los Kirk vivían en Mowbray Narrows pero iban a la iglesia de Glen, y Gilbert era su médico, de modo que tanto él como Anne fueron al funeral.

Era, recordó Anne, un día tibio, calmo, perlado. Todo alrededor de ellos se veía el hermoso paisaje solitario en castaños y púrpuras típico de noviembre, con retazos de sol aquí y allá en las cimas de las colinas y en la llanura, donde el sol brillaba a través de Etna hendija entre las nubes. Kirkwynd quedaba tan terca de la costa, que una brisa salada soplaba a trayés de los melancólicos abetos detrás de la casa. Era tina casa grande, de aspecto próspero, pero a Anne -e1 tejado en forma de L siempre le había parecido ..tina cara humana larga, enjuta, desdeñosa.

Anne se detuvo a hablar con un grupito de mujeres, de pie en el jardín sin flores. Eran todas personas trabajadoras para quienes un funeral no dejaba, de ser algo emocionante y agradable.

-Olvidé traer pañuelo -dijo, apenada, la señora - de Bryan Blake-. ¿Qué voy a hacer cuando llore?

-¿Tienes que llorar? -le preguntó de mal modo su cuñada, Camilla Blake. A Camilla no le gustaban -las mujeres que lloraban con facilidad. -Deter Kirk no es pariente tuyo y nunca te cayó bien.

-Me parece que es correcto llorar en un funeral -dijo con altivez la señora Blake-. Demuestra sentimientos, cuando un vecino ha sido llamado para el largo viaje.

-Si en el funeral de Peter lloran sólo aquellos que lo querían, no habrá muchos ojos mojados -dijo se.camente la señora de Curtis Rodd-. Es la verdad, ¿a qué ocultarla? Era un hipócrita, y yo lo sé, si es que nadie más lo sabe. Pero... ¿quién es esa que está entrando por el portoncito? No... no me digan que es Clara Wilson.

-Sí -susurró, incrédula, la señora Blake.

-Bueno, se sabe que poco después de la muerte de la primera esposa de Peter, ella le dijo a él que no volvería a poner los pies en esta casa hasta que muera para venir a su funeral, y ha cumplido con su palabra -dijo Camilla Blake-. Es hermana de la primera esposa de Peter... -agregó, en un aparte a Annie, que miraba con curiosidad cómo Clara Wilson pasaba junto a ellas, sin verlas, con esos llameantes ojos color topacio clavados al frente. Era una mujer muy delgada de cara trájica y cabellos negros, bajo uno de esos absurdos bonetes que todavía usaban las mujeres mayores... una cosa hecha de plumas y canutillos con un velo sobre la nariz. No miro ni le dirigió la palabra a a nadie, mientras su larga falda de tafetán negro susurraba, arrastrándose sobre el césped, y subía los escalones de la galería

-Ahí está Jed Clinton, en la puerta, poniéndose su cara de funeral -dijo Camilla, sarcástica- evidentemente piensa que es hora de que vayamos adentro. Siempre se ha enorgullecido de que en sus funerales todo transcurre según el horario estipulado desmayado perdonó a Winnie Clow que antes del sermón. No habría sido tan malo después. Bueno, no es probable que nadie se desmaye en este funeral. Olivia no es de las que se desmayan.

-Jed Clinton... el de funeraria de Lowbridge -dijo la señora Reese-. ¿Por que no al de Glen?

-¿A quién? ¿A Carter Flagg? Mujer de Dios, Peter y él han estado enemistados toda la vida. Carter quería a Amy Wilson...se sabe.

-Muchos la querían -dijo Camilla-. Era una muchacha muy bonita, con esos cabellos rojos cobrizos y los ojos tan negros. Aunque mucha gente decía que Clara era la más linda de las dos. Es raro que nunca se haya casado. Ahí esta el ministro por fín y el reverendo Owen de Lowbridge, viene con él. Claro, es primo de Olivia. Es bueno, salvo que pone demasiadas "Oh" en sus oraciones. Será mejor que entremos o a Jed le va a dar un ataque.

Anne se detuvo a mirar a Peter Kirk antes de ir a sentarse. Nunca le habla caído bien. "Tiene cara cruel", había pensado la primera vez que lo vio. Bien parecido, sí, pero con esos ojos fríos, acerados, y entonces abolsados, y la boca de labios delgados y apretados del avaro. Se lo tenía por egoísta y arrogante en sus tratos con sus semejantes, a pesar de su profesión de piedad y sus devotas oraciones. "Siempre siente su propia importancia", oyó decir a alguien una vez. Sin embargo, en general, había sido respetado y admirado.

Se lo veía tan arrogante en la muerte como lo había sido en la vida, y en esos dedos demasiado largos entrelazados sobre el pecho inmóvil, había algo que hizo estremecer a Anne. Pensó en un corazón de mujer aferrado entre ellos y miró a Olivia Kirk, sentada frente a ella, de luto. Olivia era una mujer alta, rubia, linda, de grandes ojos azules ("Para mí no quiero una mujer fea", había dicho Peter una vez), y tenía el rostro compuesto y sin expresión. No se veían huellas de lágrimas, pero, claro, Olivia era una Random, y los Random no eran emocionales. Al menos, estaba sentada con decoro, y la viuda más inconsolable del mundo no podría haberse puesto un luto más riguroso.

El aire estaba espeso con el perfume de las flores que rodeaban el féretro... para Peter Kirk, que no se había enterado en vida de que existía algo llamado "flores". Su logia había mandado una corona; la iglesia, otra; la Asociación Conservadora, otra; los administradores de la escuela, otra; la Cámara de Queseros, otra. Su único hijo, alejado de él desde hacía tiempo, no había mandado nada, pero la familia Kirk había enviado una inmensa ancla de rosas blancas con la frase "Por fin a puerto" dibujada con pimpollos de rosas rojas. Y había una de Olivia: un rectángulo de calas. Camilla Blake hizo una mueca cuando la vio, y Anne recordó haberle oído decir una vez a Camilla que ella había estado en Kirkwynd muy pronto después del segundo matrimonio de Peter cuando éste tiró por la ventana una maceta con una planta de calas que la novia había llevado. No iba a tener la casa atiborrada de yuyos, había dicho.

Al parecer, Olivia se lo había tomado con toda calma y no había habido más calas en Kirkwynd. ¿Era posible que Olivia...? Pero Anne miró el rostro plácido de la señora Kirk, y desechó la sospecha. Después de todo, era por lo general el florista quien sugería las flores.

El coro cantó La muerte, como un mar estrecho, divide esa tierra celestial de la nuestra, y Anne sorprendió la mirada de Camilla y supo que las dos se preguntaban cómo encajaría Peter Kirk en esa tierra celestial. Anne casi podía oír a Camilla diciendo: "Imagínense, si se animan, a Peter Kirk con arpa y aureola".

El reverendo Owen leyó un capítulo y una oración, con muchos "Oh" y muchas súplicas para que se consolaran los corazones doloridos. El ministro de Glen dirigió una alocución que muchos, en privado, consideraron excesivamente lisonjera, aun admitiendo que se tiene que decir algo bueno de los muertos. Oír que se llamaba a Peter Kirk padre amante y tierno esposo, vecino amable y cristiano empeñoso era, sintieron, abusar del lenguaje. Camilla se refugió detrás del pañuelo, para no llorar, y Stephen MacDonald carraspeó una o dos veces. La señora Blake parecia haber conseguido pañuelo prestado, pues lloraba sobre uno, pero los ojos azules y bajos de Olivia permanecían secos.

Librodot

Jed Clinton exhaló un hondo suspiro de alivio. Todo había salido a las mil maravillas. Otro himno, el desfile de costumbre para la última mirada a "los despojos fúnebres", y otro exitoso funeral que se agregaba a su larga lista.

Hubo una agitación en un rincón de la gran habitación, y Clara Wilson se abrió camino entre el laberinto de sillas hasta ubicarse junto al féretro. Allí se volvió y encaró a los reunidos. Su absurdo bonete se había ladeado un poco y un mechón suelto de cabellos negros se había escapado por un borde y le colgaba sobre el hombro. Pero nadie pensó que Clara Wilson estuviera absurda. Tenía el largo y hundido rostro ruborizado y los trágicos e intensos ojos llameaban. Parecía poseída. El rencor, como alguna despiadada enfermedad incurable, parecía inundar todo su ser.

-Lo que han escuchado ustedes, que han venido aquí a "presentar sus respetos"... o a saciar su curiosidad, cualquiera de las dos cosas, son un montón de mentiras. Ahora yo voy a decirles la verdad sobre Peter Kirk. Yo no soy hipócrita, nunca le tuve miedo cuando vivía y no le tengo miedo ahora que está muerto. Nadie se ha atrevido jamás a decirle la verdad en la cara pero yo la voy a decir ahora... aquí, en su funeral, donde se ha dicho que era un buen esposo y un amable vecino. ¡Buen esposo! Se casó con mi hermana Amy... mi hermosa hermana, Amy. Todos ustedes saben lo dulce y encantadora que ella era. Él le dio una vida miserable. La atormentaba y la humillaba... y a él le gustaba hacerlo. Ah, sí, iba a la iglesia con regularidad, y decía largas oraciones, y pagaba sus deudas. Pero era un tirano, hasta su perro escapaba corriendo cuando lo oía llegar.

"Yo le dije a Amy que se arrepentiría de casarse con él. La ayudé a hacerse el traje de novia... habría Sido mejor que le hubiese hecho la mortaja. Ella estaba muy enamorada de él entonces, pobrecita, pero no hacía ni una semana que estaban casados cuando ya se había dado cuenta de quién era él. La madre de él había sido una esclava, y él quería que su esposa también lo fuera. "En mi casa no habrá discusiones", le dijo. Fila no tenía carácter para discutir, tenía el corazón destrozado. Ah, si sabré por lo que pasó, mi pobrecita querida. Él la contrariaba en todo.

No la dejó tener un jardín, ni siquiera la dejó tener un gatito, yo le regalé uno y se lo ahogó. Tenía que rendirle cuentas de cada centavo que gastaba. ¿Alguno de ustedes la vio alguna vez con ropa apropiada? La regañaba por ponerse su mejor sombrero, si parecía que iba a llover. La lluvia no podía estropearle ninguno de los sombreros que ella tenía, pobrecita. ¡Ella, a la que le encantaba la ropa linda! El siempre se burlaba de su familia. Nunca en su vida se rió, ¿alguna vez alguno de ustedes lo vio reír? Sonreía, ah, sí, sonreía siempre, serena y dulcemente, al tiempo que hacía las cosas más feroces. Sonreía cuando le dijo a ella, cuando le nació el bebé muerto, que bien se podría haber muerto ella también, si no podía tener otra cosa que criaturas muertas. Ella murió después de diez años de esa vida, y yo me alegré de que escapara de él. Se lo dije a él entonces, que no volvería a poner los pies en su casa hasta que viniera a su funeral. Algunos de ustedes me oyeron. He cumplido mi palabra y ahora he venido a decir la verdad sobre él. Y es la verdad... usted lo sabe... -Y señaló ardientemente a Stephen MacDonald. -Usted lo sabe... -Y el largo dedo apuntaba a Camilla Blake. -Usted lo sabe... -Olivia Kirk no movió un músculo. -Usted lo sabe... -El pobre ministro sintió que ese dedo lo traspasaba. -Yo lloré en la boda de Peter Kirk, pero le dije que reiría en su funeral. Y voy a hacerlo.

Giró en redondo con furia y se inclinó sobre el ataúd. Agravios enconados durante años habían sido vengados. Al final, ella había dado rienda suelta a su odio. Todo su cuerpo vibró por su triunfo y su satisfacción cuando miró la cara fría y quieta del muerto. Todos esperaron la explosión de la carcajada vengativa. No llegó. El rostro lleno de furia de Clara Wilson de pronto cambió, se contorsionó, se arrugó como el de un niño. Clara... lloraba.

Se volvió, con las lágrimas corriéndole por las mejillas estragadas, para salir de la habitación. Pero Olivia Kirk se levantó, se puso frente a ella y le apoyó una mano en el brazo. Por un momento, las dos mujeres se miraron. La habitación estaba sumida en un silencio que parecía tener presencia.

—Gracias, Clara Wilson -dijo Olivia Kirk.

Su rostro era tan inescrutable como siempre, pero en su voz calma y pareja había un dejo que hizo estremecer a Anne. Sintió como si de pronto se abriera un pozo delante de sus ojos. Clara Wilson odiaba a Peter Kirk, vivo o muerto, pero Anne sintió que su odio era descolorido comparado con el odio de Olivia Kirk.

Clara salió, llorando, y pasó junto a un furioso Jed con su funeral estropeado entre manos. El ministro, que había tenido intención de anunciar un último himno -Dormido en Jesús-, lo pensó mejor y se limitó a pronunciar una trémula bendición. Jed no hizo el usual anuncio de que los deudos y amigos podían ahora despedirse de "los despojos mortales". Lo único que le cabía hacer, pensó, era cerrar de inmediato la tapa del féretro y enterrar a Peter Kirk, ponerlo fuera de la vista, lo antes posible.

Anne exhaló un largo suspiro mientras bajaba los escalones de la galería. Qué alivio el aire fresco después de esa habitación sofocante, perfumada, donde el rencor de dos mujeres había sido al mismo tiempo su tormento.

La tarde se había puesto más fría y gris. Aquí y allí había pequeños grupos sobre el césped, hablando de lo sucedido en voces acalladas. Todavía se veía a Clara Wilson cruzando por el prado seco, camino a su casa.

-Bueno, ¿no fue lo máximo? -dijo Nelson, asombrado.

-¡Escandaloso! ¡Escandaloso! --dijo el vicario Baxter.

¿Por qué ninguno de nosotros se lo impidió? -preguntó Henry Reese.

-Porque todos ustedes querían escuchar lo que ella tuviera que decir --replicó Camilla.

—No fue... decoroso -dijo el tío Sandy MacDougall. Había encontrado una palabra que le gustaba, y la saboreaba bajo la lengua. -Nada decoroso. Un funeral debe ser decoroso, aunque le falten otras cosas... decoroso.

-Dios, ¿no es graciosa la vida? -preguntaba Augustus Palmer.

-Yo me acuerdo de cuando Peter y Amy comenzaron su relación --evocó el viejo James Porter-. Yo cortejaba a mi esposa ese mismo invierno. Clara era muy hermosa entonces. ¡Y qué delicioso pastel de cerezas preparaba!

-Siempre fue una muchacha de lengua áspera - dijo Boyce Warren-. Yo sospeché que iba a explotar alguna bomba cuando la vi venir, pero no me imaginé que llegaría a tanto. ¡Y Olivia! ¿Quién lo hubiera creído? Las mujeres son muy raras.

-Va a ser toda una anécdota para el resto de nuestras vidas --dijo Camilla-. Después de todo, supongo que si nunca pasaran cosas como ésta, la historia sería aburridísima.

Un Jed desmoralizado había hecho formar a los que llevarían el féretro, que ya habían sacado. Cuando la carroza fúnebre comenzó a avanzar por el camino, seguida por la lenta procesión de carruajes, se oyó el aullido transido de pena de un perro, desde el granero. Tal vez, después de todo, había una criatura viviente que lloraba la muerte de Peter Kirk.

Stephen MacDonald se unió a Anne, que esperaba a Gilbert. Era de Upper Glen, un hombre alto, con la cabeza de un viejo emperador romano. A Anne siempre le había caído bien.

-Parece que va a nevar -dijo-. A mí siempre me parece que noviembre es una época que extraña su casa. ¿Nunca le dio esa impresión, señora Blythe?

-Sí. El año mira hacia atrás con tristeza a la primavera perdida.

Librodot

-¡La primavera... la primavera! Señora Blythe, me estoy poniendo viejo. Me sorprendo imaginando que las estaciones cambian. El invierno no es lo que era...no reconozco el verano... y la primavera... ya no hay primaveras ahora. Al menos, eso siento cuando personas a quienes conocíamos antes ya no vienen a compartirlas con nosotros. Pobre Clara Wilson... ¿Qué le pareció a usted?

-Ah, desolador... Tanto odio...

-Sí... ¿Sabe qué? Ella estuvo enamorada de Peter Kirk hace mucho, muy enamorada. Clara era la muchacha más linda de Mowbray Narrows entonces, con esos rizos negros alrededor de esa carita color crema, pero Amy era una cosita risueña, cantarina. Peter dejó a Clara y comenzó su relación con Amy. Hemos sido hechos de una manera extraña, señora Blythe.

Había un algo fantasmagórico en los abetos sacudidos por el viento detrás de Kirkwynd; a lo lejos, la nevisca blanqueaba una colina, donde una hilera de álamos de Lombardía hería el cielo gris. Todos corrieron a ponerse a resguardo antes de que llegara a Mowbray Narrows.

"¿Tengo derecho a ser tan feliz cuando otras mujeres son tan desgraciadas?", se preguntó Anne, mientras regresaban a casa, al recordar los ojos de Olivia Kirk cuando le dio las gracias a Clara Wilson.

Anne se levantó y se alejó de la ventana. Hacía casi doce años de eso ya. Clara Wilson había muerto, y Olivia Kirk -que había sido mucho más joven que Peter- se había ido a la costa, donde había vuelto a casarse.

"El tiempo es más bondadoso de lo que creemos", pensó Anne. "Es un terrible error abrigar un rencor durante años... acurrucarlo contra nuestro corazón como si fuera un tesoro. Pero creo que la historia de lo que pasó en el funeral de Peter Kirk es una de las que Walter no debe saber nunca. Por cierto que no es una historia para niños."

34

Rilla estaba sentada en los escalones de la galería de Ingleside, con una pierna cruzada sobre la otra, con esas deliciosas rodillitas regordetas y atezadas por el sol, muy ocupada en ser desdichada. Y si alguien pregunta por qué una criaturita tan mimada puede ser desdichada, es que el que pregunta habrá olvidado su propia infancia, cuando las cosas que son naderías para los adultos son oscuras y terribles tragedias para un niño. Rilla estaba hundida en las profundidades de la desolación porque Susan le había dicho que iba a hacer una de sus tortas de oro y plata para la función del orfanato de esa tarde, y ella, Rilla, debía llevarla a la iglesia por la tarde.

No me pregunten por qué Rilla prefería morirse antes que llevar una torta a través del pueblo hasta la iglesia presbiteriana de Glen St. Mary. A veces, a los niños se les meten cosas raras en las cabecitas y eso le había pasado a Rilla, que pensaba que era una vergüenza y una humillación que la vieran a una llevando una torta adonde fuere. Tal vez porque un día, cuando ella no tenía más de cinco años, había visto a la vieja Tillie Pake llevando una torta por la calle, y todos los chicos pequeños del pueblo le iban detrás, burlándose de ella. La vieja Tillie vivía en Harbour Mouth y era una vieja muy sucia y harapienta. Los chicos le cantaban:

La vieja Tillie Pake
Se robó una torta.
Y le dio dolor de barriga.

Ser considerada igual que junto a Tillie Pake era algo que Rilla directamente no podía soportar. Se le había puesto en la cabeza la idea de que una "no podía ser una señorita" y andar por ahí llevando tortas. Y por eso estaba sentada tan desconsolada en los escalones, y su preciosa boquita, a la que le faltaba un diente de adelante, no lucía su usual sonrisa. En lugar de tener ese aire que decía que ella entendía lo que pensaban los narcisos, o que compartía con la rosa dorada un secreto que sólo ellas dos conocían, parecía alguien aplastado para toda la vida. Hasta sus inmensos ojos color avellana, que casi se cerraban cuando ella reía, estaban tristes y atormentados, en lugar de ser los estanques de fascinación de siempre. "Las hadas te tocaron los ojos", le dijo una vez la tía Kitty MacAllister. Su padre juraba que había nacido seductora, que le había sonreído al doctor Parker a la media hora de nacer. Rilla podía, todavía, hablar mejor con los ojos que con las palabras, pues usaba una marcada media lengua. Pero se curaría... crecía rápidamente. El año pasado, papá la había medido con un rosal; este año, con el flox; pronto sería con las malvas, e iría a la escuela. Rilla estaba muy feliz y contenta hasta este terrible anuncio de Susan.

- Realmente -le dijo Rilla al cielo, muy indignada-, Susan no tiene sentido de la vergüenza.

Claro que Rilla pronunció "megüenza", pero igual el hermoso cielo azul pareció entenderle.

Mamá y papá habían ido a Charlottetown esa mañana y todos los otros niños estaban en la escuela, de modo que Rilla y Susan estaban solas en Ingleside. Por lo común, Rilla habría estado encantada ante esa circunstancia. Nunca se sentía sola; le habría encantado quedarse sentada en los escalones o en su particular roca privada, cubierta de musgo, en el Valle del Arco Iris, con uno o dos gatitos imaginarios para hacerle compañía, y hubiera hilado fantasías sobre todo lo que veía... la esquina del parque, que parecía un pequeño territorio de mariposas... las amapolas, que flotaban sobre el jardín... esa inmensa nube completamente sola en el medio del cielo... los grandes moscones, que revoloteaban entre las capuchinas... la madreselva, que se agachaba hasta tocarle los rizos rojizos con dedos amarillos... el viento que soplaba... ¿hacia dónde soplaba...? Don Petirrojo, que estaba otra vez negro y caminaba dándose aires por la baranda de la galería, preguntándose por qué Rilla no quería jugar con él... Rilla, que no podía pensar en otra cosa que no fuera el terrible hecho de que debía llevar una torta... una torta... a través del pueblo hasta la iglesia, para esa función que iban a hacer para los huérfanos. Rilla tenía cierta noción de que el orfanato quedaba en Lowbridge y que allí era donde vivían los niños chiquitos que no tenían papá ni mamá. Sentía muchísima pena por ellos. Pero ni por el más huérfano de los huérfanos, la pequeña Rilla estaba dispuesta a dejarse ver en público llevando una torta.

A lo mejor, si llovía, no tendría que ir. No había la menor señal de lluvia, pero Rilla juntó las manitas (tenía un hoyuelo en el nacimiento de cada dedito) y dijo, con toda seriedad:

-Pod favod, quedido Dios, que zueva muy fuedte. Que zueva mucho. -Milla pensó en otra posibilidad salvadora: -O zi no, que ze queme la todta de Zuzan, que ze queme toda.

Y sin embargo, cuando llegó la hora de comer, la torta, perfectamente cocida, rellena y bañada, estaba muy oronda instalada sobre la mesa de la cocina. Era la torta preferida de Rilla, "torta de oro y plata", y sonaba tan lujosa... pero ella pensó que nunca más en toda la vida podría comer ni un pedacito de esa torta.

¿Pero...eso que se oía desde las colinas bajas del otro lado del puerto no eran truenos? Tal vez Dios había escuchado su plegaria... tal vez hubiera un terremoto antes de que se hiciera la hora de ir. ¿Y no podía agarrarse un buen dolor de estómago, llegado el peor de los casos? No.

Rilla se estremeció. Eso implicaría aceite de ricino. ¡Mejor el terremoto!

Los demás niños ni se fijaron en que Rilla, sentada en su sillita (la del patito blanco bordado en el respaldo), estaba muy callada. ¡Eran unos egoístas! Si mamá hubiera estado en casa, ella sí se habría dado cuenta. Mamá se había dado cuenta en seguidita de lo preocupada que estaba ella aquel día espantoso cuando salió la foto de papá en el Enterprise. Rilla estaba llorando a más no poder en la cama cuando entró mamá y averiguó que Rilla creía que sólo los asesinos aparecían en las fotografías de los diarios. A mamá no le había llevado mucho tiempo solucionar eso. ¿A mamá le gustaría ver a su propia hija llevando una torta por Glen, como la vieja Tillie Pake?

A Rilla le fue difícil comer, aunque Susan le había puesto su plato azul, que era tan lindo, con la guirnalda de pimpollitos, que le había mandado la tía Rachel Lynde para su cumpleaños y que le dejaban usar sólo los domingos. "¡Pdato azul con pimpozoz!" ¡Cuando una tiene que hacer algo tan vergonzoso! Igual, los buñuelos de fruta que Susan había preparado para el postre estaban muy ricos.

Zuzan, ¿no pueden Nan y Di zevar la todta despuéz de da ezcuela? --rogó.

-Después de la escuela, Di se va a la casa de Jessie Reese, y Nan tiene un hueso en la pierna --dijo Susan, con la impresión de que era graciosa-. Además, sería demasiado tarde. Los del comité quieren tener todas las tortas para las tres, así pueden cortarlas y arreglar las mesas antes de irse a sus casas a comer. ¿Por qué extraña razón no quieres ir, gordita, si siempre te gusta tanto ir a buscar la correspondencia?

Rilla era algo gordita, pero odiaba que la llamaran así.

-No quiedo hedid mis zentimientoz -explicó, muy seria.

Susan rió. Rilla empezaba a decir cosas que hacían reír a la familia. Ella nunca entendía por qué se reían, porque ella hablaba siempre en serio. Sólo mamá no se reía nunca; no se había reído ni siquiera cuando averiguó que Rilla pensaba que papá era un asesino.

—La función es para juntar dinero para los pobres niñitos que no tienen papá ni mamá --le explicó Susan... ¡como si ella fuera una bebita que no entendía nada!

-Zo zoy cazi una huédfana -dijo Rilla-. Tengo nada máz que un papá y una mamá.

Susan volvió a reír. Nadie entendía.

-Ya sabes que tu madre le prometió al comité mandar esa torta, muñequita. Yo no tengo tiempo para llevarla y hay que llevarla. Así que, ponte tu vestido de zaraza azul, ¡y andando!

-Mi muñequita ze enfedmó -dijo Rilla, desesperada-. Tengo que metedla en la cama y quedadme con eza. Puede zed amonía.

-Tu muñeca estará muy bien hasta que regreses. Puedes ir y volver en media hora --fue la despiadada respuesta de Susan.

No había esperanzas. Hasta Dios la había abandonado... no había señales de lluvia. Rilla, demasiado al borde de las lágrimas para seguir protestando, subió y se puso su nuevo vestido de organdí fruncido y el sombrero de los domingos, adornado con margaritas. Tal vez, si parecía respetable, la gente no creyera que ella era como la vieja Tillie Pake.

-Creo que tengo la cada limpia, si pod favod quierez midadme detrás de das odejas -le dijo a Susan con gran majestuosidad.

Tenía miedo de que Susan la reprendiera por ponerse el mejor vestido y sombrero. Pero Susan apenas le inspeccionó las orejas, y luego le dio una cesta con la torta, le dijo que fuera cortés y que por favor no se detuviera a charlar con cada gato que se encontrara en el camino.

Rilla le hizo una mueca de rebeldía a Gog y Magog, y se fue. Susan se quedó mirándola con ternura.

"Parece mentira que nuestra bebita ya esté tan grande como para ir sola a la iglesia a llevar una torta", pensó, con una mezcla de orgullo y pena, mientras volvía al trabajo. Afortunadamente, ignoraba la tortura que estaba infligiendo a una criatura por la que hubiera dado la vida. Rilla no se sentía tan mortificada desde la vez que se quedó dormida en la iglesia y se cayó del asiento. Por lo general, le encantaba ir al pueblo; había tantas cosas interesantes para ver... Pero hoy la fascinante cuerda de la ropa de la señora de Carter Flagg, con todas esas preciosas colchas, no se ganaron una mirada de Rilla, y el nuevo ciervo de hierro forjado que el señor Augustus Palmer había puesto en el patio la dejó indiferente. Nunca antes había pasado sin desear que ellos tuvieran uno igual en el parque de Ingleside. Pero, ¿qué eran ahora los ciervos de hierro forjado? Los fuertes rayos del sol bañaban las calles como un río y todo el mundo estaba afuera de las casas. Pasaron dos niñas, susurrando. ¿Era sobre ella? Se imaginó lo que estarían diciendo. Un hombre que pasaba la miró. En realidad, se preguntaba si ésa sería la más pequeña de los Blythe y, por San Jorge, ¡qué preciosa era! Pero Rilla sintió que los ojos del hombre atravesaban la cesta y veían la torta. Y cuando Annie Drew pasó junto a ella con su padre, Rilla estuvo segura de que se reían de ella. Annie Drew tenía diez años y era una niña muy grande a los ojos de Rilla.

Después, había toda una multitud de niños y niñas en la esquina de Russell. Tenía que pasar junto a ellos. Era espantoso sentir que los ojos de todos se clavarían en ella y luego se mirarían entre sí. Avanzó, con un orgullo tan desesperado, que todos pensaron que era una presumida y que había que bajarle los humos. ¡Ya le enseñarían a esa carita de gato! ¡Una presumida, como todas las niñas de Ingleside! ¡Sólo porque vivían en la casa grande!

Millie Flagg se puso a caminar detrás de ella, imitándole la manera de caminar y levantando nubes de polvo sobre las dos.

-¿Adónde va esa cesta que lleva a esa niña? -gritó el "Pegajoso" Drew.

-Tienes la cara tiznada, cara de bizcocho -se burló Bill Palmer.

-¿No tienes lengua? --preguntó Sarah Warren.

-¡Piojo! -se burló Beenie Bentley.

-Manténte de tu lado del camino o te voy a hacer comer un escarabajo -dijo el grandote de Sam Flagg, dejando de masticar una zanahoria cruda el tiempo suficiente para hablar.

-Miren cómo se pone colorada --se rió Mamie Taylor.

-Seguro que llevas una torta a la iglesia presbiteriana --dijo Charlie Warren-. La mitad ha de ser masa, como todas las tortas de Susan Baker.

El orgullo no le permitiría llorar a Rilla, pero había un límite a lo que una puede escuchar. Después de todo, era una torta de Ingleside...

-La prózima vez que cualquiera de uztedes esté enfedmo le voy a dezir a mi papá que no les dé nada de demedio -dijo, desafiante.

Pero entonces, se le cayó el alma a los pies. ¡No podía ser Kenneth Ford el que doblaba la esquina del camino de Harbour! ¡No podía ser! ¡Era!

No podría soportarlo. Ken y Walter eran amigos, y Rilla, en lo profundo de su corazoncito, pensaba que Ken era el niño más bueno y más lindo del mundo entero. Él nunca le hacía demasiado caso, aunque una vez le regaló un patito de chocolate. Y un día inolvidable se había sentado a su lado junto a una piedra musgosa en el Valle del Arco Iris, y le había contado la historia de los Tres Osos y la Casita del Bosque. Pero ella se conformaba con adorarlo a distancia. ¡Y ahora este ser maravilloso la sorprendía llevando una torta!

-¡Hola, gordita! Hace mucho calor, ¿no? Ojalá me toque una porción de esa torta esta noche.

¡De modo que él sabía que era una torta! ¡Todo el mundo lo sabía!

Rilla había cruzado el pueblo y pensó que lo peor había pasado, cuando pasó lo peor. Miró por una calle lateral y vio venir por ella a su maestra de la escuela dominical, la señorita Emmy Parker. La señorita Emmy estaba todavía a alguna distancia, pero Rilla la reconoció por el vestido... ese vestido con volados, de organdí verde pálido con florcitas blancas, "el vestido de los azahares" lo llamaba Rilla en secreto. La señorita Emmy se lo había puesto para ir a la escuela dominical el domingo anterior, y a Rilla le había parecido el vestido más hermoso que había visto en su vida. Pero todos los vestidos de la señorita Emmy eran preciosos, a veces con lazos y volados, a veces con un detalle en seda.

Rilla idolatraba a la señorita Emmy. Era tan bonita y delicada, con su piel blanquísima y los ojos castañísimos y esa sonrisa triste y tan dulce... triste, como le había susurrado un día otra niña a Rilla, porque el hombre con el que ella iba a casarse se había muerto. Rilla estaba tan contenta de estar en la clase de la señorita Emmy... No le habría gustado nada estar en la clase de la señorita Florrie Flagg... Florrie Flagg era horrible, y Rilla no podía soportar a una maestra horrible.

Cuando Rilla se encontraba con la señorita Emmy fuera de la clase dominical, y la señorita Emmy le sonreía y le hablaba, para Rilla era uno de los momentos más importantes de su vida. Sólo con que en la calle la señorita Emmy le hiciera una inclinación de cabeza le aligeraba el corazón, y una vez, cuando la señorita Emmy invitó a toda la clase a una fiesta de burbujas, donde hicieron burbujas rojas poniéndoles jugo de fresas, Rilla había estado a punto de morirse de éxtasis.

Pero encontrar a la señorita Emmy mientras una lleva una torta es algo que nadie puede soportar, y Rilla no iba a soportarlo. Además, la señorita Emmy iba a escribir un diálogo para el próximo recital de la escuela dominical, y Rilla abrigaba secretas esperanzas de que le pidiera que hiciera el papel del hada: un hada vestida de escarlata con un sombrerito puntiagudo verde. Pero no tendría sentido seguir teniendo esperanzas, si la señorita Emmy la veía llevando una torta.

¡La señorita Emmy no la vería! Rilla se detuvo en el puentecito que cruzaba el arroyo, que era bastante profundo justo en ese lugar. Sacó la torta de la cesta y la arrojó al arroyo, donde los alisos se arremolinaban sobre un charco más oscuro. La torta se abrió camino entre las ramas y se hundió con un plop y un gorgoteo. Rilla sintió un súbito estremecimiento de alivio, libertad y salvación al tiempo que se volvía para saludar a la señorita Emmy, quien Eilla lo vio en ese instante- llevaba un gran paquete envuelto en papel de estraza.

La señorita Emmy le sonrió, desde debajo de un sombrerito verde con una plumita color naranja.

-Ah, está preciosa, señorita, preciosa - murmuró Rilla, llena de adoración.

La señorita Emmy volvió a sonreír. Aun cuando una tenga el corazón destrozado... y la señorita Emmy de verdad creía que así estaba el suyo... no es desagradable recibir un cumplido tan sincero.

-Es el sombrero nuevo, diría yo, corazón. La pluma es linda. Supongo... -dijo, mirando la cesta vacía- que has ido a llevar tu torta para la función. Qué lástima que no vas en lugar de volver. Yo llevo la mía; es una torta de chocolate, tan inmensa y pegajosa...

Rilla miraba lastimeramente, incapaz de pronunciar palabra. La señorita Emmy llevaba una torta; por lo tanto, no podía ser una vergüenza llevar una torta, Y ella, ¡ay!, ¿qué había hecho? Había tirado la preciosa torta de oro y plata de Susan al arroyo, y había perdido la oportunidad de caminar hasta la iglesia con la señorita Emmy, las dos llevando sus tortas.

Después de que la señorita Emmy se hubo alejado, Rilla se fue a su casa con su horrible

secreto. Se enterró en el Valle del Arco Iris hasta la hora de la cena, cuando otra vez nadie se fijó en que estaba muy callada. Tenía mucho miedo de que Susan le preguntara a quién le había dado la torta, pero no hubo preguntas embarazosas. Después de la cena, los otros chicos fueron a jugar al Valle del Arco Iris, pero Rilla se quedó sola, sentada en los escalones, hasta que el sol bajó y el cielo fue todo de oro y viento detrás de Ingleside y surgieron luces abajo, en el pueblo. A Rilla siempre le gustaba mirar las luces que florecían, aquí y allá, en todo Glen, pero esta noche nada le interesaba. Nunca en toda su vida se había sentido tan desgraciada. No sabía cómo seguir viviendo. El atardecer se ahondó en tonos de púrpura, y ella era todavía más desgraciada. Un aroma delicioso a bollos de azúcar de arce llegó hasta ella...

Susan había esperado la frescura de la tarde para empezar a hornear... pero los bollos de azúcar de arce, como todo lo demás, no eran más que vanidad. Sintiéndose muy desgraciada, subió la escalera y se metió en la cama, debajo de la nueva colcha floreada de la que en un momento se había enorgullecido tanto. Pero no pudo dormir. Seguía atormentada por el fantasma de la torta que había ahogado. Mamá le había prometido la torta al comité, ¿qué pensarían de mamá, que no la había mandado? ¡Y habría sido la torta más linda de todas! El viento tenía un sonido tan solitario esta noche... Le reprochaba. Decía: "Tonta... tonta... tonta", una y otra vez.

Susan entró, con un bollo de azúcar de arce.

-¿Qué te tiene despierta todavía, muñequita? -le preguntó.

-Ah, Zuzan, eztoy... eztoy canzada de zer yo.

Susan se preocupó. Pensándolo bien, la niña se veía cansada durante la cena.

"Y el doctor no está, claro. Las familias de los médicos se mueren y las de los zapateros andan descalzas", pensó. Y en voz alta dijo:

-Vamos a ver si tienes fiebre, muñequita.

-No, No, Zuzan. Ez que... hize una coza ezpantoza, Zuzan. El diablo me... no, no, mentida, Zuzan, lo hize yo solita. Yo... tidé la todta en el adoyo.

- ¡Por todos los santos del cielo! -dijo Susan, asombrada-. ¿Pero cómo se te ocurrió hacer semejante cosa?

-¿Hacer, qué?

Era mamá, de regreso de la ciudad. Susan se alegró de poder retirarse, agradecida de que la señora tuviera la situación entre sus manos. Rilla, sollozando, contó toda su historia.

"Mi amor, no entiendo. ¿Por qué te parecía que era tan horrible llevar una torta a la iglesia?

Penzé que eda como la vieja Tillie Pake, mamita. ¡Y ahoda ez una vergüenza para ti! Ay, mamita, Zi me perdonas nunca maz me voy a podtad mal, y voy a ir a decidle al comité que tú les mandaste la todta.

-No te preocupes por el comité, mi amor. Van a tener muchas otras tortas, siempre sobran. Nadie se va a dar cuenta de que nosotros no enviamos ninguna. No vamos a hablar de esto con nadie. Pero siempre, después de esto, Bertha Marilla Blythe, recuerda que ni Susan ni mamá te pedirían jamás que hicieras algo vergonzoso.

La vida volvía a ser linda. Papá se acercó a la puerta para decir: "Buenas noches, gatito mío", y Susan entró a decir que para el día siguiente iba a preparar pastel de pollo.

-¿Con mucha zalza, Zuzan? -Que rebalse.

-¿Y puedo comedme un huevo madón para el desayuno, Zuzan? No me lo medezco, pero...

-Podrás comerte dos huevos marrones, si quieres. Y ahora cómete el bollo y duérmete,

muñequita.

Rilla se comió el bollo, pero antes de dormirse se bajó de la cama y se arrodilló en el suelo. Con mucha seriedad dijo:

-Quedido Dios: pod favod, hazme ziempre una niña buena y obediente, no impodta lo que me digan que haga. Y bendice a la quedida señodita Emmy y a todos los huedfanitos pobrez.

35

Los niños de Ingleside jugaban juntos y caminaban juntos y tenían todo tipo de aventuras juntos, y cada uno de ellos tenía, además, su propia vida interior de sueños y fantasías. En especial Nan, quien desde el principio se había armado un drama secreto con todo lo que oía, veía o leía, y habitaba reinos de maravilla y fantasía cuya existencia no sospechaba el círculo de su familia. Al principio, tejía paisajes de duendes y elfos que bailaban en valles encantados y dríadas que danzaban en los abedules. Ella y el gran sauce próximo al portón se habían contado secretos entre susurros, y la vieja casa vacía de los Bailey, en el extremo del Valle del Arco Iris, eran las ruinas de una torre embrujada. Durante semanas, Nan podía ser la hija de un rey, presa en un castillo solitario a la orilla del mar... durante meses, era una enfermera en una colonia de leprosos en la India o alguna otra tierra "muy, muy lejos". "Muy, muy lejos" habían sido siempre palabras mágicas para Nan, como una débil música en una colina ventosa.

A medida que crecía, fue construyendo sus fantasías sobre personas reales que veía en su pequeño mundo. En especial, las que veía en la iglesia. A Nan le gustaba mirar a la gente en la iglesia porque todo el mundo estaba tan bien vestido. Era casi milagroso. Parecían tan diferentes de como se los veía los días de semana...

Los serenos y respetables ocupantes de los diversos bancos familiares habrían quedado azorados y tal vez algo horrorizados si hubieran sabido las fantasías que la recatada doncella de ojos castaños de Ingleside tejía sobre ellos. La morena y bondadosa Annetta Millison habría quedado atónita de haber sabido que Nan Blythe la imaginaba como una raptora de niños, que los quemaba vivos para hacer pociones que la mantuvieran joven por siempre. Nan se imaginaba esto tan vívidamente, que casi se muere de miedo un día en que se encontró con Annetta Millison en un camino que al atardecer se agitaba con el murmullo de los botones de oro. Directamente no pudo responder al amistoso saludo de Annetta, y ésta pensó que Nan Blythe realmente se estaba volviendo una muchachita orgullosa y que había que enseñarle modales. La pálida esposa de Rod Palmer jamás soñó que había envenenado a alguien y se estaba muriendo del remordimiento. El vicario Gordon MacAllister, el de rostro tan solemne, no tenía idea de que cuando nació, una bruja le había echado una maldición, el resultado de la cual había sido que nunca sonreiría. Fraser Palmer, el del bigote oscuro y la vida intachable, ignoraba que cuando Nan Blythe lo miraba pensaba: "Estoy segura de que ese hombre ha cometido un hecho oscuro y desesperado. Parece como si tuviera un horrible secreto sobre la conciencia". Y Archibald Fyfe no sospechaba que cuando Nan Blythe lo veía venir se atareaba en inventar un verso como respuesta a cualquier

comentario que él hiciera porque a él no se le debía hablar si no era en rima. El nunca le hablaba, pues tenía mucho miedo a los niños, pero Nan se divertía como loca cuando trataba, desesperada y rápidamente, de inventar un verso.

Gracias, señor Fyfe, muy bien estoy.
¿Y cómo está usted, mi señor?

Otro podía ser:
Sí, es un día muy bonito.
Justo para pasear un poquito.

No hay manera de saber qué habría dicho la señora de Morton Kirk de haberse enterado de que .Nan Blythe se negaba a ir jamás a su casa -en el supuesto caso de que algún día fuera invitada~porque había una huella roja en el umbral de su _puerta. Y su cuñada, la plácida, gentil Elizabeth Kirk, no soñaba que en realidad ella se había quedado soltera porque su novio había caído muerto - frente al altar justo cuando iba a comenzar la ceremonia religiosa.

Era todo muy divertido e interesante, y Nan nunca perdía de vista el límite entre realidad y fantasía hasta que fue poseída por la Dama de los Ojos Misterio

No tiene sentido preguntarse cómo surgen los sueños. Nan misma no podría haber explicado cómo sucedió todo. Comenzó con la CASA TENEBROSA. Nan la leía siempre así, en mayúsculas. A ella le gustaba tejer, sus fantasías alrededor de lugares, además de hacerlo sobre personas, y la CASA TENEBROSA era el único lugar a mano (sin contar la vieja casa de Bailey) que se prestaba a la fantasía. Nan nunca había visto la CASA personalmente, sólo sabía que estaba allí detrás de un grueso y oscuro abeto, sobre un camino lateral que llevaba a Lowbridge, y que estaba desocupada desde tiempos inmemoriales, según decía Susan. Nan no sabía qué quería decir "tiempos inmemoriales" pero era una frase tan fascinante, justa para casas tenebrosas.

Nan siempre pasaba corriendo como loca por la entrada del camino que llevaba a la CASA TENEBROSA, cuando iba a visitar a su amiga, Dora Clow. Era un largo y oscuro camino bordeado de árboles y con pastos tupidos que crecían en la trilla, y helechos que subían hasta la altura de la cintura bajo los abetos. Había una larga y gris rama de arce cerca del portón destartalado, que parecía exactamente un brazo viejo y torcido que se estiraba para agarrarla. Nan nunca sabría cuándo podría estirarse un poquito más y alcanzarla. Le daba un escalofrío de emoción escaparse.

Un día, para su asombro, Nan oyó a Susan decir que Thomasine Fair había ido a vivir a la CASA TENEBROSA, como le decía Susan, con muy poco sentido de lo romántico, la vieja casa de los MacAllister.

-Le va a resultar un poco solitaria, diría yo -había dicho mamá-. Queda tan alejada de todo...

--No le va a importar -dijo Susan-. Nunca va a ningún lado, ni siquiera a la iglesia. Hace años que no va a ningún lado, bueno, dicen que camina por el jardín de noche. Caramba, pensar que ha llegado a esto... ella que era tan hermosa y tan coqueta. ¡La cantidad de corazones que rompió en su época! ¡Y mírenla ahora! Bueno, es una advertencia, y eso es seguro.

Para quién era una advertencia, Susan no lo explicó, y no se dijo nada más, pues nadie en Ingleside estaba demasiado interesado en Thomasine Fair. Pero Nan, que se había cansado un poco de sus antiguas vidas de ensoñación y ansiaba algo nuevo, se apropió de Thomasine Fair en

la CASA TENEBROSA. Poco a poco, día tras día, noche a noche (una puede creer en cualquier cosa de noche), armó una leyenda sobre ella hasta que todo resurgió irreconocible y fue para Nan un sueño más querido que ningún otro hasta ese momento.

Nada antes había parecido jamás tan fascinante, real, como esta visión de la Dama de los ojos misteriosos. Grandes y aterciopelados ojos negros, ojos hundidos, ojos embrujados, llenos de remordimiento por los corazones que había roto. Ojos "malvados, pues cualquiera que rompía corazones y Que además no iba nunca a la iglesia tenía que ser "malvado. Las personas malvadas eran tan interesantes... La Dama huía del mundo como penitencia por sus crímenes.

. ¿Podía ser una princesa? No, las princesas eran muy escasas en la Isla Príncipe Eduardo. Pero era alta, esbelta, distante, de una belleza helada, como una princesa, con largos cabellos negrísimos peinados en dos gruesas trenzas que le caían sobre los hombros, hasta los pies. Tendría un rostro bien delineado y marfileño, una hermosa nariz griega, como la nariz de la Artemisa del Arco de Plata que tenía mamá, y hermosas y blancas manos que ella se retorcería mientras caminaba por el jardín durante las noches, esperando al único amante verdadero a quien había desdeñado y había aprendido a amar cuando ya era demasiado tarde (¿se ve cómo iba creciendo la leyenda?), mientras su larga falda de terciopelo negro se arrastraba sobre el césped. Usaría un cinturón de oro y grandes aros de perlas y debía vivir su vida de sombras y misterio hasta que llegara su amado a darle a libertad. Entonces, ella se arrepentiría de su maldad y su crueldad de antaño y le tendería a él sus hermosas manos y por fin inclinaría su orgullosa cabeza en señal de sumisión. Se sentarían junto a la fuente (para ese momento, ya había una fuente) y volverían a intercambiarse los antiguos juramentos, y ella lo seguiría "allende las colinas y más allá, hasta su más alejado borde púrpureo", como la Princesa Durmiente del poema que mamá le había leído una noche del viejo libro de Tennyson, que papá le había regalado hacía muchísimo tiempo. Pero el amado de la mujer de los ojos Misteriosos le regalaba joyas incomparables.

La CASA TENEBROSA estaría, por supuesto, hermosamente amueblada, y habría cuartos y escaleras secretos, y la Dama de los ojos Misteriosos dormiría en una cama hecha de nácar, bajo un dosel de terciopelo violeta. La cuidaría un lebrel... un par de lebreles... toda una jauría... y ella estaría siempre escuchando... escuchando... escuchando... a la espera de la música de un arpa muy lejana. Pero no podría oírla mientras fuera malvada, y el llegara su amado y la perdonara…y eso era todo.

Los sueños suenan muy tontos cuando se los pone en frías palabras. Con sus diez años, Nan jamás ponía sus sueños en palabras: sólo los vivía. Este sueño de la malvada Dama de los Ojos Misteriosos se le hizo tan real como la vida que la rodeaba. Se apoderó de ella. Ya hacía dos años que era parte de ella. De alguna extraña manera, había llegado a creer en él. Ni por asomo se lo hubiera contado a nadie, ni siquiera a su madre. Era su tesoro privado, su secreto inalienable, sin el cual no podía imaginar que pudiera continuar la vida. Preferá irse sola a soñar con la Dama de los Ojos Misteriosos que ir a jugar en el valle Arco Iris.

Anne notó esta tendencia y se preocupó un poco. Nan se estaba inclinando demasiado en ese sentido. Gilbert quería mandarla de visita a Avonlea, pero Nan, por primera vez, rogó apasionadamente que no la enviaran. No quería irse de casa, dijo, lastimera. A sí misma se dijo que se moriría si tenía que irse tan lejos de la extraña, triste y hermosa Dama de los Ojos Misteriosos. Cierto que la Dama de los Ojos Misteriosos jamás iba a ningún lado. Pero *podría* decidir salir algún día, y si ella, Nan, no estaba, no podría verla. ¡Qué maravilloso sería llegar a verla! Si hasta el camino mismo por donde ella pasara sería romántico para siempre. El día en

que sucediera sería diferente de todos los otros días. Lo marcaría con un círculo en el calendario. Nan había llegado a un punto en el que deseaba fervientemente verla, aunque fuera una sola vez. Sabía muy bien que mucho de lo que había imaginado sobre ella era sólo eso: imaginación. Pero no tenía la menor duda de que Thomasine Fair era joven, y hermosa, y malvada, y fascinante. Nan estaba para entonces completamente segura de haber oído a Susan decirlo y, mientras fuera así, Nan podía seguir imaginando cosas sobre ella para siempre.

Nan no podía creer lo que oía cuando una mañana Susan le dijo:

-Hay un paquete que quiero mandarle a Thomasine Fair, a la vieja casa de MacAllister. Lo trajo tu padre anoche de la ciudad. ¿No irías a llevárselo de una corrida esta tarde, preciosa?

¡Así como así! Nan contuvo el aliento. *¿Era cierto?* ¿Los sueños se hacían realidad de esa manera? Vería la CASA TENEBROSA, vería a su hermosa y malvada Dama de los Ojos Misteriosos. De verdad la vería, tal vez la oyera hablar, tal vez... ¡ah, bendición!, tal vez tocara su blanca y delgada mano. En cuanto a los lebreles y la fuente y todo lo demás, Nan sabía que sólo los había imaginado, pero seguro que la realidad era igualmente maravillosa.

Nan miró el reloj toda la mañana, viendo que el tiempo se arrastraba lentamente, ay, tan lentamente. Cuando un trueno tronó en el cielo, amenazador, y comenzó a llover, casi no pudo evitar las lágrimas.

-No sé cómo Dios pudo permitir que lloviera *hoy*-susurró con rebeldía.

Pero la lluvia pronto paró y el sol volvió a brillar.

Nan casi no pudo comer del entusiasmo.

-Mamá, ¿puedo ponerme el vestido amarillo? ¿Para qué te vas a vestir tanto para ir a ver a una vecina, niña?

¡Una vecina! Claro que mamá no entendía... no podía entender.

-Por favor, mamá.

-Está bien -dijo Anne. El vestido amarillo pronto le quedaría chico. Mejor que le sacara provecho.

A Nan le temblaban las piernas cuando salió, con el valioso paquete en la mano. Tomó un atajo por el Valle del Arco Iris, colina arriba, hasta el camino lateral. Las gotas de lluvia todavía yacían sobre las capuchinas como grandes perlas; había una frescura deliciosa en el aire; las abejas zumbaban en los tréboles blancos que bordeaban el arroyo; delgadas libélulas azules resplandecían sobre el agua... las agujas de remendar del Diablo, las llamaba Susan; en la pradera de la colina, las margaritas la saludaron... se inclinaron hacia ella... le dijeron adiós... se rieron con ella, con esa fresca risa de oro y plata. Todo era tan hermoso y ella iba a ver a la Dama de los Ojos Misteriosos. ¿Qué le diría la Dama? Y, ¿sería seguro ir a verla? ¿Y si una se quedaba unos minutos con ella y de pronto se daba cuenta de que habían pasado cien años, como en el cuento que Walter y ella habían leído la semana anterior?

36

Nan sintió una extraña sensación de cosquilleo en la columna vertebral al tomar el sendero. ¿Se había movido la rama del arce seco? No, ella había escapado, y estaba a salvo. Ajá, vieja bruja, ¡no me atrapaste! Caminaba por el sendero donde ni el barro ni la trilla tenían poder para disminuir su entusiasmo. Unos pasos más y... la CASA TENEBROSA estaba ante ella, rodeada por esos oscuros árboles. ¡La vería al fin! Se estremeció un poquito... y no supo que era por

un miedo secreto y no admitido a perder su sueño. Lo que es siempre, en la juventud o en la madurez o en la vejez, una catástrofe.

Se abrió camino por una abertura en un grupo silvestre de jóvenes abetos que cerraba el final del sendero. Tenía los ojos cerrados: ¿osaría abrirlos? Por un momento, un terror inmenso se apoderó de ella y estuvo a punto de dar media vuelta y salir corriendo. Después de todo, la Dama era malvada. ¿Quién sabía qué podía hacerle a una? Hasta podía ser una bruja. ¿Cómo no se le había ocurrido nunca que la Dama Malvada podía ser una bruja?

Entonces, muy decidida, abrió los ojos y miró.

¿Era ésta la CASA TENEBROSA, la oscura, majestuosa mansión de sus sueños, con torres y almenas? ¡Esto!

Era una casa grande, que alguna vez había sido blanca pero que ahora era de un gris lodo. Aquí y allá, persianas rotas, que otrora fueron verdes, caían desgoznadas. Los escalones del frente estaban rotos, Un desolado porche cerrado por vidrios tenía casi todos los cristales astillados. La madera trabajada de la galería estaba rota. ¡Ay, no era más que una vieja casa cansada y gastada de vivir!

Nan miró desesperada a su alrededor. No había ni fuente ni jardín, bueno, nada que pudiera llamarse jardín. El espacio frente a la casa, rodeado de una empalizada desgastada, estaba lleno de maleza y pastos altos hasta la rodilla. Un cerdo flaco hozaba la tierra del otro lado de la empalizada. Crecían bardanas en la senda. En los rincones había montones desordenados de plantas, pero sí había una espléndida mata de altivas azucenas y, justo al lado de los escalones gastados, un alegre cantero con caléndulas.

Nan caminó despacio por el sendero hasta el cantero de caléndulas. La CASA TENEBROSA había desaparecido para siempre. Pero quedaba la Dama de los Ojos Misteriosos. Seguro que ella era real, ¡tenía que serlo! ¿Qué había dicho Susan de ella hacía tiempo?

-Dios misericordioso, ¡casi se me sale el corazón por la boca del susto! -dijo una voz algo pastosa pero afable.

Nan miró a la figura que de pronto había surgido de al lado del cantero de caléndulas. ¿Quién era? No podía ser... Nan se negaba a creer que ésta fuera Thomasine Fair. ¡Sería demasiado horrible!

"Pero, ¡es vieja!", pensó Nan, transida por la desilusión.

Thomasine Fair, si es que era Thomasine Fair - y ahora Nan sabía que era Thomasine Fair-, era en verdad vieja. ¡Y gorda! Parecía el colchón de plumas con un cordel atado en el medio, con el que la delgadísima Susan siempre comparaba a las señoras robustas. Estaba descalza, con un vestido verde que se había descolorido hasta llegar al amarillo, y un viejo sombrero de hombre de fieltro sobre sus escasos cabellos grisáceos. Tenía la cara redonda como una O, coloradota y arrugada, con nariz respingada. Los ojos, de un azul desvaído, estaban rodeados por grandes y graciosas patas de gallo.

Ah, mi Dama... mi encantadora Malvada Dama de los Ojos Misteriosos, ¿dónde estás? ¿Qué ha sido de ti? ¡Tú existías!

"Bueno, vamos a ver, ¿y quién es esta linda niña? -preguntó Thomasine Fair.

-Nan intentó recordar sus buenos modales.

Soy... Nan Blythe. Vine a traerle esto.

Thomasine se abalanzó contenta sobre el paquete.

-¡Bueno, qué alegría recuperar mis anteojos! -dijo—. Los he extrañado tanto para leer el almanaque los domingos... ¿Así que tú eres una de las niñas Blythe? ¡Qué lindo cabello tienes! Siempre he querido ver a alguno de ustedes oíque tu ma los cría científicamente. ¿A ustedes les

gusta?

-¿Si nos gusta... qué? Ah, malvada, encantadora Dama, tú no leías el almanaque los domingos. Tampoco decías "ma".

-Eso, que los críen científicamente.

-A mí me gusta la forma en que me crían -dijo Nan, tratando de sonreír y lográndolo a duras penas.

-Bueno, tu ma es una mujer muy fina. Se mantiene firme. Yo juro que la primera vez que la vi, en el funeral de Libby Taylor, me pareció una recién casada, tan feliz se la veía. Siempre pienso, cuando veo a tu ma entrar en una habitación, que todos se ponen atentos, como esperando que pase algo. Las nuevas modas le quedan bien, además. La mayoría de nosotras no está para ponerse esa ropa. Pero ven, siéntate un ratito. Me alegro de ver a alguien, esto es muy solitario a veces. No puedo darme el lujo de tener teléfono. Las flores son mi compañía. ¿Alguna vez viste caléndulas más lindas? Y tengo un gato.

Nan quería huir a las entrañas mismas de la Tierra, pero sintió que no debía herir los sentimientos de la anciana negándose a pasar. Thomasine, a quien se le veía la enagua por debajo de la falda, la guió; subieron los destartalados escalones y entraron en un cuarto que era evidentemente cocina y sala todo en uno. Estaba escrupulosamente limpio y era alegre por las muchas y lozanas plantas de interior. El aire estaba cargado con el agradable aroma a pan recién horneado.

-Siéntate aquí -dijo Thomasine, cortésmente, y le acercó una mecedora con un alegre almohadón hecho de remiendos-. Voy a sacar esa cala del camino. Espera a que me ponga la dentadura de abajo. Quedo rara sin ella, ¿no? Pero me lastima un poco. Ahí está, ahora voy a hablar más claro.

Un gato manchado, lanzando todo tipo de diversos maullidos, se acercó a saludarlas. ¡Ah, los lebreles de un sueño desaparecido!

-Ese gato es muy buen cazador -dijo Thomasine-. Este lugar está lleno de ratas. Pero me resguarda de la lluvia y me harté de vivir con parientes. No podía decir esta boca es mía. Me mandaban todo el tiempo, como si yo fuera una basura. La esposa de Jim era la peor. Se quejó porque una noche yo le estaba haciendo muecas a la Luna. Bueno, ¿y? ¿A la Luna le hacía daño? Así que me dije: "No voy a ser un felpudo". Y me vine aquí sola y aquí me quedaré mientras pueda usar las piernas. Bueno, ¿qué te sirvo? Puedo hacerte un emparedado de cebolla. -No...no, gracias.

-Son muy buenos cuando una está resfriada. Yo me comí uno, ¿ves qué ronca estoy? Pero me ato un pedazo de franela roja embadurnada en trementina y grasa de ganso alrededor de la garganta cuando me voy a acostar. No hay nada mejor.

¡Franela roja y grasa de ganso! Para no hablar de la trementina.

-Si no quieres un emparedado, ¿segura que no quieres?, voy a ver qué tengo en la lata de las galletitas.

Las galletitas, cortadas en forma de gallitos y patos, eran sorprendentemente buenas y se deshacían en la boca. La señora Fair le dirigió una amplia sonrisa a Nan hasta con los redondos y desvaídos ojos.

-"Ahora me vas a querer, ¿no? Me gusta que las niñas pequeñas me quieran.

-Lo intentaré -balbuceó Nan, que en ese momento odiaba a la pobre Thomasine Fair como sólo se puede odiar a aquellos que destruyen nuestras ilusiones.

-Tengo algunos nietos en el Oeste, sabes.

¡Nietos!

-Te mostraré sus fotos. Bonitos, ¿verdad? Ese retrato es del pobre Papá. Veinte años hace que murió.

El retrato del pobre Papá era un gran retrato a lápiz de un hombre de barba con una hilera de rizos blancos alrededor de una cabeza calva.

¡Ay, amor desdeñado!

-Fue un buen esposo, aunque quedó calvo a los veinte años -dijo la señora Fair con cariño-. Ah, pero yo tuve pretendientes para elegir cuando era joven. Ahora soy vieja, pero lo pasé bien cuando joven. ¡Los pretendientes, los domingos por la noche! ¡Se peleaban para ver quién aguantaba más tiempo sentado en la sala de casa! ¡Y yo con la cabeza alta, altiva como una reina! Papá estuvo entre ellos desde el principio, pero yo no tenía nada que decirle. Me gustaban un poco más emprendedores. Estaba Andrew Metcalf, por ejemplo, poco me faltó para escaparme con él. Pero sabía que hubiera salido mal. Nunca te escapes con un pretendiente. No es bueno, y que nadie quiera convencerte de lo contrario.

--No... no, le aseguro que no.

-Al fin me casé con Papá. Se le terminó la paciencia y me dijo que me daba veinticuatro horas para aceptarlo o dejarlo. Mi padre quería que yo me casara. Se puso nervioso cuando Jim Hewitt se ahogó porque yo no quise aceptarlo. Papá y yo fuimos muy felices cuando nos acostumbramos el uno al otro. Él decía que yo le venía bien porque no pensaba mucho. Papá sostenía que las mujeres no nacieron para pensar. Decía que pensar las hacía secas y poco naturales. Le caían muy mal los porotos y tenía ataques de lumbago, pero mi bálsamo de "balmagilia" siempre lo curaba. Había un especialista en la ciudad que dijo que podía curarlo definitivamente, pero Papá siempre decía que cuando uno se entrega a manos de esos especialistas nunca lo sueltan después... nunca. Lo extraño para darle de comer al cerdo. A él le encantaba la carne de cerdo. Nunca como un pedazo de tocino sin pensar en él. Ese retrato frente al de Papá es la reina Victoria. A veces, yo le digo: "Si te quitaran todos esos encajes y joyas, mi querida, dudo que seas más presentable que yo".

Antes de dejar ir a Nan, insistió en que se llevara una bolsita con mentas, un escarpín de cristal rosado para poner flores, y un frasco de jalea de grosella.

-Eso es para tu ma. Siempre he tenido buena suerte con mi jalea de grosella. Un día de éstos voy a ir a Ingleside. Quiero ver esos perros de lo que tienen. Dile a Susan Baker que le agradezo mucho el plato de nabizas que me mandó en la primavera.

¡Nabizas!

-Pensé que podría darle las gracias en el funeral de Jacob Warren, pero se fue demasiado de prisa. A mí me gusta tomarme mi tiempo en los funerales. Hace como un mes que no hay ninguno siempre pienso que es muy aburrido cuando no hay funerales. Por Lowbridge siempre hay muchísimos, lindos funerales. No es justo. Ven a verme tra vez, ¿eh? Tienes algo... "el amor es mejor que el oro y la plata", dice el Buen Libro, y creo que es así.

Le sonrió a Nan, y su sonrisa fue muy agradable; tenía una sonrisa agradable. En ella se veía a la bonita Thomasine de hacía tiempo. Nan logró sonreír a su vez. Le ardían los ojos. Debía irse antes de largarse a llorar.

"Una linda criaturita, muy bien educada", se dijo la vieja Thomasine Fair, mirando a Nan por la ventana.

No tiene el don de la conversación como su madre, eso tal vez no sea tan malo, después de todo. Hoy n día la mayoría de los niños creen que son despiertos cuando están siendo apenas insolentes. La visita de esa pequeñita me ha hecho sentir joven otra vez

Thomasine suspiró y salió a terminar de cortar sus caléndulas y de carpir la tierra de las

bardanas. "Gracias a Dios que me responden las piernas", reflexionó.

Nan volvió a Ingleside con un sueño perdido. Una cañada llena de margaritas no pudo seducirla; el agua cantarina la llamó en vano. Quería llegar a casa y encerrarse lejos de cualquier mirada humana. Dos niñas con las que se cruzó rieron luego de pasar. ¿Se reían de ella? ¡Cómo se reirían todos, si supieran! La tonta de Nan Blythe, que había inventado un romance con fantasías hechas en telaraña sobre una pálida reina de misterio, y en cambio se encontró con la viuda del pobre Papá y con unas mentas.

¡Mentas!

Nan no quería llorar. Las niñas grandes de diez años no lloran. Pero se sentía deprimida en un grado indescriptible. Algo precioso y hermoso se había ido, se había perdido... perdida estaba una secreta fuente de regocijo que, según creía ella, no podía volver a ser suya otra vez. Encontró Ingleside llena del delicioso aroma a galletitas recién horneadas, pero no fue a la cocina a pedirle algunas a Susan. A la hora de comer, su apetito fue notoriamente escaso, a pesar de que vio las palabras "aceite de ricino" en los ojos de Susan. Anne se había dado cuenta de que Nan había -estado muy callada desde que había vuelto de la casa MacAllister, Nan, que literalmente cantaba desde el amanecer hasta la noche y después también. ¿Había sido demasiado para la niña la larga caminata en un día tan caluroso?

¿Por qué esa expresión angustiada, hija? -preguntó, como al pasar, cuando fue al dormitorio de las mellizas al atardecer, con toallas limpias, y encontró a Nan acurrucada en el asiento de la ventana, en lugar de estar abajo, en el Valle del Arco Iris, cazando tigres en las selvas ecuatoriales con los otros niños.

Nan no había querido decirle a nadie que había sido tan tonta. Pero de alguna manera, las cosas se contaban solas a mamá.

-Ay, mamá, ¿todo en la vida es una desilusión?

-No todo, mi amor. ¿Te gustaría contarme qué te desilusionó hoy?

-Ay, mamá. Thomasine Fair es... ¡es buena! ¡Y tiene la nariz respingada!

. -Pero -dijo Anne, honestamente intrigada ¿qué puede importarte que tenga la nariz respingada o no?

Entonces, Nan soltó todo. Anne la escuchó con su expresión seria de costumbre, rogando no traicionarse y no estallar en una estentórea carcajada. Recordaba la niña que ella había sido en Tejados Verdes. Recordó el Bosque Encantado y dos niñas pequeñas que se habían aterrorizado a sí mismas con sus propias fantasías. Y conocía la espantosa amargura de perder un sueño.

-No debes tomarte tan a pecho la pérdida de tus fantasías, mi amor.

—No puedo evitarlo -dijo Nan, desolada-. Si tuviera que vivir mi vida otra vez nunca me imaginaría nada. Y nunca volveré a hacerlo.

—Mi pequeña tonta... mi querida pequeña tonta, no digas eso. Es maravilloso tener imaginación pero, como todos los dones, debemos poseerla nosotros y no dejarnos poseer por ella. Tú te tomas tus fantasías un poco demasiado seriamente. Ah, es delicioso, yo conozco ese éxtasis. Pero debes aprender a mantenerte de este lado del límite entre lo real y lo irreal. Entonces la posibilidad de escaparte a voluntad a ese hermoso mundo propio te ayudará de manera asombrosa a soportar los momentos difíciles de la vida. Yo siempre puedo solucionar con más facilidad los problemas después de uno o dos viajes a las Islas Encantadas.

Nan sintió que le volvía la autoestima con esas palabras de consuelo y sabiduría. A mamá no le parecía tan tonto, después de todo. Y sin duda había, en algún lugar del mundo, una Malvada y Hermosa Dama de Ojos Misteriosos, aunque no viviera en la CASA TENEBROSA. Y ahora que Nan lo pensaba mejor, no era un lugar tan malo, después de todo, con sus caléndulas

color naranja y su amistoso gato manchado y los geranios y el retrato del pobre Papá. Era realmente más bien un lugar simpático y quizás un día de éstos iría a ver a Thomasine Fair otra vez y a comer más de esas galletitas tan ricas, Ya no odiaba a Thomasine.

-¡Qué madre espléndida eres! -suspiró, en el refugio y amparo de esos brazos amantes.

Un ocaso violeta y gris caía sobre la colina. La noche de verano se oscurecía alrededor de ellos... una noche de terciopelo y susurros. Por encima del gran manzano, apareció una estrella. Cuando vino la señora de Marshall Elliott y mamá tuvo que bajar, Nan ya era feliz otra vez. Mamá le había dicho que haría cambiar el empapelado del dormitorio de las niñas y que haría poner un precioso papel amarillo, y que compraría una nueva cómoda de cedro para que Nan y Di guardaran sus cosas. Sólo que no sería una cómoda de cedro. Sería un cofre de tesoro encantado, que no podía ser abierto a menos que se pronunciaran ciertas palabras mágicas, Una palabra te la podía susurrar la Bruja de la Nieve, la fría y encantadora Bruja Blanca de la Nieve. Un viento podía decirte la otra, al pasar... un triste viento gris que gemía. Tarde o temprano, encontrarías todas las palabras y abrirías el cofre, para encontrarlo lleno de perlas, rubíes y diamantes a granel. ¿No era "a granel" una expresión preciosa?

Ah, la vieja magia no se ha ido. El mundo estaba todavía lleno de ella.

37

-¿Puedo ser tu mejor amiga este año? -preguntó Delilah Green durante el recreo de esa tarde.

Delilah tenía ojos azul oscuro muy redondos, brillosos rizos castaños, boca rosada y pequeña y una voz conmovedora, algo trémula. Diana Blythe respondió instantáneamente al encanto de esa voz.

Se sabía en la escuela de Glen que a Diana Blythe le estaba faltando una amiga. Durante dos años, ella y Pauline Reese habían sido íntimas, pero la familia de Pauline se había mudado, y Diana se sentía muy sola. Pauline había sido una muy buena amiga. Claro que no tenía nada del místico encanto que la ahora casi olvidada Jenny Penny había poseído, pero era práctica, con mucho buen humor, sensata. Este último adjetivo era de Susan y constituía el mayor elogio que Susan podía otorgarle a alguien. Susan había estado muy satisfecha con Pauline como amiga para Diana.

Diana miró indecisa a Delilah; luego miró, a través del patio de juegos, a Laura Carr, que también era nueva. Laura y ella habían pasado juntas el recreo de la mañana y se habían encontrado muy agradables la una a la otra. Pero Laura era más bien fea, con pecas y rebeldes cabellos color arena. No tenía nada de la belleza de Delilah Green y ni un ápice de su seducción.

Delilah entendió la mirada de Diana y una expresión herida le apareció en el rostro; sus ojos azules parecieron llenársele de lágrimas.

-Si la quieres a ella, no puedes quererme a mí. Elige entre las dos -dijo, extendiendo dramáticamente las manos. Su voz era más conmovedora que nunca; un escalofrío le corrió a Diana por la espalda. Puso las manos sobre las de Delilah y se miraron a los ojos, solemnemente, sintiéndose juramentadas. Al menos, eso sintió Diana.

-"Me vas a querer para siempre, ¿verdad? --preguntó Delilah, apasionadamente.

-Para siempre -juró Diana con la misma pasión.

Delilah rodeó la cintura de Diana con los brazos y así pasearon juntas hasta el arroyo. El

resto de la clase de cuarto grado entendió que una alianza acababa de nacer. Laura Carr exhaló un pequeño suspiro. A ella le había gustado mucho Diana Blythe. Pero sabía que no podía competir con Delilah.

-Estoy tan contenta de poder quererte... -decía Delilah-. Yo soy muy afectuosa, no puedo evitar querer a la gente. Por favor, sé buena conmigo, Diana. Yo soy hija de la desdicha. Me echaron una maldición cuando nací. Nadie... nadie me quiere.

De alguna manera, Delilah logró poner siglos de soledad y desamor en ese "nadie". Diana la abrazó más fuerte.

-No tendrás que volver a decir eso después de ahora, Delilah. Yo te querré siempre.

¿Hasta el fin de los días?

-Hasta el fin de los días -respondió Diana. Se dieron un beso, como en un rito. Dos niños que había junto al cerco se burlaron, desdeñosos, pero, ¿qué importaba?

-Yo como amiga te voy a gustar mucho más que Laura Carr -dijo Delilah-. Ahora que somos amigas íntimas puedo contarte lo que no hubiera soñado con contarte si la hubieras elegido a ella. Laura es una mentirosa. Es terriblemente mentirosa. Simula ser tu amiga en tu cara y por la espalda se burla de ti y dice las cosas más desagradables de ti. Una niña que conozco fue a la escuela con ella en Mowbray Narrows y me lo dijo. Te salvaste por poco. Yo soy muy diferente. Soy noble como el oro, Diana.

-Sé que sí. Pero, ¿qué quisiste decir con eso de que eres hija de la desdicha, Delilah?

Los ojos de Delilah parecieron expandirse hasta que fueron enormes.

-Tengo madrastra susurró.

¿Madrastra?

-Cuando se muere tu madre y tu padre se vuelve a casar, ella es tu madrastra -dijo Delilah, con más temblequeo en la voz-. Ahora lo sabes todo, Diana. ¡Si supieras cómo me tratan! Pero yo nunca me quejo. Sufro en silencio.

Si Delilah de verdad sufría en silencio, sería oportuno preguntarse dónde obtuvo Diana toda la información que derramó sobre los moradores de Ingleside en las siguientes semanas. Estaba inmersa en una violenta pasión de adoración y solidaridad con la perseguida y desdichada Delilah, y tenía que hablar de ella a quienquiera estuviera dispuesto a escuchar.

-Supongo que esta nueva relación se agotará a su tiempo -dijo Anne-. ¿Quién es esa Delilah, Susan? No quiero que los niños sean pequeños esnobs, pero, después de la experiencia con Jenny Penny...

—Los Green son muy respetables, mi querida señora. Son conocidos en Lowbridge. Se mudaron este verano a la vieja casa Hunter. La señora Green es la segunda esposa de él, y tiene dos hijos propios. No sé mucho de ella pero parece tener un carácter manso. Me resulta difícil creer que maltrate a Delilah como dice Di.

-No des demasiado crédito a todo lo que te cuenta Delilah -le advirtió Anne a Diana-. Puede ser propensa a exagerar. Recuerda a Jenny Penny...

-Ay, mamá, Delilah no tiene nada que ver con Jenny Penny -dijo Di, indignada-. Nada. Es escrupulosamente veraz. Si la vieras, mamá, te darías cuenta de que es incapaz de mentir. En la casa todos se la toman con ella porque es tan diferente. Y es de una naturaleza muy afectuosa. Ha sido perseguida desde que nació. La madrastra la odia. A mí se me parte el corazón de escuchar sus sufrimientos. Ay, mamá, no le dan suficiente de comer, de verdad. No sabe lo que es no tener hambre. Mamá, la mandan a la cama sin cenar millones de veces y ella llora hasta quedarse dormida. ¿Alguna vez lloraste de hambre, mamá?

-Muchas veces -dijo mamá.

Librodot

Diana miró a su madre, ya sin viento en las velas de su pregunta retórica.

"Muchas veces pasé hambre antes de ir a Tejados Verdes, en el orfanato... y antes. Nunca he querido hablar de esos tiempos.

-Bueno, entonces tú serás capaz de entender a Delilah -dijo Di, rehaciendo sus confundidas ideas-. Cuando tiene mucha hambre se sienta e imagina cosas para comer. ¡Piensa en imaginarse cosas para comer!

-Tú y Nan lo hacen siempre -dijo Anne. Pero Di no quería escuchar.

-Sus sufrimientos no son sólo físicos, sino espirituales. Mira, quiere ser misionera, mamá, para consagrar su vida... y se ríen de ella.

-Muy desalmado de parte de ellos -concedió Anne. Pero algo en su voz hizo sospechar a Di.

-Mamá, ¿por qué eres tan escéptica? --le reprochó.

-Por segunda vez -dijo mamá, sonriendo-, debo recordarte a Jenny Penny. También le creíste a ella.

-Pero yo era una niña entonces y era fácil engañarme -dijo Diana con su aire más majestuoso. Sintió que mamá no estaba tan comprensiva como siempre en relación con Delilah Green.

Después de eso, Diana habló de ella sólo con Susan, ya que Nan se limitaba a asentir cuando se mencionaba el nombre de Delilah. "Celos", pensó Diana, con tristeza.

No era que Susan fuera muy comprensiva, tampoco. Pero Diana tenía que hablar con alguien sobre Delilah, y la mofa de Susan no dolía tanto como la de mamá. Una no podía esperar que Susan comprendiera del todo. Pero mamá había sido niña, mamá había querido a la tía Diana, mamá tenía un corazón tan tierno. ¿Cómo era posible que el relato del maltrato de la pobre y querida Delilah la dejara tan indiferente?

"Tal vez ella también esté un poquito celosa, porque yo la quiero tanto a Delilah", reflexionó sabiamente Diana. "Dicen que las madres se ponen así como posesivas."

-Me hace hervir la sangre oír cómo la madrastra la trata a Delilah -le dijo Di a Susan-. Es una mártir, Susan. No le dan más que un poco de avena con leche de desayuno y de cena... y poco. Y no la dejan que le ponga azúcar. Susan, yo he dejado de ponerle azúcar a la mía porque me hace sentir culpable.

-Ah, era por eso. Bueno, el azúcar aumentó un centavo, así que me parece bien.

Diana juró que nunca más le contaría nada más de `' Delilah a Susan, pero a la noche siguiente estaba tan indignada que no pudo evitarlo.

-Susan, anoche la madrastra de Delilah la corrió con una pava caliente. Imagínate, Susan. Claro que no lo hace a menudo, dice Delilah, sólo cuando está excesivamente exasperada. Lo que sí hace siempre es encerrar a Delilah en una buhardilla oscura, una buhardilla embrujada. ¡Los fantasmas que ha visto esa pobre niña, Susan! No es sano para ella. La última vez que la encerraron en la buhardilla vio una cosa negra espantosa sentada en la rueca, tarareando.

¿Qué clase de cosa? -preguntó Susan, muy seria. Estaba empezando a disfrutar las tribulaciones de Delilah y los énfasis de Di, y ella y la esposa del doctor se reían en secreto de ellos.

-No lo sé, era una cosa. Casi la lleva al suicidio. Yo tengo mucho miedo de que la empujen al suicidio, finalmente. ¿Sabes, Susan, que ella tenía un tío que se suicidó dos veces?

-¿Una vez no hubiera sido suficiente? -preguntó Susan, sin piedad.

Di se fue ofendida, pero al día siguiente tuvo que volver con otro relato de desdichas.

-Delilah nunca tuvo ni una muñeca, Susan. El año pasado tenía tantas esperanzas de que

para Navidad le regalaran una... ¿Y a que no sabes lo que le regalaron, Susan? ¡Una fusta! Le pegan casi todos los días, ¿sabes? Imagínate que le peguen con una fusta a esa pobre niña, Susan.

-A mí me pegaron más de una vez con una fusta cuando era joven y no soy peor por eso- dijo Susan, que hubiera hecho quién sabe qué, si alguien alguna vez hubiera intentado pegarle a un niño de Ingleside.

-Cuando le conté a Delilah de nuestros árboles de Navidad, se puso a llorar, Susan. Ella nunca tuvo arbolito de Navidad. Pero este año está decidida a tener uno. Encontró un paraguas viejo que no tiene nada más que la armazón, y lo va a poner en un balde y lo va a decorar como un árbol de Navidad. ¿No es patético, Susan?

¿No hay suficientes abetos pequeños a mano? Los fondos de la casa de Hunter se han convertido prácticamente en un bosque de abetos en los últimos años -dijo Susan-. Y cómo me gustaría que esa niña se llamara de cualquier manera menos Delilah.

-¡No es nombre para una criatura cristiana!

-Pero, está en la Biblia, Susan. Delilah está muy orgullosa de su nombre bíblico. Hoy en la escuela, Susan, le dije a Delilah que mañana vamos a comes pollo para el almuerzo y ella me dijo, ¿a qué no sabes lo que me dijo, Susan?

-Estoy segura de que no podría adivinarlo jamás -dijo Susan, enfática-. Y no tienen por qué ponerse a charlar en la escuela.

-Ah, pero no charlamos. Delilah dice que no debemos romper ninguna regla; Tiene principios muy elevados. Nos escribimos cartas en los cuadernos borradores y nos los pasamos. Bueno, Delilah me dijo: "¿No podrías traerme un hueso, Diana?". Se me llenaron los ojos de lágrimas. Voy a llevarle un hueso, pero con mucha carne. Delilah necesita buena comida. Tiene que trabajar como una esclava... como una esclava, Susan. Tiene que hacer todas las cosas de la casa, bueno, casi todas. Y si no las hace bien, la sacuden salvajemente, o la hacen comer en la cocina con la servidumbre.

-Los Green no tienen más que un chico francés empleado.

-Bueno, tiene que comer con él. Y él se sienta a comer sin zapatos y en mangas de camisa. Delilah dice que ahora no le importan esas cosas porque me tiene a mí, que la quiero. No tiene a nadie que la quiera, más que a mí, Susan.

-¡Qué espantoso! -dijo Susan, con la cara muy seria.

-Delilah dice que si tuviera un millón de dólares, me lo daría todo a mí, Susan. Claro que yo no lo aceptaría, pero eso demuestra qué buen corazón tiene.

-Es tan fácil regalar un millón como cien dólares, si no tienes ninguna de las dos cantidades fue lo más que pudo decir Susan.

38

Diana estaba plena de dicha. Después de todo, mamá no estaba celosa, mamá no era posesiva, mamá sí la comprendía.

Mamá y papá se iban a Avonlea a pasar el fin de semana y mamá le había dicho que podía invitar a Delilah Green a pasar el día y la noche del sábado en Ingleside.

-Vi a Delilah en el picnic de la escuela dominical -4e dijo Anne a Susan-. Es una criatura bonita y toda una señorita, aunque por supuesto que debe de exagerar. Tal vez la madrastra sea un poquito exigente con ella, y oí decir que el padre es adusto y severo. Probablemente ella crea tener razones para quejarse y le gusta dramatizar para ganarse la simpatía de los demás.

Susan tenía sus dudas.

-Pero al menos, cualquiera que viva en la casa de Laura Green será limpio -reflexionó. No había lugar aquí para peines de dientes finos.

Diana estaba llena de planes para agasajar a Delilah.

-¿Podemos comer pollo asado, Susan, con mucho relleno? No sabes lo que ansía esa pobre niña comer un poco de pastel... En la casa nunca hacen; la madrastra es muy mezquina.

Susan estuvo muy generosa. Jem y Nan habían ido a Avonlea y Walter estaba en la Casa de los Sueños con Kenneth Ford. No había nada que pudiera hacer sombra sobre la visita de Delilah, y en verdad parecía estar saliendo muy bien. Delilah llegó el sábado por la mañana muy bien arreglada con un vestido de muselina rosada; al menos, la madrastra parecía tratarla bien en lo que a la ropa concernía. Y, como verificó Susan de una mirada, tenía las orejas y las uñas impecables.

-Éste es el día más maravilloso de mi vida –le -dijo solemnemente a Diana-. ¡Uy, qué hermosa es esta casa! ¡Y esos perros de porcelana! ¡Ah, son maravillosos!

Todo era maravilloso. Delilah usó esa pobre palabra hasta el agotamiento. Ayudó a Diana a tender la mesa para el almuerzo y eligió la canastita de cristal llena de arvejillas como centro.

-Ah, no sabes cómo amo hacer algo sólo porque ,me gusta hacerlo -le dijo a Diana-. ¿No hay otra cosa que pueda hacer, por favos?

-Puedes partir las nueces para la torta que voy a preparar para la tarde -dijo Susan, que estaba ca` yendo vencida ante el encanto de la belleza y la voz de Delilah. Después de todo, tal vez Laura Green sí fuera una salvaje. Una no puede guiarse siempre por lo que la gente parece ser en público. El plato de Delilah fue atiborrado de pollo y relleno y salsa y le dieron una segunda porción de pastel sin que la hubiera pedido.

-Me he preguntado muchas veces cómo sería comer, por una vez, todo lo que una tiene ganas. Es una sensación maravillosa -le dijo a Diana mientras se levantaban de la mesa.

Pasaron una tarde muy linda. Susan le había dado a Diana una caja de caramelos, y Diana la compartió con Delilah. Delilah admiró una de las muñecas de Di, y Di se la regaló. Limpiaron el cantero de pensamientos y arrancaron algunos dientes de león que habían invadido el parque. Ayudaron a Susan a pulir la plata y la secundaron en la preparación de la cena. Delilah era tan eficiente y prolija, que Susan capituló completamente. Sólo dos cosas estropearon la tarde: Delilah se las ingenió para mancharse el vestido con tinta y perdió su collar de cuentas. Pero Susan, con sal y limón, le sacó muy bien la tinta, si bien con ella también se fue un poco del color, y Delilah dijo que lo del collar no importaba. Nada importaba excepto que estaba en Ingleside con su queridísima Diana.

-¿No vamos a dormir en la cama del cuarto de huéspedes? -preguntó Diana cuando llegó la hora de irse a dormir-. Siempre alojamos a la visita en el cuarto de huéspedes, Susan.

-Tu tía Diana viene mañana a la noche con tu padre y tu madre -dijo Susan-. Ya preparé el cuarto de huéspedes para ella. Y en tu cama puedes dormir con Camarón, lo que no podrías hacer en el cuarto de huéspedes.

-¡Ah, qué rico olor tienen estas sábanas! -dijo Delilah cuando se acostaron.

- Susan siempre las hierve con raíz de lirio de Florencia -dijo Diana.

Delilah suspiró.

-Me pregunto si sabrás la suerte que tienes, Diana. Si yo tuviera una casa como la tuya... pero es mi destino en la vida. Tengo que soportarlo.

En su ronda nocturna antes de irse a su cuarto, Susan fue a decirles que se dejaran de charlar y se durmieran.

Les dio dos bollos de azúcar de arce a cada una.

-Nunca olvidaré su bondad, señorita Baker -dijo Delilah, con un temblor en la voz de la emoción.

Susan se fue a la cama reflexionando que nunca en su vida había visto a una niña de mejores modales ni más encantadora. Sí que la había juzgado mal a Delilah Green. Aunque en ese momento se le ocurrió a Susan que, para ser una niña a la que nunca le daban bien de comer, los huesos de Delilah Green estaban bien recubiertos.

Delilah se fue a su casa a la tarde siguiente, y mamá, papá y la tía Diana vinieron por la noche. El lunes cayó el rayo del cielo. Al regresar a la escuela al mediodía, Diana oyó, al entrar en el edificio, que mencionaban su nombre. Dentro del aula, Delilah Green era el centro de un grupo de niñas curiosas.

-Me desilusioné tanto en Ingleside. Después de, los alardes de Di sobre su casa, yo esperaba una mansión. Es grande, sí, pero algunos de los muebles están en muy mal estado. Las sillas piden a gritos un nuevo tapizado.

¿Viste los perros de porcelana? --preguntó Bessy Palmer.

-No tienen nada de maravilloso. Ni siquiera tienen pelo. Le dije a Diana allí mismo que estaba desilusionada.

Diana estaba "con los pies pegados al suelo" o, al menos, pegados al piso de la escuela. No era adrede que escuchara sin ser vista; simplemente estaba demasiado alelada como para moverse.

-Lo siento por Diana -continuaba Delilah-. Cómo los, padres descuidan a la familia es escandaloso. La madre es una dejada. Es terrible cómo se va y deja a los niños para que los cuide esa vieja Susan, sola, que además está medio loca. Lo que se desperdicia en esa cocina es de no creer. La esposa del doctor es demasiado despreocupada y perezosa para cocinar ni siquiera cuando está en casa, de modo que Susan hace lo que quiere. Iba a servirnos la comida en la cocina, pero yo la enfrenté y le dije: "¿Soy una visita o no?". Susan dijo que si le contestaba con insolencia me iba a encerrar en el armario. Yo le dije: "No se atreverá", y no se atrevió. "Podrá intimidar a los niños de Ingleside, Susan Baker, pero no puede intimidarme a mí." Ah, les digo que la enfrenté a Susan. No le permití que le diera jarabe sedante a Rilla. "¿No sabe que es veneno para los niños?", le dije.

"Pero se desquitó a la hora del almuerzo. ¡Las porciones miserables que sirve! Había pollo pero a mí me tocó la rabadilla y ni siquiera me preguntaron si quería una segunda porción de pastel. Pero Susan, por otro lado, quería hacerme dormir en el cuarto de huéspedes, y Di se negó terminantemente... por pura maldad. Es tan celosa... Pero igual yo siento pena por ella. Me dijo que Nan la pellizca que es un escándalo. Tiene los brazos negros y azules. Dormimos en su habitación y un gato macho, viejo y sucio estuvo a los pies de la cama toda la noche. No era higiénico, y se lo dije a Di. Y me desapareció el collar de cuentas. No estoy diciendo que se lo haya quedado Susan. Creo que es honesta... pero es rara. Y Shirley me tiró encima un frasco de tinta. Me arruinó el vestido, pero no me importa. Ma tendrá que comprarme uno nuevo. Bueno, de todas maneras, les saqué todos los dientes de león del jardín y les pulí la platería. Si la

hubieran visto... No sé cuándo la habrán pulido por última vez. Les digo que Susan se despreocupa cuando la esposa del doctor no está. Yo le hice ver que la había descubierto. "¿Por qué nunca lava el cajón de las papas, Susan?", le pregunté. Si le hubieran visto la cara...

-"Miren mi nuevo anillo, chicas. Me lo regaló un chico que conozco en Lowbridge.

-Ay, yo le vi ese mismo anillo a Diana Blythe muchas veces --dijo Peggy MacAllister, desdeñosamente.

-Y yo no creo ni una sola palabra de todo lo que has dicho de Ingleside, Delilah Green -dijo Laura Carr.

Antes de que Delilah pudiera responder, Diana, que había recuperado la facultad del movimiento y de la palabra, entró como una tromba en el aula.

-¡Judas! -exclamó.

Después pensó, arrepentida, que no era muy digno de una señorita decir eso. Pero se había sentido herida en lo más profundo de su ser, y cuando se tienen los sentimientos convulsionados una no puede ponerse a elegir las palabras.

-¡Yo no soy judas! -barbulló Delilah, ruborizándose, probablemente por primera vez en su vida.

¡Sí que lo eres! ¡No tienes ni una gota de sinceridad! ¡No vuelvas a hablarme mientras vivas!

Diana salió de la escuela y se fue corriendo a su casa. No podía quedarse en la escuela esa tarde... ¡no podía! La puerta de Ingleside recibió el portazo más fuerte de toda su existencia.

-Mi amor, ¿qué pasa? -exclamó Anne, interrumpida su conversación con Susan en la cocina por una hija llorosa que se arrojó como una tromba contra el pecho materno.

Toda la historia salió, algo inconexa, entre sollozos.

-He sido herida en todos mis sentimientos más delicados, mamá. ¡Y nunca más voy a creer en nadie!

Mi amor, no todas tus amigas serán iguales. Pauline no era así.

-Es la segunda vez -dijo Diana, con amargura, dolida por la traición y la pérdida-. No habrá una tercera.

-Lamento que Di haya perdido su fe en la humanidad -dijo Anne, algo pesarosa, cuando Di se hubo ido arriba-. Esto es una verdadera tragedia para ella. Ha tenido mala suerte con algunas de sus amigas. Jenny Penny... y ahora Delilah Green. El problema es que Di siempre cae víctima de las chicas que pueden contarle historias interesantes. Y la pose de mártir de Delilah era muy atractiva.

-Si me pide mi opinión, mi querida señora, esa niña Green es una perfecta descarada -dijo Susan, más implacable por haber sido ella misma tan fácilmente engañada por los ojos y los modales de Delilah-. ¡Decir que nuestros gatos son sucios! No digo que no haya gatos machos, mi querida señora, pero las niñas no deben hablar de eso. Yo no soy muy amante de los gatos, pero Camarón tiene siete años y al menos debe ser respetado. Y en cuanto a mi cajón de las papas...

Pero Susan no podía siquiera expresar sus sentimientos sobre el cajón de las papas.

En su habitación, Di reflexionaba que tal vez no fuera demasiado tarde para ser "la mejor amiga" de Laura Carr, después de todo. Laura era veraz, aun cuando eso no fuera demasiado interesante. Di suspiró. Un poco de color se le había ido a la vida junto con su creencia en el sino lastimero de Delilah.

39

Un punzante viento del este rezongaba alrededor de Ingleside como una vieja de mal genio. Era uno de esos días destemplados y lluviosos de fines de agosto, que le quitan a uno todo el ánimo, uno de esos días en los que todo sale mal, días que en los viejos tiempos de Avonlea se llamaban "un día de Jonás". El nuevo cachorrito que Gilbert le había traído a los chicos le había comido todo el esmalte a la pata de la mesa del comedor. Susan descubrió que las polillas habían estado de gran fiesta en el armario de la ropa de cama. El nuevo gatito de Nan había estropeado el más lindo de los helechos. Jem y Bertie Shakespeare habían estado toda la tarde haciendo una batahola insoportable en la buhardilla, con baldes de latón a modo de tambores. Anne misma había roto una pantalla de cristal pintado. Pero, de alguna manera, ¡le había hecho bien oír el estruendo que hizo al romperse! A Rilla le habían estado doliendo los oídos, y Shirley tenía un misterioso sarpullido en el cuello, que preocupaba a Anne pero que Gilbert apenas miró restándole importancia y diciendo que le parecía que no era nada. Claro que a él no le parecía nada. ¡Si Shirley no era más que su hijo! Tampoco le importaba haber invitado a los Trent a cenar una noche de la semana anterior y haberse olvidado de comentárselo a Anne hasta que llegaron los invitados. Ella y Susan habían tenido un día especialmente atareado y habían decidido preparar una cena fría. ¡Y la señora Trent, que tenía fama de ser la más exquisita anfitriona de Charlottetown! ¿Dónde estaban las medias de Walter, las del reborde negro y la puntera azul?

-Walter, ¿te parece posible que aunque sea por una vez seas capaz de poner las cosas en su lugar?

"Nan, no sé dónde quedan los Siete Mares. ¡Por lo que más quieras, basta de hacerme preguntas! No me extraña que hayan envenenado a Sócrates. No tuvieron más remedio.

Walter y Nan se quedaron mirándola. Jamás habían oído a su madre hablar en ese tono. La mirada de Walter enojó todavía más a Anne.

-Diana, ¿es necesario que tenga que recordarte permanentemente que no enrolles las piernas alrededor del taburete del piano?

-"¡Shirley, mira cómo has pegoteado toda esa revista con mermelada! ¡Y me encantaría que alguien me explicara dónde fueron a parar los prismas de la lámpara!

Nadie podía decírselo, pues Susan los había descolgado para lavarlos, y Anne corrió escaleras arriba para escapar de las miradas afligidas de sus hijos. En su habitación, se puso a caminar de un lado a otro, con frenesí. ¿Qué le estaba pasando? ¿Se estaba convirtiendo en una de esas personas que no tienen paciencia con nadie? Todo la irritaba últimamente. Un pequeño hábito de Gilbert que jamás le había molestado antes le ponía los nervios de punta. Estaba harta de interminables y monótonas obligaciones, harta de atender los caprichos de su familia. En un tiempo, todo lo que hacía por su casa y su familia le proporcionaba placer. Ahora parecía no importarle lo que hacía. Se sentía todo el tiempo como cuando, en medio de una pesadilla, uno intenta alcanzar a alguien con los pies atados.

Lo peor de todo era que Gilbert no notaba jamás si había algún cambio en ella. Estaba ocupado día y noche y parecía no interesarse por nada que no fuera su trabajo. Lo único que había dicho durante la comida ese día había sido: "Pásame la mostaza, por favor".

"Claro que bien puedo hablar con las sillas y la mesa, por supuesto", pensó Anne con amargura. "Nos estamos convirtiendo en una costumbre el uno para el otro, nada más. Anoche ni se dio cuenta de que tenía un vestido nuevo. Y hace tanto que no me llama 'mi nenita', que ya ni me acuerdo de cuándo fue. Bien, supongo que todos los matrimonios llegan a esto al final.

Librodot

Probablemente la mayoría de las mujeres atraviesen por esto. Me da por obvia. Su trabajo es lo único que significa algo para él ahora. ¿Dónde está mi pañuelo?"

Anne encontró el pañuelo y se sentó en su silla a torturarse con lujuria. Gilbert ya no la quería. Cuando la besaba, la besaba distraído, era sólo una "costumbre". Todo el encanto había desaparecido. Viejos chistes con los que habían reído juntos volvieron en el recuerdo, ahora cargados de tragedia. ¿Cómo pudo ella hallarlos divertidos en algún momento? Monty Turner, que besaba a su esposa sistemáticamente una vez por semana, se hacía un memorándum para recordarlo. (¿Había esposas que deseaban besos así?) Curtis Ames, que se encontró con su esposa, que llevaba un sombrero nuevo, y no la reconoció. La señora de Clancy Dare, que había dicho: "Yo no amo demasiado a mi marido, pero lo extraño si no está cerca". (¡Supongo que Gilbert me extrañaría si yo no estuviera cerca! ¿A ese punto hemos llegado nosotros?) Nat Elliott, que después de diez años de matrimonio le dijo a su esposa: «Si quieres saberlo, estoy cansado de estar casado". (¡Y nosotros llevamos quince años!) Bien, tal vez todos los hombres fueran iguales. Probablemente la señorita Cornelia diría que sí lo eran. Después de un tiempo, eran difíciles de retener. (Si mi esposo necesita que yo "lo retenga", a mí no me interesa retenerlo.) Pero estaba la señora de Theodore Clow, que dijo, muy orgullosa, en la reunión de las Damas de Beneficencia: "Hace veinte años que estamos casados, y mi esposo me ama tanto como el primer día". Pero quizá se engañaba a sí misma o sólo "guardaba las apariencias". Y ella representaba sus años. (Me pregunto si yo parezco vieja.)

Por primera vez, sus años le parecieron un peso. Fue al espejo y se miró con mirada crítica. Tenía unas leves patas de gallo alrededor de los ojos, pero sólo se veían a la luz del día. La línea del mentón seguía siendo una sola. Pálida, siempre lo había sido. Tenía los cabellos espesos y ondulados, sin una sola hebra plateada. Pero, ¿de verdad a alguien podían gustarle los cabellos rojos? La nariz seguía teniendo decididamente buena línea. Anne la palmeó como a una amiga, recordando ciertos momentos de su vida en los que su nariz había sido lo único que la había hecho seguir adelante. Pero ahora Gilbert tomaba su nariz como algo obvio. Podría estar torcida o achatada, por lo que a él le importaba. Probablemente se hubiera olvidado de que ella tenía nariz. Como le sucedía a la señora Dare, quizá la extrañaría, si su nariz no estuviera en su lugar.

"Bien, debo ir a ver a Rilla y a Shirley", pensó Anne, con melancolía. "Al menos, ellos siguen necesitándome. ¿Por qué estuve tan brusca con los niños? Ah, supongo que ahora estarán todos diciendo, a espaldas mías: ` ¡Qué difícil se está poniendo la pobre mamá!'"

Seguía lloviendo y el viento seguía gimiendo. La batahola de baldes de latón en la buhardilla se había interrumpido, pero el canto incesante de un grillo solitario en la sala casi la vuelve loca. El correo del mediodía le trajo dos cartas. Una era de Marina, pero Anne suspiró al desdoblarla. La letra de Marina se estaba volviendo tan insegura y temblorosa... La otra carta era de la señora de Barrett Fowler, de Charlottetown, a quien Anne apenas conocía. Y la señora de Barrett Fowler invitaba al doctor Blythe y señora a cenar con ella el martes siguiente a las siete, "para reunirse con una antigua amiga, la señora de Andrew Dawson, de Winnipeg, Christine Stuart de soltera".

Anne dejó caer la cana. Un torrente de viejos recuerdos la inundó, algunos de ellos francamente desagradables. Christine Stuart, de Redmond, la muchacha con la que, según la gente, Gilbert había estado comprometido, la muchacha de la cual ella había estado tan terriblemente celosa; sí, ahora, veinte años después, lo admitía: había estado celosa, había odiado a Christine Stuart. Hacía años que no pensaba en Christine, pero la recordaba con toda claridad. Una muchacha alta, con una piel blanquísima, grandes ojos azules y abundantes cabellos de un

negro azulado. Y un cierto aire de distinción. Pero con nariz larga... sí, francamente larga.. Bonita, sí, no se podía negar que Christine había sido muy bonita. Recordaba haber escuchado hacía muchos años que Christine "se había casado bien" y se ha bía ido al Oeste.

Gilbert entró apresurado a comer algo —había epidemia de sarampión en Upper Glen-, y Anne le entregó en silencio la carta de la señora Fowles.

-¡Christine Stuart! Claro que iremos. Me gustaría verla, para recordar viejos tiempos -dijo él, con la única demostración de entusiasmo que había dejado ver en semanas-. Pobre muchacha, ha tenido mu chos problemas. Perdió al esposo hace cuatro años, ¿sabías?

Anne no lo sabía. Pero, ¿cómo se había enterado Gilbert? ¿Por qué nunca se lo había dicho? ¿Y se había olvidado de que el martes siguiente era su aniversario de bodas? Era un día para el que jamás habían aceptado ninguna invitación; siempre preparaban alguna salida para los dos solos. Bueno, ella no iba a recordárselo. Que fuera a ver a su Christine, si eso quería. ¿Qué era lo que había insinuado cierta vez una chica de Redmond? "Entre Gilbert y Christine hubo mucho más de lo que llegó a tus oídos, Anne." En aquel momento, ella se rió... Claire Hallett era una resentida. Pero tal vez había habido algo de cierto en el comentario. De pronto Anne recordó, con un escalofrío en el alma, que no mucho después de casarse encontró una pequeña fotografía de Christine en un viejo libro de Gilbert. Gilbert había reaccionado con indiferencia; dijo que se había preguntado adónde había ido a parar esa vieja fotografía. Pero, ¿era una de esas cosas sin importancia que son significativas de hechos sumamente importantes? ¿Era posible... que Gilbert hubiera estado enamorado de Christine? ¿Era ella, Anne, apenas una elección por descarte? ¿El premio consuelo?

"Supongo que no estoy... celosa", pensó Anne, tratando de reír. Era todo tan ridículo... Qué más natural que a Gilbert le gustara la idea de volver a ver a una vieja amiga de Redmond... Qué más natural que un hombre ocupado, con quince años de matrimonio, olvidara horas, estaciones, días y meses... Anne le escribió a la señora Fowler para aceptar su invitación, y luego dedicó los tres días que faltaban para el martes a rogar desesperadamente que alguna mujer de Upper Glen comenzara a tener un hijo el martes, a eso de las cinco y media de la tarde.

40

El niño esperado llegó demasiado pronto. Gilbert fue requerido a las nueve de la noche del lunes. Anne lloró hasta quedarse dormida y se despertó a las tres. Solía ser delicioso despertarse en medio de la noche, quedarse mirando por la ventana la envolvente belleza de la noche, oír la respiración regular de Gilbert a su lado, pensar en los niños, del otro lado del pasillo, y en el hermoso día que se acercaba. ¡Pero aho ra! Anne seguía despierta cuando el alba, clara y verde como el fluoruro, estaba en el cielo del saliente, y por fin Gilbert llegó a casa. "Mellizos", dijo a secas al tiempo que se arrojaba sobre la cama y se quedaba dormido en un minuto. ¡Mellizos, caramba! El alba de tu decimoquinto aniversario de bodas y todo lo que tu marido es capaz de decirte es "mellizos". Ni siquiera se había acordado de que era el aniversario.

Al parecer, Gilbert todavía no se había acordado cuando bajó, a las once. Por primera vez

no lo mencionó; por primera vez no tenía un regalo para ella. Muy bien, él tampoco recibiría su regalo. Ella lo tenía preparado desde hacía semanas: una navaja con mango de plata, con la fecha de un lado y sus iniciales del otro. Claro que él tendría que comprársela a ella, pagándole un centavo, para que no cortara el amor entre los dos. Pero como él se había olvidado, ella también se olvidaría, en represalia.

Gilbert pareció estar sumido en una especie de sopor todo el día. Apenas le dirigió la palabra a nadie y anduvo merodeando por la biblioteca. ¿Estaba perdido en el entusiasmo de volver a ver a su Christine? Probablemente había estado anhelando verla todos estos años. Anne sabía bien que esa idea era completamente irracional pero, ¿cuándo fueron racionales los celos? Era inútil intentar ser filosófica. La filosofía no causaba ningún efecto sobre su estado de ánimo.

Irían a la ciudad en el tren de las 17:00.

- ¿Podemos id a ved tu vestido, mamá? -preguntó Rilla.

-Ah, si quieren -dijo Anne, pero en seguida se controló. Caramba, si hasta se le había puesto la voz desagradable. -Ven, mi amor -agregó, arrepentida.

A Rilla nada le encantaba tanto como ver vestirse a su madre. Pero hasta Rilla se dio cuenta de que mamá no se estaba divirtiendo mucho esa noche.

Anne pensó bastante qué vestido ponerse. No porque importase mucho lo que se pusiera, se dijo a sí misma con tristeza. Gilbert ya no se fijaba. El espejo ya no era su amigo, se veía pálida y cansada y... no querida. Pero no debía parecer demasiado campesina y anticuada delante de Christine. (No voy a darle pena.) ¿Se pondría el nuevo vestido de tul verde manzana sobre un forro con pimpollos de rosa? ¿O el de gasa de seda color crema con la chaquetita corta de encaje de Cluny? Se probó los dos y se decidió por el de tul. Probó varios peinados y llegó a la conclusión de que la nueva onda sobre la frente, estilo pompadour, le quedaba muy bien.

-¡Ay, mamita, estaz hermosa! -exclamó Rilla, con los ojos muy abiertos llenos de admiración.

Bien, se supone que los niños y los locos dicen la verdad. ¿No le había dicho una vez Rebecca Dew que ella era "comparativamente hermosa"? En cuanto a Gilbert, él solía decirle cumplidos antes pero, ¿cuándo, en los últimos meses, le había dicho alguno? Anne no recordaba ninguno.

Gilbert pasó, camino a su vestidor, y no dijo ni una palabra sobre el vestido nuevo de ella. Anne se quedó un momento inmóvil, ardiendo de resentimiento; luego, con irritación, se quitó el vestido y lo arrojó sobre la cama. Se pondría su viejo vestido negro, considerado extremadamente "elegante" en los círculos de Four Winds, pero que a Gilbert nunca le había gustado. ¿Qué se pondría en el cuello? Las cuentas de Jem, aunque valoradas durante años, hacía tiempo que habían dejado de existir. De verdad que no tenía ni un collar como la gente. Bien, sacó el estuchecito con el corazoncito de esmalte rosado que le había regalado Gilbert en Redmond. Rara vez se lo ponía ahora; después de todo, el rosado no le quedaba bien con sus cabellos rojos, pero esta noche sí se lo pondría. ¿Se daría cuenta Gilbert? Bien, ya estaba lista. ¿Por qué demoraba Gilbert? ¿Qué lo hacía tardar tanto? ¡Ah, sin duda se estaba afeitando con mucho esmero! Ella golpeó a la puerta.

-Gilbert, vamos a perder el tren si no te apresuras.

-Pareces una maestra de escuela --dijo Gilbert, saliendo-. ¿Algún problema con tus metatarsos?

Ah, qué gracioso. Ella no quiso pensar en lo bien que le quedaba a él el frac. Después de todo, las modas actuales en ropa masculina eran realmente ridículas. Sin ningún encanto. ¡Qué espléndido habría sido en "los amplios días de la Gran Isabel", cuando los hombres podían

ponerse casacas de satén blanco, capas de terciopelo rojo y cuellos de encaje! Sin embargo, no eran afeminados. Eran los más maravillosos y aventureros de los hombres desde que el mundo era mundo.

-Bueno, vamos, si tienes tanta prisa -dijo Gilbert, distraído. Ahora siempre estaba distraído cuando le hablaba a ella. Ella era apenas parte del mobiliario... ¡sí, un mueble más!

Jem los llevó hasta la estación. Susan y la señorita Cornelia (que había ido a preguntarle a Anne si podían depender de ella como siempre para que preparara las papas en escalope para la comida de la iglesia) se quedaron mirándolos con admiración.

Anne no pierde terreno -dijo la señorita Cornelia.

-Así es -secundó Susan, aunque en las últimas semanas me he preguntado más de una vez si no anda mal del hígado. Pero está bonita como siempre. Y el doctor tiene el estómago chato que siempre ha tenido.

-Una pareja ideal -dijo la señorita Cornelia.

La pareja ideal no dijo nada especialmente hermoso en todo el camino hasta la ciudad. ¡Claro que Gilbert estaba demasiado profundamente conmocionado ante la posibilidad de ver a su antigua amada como para hablarle a su esposa! Anne estornudó. Comenzó a temer un resfrío. ¡Qué espantoso sería exhibir un resfrío toda la noche bajo la mirada de la señora de Andrew Dawson, Christine Stuart de soltera! Tenía un punto doloroso sobre el labio; era probable que le apareciera una llaguita. ¿Habría estornudado Julieta alguna vez? ¡Imagínense a Porcia con sabañones! ¡O a la argiva Helena con hipo! ¡O a Cleopatra con callos!

Cuando Anne entró en la residencia de los Barrett Fowler, tropezó en la cabeza de oso de la alfombra del vestíbulo, trastabilló a través de la puerta de la sala, pasó por entre la selva de muebles atiborrados y el fandango en falsos dorados que la señora Barrett Fowler llamaba su sala, y cayó sobre el sofá grande, por suerte, sentada. Miró a su alrededor espantada, buscando a Christine, pero se dio cuenta, agradecida, de que Christine todavía no había hecho su aparición. ¡Qué horrible habría sido si hubiera estado sentada allí, y hubiera mirado, divertida, que la esposa de Gilbert Blythe entraba como si estuviera borracha! Gilbert ni siquiera le preguntó si se había lastimado. Ya estaba absorto en una conversación con el doctor Fowler y un desconocido doctor Murray, oriundo de New Brunswick, autor de una notable monografía sobre enfermedades tropicales, que estaba causando sensación en los círculos médicos. Pero Anne se dio cuenta de que cuando entró Christine, anunciada por un perfume a heliotropo, la monografía fue olvidada de inmediato. Gilbert se puso de pie con una muy evidente luz de interés en los ojos.

Christine se detuvo un momento, impresionante, en el umbral. Ella no era de las que se tropiezan en las cabezas de los osos. Christine, recordó Anne, había tenido siempre esa costumbre de detenerse en una puerta para exhibirse. Y sin duda, consideraba que ésta era una excelente oportunidad de mostrarle a Gilbert lo que había perdido.

Vestía un traje de terciopelo violeta con largas mangas sueltas, bordeadas de oro, y una cola bordeada con encaje de oro. Una cinta de oro sujetaba sus cabellos todavía oscuros. Una larga y delgada cadena de oro salpicada de diamantes le rodeaba el cuello. Al instante, Anne se sintió anticuada, provincial, improvisada, mal vestida y seis meses atrasada en la moda. Deseó no haberse puesto ese tonto corazón de esmalte.

No había dudas de que Christine estaba tan linda como siempre. Algo excesivamente acicalada y bien conservada, tal vez, y, sí, considerablemente más gorda. La nariz por cierto no se le había acortado y el mentón era claramente el de una mujer de edad media. De pie en el umbral así, se notaba que tenía los pies de un tamaño... considerable. ¿Y ese aire suyo de distinción no era ya un poco gastado? Pero las mejillas seguían siendo como suave marfil y los grandes ojos

Librodot

azules seguían mirando con el mismo brillo debajo de esa intrigante arruga paralela que había sido tenida por tan fascinante en Redmond. Sí, la señora de Andrew Dawson era una mujer muy hermosa, y no daba para nada la impresión de que su corazón hubiera sido enterrado en la misma tumba con el dicho Andrew Dawson.

Christine tomó posesión de toda la habitación al instante de entrar. Anne se sintió como si no estuviera presente, siquiera. Pero se sentó muy erguida. Christine no vería un despojo humano agobiado por los años. Entraría en el campo de batalla con las banderas desplegadas. Los ojos grises se le pusieron excesivamente verdes y un leve rubor le coloreó las mejillas ovaladas. (¡Recuerda que tienes nariz') El doctor Murray, que antes no había prestado atención especial a su presencia, pensó, sorprendido, que Blythe tenía una esposa poco común. Esa fingida señora Dawson quedaba francamente ordinaria al lado de ella.

-Pero, Gilbert Blythe, estás tan buen mozo como siempre -decía Christine, socarrona. ¡Christine, socarrona! —Es muy agradable descubrir que no has cambiado.

(Habla arrastrando las palabras, igual que antes. ¡Cómo odio esa voz de terciopelo!)

-Cuando te miro -dijo Gilbert, el tiempo deja de tener significado. ¿Dónde aprendiste el secreto de la eterna juventud?

Christine rió.

(¿No tiene una risa metálica?)

-Siempre supiste decir muy lindos cumplidos, Gilbert. ¿Saben? -dijo, y dirigió una astuta mirada al círculo de personas-. El doctor Blythe fue un antiguo enamorado mío en esos días que ahora quiere hacer aparecer como si fueran ayer. ¡Y Anne Shirley! No has cambiado tanto como me habían dicho...aunque no creo que te hubiera reconocido de haberte cruzado por la calle. Tienes el cabello un poquito más oscuro que antes, ¿no? ¿No es divino verse otra vez? Tenía tanto miedo de que tu lumbago te impidiera venir...

-¡Mi lumbago!-bueno, sí, ¿no sufres de lumbago? Yo pensaba que sí...

--Debo de haber entendido mal -dijo la señora Fowler, disculpándose-. Alguien me dijo que estaba en cama con un ataque muy fuerte de lumbago.

--Esa es la señora del doctor Parker, de Lowbridge. Jamás he sufrido de lumbago en toda mi vida -dijo Anne, en tono monocorde.

-¡Cuánto me alegro! -dijo Christine, con un sutil dejo de insolencia en la voz-. Es tan molesto. Yo tengo una tía que es una mártir de esa enfermedad.

Su comentario pareció relegar a Anne a la generación de las tías. Anne logró esbozar una sonrisa con los labios, no con los ojos. ¡Si se le ocurriera algo inteligente que decir! Sabía que a las tres de la mañana probablemente se le ocurriría una respuesta brillante, pero eso ahora no le servía para nada.

-Tengo entendido que tienen siete niños -dijo Christine, hablándole a Anne pero mirando a Gilbert.

-Sólo seis vivos --dijo Anne, y se estremeció. Todavía no podía pensar nunca en la pequeña Joyce sin dolor.

-¡Qué familia! -dijo Christine.

Al punto pareció algo vergonzoso y absurdo tener una familia grande.

-Tú, según creo, no tienes hijos -dijo Anne.

-Nunca me interesaron los hijos, ¿sabes? -Christine encogió sus hermosísimos hombros pero la voz sonó un poco áspera. -Creo que no soy el tipo maternal. Nunca creí en realidad que la única misión de las mujeres fuera traer hijos a un mundo ya superpoblado.

Pasaron a cenar. Gilbert acompañó a Christine, el doctor Murray llevó a la señora Fowler,

y el doctor Fowler, un hombrecito rotundo que no podía hablar con nadie que no fuera otro médico, llevó a Anne.

Anne sintió que la habitación estaba sofocante. Había un perfume misterioso, pegajoso. Probablemente la señora Fowler había estado quemando incienso. El menú era bueno y Anne cumplió con el rito de comer, pero sin el menor apetito, y sonrió hasta sentir que comenzaba a parecerse a un gato de Cheshire. No podía apartar los ojos de Christine, que continuamente le sonreía a Gilbert. Tenía unos dientes hermosos, casi demasiado hermosos. Parecían un aviso de pasta dentífrica. Christine hacía un juego muy elocuente con las manos al hablar. Tenía manos preciosas, aunque tal vez un poco grandes.

Hablaba con Gilbert sobre las velocidades rítmicas para la vida. ¿Qué diablos quería decir? ¿Lo sabía ella misma? Luego pasaron al tema de la Pasión de Jesucristo.

-¿Alguna vez estuviste en Oberammergau? -le preguntó Christine a Anne.

-¡Sabiendo perfectamente que no! ¿Por qué la pregunta más sencilla sonaba insolente cuando la formulaba Christine?

-Por supuesto que una familia ata muchísimo -dijo Christine-. Ah, ¿a qué no saben a quién vi el mes pasado, cuando estaba en Halifax? A aquella amiguita tuya... la que se casó con aquel ministro horrible... ¿cómo era que se llamaba él

-Jonas Blake -dijo Anne-. Philippa Gordon se casó con él. Pero a mí, él nunca me pareció horrible.

-¿No? Claro, los gustos difieren. Bueno, me los encontré. ¡Pobre Philippa!

El uso que hizo Christine de la palabra "pobre" fue muy efectivo.

¿Por qué pobre? --preguntó Anne-. Creo que ella y Jonas han sido muy felices.

-¡Felices! Mi querida, ¡si vieras el lugar donde viven! Un espantoso pueblito de pescadores en el que era emocionante que los cerdos pisotearan el jardín. Me dijeron que ese hombre, Jonas, tenía una buena iglesia en Kingsport y la había dejado porque consideraba su "deber" ir con los pescadores que lo "necesitaban". A mí me hartan esos fanáticos. "¿Cómo puedes vivir en un lugar tan aislado y solitarió'como éste?", le pregunté a Philippa. ¿Sabes lo que me dijo?

Christine hizo un amplio gesto expresivo con sus manos llenas de anillos.

-Tal vez lo que yo diría de Glen St. Mary -dijo Anne-. Que es el único lugar en el mundo en el que quiero vivir.

-Mira que estar contenta ahí... -dijo Christine, sonriendo.

(¡Esa terrible boca llena de dientes.!)

-¿De verdad nunca sientes que te gustaría tener una vida más amplia? Eras ambiciosa, si mal no recuerdo. ¿No habías escrito algunas cositas bastante inteligentes cuando estabas en Redmond? Algo fantasiosas y caprichosas, cierto, pero -Las escribía para la gente que todavía cree en el País de las Hadas. Es sorprendente cuánta hay, sabes, y le gusta recibir noticias de ese país.

-¿Y lo has dejado?

-No del todo, pero estoy escribiendo epístolas vivientes ahora -dijo Anne, pensando en Jem y compañía.

Christine se quedó mirándola, sin reconocer la cita. ¿Qué quería decir Anne Shirley? ros por supuesto, si en Redmond era famosa por sus discursos misteriosos. Era asombroso como se había mantenido igual físicamente, pero talvez era una de esas mujeres que se casan y dejan de pensar. ¡Pobre Gilbert! Lo había enganchado antes de que llegara a de Redmond. No había tenido la menor oportunidad de escapar de ella.

-¿Ya nadie "come philopenas" ahora? -preguntó el doctor Murray, que acababa de romper una almendra melliza.

Christine se volvió a Gilbert.

-¿Te acuerdas de aquella que nosotros comimos una vez? preguntó.

(¿Había habido una mirada especial entre los dos?)

-¿Te parece que podría olvidarla? --preguntó Gilbert.

Se lanzaron a una cabalgata de "¿te acuerdas?", mientras Anne miraba un cuadro de pescados y naranjas colgado encima del aparador. Nunca había sabido que Gilbert y Christine tuvieran tantos recuerdos en común. "¿Te acuerdas del picnic en el Arm?" "¿Te acuerdas de la noche en que fuimos a la iglesia de los negros?" "¿Te acuerdas de la noche que fuimos al baile de disfraces? Tú eras una dama española, con un vestido de terciopelo negro con mantilla de encaje y abanico."

Al parecer, Gilbert recordaba todo al detalle. ¡Pero se había olvidado de su aniversario de bodas!

Cuando volvieron al salón, Christine miró por la ventana hacia un cielo del este que dejaba ver un pálido plateado detrás de unos álamos oscuros.

-Gilbert, vamos a dar un paseo por el jardín. Quiero aprender otra vez el significado de la salida de la Luna en septiembre.

(¿Significa la salida de la Luna en septiembre algo que no significa en cualquier otro mes? ¿Y qué quiere decir con esa de "otra vez'? ¿Lo aprendió antes... con él?)

Salieron al jardín. Anne sintió que había sido muy delicada y prolijamente echada a un lado. Se sentó en una silla que le permitía tener una vista del jardín, aunque no quiso admitir ni ante sí misma que era por esa razón por la que la había elegido. Veía a Gilbert y a Christine caminar por el sendero. ¿Qué se decían? Christine parecía llevar la conversación. Tal vez Gilbert estaba demasiado atontado por la emoción como para hablar. ¿Se sonreía él a la luz de la Luna ante recuerdos en los que ella no tenía parte? Recordó noches en las que ella y Gilbert habían caminado por jardines iluminados por la Luna, en Avonlea. ¿Él las había olvidado?

Christine miraba el cielo. Claro que sabía que así, levantando la cara, dejaba ver ese delicado y blanco cuello suyo. ¿Alguna vez una Luna había demorado tanto en salir?

Comenzaron a entrar otros invitados hasta que al final ellos regresaron. Hubo charlas, risas, música. Christine cantó... y muy bien. Siempre había tenido "temperamento musical". Le cantó a Gilbert: "los queridos días pasados que ya no recuperaremos jamás". Gilbert se reclinó en una silla y permaneció extrañamente callado. ¿Miraba con añoranza hacia esos queridos días pasados? ¿Se imaginaba lo que habría sido su vida de haberse casado con Christine?

(Antes, siempre sabía lo que Gilbert estaba pensando. Me está empezando a doler la cabeza. Si no salgo pronto de aquí, voy a vomitar y a aullar. Gracias al cielo que nuestro tren sale temprano.)

Cuando Anne bajó, Christine estaba de pie en el porche con Gilbert. En un momento dado, estiró el brazo y sacó una hoja del hombro de Gilbert: el gesto fue como una caricia.

¿De verdad estás bien, Gilbert? Se te ve terriblemente cansado. Yo sé que estás trabajando en exceso.

Una oleada de horror sacudió a Annie. ¡Gilbert tenía aspecto de cansado, de muy cansado, y ella no lo hubiera notado de no haberlo señalado Christine! Jamás olvidaría la humillación de ese momento. (He estado viendo a Gilbert como obvio y culpándolo a él por hacer lo mismo.)

Christine se volvió a ella.

-Ha sido un gran placer volver a verte, Anne. Casi como en los viejos tiempos. —Casi -

dijo Anne.

-Pero le decía a Gilbert que se lo ve un poco cansado. Tendrías que cuidarlo más, Anne. Hubo un tiempo, tú lo sabes, en el cual yo estaba de verdad muy interesada en este esposo tuyo. Creo que fue el mejor enamorado que he tenido jamás. Pero debes perdonarme, ya que no te lo quité.

Anne volvió a paralizarse.

-Tal vez él esté lamentando que no lo hayas hecho -dijo, con un aire de reina que no era desconocido para la Christine de la época de Redmond. Y subió al carruaje del doctor Fowler, que los llevaría a la estación.

-¡Qué graciosa! -dijo Christine, encogiendo sus hermosos hombros. Se quedó mirándolos como si algo la divirtiera profundamente.

41

-¿Pasaste una linda velada? -preguntó Gilbert, más distraído que nunca mientras la ayudaba a subir al tren.

-Ah, encantadora -dijo Anne, que sentía que, para decirlo con las espléndidas palabras de Jane Welsh Carlyle, "había pasado la velada en el potro de los tormentos".

-¿Por qué te peinaste así? -preguntó Gilbert, distraído todavía.

-Es la nueva moda.

--Sueno, no te queda bien. Puede quedar bien para otros cabellos, pero no para los tuyos.

-Ah, es una gran pena tener cabellos rojos -dijo Anne con frialdad.

Gilbert pensó que sería prudente abandonar un tema peligroso. Anne siempre había sido un poco demasiado quisquillosa con su cabello. Además, él estaba demasiado cansado para hablar. Apoyó la cabeza contra el respaldo del asiento y cerró los ojos. Por primera vez, Anne notó el primer asomo de gris en el cabello de las sienes de Gilbert. Pero endureció su corazón.

Caminaron hasta la casa en silencio desde la estación de Glen; tomaron el atajo a Ingleside. El aire estaba lleno de perfume a abetos y helechos. La Luna brillaba sobre campos mojados por el rocío. Pasaron por una vieja casa abandonada con tristes y rotas ventanas que una vez -habían danzado con la luz. "Igual que mi vida", pensó Anne. Todo parecía tener para ella un terrible significado ahora. La mariposa blanca que revoloteó junto a ellos en el jardín era, pensó ella con tristeza, como un fantasma del amor muerto. Entonces, se enganchó el pie en un aro de croquet y casi se cae de cabeza sobre un macizo de flox. ¿Por qué los niños dejaban esas cosas tiradas en el suelo? ¡Mañana les hablaría seriamente!

Gilbert sólo dijo "¡Epa!", y la sostuvo con una mano. ¿Habría actuado con la misma frialdad de haber sido Christine la que se tropezaba mientras dilucidaban el significado de la salida de la Luna?

Gilbert se apresuró a dirigirse a su escritorio apenas estuvieron dentro de la casa, y Anne fue en silencio al dormitorio, donde la luz de la Luna yacía sobre el piso, quieta, plateada y fría. Fue hasta la ventana abierta y miró para afuera. Era evidentemente la noche elegida por el perro de Carter Flagg para ladrar y estaba poniendo el alma entera en la tarea. Las hojas del álamo de Lombardía brillaban como plata a la luz lunar. A su alrededor, la casa parecía susurrarle esta noche, susurrarle de una manera siniestra, como si ya no fuera su amiga.

Anne se sintió descompuesta, fría, vacía. El oro de la vida se había convertido en hojas mustias. Nada tenía ya significado. Todo parecía remoto .e irreal.

Allá abajo, la marea cumplía su antiquísima cita con la costa. Ahora que Norman Douglas había cortado su bosque de abetos, se podía ver la Casita de los Sueños. ¡Qué felices habían sido allí, cuando era suficiente estar juntos en su propia casa, con sus sueños, sus caricias, sus silencios! Todo el color de las mañanas en sus vidas... Gilbert mirándola con esa sonrisa en los ojos, esa sonrisa que reservaba sólo para ella, encontrando todos los días una nueva manera de decir "te amo", compartiendo las risas como compartían el dolor.

Y ahora... Gilbert se había aburrido de ella. Los hombres siempre habían sido así, y siempre lo serían. Ella había creído que Gilbert sería una excepción pero ahora sabía la verdad. ¿Y cómo haría ella para adaptar su vida a esto?

"Están los niños, por supuesto", pensó, con tedio. "Debo seguir viviendo por ellos. Y nadie debe saberlo... nadie. No quiero que me tengan lástima."

¿Qué era eso? Alguien subía la escalera de a tres escalones, como solía hacer Gilbert hacía mucho tiempo en la Casa de los Sueños, como hacía ya tanto tiempo que no subía. No podía ser Gilbert... ¡pero sí era!

Irrumpió en la habitación, arrojó un paquetito sobre la mesa, agarró a Anne de la cintura y bailó con ella por todo el dormitorio como un escolar enloquecido; por fin, sin aliento, se detuvo bajo una mancha plateada de luz de Luna.

-Yo tenía razón, Anne, gracias a Dios, ¡yo tenía razón! La señora Garrow se va a curar, lo dijo el especialista.

-¿La señora Garrow? Gilbert, ¿te has vuelto loco?

-¿No te lo dije? Claro que te lo dije, bueno, supongo que era un tema tan doloroso, que ni siquiera podía hablar de él. Hace dos semanas que estoy obsesionado, no he podido pensar en otra cosa, ni despierto ni dormido. La señora Garrow vive en Lowbridge y era paciente de Parker. Él me llamó para una consulta y yo hice un diagnóstico diferente del suyo, casi nos peleamos... yo estaba seguro de tener razón, insistí en que había una oportunidad. La mandamos a Montreal, aunque Parker dijo que no regresaría viva. El marido estaba dispuesto a pegarme un tiro cuando me viera. Cuando ella estaba allá, comencé a cuestionarme: tal vez sí me equivocaba, tal vez estaba torturándola sin necesidad. Encontré la carta en mi escritorio, ahora cuando entré... yo tenía razón, la operaron y tiene excelentes probabilidades de vivir. Anne, nenita, ¡podría saltar por encima de la Luna! He rejuvenecido veinte años.

Anne no sabía si ponerse a reír o a llorar, de modo que comenzó a reír. Era hermoso poder reír otra vez, hermoso tener ganas de reír. Súbitamente todo volvía a estar bien.

-¿Supongo que ésa es la razón por la cual olvidaste nuestro aniversario? -lo aguijoneó.

-Gilbert la soltó lo suficiente como para agarrar el paquetito que había dejado sobre la mesa.

-No lo olvidé. Hace dos semanas mandé pedir esto a Toronto. Y no llegó hasta esta noche. Me sentí tan mal esta mañana por no tener nada para darte que no dije nada; pensé que tú te habías olvidado, esperaba que te hubieras olvidado. Cuando entré en el escritorio, ahí estaba mi regalo, junto con la carta de Parker. A ver si te gusta.

Era un pequeño colgante de diamantes. Incluso a la luz de la Luna resplandecía como algo vivo.

-Gilbert... y yo...

-Pruébatelo. Ojalá hubiera llegado esta mañana, entonces habrías tenido algo para ponerte para la cena, algo que no fuera ese viejo corazón de esmalte. Aunque quedaba bastante bonito acurrucado en ese pocito que tienes en la garganta, mi amor. ¿Por qué no te dejaste el vestido verde, Anne? Me gustaba, me hizo acordar de aquel vestido con los pimpollitos de rosa que

tenías en Redmond.

(¡Pero entonces se había fijado en el vestido! ¡Y todavía recordaba aquel viejo vestido que tenía en la época de Redmond y que a él le gustaba tanto!)

Anne se sintió como un pájaro liberado; volaba otra vez. Los brazos de Gilbert la rodeaban; los ojos de él se miraban en los suyos a la luz de la Luna.

-¿Me amas, Gilbert? ¿No soy sólo un hábito para ti? Hace tanto tiempo que no me dices que me quieres...

-¡Mi querido, querido amor! No creí que necesitaras palabras para saberlo. No podría vivir sin ti. Tú siempre me das fuerzas. Hay un versículo de la Biblia que es especial para ti: "Ella le hará a él el bien y jamás el mal todos los días de su vida".

La vida que había parecido tan gris y tonta un rato antes era otra vez dorada, rosada y espléndidamente irisada. El colgante de diamantes cayó al suelo, sin que nadie se diera cuenta por el momento. Era hermoso, pero había tantas cosas mucho más hermosas: la confianza, la paz, un trabajo agradable, las risas, la bondad...ese viejo y seguro sentimientos de un amor cierto.

-¡Ay, Gilbert, si pudiéramos hacer que este instante durara para siempre!

-Vamos a tener más momentos. Es hora de que tengamos una segunda lucía de miel. Anne, habrá un gran congreso médico en Londres en febrero. Vamos a ir, y después vamos a ver un poco del Viejo Mundo. Vamos a tomarnos vacaciones. No seremos más que amantes otra vez, será como estar recién casados. Hace tiempo que no eres la de antes.

(De manera que se había dado cuenta.)

-Estás cansada y excedida de trabajo; necesitas un cambio.

(Tú también, amor mío. He estado tan terriblemente ciega.)

-No voy a permitir que me enrostren que las esposas de los médicos nunca tienen los remedios que les hacen falta. Regresaremos descansados, con nuestro sentido del humor completamente restaurado. Bien, pruébate el colgante y vamos a la cama. Estoy medio muerto de sueño, hace semanas que no duermo como se debe, entre los mellizos y lo que me preocupaba por la señora Garrow.

-¿De qué hablaron tú y Christine tanto rato en el jardín esta noche? -preguntó Anne, pavoneándose frente al espejo con sus diamantes.

Gilbert bostezó.

-Ah, no sé. Christine no dejaba de parlotear. Pero algo de lo que me dijo es factual. Una pulga puede saltar doscientas veces su largo. ¿Sabías eso, Anne?

(¿Estaban hablando de pulgas mientras yo me retorcía de celos? ¡Qué idiota he sido

¿Y cómo fue que llegaron al tema de las pulgas?

-No me acuerdo, tal vez fue derivación del tema de los Dobermann pinschers.

-¡Dobermann pinschers! ¿Y qué son los Dobermann pinschers?

-Un nuevo tipo de perro. Christine parece ser una experta en razas caninas. Yo estaba tan obsesionado con la señora Garrow, que no le presté demasiada atención a lo que me decía. Aquí y allí, pescaba una palabra sobre complejos y represiones, esa nueva psicología que está apareciendo, y sobre arte, y gota, y política, y ranas.

-¡Ranas!

-Unos experimentos que está llevando a cabo un investigador de Winnipeg. Christine nunca fue muy entretenida, pero ahora está más aburrida que nunca. ¡Y maliciosa! Antes no era maliciosa.

¿Qué te dijo que te pareció malicioso? -preguntó Anne, inocentemente.

¿No te diste cuenta? Ah, supongo que no, estás tan lejos de esas cosas... Bueno, no

importa. Esa risa suya me irritó los nervios. Y qué gorda está. Gracias al cielo que tú no engordaste, Anne, nenita.

-Ah, a mí no me pareció tan gorda -dijo Anne, caritativa-. Y por cierto que es una mujer muy hermosa.

-Más o menos. Pero se le han endurecido los rasgos; tiene tu misma edad pero parece diez años mayor.

-¡Y tú hablándole de juventud inmortal!

Gilbert sonrió con aire culpable.

-Uno tiene que decir cosas amables. La civilización no puede existir sin un poquito de hipocresía. Ah, Christine no es mala, aunque no pertenezca a la raza de José. No es culpa suya quedarse sin su parte de la sal de la Tierra. ¿Qué es esto?

-Mi recuerdo de nuestro aniversario para ti. Y me tienes que dar un centavo; no quiero correr riesgos. ¡El tormento por el que he pasado esta noche! Estaba muerta de celos de Christine.

Gilbert pareció sinceramente asombrado. Jamás se le había ocurrido que Anne pudiera estar celosa de nadie.

-Pero, Anne, nenita, jamás pensé que pudieras ponerte celosa.

-Pero sí. Y hace unos años, estaba loca de celos por tu correspondencia con Ruby Gillis.

-¿Yo me escribí alguna vez con Ruby Gillis? Me había olvidado. ¡Pobre Ruby! Pero, ¿y qué me dices de Roy Gardner? El muerto se asusta del degollado.

-¿Roy Gardner? Philippa me escribió no hace mucho y me dijo que lo había visto y que está francamente corpulento. Gilbert, el doctor Murray ha de ser muy eminente en su profesión, pero parece un palo, y el doctor Fowler parecía un bollo. Tú estabas tan buen mozo, tan íntegro al lado de ellos.

-Ah, gracias, gracias. Eso es algo que sólo una esposa puede decir. Para devolverte el cumplido, para mí estabas más linda que de costumbre, Anne, a pesar de ese vestido. Tenías un poco de color y los ojos con un brillo... ¡Ah, qué placer! No hay nada como la cama cuando uno está destrozado. Hay otro versículo en la Biblia... ¡qué extraño cómo lo que uno aprende en la escuela dominical vuelve a aparecerse durante toda la vida!... "Me acostaré en paz y dormiré." En paz... y dormiré... buenas noches.

Gilbert estaba dormido casi antes de terminar de hablar. ¡Queridísimo Gilbert, tan cansado! Que nacieran niños o no, nadie interrumpiría su descanso esa noche. El teléfono podía sonar hasta quedarse ronco.

Anne no tenía sueño. Era demasiado feliz para dormirse, por el momento. Se movió sin hacer ruido por la habitación, guardando cosas, trenzándose el pelo, siendo una mujer amada. Por fin se puso una bata y cruzó el corredor para ir a la habitación de los varones. Walter y Jem en sus camas y Shirley en su camita estaban profundamente dormidos. Camarón, que había sobrevivido a generaciones de graciosos gatitos y se había convertido en un hábito de la familia, estaba enrollado sobre sí mismo a los pies de Shirley. Jem se había quedado dormido en la mitad de la lectura de El libro de la vida del capitán Jim, que estaba abierto sobre la colcha. ¡Caramba, qué largo parecía Jem debajo de las frazadas! Pronto sería grande. ¡Qué muchachito tenaz y confiable era! Walter sonreía en sueños, como quien conoce un secreto encantador. Atravesando los barrotes de la ventana, la Luna brillaba sobre su almohada y arrojaba la sombra de una cruz bien dibujada sobre la pared encima de su cabeza. En años por venir, Anne recordaría esto y se preguntaría si no había sido un presagio de Courcelette, de una tumba marcada por una cruz "en algún lugar de Francia". Pero esta noche era sólo una sombra, nada más. A Shirley casi se le había ido el sarpullido del cuello. Gilbert tenía razón.

Él siempre tenía razón.

Nan, Diana y Rilla dormían en la habitación de al lado. Diana, con sus preciosos rulos rojos que le cubrían la cabeza, y una manita bronceada por el sol debajo de la mejilla, y Nan, con sus larguísimas pestañas sobre su mejilla. Los ojos, detrás de esos párpados con venitas azules, eran color avellana, como los de su padre. Y Rilla dormía panza abajo. Anne la dio vuelta, pero los ojos cerrados con fuerza no se abrieron ni por un instante.

Todos crecían tan rápido... En pocos años más, serían jóvenes hombres y mujeres, jóvenes en puntas de pie, expectantes, elevados sobre sus dulces y osados sueños, pequeños buques que zarparían del puerto seguro rumbo a puertos desconocidos. Los muchachos se irían a hacer lo que eligieran, y las niñas... ah, entrevistas entre la niebla, podían vislumbrarse las formas de hermosas novias que bajaban las viejas escaleras de Ingleside.

Pero todavía seguirían siendo suyos por unos años más... suyos para que los aneara y los guiara, para que les cantara las canciones que tantas madres habían cantado. Suyos... y de Gilbert.

Salió y atravesó el vestíbulo hasta la ventana del mirador. Todas sus sospechas, sus celos y su resentimiento se habían desvanecido donde se desvanecen las lunas viejas. Se sentía confiada, alegre y ligera.

- ¡Blythe! ¡Me siento Blythe! -dijo, riendo ante el tonto juego de palabras-. Me siento exactamente como me sentí aquella mañana en que Pacifique me dijo que Gilbert se curaría.

Allá abajo estaban el misterio y la maravilla de un jardín nocturno. Las colinas lejanas, con polvo de luna eran un poema. Antes de que pasaran muchos meses, ella estaría viendo la luz de la Luna en las distantes y difusas colinas de Escocia, en Melrose, en las ruinas de Kenilworth, en la iglesia junto al Avon, donde dormía Shakespeare, tal vez incluso en el Coliseo, en la Acrópolis, en tristes ríos que corrían sobre imperios muertos.

La noche estaba fresca; pronto vendrían las noches más frías, más áridas del otoño; luego la nieve profunda, la blanca nieve profunda, la blanca y fría nieve profunda del invierno, noches con la fiereza del viento y las tormentas. Pero, ¿qué importaba? Habría la magia del fuego encendido en habitaciones amables... ¿acaso no había comentado Gilbert no hacía mucho que estaba consiguiendo leños de manzano para quemar en el hogar? Glorificarían los días grises que iban a venir. ¿Qué importarían la nieve caída y el viento áspero cuando el amor ardía claro y brillante, con la primavera más allá? Y todas las pequeñas dulzuras de la vida salpicando el camino.

Se apartó de la ventana. Con su bata blanca, con el cabello peinado en dos largas trenzas, parecía la Anne de los días de Tejados Verdes, de los días de Redmond, de los días de la Casa de los Sueños. Ese resplandor interno todavía se irradiaba de ella. A través de la puerta abierta, se oía el tenue ruido de la respiración de los niños. Gilbert, que rara vez roncaba, estaba sin duda alguna roncando ahora. Anne sonrió, divertida. Pensó en algo que había dicho Christine. Pobre mujer sin hijos, arrojando sus pequeños dardos de sarcasmo.

-¡Qué familia! --repitió Anne, llena de júbilo.